



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO**
Facultad de Economía



**Tanto cabe en un jarrito llamado violencia. Apuntes para una
crítica de la economía política de la violencia.**

Tesis

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

Licenciado en Economía

PRESENTA:

Víctor Manuel Rosiles Gómez.

DIRECTORA DE TESIS:

Fabiola Jesavel Flores Nava

Ciudad Universitaria, Cd.Mx., 2023



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Por los olvidadxs, por el oprimidx, por el invicible, por el prisionerx,
por la desaparecida y lxs que nos faltan,
por todos los que habitamos en la intemperie moderna.
Porque la Revolución es grande, y antes muerto que no hacerles frente.

A Lílu y Débora, mi madre y mi hermana:

Las palabras no son suficientes cuando lo que agradezco es la vida, el cuidado y las ganas de luchar.

Agradezco...

A Pomelo... a pesar de los miles de buitres callados que asoman por la ventana la sombra de la penumbra e incertidumbre, decidimos compartir una trinchera, un hogar; lleno de sueños, esperanzas, vida, amor y cariño. Un insoslayable apoyo y cuidado el cual no podría terminar de enumerar, pero que sin él, simplemente no habría podido terminar, amor con amor se paga, gracias.

A mis amigos y camaradas.

Sobran los motivos cuando soñamos con el apoyo mutuo. Todo cambia, pero la memoria es un infierno acogedor, y si el tiempo nos distanacia, que sepan que siempre estarán ahí, en recuerdo estridente de un canto irrevocable.

Definitivamente lo contrario a la guerra no es la paz, sino la amistad. Amistades tan largas como es mi corta vida. De los distintos caminos que hemos tomado solo les deseo una vida plena, llena de dicha, fortuna y placer.

Ante la calamidad, la catástrofe y la emergencia decidimos en nosotros confiar, primero frente a un monstruo institucional, luego en el arte intempestivo de existir. Gracias por tantas y tan valiosas escuchas críticas, comentarios y aprendizajes colectivos, este trabajo es resultado de todos aquellos momentos de discusión, pero sobre todo, de su amistad y cariño.

A quien me brindó un espacio en su hogar sin dudar... Solo puedo retribuir con mi sincera amistad, un espacio en mi corazón y siempre una taza de café compartir.

A todas las personas que guardan un lugar especial en mi memoria y mi corazón, viven las promesas hechas.

Porque la lucha es colectiva, agradezco a Nuestra América por todo su apoyo, aliento y camaradería, por todos los sueños compartidos de Revolución.

A mi familia...

Sé que el tiempo no habrá de volver, que mañana ya es tarde... es inmenso el cúmulo de razones y motivos por los que les estoy agradecido; de todos ellos aprendí a defender y luchar por mis seres queridos, por lo que creo correcto y justo, por mí y por los demás.

A mis primxs que a pesar de las sombras que nos acompañan solo he conseguido de ustedes el más genuino amor y cariño.

Gracias a la vida que me regaló una hermana de otra sangre.

A mis maestros y compañerxs...

A Fabiola Flores, no solo por dirigir mi proyecto de investigación, también por los invaluable aprendizajes, comentarios y amistad. Te agradezco enormemente porque sin tus enseñanzas y apoyo seguramente esta tesis no se habría llevado a cabo.

A mis profesores y profesoras que con sus enseñanzas me indujeron y abrieron senda en el concimiento científico crítico y la crítica de la economía política.

Índice.

Introducción.	5
El malestar.	5
I.	10
II.	17
III.	32
1.Primeras notas, apuntes y trazos para el estudio de la violencia y la economía.	42
Planteamientos iniciales.	42
Conceptos.	51
El poder, el Estado y la violencia.	65
2.Modernos.	82
2.1. Un proyecto siempre inacabado.	88
2.2. La emergencia del sistema mundo capitalista y la hegemonía holandesa.	105
2.3. La revolución industrial, el carbón e Inglaterra.	114
2.4. El horroroso <i>american way of life</i> y la sociedad material petrolera.	123
3.La violencia, el mundo contemporáneo y la producción estratégica.	138
3.1. Violencia: producto en producción.	143
3.2. La lógica del terror moderno: genocidio y feminicidio.	170
3.3 América Latina, Estado de Excepción y Producción estratégica.	179
3.4 Claves para entender el desbordamiento generalizado de la violencia.	192
Migración.	193
Desaparición forzada y homicidio.	199
Militarización de la vida cotidiana y la economía moral de la violencia.	206
4.Conclusiones.	212
Antes que nada, me permito soñar.	212
Bibliografía	225

Introducción.

El malestar.

Vivimos tiempos excepcionalmente violentos. Pese a que la percepción de una exacerbación de la violencia contemporánea no parte únicamente desde la crítica revolucionaria o movimientos de izquierda, sino que, son las mismas agencias de seguridad de los principales centros económicos quienes registran un alza en los índices delictivos con tendencia a la exacerbación de las prácticas cruentas en la mayoría de los Estados Nación. Pero también en misma medida se ha incrementado la desigualdad económica, la miseria, la explotación y superexplotación de la fuerza de trabajo, la malnutrición y el envenenamiento por sustancias químicas, el cercamiento y desplazamiento, los procesos de marginalización y migración masiva, así como el feminicidio, genocidio y ecocidio. Particularmente Latinoamérica se ha convertido en un escenario cruel, donde tras la entrada de la supuesta democracia liberal, la desigualdad y el homicidio se han incrementado proporcionalmente al número de efectivos estatales en los cuerpos de represión interna¹. Sin embargo, si bien los esfuerzos por estudiar, definir y principalmente “combatir” la violencia en su perspectiva, han sido igual de contradictorios e ineficaces, incluso, las posiciones más tendenciosas se han aprovechado de la saturación de definiciones y el poco consenso para vaciar a la violencia de toda forma política en su construcción teórica. Haciendo de ella una suerte de anormalidad de la personalidad, un desbordamiento pasional que altera el estado típicamente racional del hombre moderno consumidor de mercancías.

Correlativamente a dicha exacerbación de la violencia en todas sus manifestaciones, la crisis se ha convertido en una expresión demasiado ordinaria². De pronto los problemas sociales, medio

¹ “Para 1987 la Comisión de Estudios de Violencia, conocida popularmente como los “violentólogos”, marcó un hito o lo que los historiadores llaman un “punto de inflexión” en los estudios sobre el tema. Cuestionada por unos y valorada por otros, su libro Colombia: violencia y democracia (el informe de la comisión) se constituyó en referente obligado del tema en el país. De él podría decirse que sus aportes más importantes consistían en señalar la pluralidad de las violencias. En palabras del presidente de la comisión, Gonzalo Sánchez, el mayor aporte fue el de haber llamado la atención sobre algo al mismo tiempo obvio e inédito: la multivariada de la violencia. El hecho de que ya no hay violencia, sino violencias; al lado de la violencia política hay una violencia socioeconómica, una violencia sobre los territorios y, finalmente, una violencia socio-cultural por la defensa del orden moral o social o por el derecho a la diferencia. Ortiz,67 por su parte, dice de él que rompe el discurso dominante hasta entonces que sobredimensionaba la violencia política; sienta los principios del polimorfismo y la multicausalidad de la violencia; es una de las primeras veces que se anuncia el tópico de la cultura de la violencia, y se le da ingreso, en el análisis, a nuevos actores como el sicariato en las ciudades y al paramilitarismo, cuya existencia para entonces seguía siendo negada oficialmente.” (Trujillo 2009, 26)

² “Haciendo un análisis más riguroso, profundo y científico, podemos afirmar que las crisis no son eventos fortuitos o accidentales, ni mucho menos son producto de alguna falla en el sistema económico. Es el correcto funcionamiento, desenvolvimiento y desarrollo del modo de producción capitalista lo que provoca el estallido

ambientales, guerras, violencia; se han introducido como fenómenos contingentes de una cruda realidad económica y política que solo parece reactivarse año con año en beneficio de unos cuantos.

Por su parte, la ciencia económica burguesa, como correlato del proyecto histórico moderno, trata de autodefinirse como una ciencia encargada del estudio de la escasez, de modo que, hace de la existencia humana una suerte de proyecto trágico y diametralmente opuesto a la reproducción de la vida. La propuesta de estudiar recursos finitos oponiéndose a necesidades infinitas de acumulación, revierte la ciencia económica a su carácter lúgubre y desolador, donde la repartición y el intercambio siempre es un proceso desigual y asimétrico³.

En este sentido, la ciencia económica burguesa, así como muchas otras áreas del saber, no han sido capaces de dar explicaciones certeras en torno al fenómeno del, a falta de una mejor expresión, desbordamiento de la violencia social. Que con ello no se ha de decir que la violencia se trate entonces de un fenómeno único e inequívoco de nuestra era, sino por el contrario y extendiendo el argumento de su presencia en toda la historia moderna que se mencionaba anteriormente, se trata de un fenómeno de larga data y visible en prácticamente todo orden social. Pero que en ningún sentido puede ser comprendida fuera de su propia dimensión histórica como tratan de hacer las posturas naturalistas de la violencia. Pues, visto desde el aspecto instrumental, los sistemas de usos y exigencias inscritos en sus particulares sistemas de códigos de cada sociedad; conlleva prácticas y significaciones concretas, así como fines específicos para

de las crisis, y este hecho también expresa la contradicción histórica entre las fuerzas productivas (profundamente dinámicas) y las relaciones de producción, lo que evidencia el carácter histórico y transitorio del capitalismo. No es porque haya poca acumulación de capital, sino es justamente por el incremento de la acumulación del capital que desciende la tasa de ganancia, que las contradicciones existentes se agudizan y que el sistema tienda permanentemente a desequilibrios que, generalmente, terminan en crisis. Así, las crisis son una consecuencia inherente del modo de producción capitalista, son inevitables y no pueden ser resueltas bajo el mismo sistema.” (Peralta Villegas 2022, 19-20)

³ “Para la teoría económica convencional la violencia no es un concepto económico. No significa que no se le estudie como parte de los procesos económicos, solo que se presenta como un factor exógeno. A pesar del número de reflexiones especializadas sobre el tema, la economía y la violencia son estudiadas como dos procesos relacionados solo de manera accidental. Esta ausencia responde, en gran medida, a una posición política que determina las estrategias epistemológicas: la violencia se mira como una anomalía de la vida social, como una acción ilógica en un mundo de órdenes permanentes. «El equilibrio» de la economía no es compatible con «el caos» y «la irracionalidad» que esta produce. En una economía «normal» no tiene cabida. Así que, para las investigaciones económicas dominantes, se presenta en los procesos económicos inestables y sin óptimo desarrollo. Para demostrar el carácter anómalo de la violencia en la economía las interpretaciones se pueden clasificar en cuatro tipologías: 1) institucionalista, de paradigma neohobbesiano y contractualista; 2) racionalidades que oscilan entre la avaricia y el resentimiento, producto de los desarrollos económicos incompletos; 3) elección racional de agentes individuales, y 4) teoría de juegos y conflicto social.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 43)

los actos y los actos violentos. No obstante, detenerse en esa primera aproximación de la violencia bajo una teoría de los actos, subordina el carácter dialéctico de la violencia como proceso, partiendo no solo desde su faceta instrumental, sino, como una connotación revolvente que es a fin de cuenta, lo que garantiza su permanencia en la vida social. Es decir, comprender a la violencia como proceso pedagógico, estético y de valorización permite que la violencia exista no solamente desde una exterioridad instrumental, sino como una interioridad de producción-reproducción-consumo (registro) individual y singular pero siempre general, es decir, histórica. Que de modo paradójico guarda la posibilidad revolucionaria de emancipación. Por lo cual, lo que se pretende es apelar por una problematización del concepto más que por una definición, visto de modo dialéctico como un proceso social complejo. Es tratar de abordar el estudio de la violencia como proceso producido, que a su vez sería una crítica misma del sujeto, pues la crítica de la violencia trata de una crítica de los modos concretos de reproducción y producción de la vida social, pero también y principalmente, de sus posibilidades revolucionarias. Por lo que las huellas y formas en las que se expresa la violencia contemporánea bien pueden ser entendidas desde un aspecto de largo aliento, pero esto no agota en ningún sentido la dimensión y carácter específico de su desenvolvimiento en el contexto de una sociedad capitalista en su fase de crisis material civilizatoria⁴.

Por lo que aseverar que vivimos tiempos excepcionalmente violentos no parte de una interpretación meramente subjetiva, sino por el contrario; yendo a contraluz de quienes opinan que la percepción social de crisis es producto de la masificación de la información a través de

⁴ “Hoy el colapso civilizatorio sintetiza un conjunto de malestares que hacen cada vez más difícil la reproducción de la vida en el planeta, tanto las humanas como la no humanas. Ahí donde se elevaba la promesa del control de las fuerzas naturales gracias al desarrollo científico y tecnológico se levanta una gran catástrofe ambiental. Ahí donde había una promesa de mejoras materiales para todo el mundo, crece el mar de expulsados, los desposeídos y supernumerarios; las poblaciones excedentes que ya no sirven para alimentar la máquina de valorización y que tienen que vagar por geografías cada vez más extensas para poder encontrar un lugar en el que las montañas crecientes de mercancías les permitan soñar con un mundo. Ahí donde había una certeza de vida prolongada, resultado de los saberes científicos, emergen vidas precarizadas, afectadas por enfermedades desconocidas o por padecimientos que antes eran exóticos. Ahí donde se aseguraba que la escasez de alimentos estaba por vencerse, aparece la producción de alimentos chatarra, que más que reducir el hambre envenenan las formas de vida, y que aun así son inaccesibles para millones de personas, que tienen que contemplar cómo se producen montañas de desperdicios. Hoy vivimos ese momento posterior: el tiempo póstumo en el que se desnudan las mediaciones y aparece de forma descarnada el sentido del sistema: acumular ganancias y controlar el ejercicio del poder. En este escenario las formas de la violencia se transforman para ser más letales y crueles; asegurando el reparto desigual de los cada vez más escasos beneficios materiales; ya no se presenta como un asunto de geografías atrasadas, como una actividad de regiones salvajes; hoy su ejercicio es una de las operaciones clave del control político.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 42)

medios de comunicación y, la incapacidad de los individuos de procesar eventos traumáticos tan complejos, hemos de decir que esta absurda idea está presente desde mucho tiempo antes de la creación de la internet y el computador personal, además de que sus defensores poco aportan a la compleja discusión que engloba la ética del como producir. Por ello, al calor de la evidencia empírica se puede afirmar que el modelo civilizatorio occidental patriarcal capitalista ha profundizado aún más sus contradicciones internas (CEIICH UNAM 2021). Ante lo cual, vale preguntarse por las implicaciones que guarda como proceso social e individual la violencia en la formulación y definición del mundo contemporáneo. Pregunta que, si bien no se abordará en su forma concreta extendida o específica en un caso particular, sí guiará la reflexión global de la investigación, por lo que será necesario tenerlo en cuenta al momento de continuar la lectura⁵.

Continuando con el contexto que nos ocupa, es tras el triunfo de Occidente en la Guerra Fría que las amenazas individuales, colectivas y globales, así como las económicas, políticas y medioambientales se agudizan en sintonía a la reconfiguración del patrón de acumulación capitalista, reflejado como la transición de Estado Benefactor al Estado Neoliberal con todas las críticas ya conocidas. En dicha transición, aunado a la liberalización y privatización – principalmente mediante el *despojo*– de todos o, la mayor parte de los sectores económicos es que se instrumenta políticamente a escala global, la ideología del individualismo universal. En este sentido, a los arrebatos de la crisis civilizatoria, las versiones “oficiales” de la inteligencia estatal y los centros e instituciones académicas burguesas, colocan bajo la noción de *Riesgo* al malestar de amenaza general de nuestra era: *La sociedad de los riesgos*⁶.

⁵ “Estos pilares llevan al punto central de la crítica de la violencia: el sujeto, que es al mismo tiempo contradictorio. Pensar la violencia al margen de quienes la ejecutan y los que padecen sus efectos corre el riesgo de convertirla en una entidad metafísica. En principio, el sujeto de la violencia no es reductible a una relación dicotómica: víctimas y victimarios. Para caracterizar al sujeto habrá que tener en cuenta el problema del miedo y del odio, así como los códigos éticos y estéticos y la dimensión ritual, que es su contraparte, en la que se representa y juega la producción de dolor humano y de la politicidad de ese dolor. Esto permite reconocer que no se nace siendo una persona violenta, ni es una respuesta automática a condiciones de pobreza o de atraso.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 15)

⁶ “La obra de Douglas y Wildavsky (1983) dejó claro el hecho de que la percepción de las amenazas es una construcción cultural, la cual toma en nuestras sociedades modernas la forma peculiar del riesgo. Poco después, el sociólogo alemán Ulrich Beck publicó en 1986 su libro *La sociedad del riesgo*, traducido al español en 1998 (Beck, 2006). Asociando a la influencia teórica de Marx la de Weber, Beck define la sociedad del riesgo como un ‘tipo idea’, lo que significa que representa una construcción teórica la definición abstracta de una lógica de funcionamiento – y no una sociedad concreta en particular –. La originalidad de Beck reside en su caracterización de las sociedades occidentales modernas por un cierto tipo de construcción del riesgo. Asume que hoy el riesgo no representa una amenaza precisa, sino el mero vínculo social. Beck lo explica por medio de varios términos

Bajo esta tesitura, se relega, de manera apolítica, el cuidado y la supervivencia a una relación individual, haciéndose de la enfermedad, la vejez, la lesión o cualquier afección que dañe o altere la productividad particular, a una condición de responsabilidad de quien así la padezca. Pareciese que esta lógica aplica incluso para las así llamadas víctimas “estructurales o colaterales” (como le han querido denominar los medios de comunicación) de violencia letal, sugiriendo que de algún modo fuese responsabilidad de la “víctima” la condición de “vulnerabilidad” en la que se desarrollaba su vida; y aún más inverosímil, sitúa su asesinato y muerte como responsiva individual. Porque a fin de cuenta, vivían o transitaban en el lugar y momento equivocado.

En consecuencia, se define de misma manera el Riesgo Social como sí de un fenómeno y proceso individual se tratase, pero del cual todos somos “igual” de culpables. Ejemplo de ello son los elevados niveles de polución planetaria y la enorme brecha de desigualdad en cuanto al aporte marginal de contaminantes del 1 por ciento de la población más rica (cerca del 80 por ciento) frente al 99 por ciento restante (20 por ciento), pero, en el discurso hegemónico la culpa la tiene toda la humanidad, principalmente tú.

Con esa misma absurda idea, la violencia, su extensión, exacerbación, causas, efectos y sus contradicciones no quedan exentas de dicha lógica individualista carente de sentido que, funge de mejor modo como mecanismo de disociación política que como un modo de explicar y principalmente erradicar –ya ni se diga transformar la realidad– la violencia extrema de la cotidianidad. Individuos “aislados”, nos dicen, “enfermos” o traumatizados. Quizá desviados, o bien, personas en una “difícil situación” que toman “malas decisiones”, es decir, los sometidos de la tierra que viven en condiciones de hacinamiento y miseria extrema, como son los paradigmáticos ejemplos de los dos centros capitalistas por excelencia del mundo entero y sus zonas periféricas, tal como las viviendas “más accesibles” de Hong Kong en las que tienen que vivir millones de personas o las calles de Philadelphia. Pero siempre olvidan decir que, nunca reclutan soldados ni patrulleros en los barrios pudientes o, que quienes hacen las armas con las que se disparan a millones de personas año con año obtienen aún más millones, pero en ganancias, mucho menos podrían reconocer la utilidad de la brutalidad y la violencia en la configuración de la realidad capitalista contemporánea.

forjados al respecto, como segunda modernidad y modernidad reflexiva. La sociedad del riesgo pertenece a la segunda modernidad.”. (Kindl y Dehouve 2021, 19)

Por tanto, a continuación, se postra el esqueleto general de la obra, un escrito que podría resultar un poco extenso pero cuya finalidad es que pueda ser sintético no solo en cuanto al contenido general del trabajo, sino, situar al lector con las principales ideas, argumentos e hipótesis e instar a la crítica desde un principio de un modo abierto a las conclusiones, pues, la convicción con la que se redactó el escrito parte de un esfuerzo individual y colectivo por no solo comprender o estudiar a la violencia en un sentido abstracto, mucho menos agotar el debate. Así mismo, tampoco confundir el deseo de la no-violencia al pacifismo burgués, en cambio, se apela a la lucha por los comunes y la comunidad, pero sobre todo, contra el sistema de dominación en su conjunto que ahora mismo se desarrolla en una extensión e intensificación de la violencia en todas sus esferas y manifestaciones. Generando que el drama de la violencia extrema se convierta en una parte crucial del malestar que habita al sujeto moderno contemporáneo.

I.

Si bien el mundo de las mercancías se ve interconectada a escala planetaria, y con ello los niveles de polución intrínsecos a la ruptura metabólica del capital y la naturaleza, no así las acciones en afán de combatirlos, mucho menos las medidas para contrarrestar la explotación humana planetaria. Por dar un ejemplo, los sucesos de los años 2020-2022, representan, en oposición a lo que los ideólogos fáusticos (Goethe 1979) desarrollistas entienden por “crisis” (caída general de todos o la mayoría de los índices macroeconómicos, la tasa de ganancia y la realización mercantil, entre otros). Un claro reflejo de la dinámica contradictoria y violenta –a la que un proyecto siempre inacabado de extensión y acumulación de capital– inserta en el proyecto histórico civilizatorio moderno, nos ha conducido. En conclusión, la ley general de desarrollo capitalista, la ley general de acumulación y la ley general de crisis capitalista se recrudecen a la par de las relaciones de dominación de las corporeidades y la destrucción global medioambiental. La población excedente (periférica) se localiza nuevamente en una condición de recrudecimiento de la vulnerabilidad estructural. Al verse desprovistos de cualquier forma de garante económico, político o social, se vuelven blancos del terrorismo de Estado y otra serie de malestares, presentes particularmente en la región de América Latina en lo que se comienza a esbozar como un escenario de *Excepción permanente* –al cual se ahonda en su discusión en el capítulo dos– expresado en la trata de personas, la desaparición forzada, los feminicidios, los asesinatos por el narco, los etnocidios, la persecución política, entre muchas otras prácticas de genocidio colonial. En este sentido, *los riesgos*, parecen individuales, pero ¿qué sucede cuando lo “normal” es la barbarie?

No es casualidad que al momento de la redacción de dicho comentario nos encontramos inmersos en una decantada crisis sanitaria mundial que derivó en la profundización de la crisis económica y crisis de reproducción. No obstante, antes de la pandemia ya conocíamos la fragilidad y complejidad que había alcanzado el grado de totalización de las formas alienadas de las necesidades del valor que se valoriza, *sujeto automático*, diría Bolívar Echeverría:

“Esta descripción, sin duda acertada, de toda la historia política del ser humano –desde su cumplimiento a través de las disposiciones despótico-teocráticas hasta su realización a través del gobierno democrático-estatal– como la historia implacable de una vocación destinada a frustrarse, se encuentra en la base de la desconstrucción crítica de la cultura política moderna implicada en el concepto de enajenación propuesto por Marx. Según él, el conglomerado específicamente moderno de poder extra-político que se arroga y ejerce el derecho de vigilar el ejercicio de la soberanía por parte de la sociedad y de intervenir en él con sus ordenamientos básicos, es el que resulta del Valor de la mercancía capitalista en tanto que “sujeto automático”. Se trata de un poder que se ejerce en contra de la comunidad como posible asociación de individuos libres, pero a través de ella misma en lo que tiene de colectividad que sólo puede percibir el aspecto temerario de un proyecto propio; que reniega de su libertad, se instala en el pragmatismo de la Realpolitik y entrega su obediencia a cualquier gestión o cualquier caudillo capaz de asegurarle la supervivencia a corto plazo. De acuerdo con el descubrimiento de Marx, el valor que actúa en la circulación capitalista de la riqueza social es diferente del que está en juego en la circulación simplemente mercantil de la misma: en este caso no es más que el elemento mediador del intercambio de mercancías, mientras que en el primero es el “sujeto promotor” del mismo. En lugar de representar relaciones entre mercancías, entra ahora –por decirlo así– en una relación privada consigo mismo. Ser valor es allí ser capital, porque el valor es el “sujeto automático” de “un proceso en que, él mismo, al cambiar constantemente entre las formas de dinero y mercancía, varía su magnitud (...) se auto-valoriza (...) Ha recibido la facultad misteriosa de generar valor por el solo hecho de ser valor (...)” (Echeverría 2011, 98)

Pues, desde el inicio de las denominadas reformas estructurales, no solamente grupos de izquierda alertaron de como el Neoliberalismo profundizaría la ley de acumulación capitalista y las contradicciones internas exacerbarían el conflicto social (Saxe-Fernandez 1999). También las agencias de inteligencia estatal de los centros económicos, así como los principales centros educativos del mundo, advertían de un escenario de tensión política, económica y social, de continuar la dinámica de acumulación tal y como se viene haciendo. Procesos cuyas contradicciones han sido profundizadas e intensificadas durante la globalización neoliberal y la hegemonización del horroroso *American way of life*. Contexto que nos sitúa en un presente pos-pandémico, pero donde las condiciones objetivas para la reproducción de la vida, desde un par de décadas atrás, se encuentran en lo que definimos –siguiendo el concepto braudeliano de *sociedad material* visto en clave marxista– como *crisis material civilizatoria*. Entonces, la crisis coyuntural de la epidemia de COVID-19 hace evidencia una vez más, de las condiciones de

explotación del trabajo y devastación ambiental con las que opera la lógica capitalista, más no los procesos históricos de dominación y explotación sobre las que se desarrolla la coyuntura.

En dichas circunstancias es cierto que cientos de miles de personas han muerto por causa directa del COVID-19, pero muchas más habrán de sufrir las consecuencias inmediatas de la caída del producto, la pérdida de empleo, la precarización y pauperización, y finalmente habrán de preocuparse por la enfermedad. Aunque las características específicas, el grado, profundidad e intensidad de los impactos en la vida social derivado de la pandemia del COVID-19 merecen ser estudiados aparte, por lo pronto hemos de quedarnos con la idea de que la crisis coyuntural resulta ser un proceso de exacerbación de las contradicciones, pero también una continuación de una misma lógica y condición estructural de dominación. Así pues, las necesidades objetivas de transformar el patrón se vuelven, en cambio, cada vez más evidentes no solo para la reproducción de capital, sino para la reproducción de la vida en sí, haciendo la apuesta de muchos teóricos desde Marx hasta la fecha, por decantar el fin del capitalismo desde los últimos 150 años. No obstante, el sistema no se ha detenido, de modo tal que la tarea histórica de emancipación humana cobra mayor sentido como necesidad objetiva imperante dado el inminente colapso ecológico, no obstante, dado que cualquier transformación emanada desde “afuera” no sería sino una imposición, misma manera ha de ser igual de deseada por la mayor parte de la población global.

Antes se indicaba que, al caer el gran telón de acero, el reloj del fin del mundo nunca se detuvo, en cambio, la barbarie moderna, como se ha querido insistir, se ha extendido en una época de gran desarrollo de las fuerzas productivas generales que conviven dialécticamente con las más arcaicas tecnologías y formas de dominación. Las prácticas para contrarrestar la pérdida tendencial de las ganancias del capital han requerido extender los márgenes de explotación del trabajo y devastación ambiental a niveles increíblemente absurdos. Las condiciones objetivas para la acumulación de capital, así como sus tendencias destructivas, han alcanzado un punto de emergencia material de crisis civilizatoria, que denota ser tanto una crisis de acumulación como de reproducción.

De modo que, en respuesta a la condición de crisis material civilizatoria que afronta esta época, coetáneamente a la hegemonización del capitalismo norteamericano, el Estado moderno ha reconfigurado su estadio al de excepción permanente; revirtiendo su carácter de evento excepcional al de extraordinariamente ordinario. A través de la producción discursiva y

propagandística de la gran industria cultural, el colapso civilizatorio se vuelve más plausible en el imaginario colectivo que la transformación social. Aunque resulta en demasía interesante el proceso alienante que es la estetización objetual en el mundo contemporáneo, en este momento basta solo con tenerlo presente. De mismo modo, cabe mencionar que esta visión trágica no es sinónimo de las posturas decadentistas de la historia y la sociedad. Hemos de saber que la historia del moderno sistema de explotación ha sido engendrada en raíz de lodo, sangre y despojo. Ejercicio que lejos de orientarse en un pasado remoto, este se mantiene en permanente reproducción en nuestras modernas sociedades. Lo que en los hechos representa una guerra social extendida no solo sobre el trípode de poder (género, raza, clase) que articula la lógica de dominación capitalista como, expresa Daniel Inclán, se extiende dialécticamente en una guerra contra la totalidad, es decir, contra la vida en sí misma (Coordinador Inclán, Daniel 2021). Las políticas contrainsurgentes son ahora dirigidas hacia la completitud de la población, nadie está a salvo de la ley del valor (Paley 2020)

Por lo tanto, la importancia de colocar a la *violencia* en una discusión de orden económico radica en concebirla como una condición necesaria –endémica– a la totalidad de la reproducción de la sociedad capitalista, es decir, presente en la producción, distribución y consumo simbólica y material de la cotidiana vida moderna. Apoyándonos en un pensamiento crítico interdisciplinario se ha de problematizar entre algunos de los distintos *usos* y *significantes* de la violencia dentro y para, la permanencia, reproducción y producción del espacio/tiempo social, los objetos y los actos, comparando distintas experiencias sociales⁷, económicas, políticas, culturales; pero volviendo dialécticamente al contexto concreto que nos sitúa tratar como antes hemos dicho, en una discusión de los modos y relaciones de producción y reproducción de la vida social. Entonces, la discusión económica también enmarca una reflexión de orden epistemológico y ontológico, así como praxeológico y por supuesto, imperantemente ético. Si se asume a la violencia dialécticamente como un producto en producción social e histórica y como la producción de un proceso político-económico-cultural, la relevancia de estudiarla desde una

⁷ “Ahondar en qué es lo económico implica introducirnos en las argumentaciones que nos llevan a desaprender lo económico-formal tal como lo conocemos, para volver a captar su profundidad y amplitud como concepto de alcance sustantivo, que configura el marco de nuestro razonamiento sobre el trabajo humano, las necesidades y la naturaleza. Todo ello se enmarca en el reconocimiento, a través de la historia de nuestras sociedades modernas, de que el sistema-mundo, como lo conocemos en la actualidad, es una construcción social y, por lo tanto, admite imaginar su transformación.” (Arancibia 2020, 22)

perspectiva “económica”, se hace evidente, pero mucho más claro se vuelve la necesidad de abordarse desde la crítica de la economía política puesto que su práctica y desenvolvimiento concreto se desarrolla en una sociedad hegemónicamente patriarcal y capitalista.

De modo que habremos de hacer insistencia en comprender la producción y la reproducción no como dos procesos separados, mucho menos antagónicos, sino como momentos analíticos de un proceso general que es la vida social. La cual ha de estar configurada material y simbólicamente en un momento y espacio concreto bajo condiciones generales de producción. De mismo modo, como la lógica dialéctica nos advierte que la producción es así mismo consumo (registro), y viceversa. Toda producción es al mismo tiempo un momento de reproducción social, pues, solo en las mentes robinsonianas el humano existe vaciado de contenido histórico social. Entonces, de misma manera, toda reproducción no sería exactamente igual a la anterior, puesto que se ve enfrentada a la misma dialéctica de los límites y posibilidades provistos por los sistemas históricos de capacidades y necesidades (Marx, Contribución a la crítica de la economía política 1996). Que bien puede ser transformada modificando las lógicas y prácticas con las que se desarrolla la vida colectiva. Así, reconfigurar la lógica de reproducción, que en este trabajo situamos bajo la heteronormativa del régimen patriarcal, es vital para la crítica emancipatoria, simultáneamente y de misma manera necesario, es menester modificar el modo de producir la vida, es decir, el modo capitalista y el régimen patriarcal. Concordando con la consigna que el feminismo de la conciliación ha retomado en la lucha por la redistribución y la identidad. Volviendo a la idea de la discusión de la categoría de reproducción, esta se produce en la forma de sujetos y subjetividades concretas e históricas. Siguiendo de esta manera con uno de los aspectos nodales de las corrientes posestructuralistas que tratan de dar cuenta de dónde se redirigió la violencia y el poder en nuestras modernas sociedades.

Apelando a una visión crítica transformadora del ser social –actividad dejada de lado con frecuencia por los economistas– la cual implica de facto, la necesidad de repensar el contenido ético del discurso hegemónico del hombre moderno y el progreso bajo la exegesis del capitalismo. De ahí que, en oposición a dichas concepciones, en el presente escrito nos interesará observar el proceso más que la sintomatología. Ya sea la propia del modelo neurotípico freudiano o la visión mecanicista de la violencia y el poder; identificando subjetividades en su forma penal como criminal (que pone en duda el estado “vigente” de derecho) que debe ser castigado, o bien en forma clínica, como enfermo que debe ser normalizado. Trataremos de dotar de contenido

histórico al proceso de la violencia; identificarle siempre como un proceso general-singular-individual, es decir; dialécticamente como *sentimiento cognoscitivo-situacional* a la vez de práctica política-económica de un determinado estado de orden y derecho social. Siendo, pues, que la violencia se desarrolla bifaceticamente, material y simbólica, más sus determinaciones y relaciones internas son multicausales y complejas. Por lo que, en la práctica, la reproducción de la violencia parece ser, asimismo, un mecanismo necesario para la valorización, pero que, ante determinadas circunstancias también amenazan su vigencia y permanencia como orden hegemónico. Por lo cual, la salida general del sistema de dominación es pasar a ser un ejercicio normalizado. De manera que; identificar las relaciones de poder presentes entre los elementos que componen la estructura de la experiencia de la personalidad con los sistemas de usos y exigencias sociales – que dotan pues, de valor-valor de uso a la violencia en la producción y reproducción de las relaciones sociales– e inscriben, el carácter político y social que diferencia la violencia como proceso, de la catarsis producto de la ira. E inscribirse, por tanto, la crítica de la violencia, como crítica del sujeto; así como de las narrativas que construyen sus significantes, dotan de valor y extienden sobre los tejidos sociales y las corporeidades. Las huellas de la violencia se hayan presentes en la memoria social debido a su arraigo gracias a su continua repetición, por lo cual, su olvido también se encuentra en el hábito comunitario, no obstante; pese a las tentativas posmodernas, no existe un *cuerpo sin órganos*, es decir, no existe cuerpo sin norma – y esto no significa una tragedia, sino la condición misma del sujeto – sin que se apele por el tipo de sociedad excesivamente represiva que es la capitalista (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022). La superación histórica de la violencia se posibilita en que se recree en una ficción distinta, sustentada en un mundo materialmente organizado de distinto modo.

La producción de subjetividades traumatizadas responde dialógicamente a los modos abyectos de producir y reproducir la vida; pero que, por otro lado, también ha de producir subjetividades en resistencia, disidentes, en revuelta. Haciendo pues, de la ira y la agresividad emociones demandadas por las mismas condiciones concretas de existencia, pero también el miedo, la ansiedad y el terror. Aquí recordamos la muy interesante tesis de Daniel Feirstein (Feirstein 2020), quien, en su amplio estudio sobre el genocidio, ha concluido que la posibilidad de su ejecución esta siempre, en alguna de sus fases, presente en el seno de las sociedades occidentales, porque de misma manera, en alguna parte del gran sistema-mundo capitalista se está ejecutando una masacre. Así, la lógica de dominación desplegada por el proyecto civilizatorio del patriarcado

productor de mercancías se desarrolla, por tanto, enmarañado en muchas más contradicciones de las aquí señaladas. De modo que, antes de continuar hemos de pautar discrepancia con las equivalencias conceptuales de *violencia* igual a ira/agresividad. También de otras interpretaciones en las que la violencia se aborda como caso exógeno, ajeno a la condición ontológicamente “buena” del ser humano. Por tanto, también escindir de las explicaciones del ser y su actuar, explicado producto de la maldad humana⁸ o pérdida del edén. Sin embargo, tampoco perder de vista que la historia no tiene un fin, ni la realidad es un monolito, sino, como trataremos de exponer con mayor profundidad posteriormente, se trata pues, de la producción de un proceso y un proceso producido histórica y socialmente. Contenido de un sinfín de contradicciones y particularidades, que sin pretender agotar realmente su discusión en una exposición teórica en su completitud. Con miras mucho más humildes, apenas hemos de aproximarnos.

En otras palabras, habremos de desprendernos de la mirada moralista que define toda violencia como negativa y viceversa, de esa mirada supremacista que la observa toda positiva. Desprender la simplificación de equivalencia de la violencia-ira-locura, para colocar a la violencia como fenómeno singular ligado, sí a la ira y la agresividad, pero también a muchos otros sentimientos, para entonces situarla siempre como proceso político-económico, pero también un sentimiento que no deja de ser menos concreto e histórico social⁹. De modo tal que el retorno a la situación anímica y física de los ejecutores de la violencia ya sea concreta, sistémica, social, de género,

⁸ “San Agustín pensaba que el hombre es malo por naturaleza a consecuencia del pecado original. Pero el pensador más importante del cristianismo temprano intentaba deslindar al Ser Supremo de esa maldad. Pensaba que todas las cosas creadas por Dios existen y son buenas, aunque imperfectas. Por el contrario, estimaba que el mal no es ser sino una deficiencia: el mal es privación, defectus boni, y puede ser absoluto (San Agustín, 1986: 12-13)”. (Taboada 2010, 20)

⁹ “En este punto se puede reconocer que la violencia no es un acto aislado cometido por personas anormales. En principio, no se reduce a actos, sino que es parte de un proceso que a través del uso de fuerzas combinadas (físicas, psicológicas, simbólicas, cognitivas, etcétera) intenta imponer un nuevo orden, establecer, aunque sea momentáneamente, una situación controlada por quienes ejercen la fuerza. Por eso, la crítica de la violencia no puede detenerse en analizar solo los actos a través de los cuales se manifiesta, es necesario entender las causas y reconocer todos aquellos actos no-visibles que acompañan al momento del ejercicio de la fuerza. En segundo lugar, hay que reconocer la dimensión colectiva que acompaña al acto; todas esas microacciones que legitiman, motivan y justifican el momento de destrucción más evidente. Por ejemplo, la violencia de género no se reduce a abusos sexuales ni feminicidios; junto a estos actos de destrucción hay una serie de acciones reiteradas: las formas verbales denigrantes para referirse a las mujeres, las miradas lascivas, los chistes de doble sentido, la objetualización. Sin todas estas acciones, las violaciones, asesinatos y demás atrocidades no existirían. Además de las violencias hacia los cuerpos existe otra: enorme, silenciada, invisibilizada y de la que todas las personas participan, que es la que se genera hacia las cosas. Esa forma compulsiva, descuidada e irresponsable de vincularse con los objetos, que no son vistos sino como potencial basura y sobre los que nunca se repara como resultado de vidas. (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 11)

étnica, epistémica y claro, revolucionaria, esté dotada de contexto histórico y situación cotidiana. A fin de cuenta, nos postramos como los hijos de Caín¹⁰, marcados por esa violencia fundadora, pues Calibán, Trinucúlo, Estefano y la gran bruja Sycorax –*capaz de crear flujo y reflujos*– tuvieron la misma suerte bajo el látigo de Próspero. Que, al cabo de los siglos sus descendientes se doblegaron ante las mismas fuerzas que él, y el resto de la aristocracia y burguesía, habían desencadenado en la colonización de los mundos y la mercantilización de la vida. La lógica de dominación desplegada por el proyecto civilizatorio del patriarcado productor de mercancías se desarrolla, por tanto, en una doble contradicción donde todos somos sometidos a la ley universal del valor a tiempo que participamos en su reproducción. “El anhelo de igualdad en el capitalismo es explotarnos a todos por igual.” (Centro de Análisis Multidisciplinario 2018)

II.

Con esta primera aproximación a la situación y contexto en el que se construye el trabajo, damos pauta a la primera de las principales tensiones de la obra en su totalidad. El problema de la Modernidad, la violencia, la violencia revolucionaria y la emancipación humana. Se reconoce por *el genio que escapó de su botella*, al sueño de igualdad política y económica que propone el discurso moderno. Cuyas expresiones artísticas, literarias y musicales, solo por citar un ejemplo, han hallado en el romántico anhelo de igualdad que propone el tránsito en la ciudad burguesa toda una inspiración, donde despojados de títulos y coronas, por un momento se fractura –no por qué deje de existir– el marcado orden de convivencia y, pese a las diferencias concretas en las telas y calzados que cubre a cada uno, por un instante, no son ni dioses ni gigantes, ni reyes o burgueses, tan solo son, transeúntes de una misma ciudad. El caso es que nunca hubo tantos medios y modos para la satisfacción, creación y recreación de la más amplia gama de posibilidades para

¹⁰ “Sólo sobreviven los hijos de Caín –escribió Francisco Alberoni–. Abél, la sabiduría bíblica nos lo ha dicho, está muerto. Sólo ha quedado Caín, y nosotros somos su progenie. También en la evolución, todos los que son como Abél están muertos. Con Abél no se habría desarrollado la vida. Y entonces, ¿cómo se puede seguir repitiendo que Abel era el bueno y Caín el malo? Una moral que parta de los intereses y de las necesidades, que quiera favorecer la vida, se encuentra en serias dificultades para considerar buena la renuncia, la mansedumbre y el mero amor incondicionado” (Alberoni, 1993: 13). Por consiguiente, somos hijos de quien se ha demostrado capaz de sobrevivir. Quien se ha comportado de otro modo, ajeno a las leyes de la evolución, ya no puede ni hablar [...] La agresión es un mecanismo evolutivo y por ende ayuda a la conservación del individuo y al proceso de selección de las especies. Efectivamente, la agresión es un fenómeno natural requerido incluso por la vida misma. En este sentido, la agresión no es destructiva, es constructiva puesto que está dirigida a la salvaguarda y la evolución de la especie. La biología nos enseña que los efectos perjudiciales terminan por quedar limitados por ciertos “mecanismos de contención”, igualmente innatos”. (Taboada 2010, 38)

las necesidades y deseos sociales. No es correcto hablar de escasez y postescasez hablando de las sociedades antediluvianas (precapitalistas) frente a la moderna sociedad patriarcal capitalista, puesto que la “escasez” es siempre y en todo lugar una categoría política y económica al igual que la necesidad, es decir, relativa en cuanto a los diversos modos de las formaciones socioeconómicas a lo largo de la historia y sus capacidades productivas específicas (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022). Así, no solo se evita pensar en la falaz comprensión de que el desarrollo tecnológico es por sí mismo la vía de emancipación humana al trabajo y la necesidad. Por el contrario, observar que la dialéctica que acompaña a la siempre cruel y violenta expansión del proyecto moderno y los procesos de modernización han engendrado pues, como diría Marx y Engels, *a sus propios sepultureros* (Marx y Engels, Manifiesto del partido Comunista 1847).

La dialéctica interna entre *modernidad* y *modernización* como proceso revolvente de sí mismo, dio comienzo a la búsqueda de los caminos de utopía y emancipación en la sociedad occidental. No obstante, en nombre de la libertad y la propiedad, el devenir de la modernidad erigió con sangre y destierro la tierra y los medios de reproducción de la vida de la mayor parte de la población, entregándose a las manos de, nos cuenta la anécdota de Adam Smith, *la aborradora minoría elegida*. Por lo que, me pregunto si ¿acaso este planteamiento teórico tan retomado hoy en día es una justificación para la violencia económica sistémica o, por el contrario, el pobre es pobre por qué quiere? Además, de manera subsecuente a nuestra irónica cuestión, se pregunta Katrine Marçal— en la muy interesante obra con el mismo título —*¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?* (Marçal 2016) Comprendiendo que el génesis y desarrollo de la Modernidad no solo está cimentado en la escisión y transformación de los medios de trabajo de las masas trabajadoras en medios de producción para el capital, además, avanza y se desarrolla escindiendo a las corporeidades a sus absolutos binarios en una concreta división sexual y social del trabajo, bajo un régimen patriarcal heteronormado; y por sobre la vida en sí, se impone el reino de la mercancía¹¹. En tanto sus

¹¹ “El “espíritu de la utopía” no nació con la modernidad, pero sí alcanzó con ella su figura independiente, su consistencia propia, terrenal. Giró desde el principio en torno al proceso de modernización, atraído por la oportunidad que éste parecía traer consigo —con su progresismo— de quitarle lo categórico al “no que está implícito en la palabra “utopía” y entenderlo como un “aún no” prometedor. La tentación de “cambiar el mundo” —“cambiar la vida”— se introdujo primero en la dimensión política. A fines del siglo XVIII, cuando la modernización como Revolución Industrial apenas había comenzado, su presencia como actitud impugnadora del ancien régime era ya indiscutible; era el movimiento histórico de las “revoluciones burguesas”. La Revolución vivida como una actividad que tiene su meta y su sentido en el progreso político absoluto: la cancelación del pasado nefasto y la fundación de un porvenir de justicia, abierto por completo a la imaginación. Pronto, sin embargo, la tentación utopista fue expulsada de la dimensión política y debió refugiarse en el otro ámbito del

ideólogos, inscritos en su empresa fáustica por desencantar y reclamar el mundo, proclamaron la reproducción de la vida en términos de la acumulación y extensión del capital, *desarrollo* y *progreso* le llamaron. En su acusación contra lo atávico, la empresa histórica civilizatoria de expresión autoafirmadora definió que, la piel y el género marca la delgada línea del *civis*. Sus soberanos, del cuerpo y territorio, normalizan y definen los límites de la Otredad como latigueros de lo subalterno. Así el proceso de largo aliento que erige el desarrollo histórico del capital y todos los Estados-nación del sistema mundo capitalista en más de 500 años se configura, en su último periodo bajo la lógica de:

“el sacrificio general de la totalidad social, ya operante en el siglo XIX, alcanza en el siglo XX un modo inusitado de poner en juego todo tipo de resultados nocivos autodestructivos, lo que adicionalmente también crea nuevas maneras de controlar la rebeldía anticapitalista y prohibir cualquier posibilidad subjetiva de revertir el orden del capital [...] Esta manera de perfeccionar la dictadura del capital entrega una capacidad inédita para escapar históricamente de una forma cada vez más osada de sus propias contradicciones. De ahí la manera sorprendente en que este modo de sometimiento integral de toda la riqueza lo comparten y perfeccionan” (Coordinadores. Andrés Barreda Marín, Lilia Enriquez Valencia, Raymundo Espinoza Hernández 2019, 27)

La *modernidad capitalista* como concatenación histórica del devenir occidental, representa una realidad *paradójica*, contenida de su contrario, donde, la *violencia* se presenta como un fenómeno contingente e inmanente a la vida social, reflejo del proceso de acumulación y, análogamente es, el siempre inconcluso proyecto patriarcal de modernidad, que como indica Marx, “en la sociedad capitalista la violencia se vuelve la mayor potencia económica” (Marx, *El capital: crítica de la economía política I* 2015). Por lo tanto, siguiendo con la teoría crítica y la crítica de la economía política, propongo como hipótesis que, la reproducción de la vida social se ve intrincada pues, a través del ordenamiento *relacional* de la experiencia cotidiana, en una cadena de significaciones mediada simbólicamente por la ideología del régimen patriarcal, la experiencia colonial, y el modo capitalista de producir, en un proceso histórico, deducible con fines analíticos y explicativos, en la categoría de proyecto civilizatorio moderno, al que Immanuel Wallerstein define –bajo su relectura de Braudel y Marx– como *sistema mundo capitalista* fundamentado en una *economía-mundo capitalista*. Una experiencia marcada por la violencia, la escisión y la conquista; que serían pues, procesos producidos histórica y socialmente. Lo que construye la lógica que ordena

progresismo absoluto, el de la potenciación de las capacidades de rendimiento de la vida productiva.” (Echeverría 2011, 68)

la mirada patriarcal correspondida por la lógica de producción capitalista. Pero que todo ello, puede ser transformado.

Por tanto, la aproximación al estudio dialéctico de la violencia como producto de un proceso y viceversa, producción de un proceso. Ha de atender de misma manera a una reflexión amplia y transversal del sujeto desde el estudio de una crítica de la economía política de la violencia. De forma que podamos establecer la relación violencia-espacio/tiempo-sujeto como producciones sociales que, a su vez median las concepciones ideológicas, gestionan causas y medios del mismo modo como justifican fines para la praxis política-económica; acopladas hegemónicamente en la trama histórica del progreso y desarrollo. Pero también resguardan la posibilidad de producirse desde otros sitios, momentos, lugares y conciencias. Pues la razón de la normalización en la experiencia cotidiana de la violencia y la violencia cruenta en la actualidad, es consecuencia de su operación iterada en las distintas esferas en que se organiza así la mirada y la experiencia cotidiana, bajo un principio ideológico en permanente tensión con la muerte que, al cabo de los años de misma manera al biopoder (Foucault, *Microfísica del Poder* 1992) se ha añadido la necropolítica a los circuitos de acumulación de capital y por ende a la inteligibilidad del Estado (Mbembe 2011), procesos con los que llegamos al escenario contemporáneo, en el cual la violencia extrema se añade a la lista de amenazas con las que convivir.

La reproducción violenta del modo de producción y acumulación capitalista en relación con el régimen patriarcal denota una clara explotación (de la mercancía fuerza de trabajo) y uso perpetuo de los estados de agresión y agresividad durante el tiempo de trabajo y la convivencia cotidiana en los centros de masas, basta solo con visitar una ciudad en sus “horas pico”, comprensible cuando se sabe que durante la jornada de trabajo existe una práctica permanente de apropiación del trabajo vivo e histórico de las masas trabajadoras, una segregación, escisión sexo/genérica, discriminación, persecución y claro, ejecución de la denominada –por el sistema hegemónico– población excedente. Eclipsando el sentimiento cognoscitivo-situacional que resulta ser la violencia en el mundo *contable*, el mundo de las palabras y las cosas, una constante sistémica, atribuyéndose las cualidades económicas y políticas provistas por el saber poder sobre la vida y la muerte, porque si bien es una decisión individual el tirar del gatillo, o, explotar a media avenida o en el hogar, también cabe decir que, a cifras de 2020, hay aproximadamente 650 millones de armas de fuego en reserva de civiles y que estas, no se produjeron solas, además que el daño social es inmenso, las ganancias son privadas. A fin de cuenta, impera una economía de

la violencia –por supuesto fundamental para entender dicho modo de producción y reproducción– la cual ordena las relaciones espaciales humanas a fin de permanentemente dominar al Otro. El sueño Hobbsiano de una sociedad orquestada por las espadas y el *Leviathan* devela su carácter mortal, pues el *dios terrenal* parece arrodillarse cada día más a la banca, a rezar por una extensión de crédito.

Es acusada la dominación de la naturaleza y lo Otro en el discurso moderno, de inmanente al género humano, al mismo tiempo que se integra en una lógica de eterno progreso y crecimiento, la exégesis de las leyes de mercado. De esta forma en la sociedad Moderna tanto cabe en un jarrito llamado violencia, pues, sublima causa y consecuencia de las condiciones históricas de opresión, sintetiza la relación agresión-agresividad bajo la estructura simbólica histórico cultural hegemónica, da nombre a lo inefable, al desgarrar y el trauma. La violencia, se revierte a su condición ontológica e históricamente contingente al proyecto civilizatorio occidental de modernidad; entonces, en la mirada moderna, no podemos escapar. Mas, pensando revolucionariamente tratándose siempre de un proceso humano, este puede ser transformado.

Una vez planteado el *progreso* como un inequívoco del movimiento universal en el ideario social hegemónico capitalista y, elevando las categorías de *mercado* y sus *leyes* como principios casi teológicos para el ordenamiento espacio temporal mundial, vinculándole a la expansión industrial como parte de la misma trama del progreso modernizador; la economía política, incluso la denominada crítica, pensó en la reproducción del *humano particular*, mas no en el desarrollo *positivo* del “*individuo*”¹². Es decir, como consecuencia contradictoria del proceso mismo de desarrollo de modernidad capitalista industrial y atomizada orientado en un sistema de poder sexo-genérico, que no hizo, sino generar nuevas formas históricas de dominación superando algunas de las contradicciones, pero preservando y creando nuevas contradicciones y derechos¹³. Fenómeno del que ningún proceso de lucha emancipatoria podrá evadir. Lo que

¹² “Por consiguiente, un individuo es un hombre que se halla en relación consciente con la genericidad y que ordena su vida cotidiana con base también de esa relación consciente con la genericidad –evidentemente en el seno de las condiciones y posibilidades dadas. El individuo es un singular que sintetiza en sí la unicidad de la particularidad y la universalidad de la genericidad. (Heller,1977, pág. 55)

¹³ La discusión en torno al Derecho, particularmente y con mayor profundidad al Derecho occidental por parte del feminismo, nos coloca en la escucha de comprender al Derecho moderno como una forma o expresión de una forma concreta de dominación basado en un sistema sexo-género como lo demuestra Kate Millet en su obra “Política sexual”. De mismo modo, entendido específicamente sobre esta corriente del feminismo, Celia Amorós sugiere bajo la categoría de “vindicación” el Derecho moderno reprodujo su propia negación en la forma de

paradójicamente coloca una valiosa visión de la violencia como potencia, es decir, con la capacidad creadora de Derecho también se nos presenta como límite, es decir, como fuerza conservadora. Debate que ha fascinado a gran parte de los estudiosos del poder y las corrientes deconstructivistas inclinándose en mayor medida por el carácter conservador de la violencia al momento de enunciarse. Esta contradicción del Derecho y la Violencia ya es señalada desde antes de la publicación de los apuntes “Para una crítica de la violencia” de Walter Benjamín en 1921 (Benjamin, Para una crítica de la violencia y otros ensayos 2001), por ejemplo, las discusiones dadas en torno a Marx y Kropotkin y la categoría de “dictadura del proletariado” décadas antes de la revolución de octubre. Sin embargo, es bajo una sagaz mirada *caleidoscópica* de Benjamin donde tomamos punto de partida para definir, como antes hemos dicho, a la violencia no en términos morales, sino éticos. Al comprenderle como proceso y producto, no solo como acto. Pues, se dice que para que exista una historia se necesita cuando mínimo, tiempo, espacio y acción. Así pues, la violencia como potencia o fuerza creadora tampoco debe abandonar el sentido dialéctico del que también resulta de ser, al mismo tiempo, una fuerza destructiva.

Determinada la *mirada* del sujeto moderno bajo una representación binaria de las significaciones (opuestos), una metafísica de la presencia como base de la realidad occidental permanentemente *tensa* con la muerte y en oposición a la vida. Va emergiendo, por tanto, de las entrañas del ideario capitalista las concepciones para justificar las relaciones desiguales entre mercados capitalistas a escala global (*desarrollo/subdesarrollo*) como para las desigualdades entre individuos. Ya tenemos desde Tomas Hobbes quien considera que no existe un acuerdo real entre las personas sino es a través de las espadas, hasta sus expresiones más contemporáneas que han redirigido su credo al mercado, llegan a sostener que la desigualdad es un problema de envidia, así como la anécdota de Smith y los ahorradores. Es pues, en su conjunto una justificante ideológica para la expansión permanente del capital bajo el trípode discursivo de *moderno-atávico, progreso-atraso, desarrollo-subdesarrollo*. Que atraído el hombre moderno por las tentaciones de Mefistófeles –quien convoca a las fuerzas del averno y la destrucción cada ocasión que se le llama– simultáneamente, se aventura en el proyecto fáustico por desmitificar y develar de sus encantos el mundo entero. Concluyendo su misión histórica de “develar”¹⁴ los encantos y dejar

lucha feminista, siendo que, uno de los deberes históricos de lucha de las mujeres sería pues el de “iluminar la ilustración”. (Amóros 1997)

¹⁴ “Aquí la oposición básica de Marx es entre lo viejo y lo desnudo coma y lo oculto, velado, cubierto. Esta polaridad, tanto en el pensamiento oriental como en el occidental simboliza en todas partes la diferencia entre un mundo real y otro ilusorio. En la mayor parte del pensamiento especulativo antiguo y medieval, todo el mundo

al desnudo *esa verdad recién descubierta*, en un proceso concreto de expansión de dominio y acumulación infinito de capital, negando a su vez lo atávico como se niega a sí mismo el movimiento perpetuo atado a la reproducción material (Berman 1989). Más necesitando de la vigencia de su contrario como mecanismo de legitimización. Es decir, tal como ha señalado Marshall Berman en su relectura del Manifiesto Comunista y la descripción de Marx y Engels de la sociedad burguesa descritas en la icónica expresión con la que definen el espíritu moderno, para el cual: “Todo lo solido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se verán forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones reciprocas” (Marx y Engels, Manifiesto del partido Comunista 1847). Hallando en la fuerza evanescente de la modernidad tanto los límites y contradicciones con las que se ha desplegado el proyecto civilizatorio, pero también, las posibilidades y capacidades emancipatorias genéricas, no solo el trauma suscitado de la muerte o abandono de Dios, puesto que ahora sabemos que todos los dioses rezan a la banca, ¿será que por fin podamos producir para todos todo entre todos?

Queda pues, como parte del desenvolvimiento histórico moderno, la necesidad de justificar ideológicamente el exterminio de comunidades enteras (formaciones socioeconómicas no capitalistas), mujeres, migrantes, pobres, etc. Construyendo narrativas alrededor de los sujetos abstractos e ideales, como “víctimas”, “grupos vulnerables” o “monstruos”; enajenados del sujeto concreto, es decir de sus necesidades, deseos e identidades en contexto, momento y sitio particular e histórico, entramado en una generalidad, que como ya hemos instituido, violenta. Una misión sin final, donde *la ley del valor* aliena la moral cotidiana, transformándonos a todos y todo en objetos de intercambio. El proyecto emancipatorio de gran escala aludido a la concepción auto desarrollista de la modernidad y las fuerzas infernales de la división social del trabajo sublimó el mundo de las necesidades, a la producción descomunal de valores y valores de uso para el mercado. Revirtiendo el principio de la producción como medio para la

de experiencias sensorial aparece como ilusorio –el velo del maya hindú– y el mundo verdadero es considerado accesible únicamente a través de la trascendencia de los cuerpos, el espacio y el tiempo [...] La transformación moderna, que comienza en la época del Renacimiento y la reforma, coloca estos dos mundos sobre la tierra en el mundo falso aparece como un pasado histórico un mundo que hemos perdido (o que estamos perdiendo). en este punto surge un simbolismo nuevo las ropas se convierten emblema del viejo e ilusorio modo de vida; la desnudez pasa a significar la verdad recientemente descubierta y experimentada; y el acto de quitarse la ropa se convierte en un acto de liberación espiritual coma de hacerse real.” (Berman 1989, 103)

satisfacción de necesidades, en producir para la obtención de ganancias. Pues existimos donde las leyes de la selva son las del mercado.

Como una premisa antropológica, se parte de la comprensión del ser humano como ser natural, este se desarrolla histórica y biológicamente de modo particular, tal como la propia vida en su complejo despliegue y formas. No obstante, producto del desarrollo histórico social, produce a través de la reproducción ordinaria de la vida, lo que la escuela de Frankfurt, siguiendo con la tradición aristotélica, denomina como; “segunda naturaleza” a la vida social creada por las relaciones comunitarias en un determinado espacio¹⁵ que no es sino la negación de la negación de “lo natural” (Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* 1998). No abandona, en dicha interpretación su determinación biológica, como ente físico-biológico. *Máquinas deseantes*, nos recuerdan Deleuze y Guattari (Deleuze y Guattari 1985). No obstante, de modo particular, el humano busca su objetivación primaria en el lenguaje y el trabajo¹⁶, ambas determinadas social e históricamente. “*El ser humano sería un animal político porque, a diferencia de los demás animales, debe tenerse a sí mismo como objeto de transformación, porque está obligado a autorrealizarse, a configurarse a sí mismo, a elegir entre distintas posibilidades la forma de ciudad concreta, de polis, de comunidad identificada, que van a tener las relaciones sociales que posibilitan su existencia*” (Echeverría 2011, 414). Construyendo así, las formas de subjetivación, la *verdad* y sus discursos, una concatenación a la que podría definirse como *Mundo entero* o “*realidad*”, de ahí encontramos la forma singular del *ser* como proceso de subjetivación, como categoría analítica me referiré a él como *Humano particular* históricamente sustanciado: *sujeto* (Heller, *Sociología de la vida cotidiana* 1977).

¹⁵ “Puede decirse entonces que lo político tiene que ver con la identidad en este sentido esencial. Lo político está en la capacidad que tiene el ser humano de decidir sobre sí mismo, sobre sus formas de convivencia. Capacidad que se ejerce necesariamente en un proceso de adquisición de una consistencia concreta para su vida cotidiana, de creación de identidades. Ahora bien, las identidades pueden ser concebidas como subcodificaciones del código de la existencia humana, como dispositivos que particularizan, que dan una singularidad al código general de lo humano. Podría decirse que no existe algo así como “lo humano” en general; que el código general de la humanidad no se da de manera directa, de manera inmediata; que lo humano siempre se da de manera identificada, siempre mediante la perspectivización, el “estilo” o la coloración que le otorga la presencia de una sobredeterminación determinada por un sub-código. En este sentido, puede decirse que todo uso del código lingüístico o del código del comportamiento práctico, todo uso del código de lo humano es un código en el que se repite, se reproduce o cultiva la subcodificación que identifica a ese código. En cada acto productivo y consumativo, en cada comportamiento lingüístico de los individuos sociales, está lo que podría llamarse la reproducción de esa identidad, el cultivo de esa identidad” (Echeverría 2011, 415)

¹⁶ “No existe autoconservación humana sin autoexpresión; la consciencia del yo en cuanto síntesis específica surge mediante una serie de objetivaciones (incluso la satisfacción de las necesidades vitales en el ser humano no tiene lugar sin objetivación). Las objetivaciones primarias son, en este sentido, el trabajo y lenguaje” (Heller, *Sociología de la vida cotidiana* 1977, 38).

Los caminos de utopía del siglo XX hicieron un llamado a la vías revolucionarias de la historia, emanaron de ellas una vez más, las fuerzas infernales de la transformación, la catástrofe, la gran marcha. Los oprimidos y subalternos fueron lanzados al derramamiento de sangre, convocados por la responsabilidad de reconocerse como sujeto histórico, *negar* y *sintetizar* el devenir del movimiento del *ser genérico universal*, la historia. El medio concreto para conseguirle, la *violencia revolucionaria* y la toma del poder del Estado. En su despliegue, bajo su propia contradicción, creó la expresión de desarrollo económico (capital social) como sentido de desarrollo general –visión propia de la modernidad– así se intrincó el proyecto revolucionario con la sombra del peor de los monstruos, aquel que afirma, “el pueblo soy yo”. Entregando la aureola revolucionaria de la emancipación humana al desarrollo del “capital social” (sin capital privado en la URSS) y las fuerzas productivas generales (Coordinadores. Andrés Barreda Marín, Lilia Enriquez Valencia, Raymundo Espinoza Hernández 2019) . Concatenando la lucha imperialista en la hecatombe de mitad del siglo XX. Así, de la apertura dada por “la imaginación al poder” de 1968, caminamos hasta el fin de siglo XX, donde acaba la historia y empieza el mar. El muro que derrumbó la ilusión de progreso del ideario social y nos sumergió en la pesadilla universal del capital.

El desarrollo histórico de lo que se ha comprendido como cultura occidental, no solo ha culminado en el despliegue histórico de un proyecto civilizatorio de corte mundial que no duda en exterminar poblaciones enteras en nombre del progreso y desarrollo, o bien, en sus versiones más atávicas, erradicar el mundo de sus demonios, brujas y salvajes; conjuntamente, ha conseguido desarrollar un mundo objetual de valores de uso y sistemas de uso –como los burgueses se han referido a sí mismos de proporciones hercúneas¹⁷–, correlativamente a la reificación de la relación sujeto-objeto bajo la ontología del objeto-objeto. El costo de la producción inmensa de riqueza material en la sociedad moderna ha sido el de revertir al mundo en mercancía. Con ello no pretendo decir que una compense a la otra, por el contrario, considero siguiendo la tradición crítica del valor y el materialismo histórico, que son expresiones de un

¹⁷ Sería un error considerar el mito de Hércules y la hidra meramente como un ornamento de Estado, un tropo clásico en los discursos, un adorno de un traje de ceremonia o un símbolo característico de una educación clásica. Por ejemplo, Francis Bacon lo utilizó para establecer la base intelectual de la doctrina biológica de la monstruosidad y para las justificaciones del asesinato, que tienen en sí mismas la semántica del eufemismo latino —debelación, extirpación, trucidar, exterminar, liquidación, aniquilación, extinción. Citar este mito no suponía simplemente utilizar una figura del lenguaje, ni un concepto de comprensión analítica; se trataba de imponer un anatema y una sentencia de muerte. (Peter Linebaugh, Marcus Rediker 2005)

mismo proceso histórico de largo aliento, marcado por el anhelo de desencantar al mundo; ha resuelto en la producción de un espacio social contingente, mistificado para sí, bajo el antes ya mencionado modelo neurotípico de reproducción psicosocial, la sujeción de sujetos alienados a la valorización del valor, máquinas deseantes de producir valor. Fetichizando la totalidad de las relaciones sociales a la aureola de la mercancía ordenada y vigilada por la mirada patriarcal. Ordenando, pero con mayor profundidad, diferenciando, los espacios sociales y el habitar singular en función del ingreso y el consumo. Sistema inter e intra seccionado por la violencia, el terror y conquista; encarna en el centro de las sociedades modernas, la posibilidad material del exterminio y el holocausto (Feirstein 2020). Por lo que, la capacidad productiva de la violencia revolucionaria ha de ser convocada en aras de romper con los ciclos de violencia generadora y conservadora de derecho.

Asimismo, la caída del telón de acero implicó para la lucha antisistémica nuevas expresiones prácticas de resistencia, sumergidas en el desasosiego de la hegemonía del capital y su aparente triunfo sobre el proyecto político revolucionario. De este modo, a pesar de que la lucha emergía respondiendo a un llamado de *terror* por la tormenta capitalista, lo *sinistro*, no obstante, no era aquello que avanzaba masacrando, separando, diferenciando y estandarizando, sino los parias de la modernidad, definidos por los teóricos de los márgenes como *periferia* y *subalternidad*. Quienes optaron por formas de resistir, desde vías hacia la identidad, emprendieron la construcción de microhistorias y explicaciones de la totalidad desde sistemas lingüísticos-telemáticos; en otra expresión se planteó el refugio en lo vernáculo, lo original y puro. Consecuentemente se colocaron en una jaula con travesaños de significaciones, cadenas simbólicas donde la realidad es una escena, con diálogos y narrativas ya escritas. Así solo somos actores (víctimas-victimarios) de un *abí* ya preestablecido, bajo esta tesis, el peor de los “criminales”, es aquel que sueña con cambiarlo todo.

Derivando de modo paradójico, en situaciones tan arcaicas como vivas, contenientes en sí la capacidad de su propia negación, ejemplo contemporáneo: desarrollo-subdesarrollo, progreso-atraso, opresión-liberación. No obstante, el dinosaurio del capital y las huellas del régimen patriarcal siguen ahí, derramando sangre, cortando cuerpos y arremetiendo contra la vida misma. El cual, ante este escenario, hace de la violencia, como decíamos en un principio, una de las más grandes urgencias de nuestro tiempo.

En respuesta, nos dice Silva Federici que, desde Marx, es una reflexión compartida entre quienes estamos convencidos que la primera tarea de la humanidad es la construcción de una alternativa a la sociedad moderna capitalista, es necesario estudiar su génesis¹⁸ (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015). En este sentido, el presente trabajo pretende dar continuidad a esa tradición, valiéndome de ciertos elementos metafóricos y literarios para explicar un proceso complejo y contradictorio. Con ello no se ha de decir que la historia sea un tema ya acabado o que sea guiada teleológicamente, sino, con miras más humildes quisiera coadyubar a la construcción de una historia crítica del poder, en favor y a servicio de quienes son lxs eximidxs, lxs dominadxs o lxs invisibilizadxs. Que denuncie –porqué nunca es suficiente hasta no cumplir con el objetivo– la barbarie, los crimines y la violencia viva e histórica, ejercida en el sistema patriarcal productor de mercancías. Por ello en un intento Walter Benjaminiano de ver la historia con otros anteojos, quisiese reconocer ese mesianismo oriental con el paradigmático utopismo occidental. Reconociendo una historicidad crítica, como clave para el estudio de los sujetos sociales que interioriza y sintetiza en su experiencia la dialéctica entre memoria y utopía. Capaz de discernir de la historia del poder y se coloque solidariamente a servicio de lxs oprimidxs.

¹⁸ “El utopismo occidental, en el sentido último de la palabra, consiste en una determinada manera de estar en el mundo en que vivimos; de vivirlo como un mundo que normal o efectivamente es imperfecto, incompleto, “inauténtico”, pero que tiene en sí mismo, coexistente con él, una versión suya, perfecta, acabada o “auténtica”; una versión, además, que debería estar siempre en el lugar o la dimensión de lo real, pero que no está allí, que no tiene lugar más que en aquellos momentos en que el ser humano merece su status ontológico excepcional, es decir, está a la altura de su destino. Este mundo perfecto que está allí como posibilidad del mundo actual, y que es coextensivo a él, constituye el fundamento de una crítica espontánea de lo establecido; es en cierta medida una especie de exigencia objetiva, que le pide transformarse radicalmente o quitarse del lugar de lo realmente existente para ponerse él allí. La percepción del mundo como esencialmente perfectible es propia del utopismo occidental. La percepción del mundo como una realidad que tiene en sí misma otra dimensión, virtual; una dimensión mejor, que “quisiera” ser real pero que no lo puede ser porque el plano de lo efectivamente real está ocupado, aunque defectuosamente. El utopismo occidental y el mesianismo judío son dos modos completamente distintos de vivir la evanescencia de lo dado, de estar en la realidad, pero cuestionándola, trascendiéndola, de vivir la riqueza cualitativa del mundo como metamorfosis. Dos modos completamente distintos de vivir la evanescencia de lo dado, de estar en la realidad, pero cuestionándola, trascendiéndola. En ambos se vive la riqueza cualitativa del mundo como una metamorfosis, pero mientras en el primero, en el utópico u occidental, ella acontece como un cambio de apariencia por parte de las sustancias, en el segundo, en el mesiánico o levantino, ella tiene lugar, a la inversa, como un cambio de residencia por parte de las formas. El primero, el utopista –que provendría tal vez de los pueblos atados a un territorio– ve en lo que está allí, en lo actual o establecido, una versión disminuida de otra cosa que, sin estar allí, podría estarlo. El segundo, el mesiánico –que viene seguramente de los pueblos nómadas– ve en lo que está allí, en lo actual o efectivo, la porción de pérdida que algún día o en alguna otra parte habrá de recobrase.” (Benjamin, Tesis sobre la historia y otros fragmentos 2008, 25)

El estudio que se le dará a la historia a lo largo de estas páginas, parte de la comprensión de la realidad como un proceso complejo y contradictorio. Donde la emergencia o aparición de una lógica que articule o marque alguna tendencia, no suprime ni elimina el capricho ni el azar, a fin de cuenta la experiencia particular es así misma una estructura contradictoria. Bien es cierto que, cada formación social dará sentido de continuidad a su proyecto histórico comunitario, dotándole de contenido en la producción de la vida cotidiana y los modos de relacionarse entre sí y hacia los otros, también es cierto que, el orden común del sistema hegemónico global es el de una economía mundo capitalista, por tanto, es necesario transformar todo el sistema mundial.

Durante principios del siglo XX, las ideas del relativismo cultural tuvieron un auge muy importante para la antropología, aunque en las conclusiones “sutilmente” se aludía a la supuestamente evidente superioridad occidental. Por ejemplo, el antropólogo de la burguesía Levi-Strauss, aparentemente reivindicaba la particularidad de cada formación socioeconómica y se inscribía como un teórico del relativismo cultural, a pesar de ello; enunciaba a la sociedad occidental como “superior” o como la fase ulterior del desarrollo humano. No es casualidad que simultáneamente, los economistas vulgares de los países del centro económico en el mismo periodo construían los cuerpos categóricos de economías de guerra imperialista, impulsados en el paradigma de la demanda agregada apalancada en grandes complejos militares industriales¹⁹. Que son a fin de cuenta aparatos ideológicos diseñados para justificar la llamada superioridad moderna, así como el exterminio de más de 60 millones de trabajadoras y trabajadores (reclutados en su mayoría a la fuerza) de las distintas naciones en guerra y no guerra. Además, de cientos de miles de infancias, mujeres, disidencias, parias y desposeídos, masacrados, encarcelados y abusados. En torno a una guerra que solo la clase dirigente aclamaba con fervor.

De aquello podemos decir que, todas las sociedades crean las condiciones materiales para su propia reproducción, sus mitos, sus instituciones, lenguaje, técnica-tecnologías, procesos dialécticamente relacionales de eventos singulares que se desarrollan en una genericidad compleja producto de la totalidad de dichas relaciones, a la que se le suele conocer como realidad social.

¹⁹ Véase el caso del New Deal norteamericano, la política Marshall y el complejo industrial-militar del presidente Eisenhower corresponden a la así llamados años dorados del capitalismo que culminan en la década de los años 70's, tras 50 años de crecimiento económico sostenido además de una guerra mundial y una expansión colonialista norteamericana. Algunas interpretaciones como las de Andrés Barreda, ubican este mismo periodo como el momento histórico de imposición imperialista de Estados Unidos del automóvil a nivel mundial y la producción de la hegemonía petrolera.

Estas a su vez, son formas alienadas de la vida cotidiana –punto de encuentro entre los elementos simbólicos reproductivos y la materialidad productiva– a una división social del trabajo históricamente marcada y, simbólicamente denotada. “Nos recuerda el materialismo histórico, la Humanidad no es una especie animal: es una realidad histórica” (Beauvoir 2016, 53), por lo que la reproducción de la genericidad atañe a la relación que guarda la organización de la producción con la forma de reproducción.

Las ciencias encargadas de estudiar los modos humanos de relacionarse, producir, reproducir y desarrollarse históricamente, las han de estudiar a modo de develar y coadyubar a la superación o transformación de la realidad social y sus contradicciones. En la medida de una visión ética por formaciones socioeconómicas distintas a la individual y la propia en sí misma. Donde, la comprensión antropológica de genericidad compone a la totalidad de las relaciones sociales particulares, y el todo se revierte a su vez en una forma transformadora de sí. Hablamos de la fuente o capacidad creadora que tiene la humanidad, encaminada por la dialéctica de las capacidades y necesidades. De este modo, la realidad, como todo fenómeno o problema social, constituirá un carácter singular y único, aunque bien entrelazado a la totalidad de las relaciones sociales, una genericidad que articula los elementos simbólicos, lingüísticos y materiales y den sentido a la existencia cotidiana. Una relación dialéctica entre el carácter subjetivo y objetivo de la concepción espacio temporal del sujeto y la sociedad. Encontrándose allí el problema intrínseco al momento de construir o reconstruir la historia, el lugar, el momento, la perspectiva y el enfoque. Por tanto, la conciencia de la historicidad y la toma de partido será, menester para la reflexión desde cualquier área del conocimiento social.

La falsa idea de la neutralidad del saber es solo una narrativa que enmascara las relaciones de dominación. Sin embargo, en oposición a las interpretaciones posmodernas del sujeto – su papel y relevancia como categoría política y de estudio –, en el presente trabajo hemos de coincidir con las propuestas que apelan por la re-sustantivación y resignificación del sujeto social (sujeto-político), en la medida del reconocimiento del carácter intrínsecamente social que representa la subjetividad particular, realizado pues, en la praxis concreta con la que se ordena el espacio cotidiano y la realidad social.

La *genericidad* por muy general que suene no es, sino la reproducción de infinitas formas sociales singulares, situaciones históricas y particulares en que el humano se desenvuelve en un espacio-

tiempo y comunidad concreta general. Entonces, una noción de heterogeneidad en el ámbito singular, pero homogeneizante en cuanto a las formas de objetivación, que no es otra cosa sino, la producción en general. Lo que retomamos el concepto de genericidad del análisis de Agnes Heller del proceso de trabajo y objetivación del ser humano para sí y en sí, es la introducción del lenguaje. Que, a su vez, parte del análisis dialéctico materialista propuesto por Marx, entendiendo, en su caso, a la categoría *producción general* como una abstracción válida, pues contiene en sí, la noción dialéctica y contradictoria del proceso de producción donde el producto, consumo y producción no son concebidos como idénticos uno de otro, o de modo exógeno a una determinada comunidad que solo produce pensando en maximizar sus beneficios y minimizar sus costos. En cambio, la categoría *general* ha de formar parte del andamiaje teórico del materialismo histórico. La elección de la genericidad parte de concebir a la vida cotidiana y los “micro mundos” de manera de poder relacionarle con las complejidad de las relaciones sociales en general (mercado mundial), y las mediaciones de estas que dan pauta a la vida concreta individual. Es la conclusión lógica de la forma de objetivación de lo general: *el para nosotros y el para sí mismo* (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977).

Por citar un ejemplo, al momento de nacer ya nos encontramos inmersos en una forma comunitaria concreta que, nos ha de proporcionar un determinado lenguaje y objetos ya fabricados con sus medios de uso ya establecidos. Luego, para fines de la reproducción social, estos han de tratar de ser llevados a una homologación de modo que el circuito comunicativo-productivo pueda realizarse de modo efectivo y la actividad pueda realizarse. No obstante, ninguna persona habla igual a otra, ni usa los objetos de un modo específicamente idéntico, así como su producción no se da en “el aire” ni puede usarse de modo completamente arbitrario. Lo que significa es que existe un modo explícito del lenguaje como forma de objetivación para-sí y en-sí, en la que el humano particular da sentido a su propio desarrollo, más este a su vez es definido en circuito para-nosotros. Explicando mejor el concepto, hemos de diferenciar a su vez entre tres momentos de objetivación humana. Producido el despliegue de la naturaleza humanizada, el *mundo de los objetos*; el despliegue simbólico, el *lenguaje*; y la mediación de estas, *el mundo de los usos*²⁰. Lo que de otro modo se puede identificar como la triada de la producción-

²⁰ “El mundo de los usos esta todavía más estructurado que el mundo de los objetos. El tipo de sus estratos depende sobre todo del género de los contenidos que regula, de la amplitud del estrato en que se verifica la regulación, de la fuerza de la necesidad (interés) social que determina la regulación; intervienen además otros efectos secundarios.” (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977, 275)

distribución-consumo. Que no son, sino distintos momentos de un proceso que es la producción en general (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977).

Por tanto, antes de convocar a las fuerzas infernales de la transformación, proclamar la violencia revolucionaria y hacer un llamado a la destrucción de lo viejo por lo nuevo, o bien, inclinarse por una vía alterna o marginal, es de sumo cuidado tener claridad respecto de aquello de lo que Sartre llama, *mala fe*, comprender los límites y repercusiones de la violencia, tanto en la praxis política, como en su extensión y uso en la vida cotidiana, por consiguiente y paradójicamente, nos servirá, para afianzar mejores condiciones de existencia para todos. Pues dicha comprensión es conferir que existe una vida después del origen. Así el origen no es punto determinístico (un ser-ahí) para comprender todo el desenvolvimiento ni su fin en sí mismo. La producción social de la realidad responde, como proceso histórico, a una serie de contradicciones y relaciones dialécticas y dialógicas. Haciendo del registro (consumo) de la violencia en la experiencia cotidiana —particularmente en Latinoamérica— reproducida (distribuida) en la práctica social y espacial como una constante. Siendo, como indica la lógica dialéctica que dice que toda producción es consumo y viceversa, más en la medida en que el consumo determina la producción lo hace en el seno de la misma producción. Tal que, registro es producción de esta, pero como antes hemos dicho, su determinación se haya en la totalidad de la producción. De modo que dicha premisa nos sitúa ante la primera clave teórica sobre la que se desarrollará el resto de la investigación.

De este modo, el presente trabajo mantendrá una vehemente posición antisistémica frente al modo de producción capitalista y el régimen patriarcal colonial, escuchando las críticas de las corrientes poscapitalistas, difiriendo no en tanto del horizonte sino de los medios y modos para alcanzarlo. Es necesario tener en cuenta las radicales condiciones que implica el proceso de transformación de la sociedad. Recuerdo aquí el revolucionario pensamiento del reputado anarquista italiano Enrico Malatesta sobre la construcción de la utopía: *“se puede preferir entonces el comunismo, o el individualismo, o el colectivismo, o cualquier otro sistema imaginable y trabajar en propaganda y el triunfo de las propias aspiraciones; pero hay que cuidarse muy bien, bajo la pena de un seguro desastre, de pretender que el propio sistema sea único e infalible, bueno para todos los hombres en todos los lugares y tiempos, y que se le deba hacer triunfar con métodos que no sean la persuasión que resulta de la evidencia de los hechos. Lo importante, lo indispensable, el punto del cual hay que partir es asegurar a todos los medios que necesitan para ser libres”* (Malatesta 2007, 39). En aras de aportar elementos que contribuyan a la reflexión de la

construcción de distintos caminos de utopías de *producción, reproducción y satisfacción de las necesidades humanas*; contendrá, del mismo modo, un espectro crítico y escéptico ante los distintos horizontes, sin que por ello abandone los principios de la filosofía de la praxis.

En resumen, el sentido práctico de la investigación no reside únicamente en un ejercicio deconstructivista y claro, genealógico de dos categorías, *violencia y modernidad*, que encuentran cause bajo la misma trama histórica. Sino, haciendo uso de un pretendido ejercicio dialéctico que supone un entendimiento de distintas lógicas y, asumiendo las configuraciones de la realidad en su entendido del mundo material-simbólico y sus relaciones sociales [que no encuentran un determinante punto de arranque en alguna interpretación dentro de un cuerpo categórico del sistema lingüístico (que a fin de cuenta organiza la experiencia cotidiana); tampoco es la expresión material la que resulta contingente a la esencia de lo real, del mismo modo, todo no es cultura sino historia y azar en producción social]. Es en la vida cotidiana donde se dispone la continuidad de la expresión genérica humana, condicionada a la situación y contexto histórico, concebible de ser transformado. He ahí que desprende la necesidad de responder a las preguntas planteadas por los primeros modernistas, escuchar la crítica contemporánea y accionar en función de ello, replantear los caminos de utopía y construir nuevos horizontes²¹.

III.

A lo largo del trabajo se trata de incorporar preponderantemente la visión de estas tres corrientes de pensamiento: el materialismo histórico, el estructuralismo/posestructuralismo y la crítica feminista; tratando de llevar un diálogo a través de sus expresiones que me permitan indagar en la problemática general de la violencia y la economía en su sentido teórico-práctico. Una forma de conjuntar la trama interna de *la mano de hierro de la necesidad* con el signo de la violencia y observar una parte de su desenvolvimiento en la trama moderna, colocándonos en el contexto de exacerbación de violencia social. Que como se ha mencionado anteriormente, no pretende agotar su discusión. Por lo que el objetivo general de este trabajo es coadyubar a la construcción

²¹ “La marcha del progreso hace que a las víctimas les parezca que para su bienestar da lo mismo la libertad que la falta de libertad. Según Valéry, a la libertad le sucede lo mismo que a la virtud: no se discute, sino que solo se la olvida y, en el mejor de los casos, solo se embalsama como la consigna de la democracia después de la última guerra. La gente está de acuerdo en que la palabra libertad ya solo puede emplearse como una mera frase; tomarla en serio sería utópico. La crítica de la utopía contribuyó una vez a que la idea de la libertad fuera la de su realización. Hoy en día la utopía es difamada, porque bien a bien, ya nadie quiere su realización.” (Horkheimer, Estado Autoritario 2006, 79-80)

colectiva de una crítica de la economía política de la violencia, y otorgar; de modo general, un pequeño balance de los efectos generados en las últimas décadas producto del proceso neoliberal que nos ayude a comprender el desbordamiento social de la violencia en todas sus dimensiones, ordenado en clave marxista, se entenderán las tendencias históricas como procesos globales y generales, pero que de ningún modo pueden ser idénticos entre sí. “De ahí que sea necesaria una crítica de la economía política de la violencia; no con el objetivo de dar una respuesta conclusiva que abarque todas las aristas del fenómeno, sino de demostrar el estrecho vínculo que hay entre la expansión de las acciones violentas y el colapso del sistema capitalista” (Coordinador Inclán, Daniel 2021).

Por ejemplo, el exterminio y genocidio han sido prácticas observables en distintos momentos del desenvolvimiento histórico del capitalismo, que, en efecto, podemos afirmar que han variado cualitativa y cuantitativamente a través de los siglos y sociedades. Pues, no podemos comparar ni en medios ni forma, el exterminio cometido durante la colonización de América y África, con las formas industriales de genocidio acontecidas en el siglo XX. Mucho menos con los procesos genocidas contemporáneos. Por tanto, el eje articulador de lo que se ha propuesto como un diálogo entre distintas corrientes y posiciones teóricas para la articulación desde la crítica de la economía política es; la comprensión dialéctica del valor de la muerte, concretamente la ganancia generada del cuerpo muerto y su relación con la producción de las condiciones necesarias para garantizar la acumulación general de capital. De modo de no caer en un vaciamiento ecléctico o una desfiguración conceptual. Retomamos la premisa marxista de población y población excedente, así como los innumerables estudios derivados, para situar la violencia, y claro, la violencia mortal, tanto condición necesaria para la acumulación en su conjunto, como medida contrarestante a la caída general de la tasa de ganancia. Reinsertando a la premisa de la violencia como práctica política de un determinado Estado de Derecho, que en el contexto del capitalismo hemos de esbozar bajo el concepto de *contrato sexual social fáustico*, donde lo que impera es la ley del valor que se valoriza.

Desarrollando para ello dos categorías centrales: la producción social del espacio-tiempo y la producción social de la violencia, coincidiendo con la visión de un largo aliento histórico de la violencia (patriarcal, clasista y racial) y, situada en un tiempo y espacio concreto en determinadas

condiciones generales de producción y reproducción²². Expuesto en dos momentos a lo largo de tres capítulos. El capítulo uno corresponde a la primera sección del trabajo, tratándose de una exposición más desarrollada de las notas, apuntes y premisas sobre las que se aborda el resto del trabajo; además que trata de extender el argumento general de la producción y reproducción como un mismo proceso dialéctico. Además de plantear definiciones y conceptos necesarios, mas no agotados, que faciliten la lectura del último capítulo, tales como *terror*, *terrorismo* y *producción*, entre otros. Sin embargo, la segunda sección puede ser leída de modo independiente sin necesidad de pasar por el primer capítulo. Aunque, dada la complejidad de ciertos procesos, la propia exposición al lector puede resultar un poco intrincada.

La segunda parte corresponde a los capítulos segundo y tercero. Abordando en conjunto el desarrollo de las categorías antes mencionadas en dos momentos distintos. El primer momento corresponde a la argumentación histórica de la producción-reproducción social de la violencia y la definición del espacio-tiempo en la lectura en torno a las categorías de hegemonía, modernidad y desarrollo histórico del sistema mundo capitalista. Mientras que, el apartado subsecuente trata de la exposición de un balance para comprender el desbordamiento social de la violencia, en lo que identificamos con el punto de inflexión del Neoliberalismo y la crisis material civilizatoria en el caso latinoamericano.

El capítulo dos abarca la dimensión histórica de la producción social del espacio-tiempo y la violencia. Continuando con las figuras literarias de Goethe en su obra Fausto y La tempestad de Shakespeare y, apoyado en la relectura que realiza Marshall Berman del Manifiesto Comunista y la obra Fáustica (Berman 1989). Retomamos los personajes de Fausto, magos y visionarios,

²² “En cuanto al tiempo, en las formas de la violencia se sintetizan largas y cortas genealogías, se actualizan contradicciones históricas de larga duración con situaciones de coyuntura. En su dimensión espacial, expresan una articulación de diversas escalas en las que cada una tiene relativa autonomía, pero que mantiene una interconexión y cierto grado de interdependencia con las otras. Esto no significa que las que son más grandes expliquen lo que sucede en las menores, o a la inversa, la topología de la violencia obliga a pensar en las lógicas de cada escala. Estos dos ejes, el de tiempo y el de espacio, ayudan a tematizar los puntos cardinales del poder. En este contexto, la violencia participa en la definición de las formas de acumulación, que necesitan dinámicas específicas en un contexto de colapso civilizatorio. De aquí se sigue el análisis en términos de una disputa por los elementos materiales y simbólicos. Estos dos niveles quedan atravesados, a su vez, por un problema más subterráneo, que es el del poder, y que se caracteriza, entre otras cosas, por: 1) las formas que adquieren los sujetos; 2) la construcción de tecnologías y dispositivos de poder (su materialidad, su maleabilidad, su mutabilidad); 3) los efectos que produce en la subjetividad de las personas; 4) la construcción de criterios de verdad, en los que las acciones de la violencia se perciben, se justifican y se toleran; 5) su interiorización y la construcción de mediaciones reordenadas, que a través de la autoafirmación construyen límites de lo aceptable para vivir las relaciones de dominación.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 14)

extendiendo la crítica a la tradición judeocristiana a través del mito de Caín y Abel. En un estudio histórico de las relaciones dialécticas de las fuerzas históricas subjetivas y objetivas. Mostrando en la primera escena los procesos de largo aliento que articulan la histórica construcción de la mirada moderna, bajo la guía de las fuerzas subjetivas de la lucha y resistencia social. Así, se muestra en un primer momento una historia crítica de los signos de dominio y la resistencia de mujeres, gandules, parias, desposeídos y salvajes, la emergencia del sistema mundo capitalista y la modernidad patriarcal mercantil en el Océano Atlántico desde sus luchas, sus contradicciones y sus horizontes en una reflexión en torno a la categoría de Modernidad.

La segunda escena del trabajo presenta las condiciones de las fuerzas históricas objetivas que se despliegan coetáneamente a la totalización del moderno sistema patriarcal mercantil. Para ello, se guía primordialmente la reflexión marxista sobre la acumulación originaria bajo el argumento de Silvia Federici (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015), además de Roswitha Schulz (Scholz 2013) y Gerda Lerner (Lerner 1986). Conjuntamente se pretende otorgar desde la tradición de la crítica del valor, una tentativa aproximación al proceso de reificación y cosificación propio de la fetichización de la totalidad de las relaciones sociales. La producción total del espacio social en términos de la valorización del valor, por ejemplo, las mega redes de redes de movimiento de valor que son en sí las ciudades modernas, pasando por sus distintos momentos desde la mecanización y subsecuente instrumentación de la vida social. Es decir, la subsunción de la vida cotidiana a la ley del valor entramado en espacios producidos y reproducidos bajo el terror y la fuerza, la génesis de los monstruos modernos. Y con ello, dar cuenta a la tesis de Lefevre sobre el uso permanente de la violencia en la totalidad de las relaciones sociales burguesas (Lefebvre 2013).

Habremos de retomar el concepto de hegemonía –siendo de gran utilidad para definir el proceso que entonces da forma a lo que comúnmente se entiende como proyecto moderno– refiriéndonos a las confrontaciones históricas entre los países centrales por determinar un modo particular de modernidad. De mismo modo, situando dentro de la hegemonía el concepto de *hegemón*, y ciclo de hegemonía propuesto por Giovanni Arrighi (Arrighi 2007). Así distinguimos de tres momentos para situar los periodos de hegemonía; la holandesa que abarca el largo siglo XVII (1648-1763) y se extiende no en su totalidad, sino dentro de la esfera del comercio y el intercambio de bienes estratégicos; la inglesa que describe el largo siglo XVIII (1770-1850) y la era de las revoluciones burguesas, consolidándose ya no solo en términos económicos, sino

extendiendo su área de influencia al ámbito político y territorial. Habremos de retomar el paradigmático caso de Inglaterra y su revolución industrial, situándolo con el estudio de la historia crítica de la tecnología y la hegemonía durante el desarrollo histórico del capitalismo global. Cabe destacar que, en su momento de mayor auge, el imperio inglés llegó a poseer en forma de colonia, casi una tercera parte del territorio mundial y, generar durante la mayor parte del siglo XIX, más del 70 por ciento de la producción industrial global.

Finalmente, la hegemonía norteamericana emergerá a finales del siglo XIX, emergiendo como potencia tras la guerra contra España y, consolidándose como hegemón a mitad del siglo XX tras la Guerra Total (Hobsbawm, Historia del siglo XX 1999). Preservando su dominio, político, económico y cultural hasta nuestros días. Es oportuno mencionar que actualmente se encuentra en efervescencia la disputa por el control de la hegemonía mundial, Asia, particularmente China, disputa la condición de *hegemón* en la esfera económica. Más en el corto plazo la posición norteamericana todavía se encuentra en términos objetivos lejos de ser completamente desplazada. Su área de influencia económico-político, así como, el control bélico-tecnológico que sostiene, le otorgan la posibilidad de extender su periodo de dominio, sin garantizar, por el contrario, su perpetuidad.

El tercer capítulo ahonda sobre dos hipótesis centrales de las cuales apenas hemos comenzado a esbozar desde la tradición de la crítica, es decir, comprendiendo el espacio-tiempo y la violencia como producción social. De modo que se compone la organización de la experiencia cotidiana como parte del despliegue paradójico de la modernidad y los procesos modernizadores o modernizantes. Fenómeno que ha confundido la unidad de la historia como expresión genérica de la conciencia del humano en sí (*totalidad*) con una suerte de estructura universal situada no menos intencionalmente en la historia de Europa y Estados Unidos. Mas la totalidad no se representa monolíticamente en estructuras universales e inamovibles, en cambio, sí confluye, espaciotemporalmente hablando, en el desdoblamiento histórico de la humanidad en su conjunto, que de ningún modo podría ser aprehendida en la totalidad de su desenvolvimiento. Por ello, mantendremos las premisas de la extensión global de la mecanización del cuerpo y su reificación en fuerza de trabajo; aspecto que explica parte del abisal proceso de alienación que ha sido el patrón neoliberal en función de la normalización de la violencia cruenta.

Como primer punto del tercer capítulo se desarrolla la tesis de la violencia bajo la comprensión de proceso producido y producto de un proceso. Es decir, retomar la lógica dialéctica que ubica la producción-consumo como un mismo proceso de la totalidad de las relaciones sociales. De mismo modo, sobre la crítica a la fenomenología y el empirismo radical, nos posicionamos desde esta misma postura, en argumento de Karel Kosik y su dialéctica de lo abstracto y concreto (Kosík 1967). No obstante, dialogando con los estudios de la violencia desde las críticas feministas al psicoanálisis lacaniano y freudiano, continuando con las interpretaciones de Rita Segato (Segato, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos.* 2010) y, la lectura en clave de género del proyecto civilizatorio moderno, así como las críticas de la acumulación originaria de Silvia Federici (Federici, *Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria.* 2015) además de los apuntes críticos sobre la teoría crítica de Roswitha Schulz (Scholz 2013), aterrizado en la discusión de la violación y la política sexual en la cultura occidental.

La segunda parte del capítulo prosigue con la primer hipótesis, adicionando al argumento de las relaciones de poder del sistema sexo-género patriarcal, el entramarlo con el desarrollo histórico del capitalismo y el Estado moderno. Comprendiendo para ello el desarrollo de la categoría del terror y la política del miedo como prácticas y procesos empleados históricamente para el desarrollo del capitalismo global, pero, visto en clave feminista, el terror guardará una forma particular en la esfera sexual. Detonando una serie de prácticas políticas concretas para el colectivo femenino y feminizado, un terrorismo sexual expresado hegemonícamente en la heteronorma de la violación y el abuso sexual, y en su expresión más letal, el feminicidio. Entiéndase en este último concepto, por tanto, el carácter sistémico y estructural del genocidio cometido contra las mujeres como práctica de larga data que adquiere una dimensión singular ante la imbricación con el modo capitalista de producir. Pero que no puede ser entendido sin la consideración de su extensión en todo el tejido social, pues, solo puede continuar su perpetuación en la medida en que no se perpetúen infinidad de otros dispositivos y discursos de dominación y segregación. Lo que en muchas ocasiones son enunciados como “micromachismo” en su conjunto, expresa el estado de Derecho patriarcal imperante, que no deja, como buen burgués, de perseguir la ganancia.

Conclusión que nos guía a la segunda premisa general del capítulo, la comprensión de la violencia como proceso (producto) producido socialmente. Entramado en el estudio del espacio-tiempo

social bajo la premisa de que este es producido por las relaciones humanas que le atribuyen así de elementos simbólicos, materiales, culturales e individuales a un determinado espacio geográfico. Para que doten de coherencia a la identidad sociocultural y el singular espacio geográfico con los modos históricos de producir, organizarse, comunicarse e identificarse de las distintas sociedades, concreciones de las que la subjetividad hace parte, produce, reproduce y transforma. Particularmente las lógicas que articulan el proyecto civilizatorio así llamado Modernidad emprenderán la tarea de producir un espacio social en términos de la valorización del valor y, el uso perpetuo de la violencia en las relaciones sociales cotidianas dentro del espacio. Proceso extendido en más de 500 años de exterminio, guerra y hambruna a la par de una creciente devastación ambiental. Por ello se comprenderá en el escrito la categoría del locus geográfico tanto como un epifenómeno, como una locación de posibilidad de resistencia. Pues otra de las preguntas guías que habíamos mencionado, presentaba justamente, la discusión de la relocalización de la violencia durante la así llamada “modernidad tardía”. El capítulo se remite a dicha discusión en un recorrido teórico e histórico del proceso de producción espaciotemporal y la violencia; tratando de ubicar el proceso histórico singular que articula la producción de la experiencia del espacio-tiempo moderno²³, con las prácticas cotidianas de reproducción patriarcal que le acompañan; así como algunas de sus principales contradicciones sistémicas, normas y mandatos.

Hemos de ser capaces, por ejemplo, en la reflexión de la división social del trabajo, poder identificar la división sexual que le acompaña a dicha escisión del trabajo ordenado bajo una mirada misógina. Así como las condiciones históricas para la acumulación general de valor que representa la explotación del colectivo femenino, de modo que se garantice la hegemonía masculina, concretamente la que adquiere la sociedad burguesa. De modo que, la *Guerra no tiene rostro de mujer*, como tampoco lo tiene el valor. Lo que produce las bases para una primera

²³ En ningún otro lugar aparece esta evolución. Con más claridad que en el terreno del espacio urbano. Sí describimos los complejos espaciales urbanos más recientes que podamos imaginar –todos los que se han desarrollado, digamos, desde el final de la segunda guerra mundial incluyendo todas nuestras ciudades y barrios recientes– nos resulta difícil imaginar que los encuentros primarios de Baudelaire pudieran suceder aquí. Esto no es casual: de hecho, durante la mayor parte de nuestro siglo, los espacios urbanos han sido sistemáticamente diseñados y organizados para asegurar que las colisiones y enfrentamientos no tengan lugar en ellos. (Berman 1989, 165)

explicación sobre cuál es la rentabilidad del feminicidio y su función para la acumulación general de valor.

Problematizando en la tercera parte del capítulo con las categorías de espacio-tiempo social, violencia y subjetividad; a fin de generar una conexión entre la economía y la ética, con el pleno reconocimiento de lo que la expresión ideológica atiende. Por tanto, dejando en claro la postura en pro de revertir la ganancia como principio para la producción y en su lugar situar a la vida y las necesidades²⁴. Concluyendo en la aneja de la comprensión de que el Estado contemporáneo adquiere la forma de Estado de Excepción permanente, como mecanismo y expresión, de la crisis civilizatoria en la que nos encontramos y, garantizar las condiciones para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas en un escenario cruento de devastación ambiental y crisis material civilizatoria.

De modo que el tercer capítulo tratará de esbozar una serie de discusiones, en exceso complejas, a través de la descripción de cuatro claves que, nos ayudan a comprender el fenómeno de la exacerbación de la violencia en todas sus dimensiones y esferas durante los últimos 40 años. Pues, así como no se puede comprender el Neoliberalismo como un proceso homogéneo en todos los países, ya sea en intensidad, extensión o profundidad²⁵. Si podemos indicar que se tratan de procesos coetáneos a las necesidades globales de acumulación. Finalmente, concluyendo con lo que propongo como claves para entender el proceso que ha conducido la reconversión de la violencia en el Estado contemporáneo de excepción. Siendo la desaparición forzada, el genocidio, el feminicidio y la migración forzada. Expuestas de modo general bajo el

²⁴ “Lo que estas críticas discuten implícitamente, desde una perspectiva antropológica, es una definición de lo político como relación guerrera por excelencia. También ponen en tela de juicio la idea de que la racionalidad propia a la vida pase necesariamente por la muerte del Otro, o que la soberanía consista en la voluntad y capacidad de matar para vivir.” (Mbembe, 2006, pág. 23)

²⁵ “El proceso neoliberal no ha sido de ninguna manera lineal, a pesar de que se ha ido consolidando a partir de la década de 1980, han existido momentos en donde esta tendencia se profundiza y otros en donde ha encontrado resistencia. El neoliberalismo en México no debe entenderse como un modelo de acumulación autónomo e independiente de la dinámica global, si bien adquiere características particulares dado los rasgos propios de la economía mexicana, es un modelo que responde a las necesidades del capital global. Es por ello por lo que las medidas y políticas de ajuste que se han adoptado han sido formuladas esencialmente por instituciones internacionales que responden fundamentalmente a los intereses del capital extranjero imperialista (en nuestra región, al capital estadounidense), por eso es muy importante el análisis que se hace desde la perspectiva de la relación dependencia-imperialismo. Por ello, cuando el sistema capitalista enfrenta problemas en su acumulación, se vuelve necesario remover algunos lastres, hacer modificaciones y reformar lo que sea necesario para mantener sana la acumulación del capital.” (Saxe-Fernandez 1999)

eje teórico articulador marxista de la enajenación, la alienación y la fetichización, vistas de mismo modo en clave feminista que devela las estructuras simbólicas misóginas y patriarcales que le subyacen a la trama moderna. De modo de situar, algunas de las relaciones que explican la imbricación de procesos producidos desde la necesidad de perpetuar el sistema en abstracto, y la reproducción concreta de las relaciones sociales del moderno patriarcado productor de mercancías. Es decir, describir algunos de los elementos simbólicos y materiales que explican el complejo régimen heteronormado moderno y modo de producción capitalista y su relación con la producción de subjetividades, aunado a la provisión de los elementos pedagógicos y estéticos sociales para la producción de la personalidad.

La última parte dedicada a las conclusiones trata de expresar lo que antes definíamos como el carácter imperante que mueve este trabajo. Es decir, la transformación de las relaciones sociales de producción y reproducción hegemónicas. Por lo que se describen brevemente las experiencias y alternativas generadas a lo largo de un rápido recorrido por la historia de la lucha y resistencia antisistémica. Enunciado desde la condición de posibilidad revolucionaria que guarda para sí el momento histórico en el que nos desarrollamos. Dicha afirmación, parte, de lo que definimos como el otro gran imperativo del cambio, dígame, el deseo de que así suceda. Encontrando vetas de fuga, horizontes de lucha y posibilidad. Cuidado y reciprocidad, aun en medio del colapso.

Defensor@s ambientales asesinad@s entre 2002 y 2014 en América Latina

Según la información de Global Witness, América Latina es el continente más peligroso para defensores del medio ambiente: concentra tres cuartas partes de los asesinatos totales en 2014.

Las poblaciones indígenas son las principales víctimas con 40 % de los asesinatos totales.

Honduras es el país con mayor número de asesinatos en 2014 y el país con la tasa más alta de asesinatos relacionado con la población total del país.



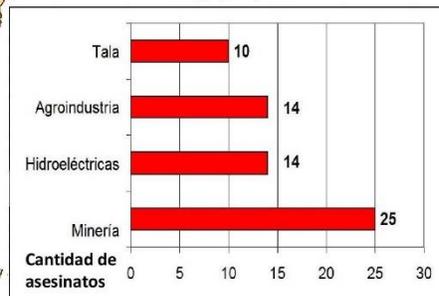
Aumento drástico de los asesinatos a defensor@s ambientales en Honduras desde el golpe de estado



Tasa de asesinatos de defensores ambientales por país (2002-2014)
(cada 1 millón de habitantes)



Cantidad de asesinatos por tipo de megaproyecto



Realización: GeoComunes

A partir de los datos de Global Witness

Capa base: Natural Earth

1. Primeras notas, apuntes y trazos para el estudio de la violencia y la economía.

Planteamientos iniciales.

Sin importar el número de observaciones, la capacidad de la maquinaria o los instrumentos de medición es imposible llegar a partir de un método inductivo a la formulación de una ley universal. Karl Popper, filósofo anticomunista decantaba que en ese momento suscitaba “el derrumbe total del marxismo” y el psicoanálisis, denotándoles como pseudociencia, y ponía por delante una filosofía de carácter más bien falsacionista. Pretendía, “retomar el camino de una ciencia no dogmática”, de una ciencia que estuviese abierta a los cambios y a la rearticulación en su contenido, en tanto la realidad y la evidencia misma fuese a mostrar lo contrario. Haciendo un llamado político a pensar en “sociedades abiertas” y, determinando de enemigos a quienes planteasen cuestionarlo u oponerse. Por lo que, la predicción de las ciencias sociales nos dice Karl Popper, se da en la develación de las consecuencias inesperadas de acciones intencionales, porque a fin de cuenta, nos encontramos sometidos a ciertas leyes sociales. Reconociendo el capitalismo como imperfecto, pero también como el menor de los males, pues sostenía que el problema de la revolución es que esta solo podría concluir en algo aún peor. Sin embargo; sí el problema es el modo en que se construyen las instituciones, como plantea Popper, tanto las sociedades como el mercado se han abierto y el muro se ha derrumbado; no obstante, ahora el mal llamado mundo libre, opta nuevamente por el rearmamento para la guerra imperialista con la intromisión rusa cerca del territorio de la OTAN. Mientras la maquinaria mediática occidental niega el resto de la guerra permanente contra la población y el territorio. Pues, son bastante conocidos y en lo absoluto menos despreciables y condenables, los genocidios cometidos en nombre del socialismo. Sin embargo, el estudio que recopile el genocidio producido y en producción por las sociedades “de mercado”, el *libro negro del capitalismo* todavía permanece como un tema pendiente.

De modo que, las leyes tendenciales propuestas por Marx al describir el desenvolvimiento de la sociedad capitalista –a las que supuestamente Popper había derrumbado– se hacen evidentes. Conducido una y otra vez a la crisis, arremetiendo contra las dos fuentes de riqueza (el trabajo y la naturaleza), fracturando el metabolismo social-natural, e introduciendo en el seno de la

sociedad la competencia permanente y ficticia escasez bajo la aureola de la mercancía; es que, nos encontramos hoy día, ante *el despojo*²⁶ cotidiano, *nada nuevo bajo el sol de la barbarie*.

Por otro lado, la tortuosa interpretación posmoderna arroja la noción de que: “los objetos, los comportamientos, las relaciones sociales, las relaciones de producción y los valores funcionan como tales desde el punto de vista social; obedecen a ciertas leyes semióticas” (Eco 1986, 26). Lo que es totalmente cierto, pues, ningún tipo de producción ha de ser realizable, sin antes bien, una producción semiótica y viceversa, pues no existe sociedad sin comunicación, así como no hay comunicación sin producción.

No obstante, con relación a dicha proposición se ha de señalar la trampa científica sobre la que se recae, que es; una construcción metodológica más bien a fin de tipo weberiana en cuanto a la determinación de *tipos ideales*²⁷, capaces de explicar al menos una parte de lo que vemos del *bosque*, pero rechazando, en tanto, una visión general. Una certeza sensible que nos postra ante lo indeterminado como una imposibilidad de la cual nuestras capacidades de investigación científica nos impiden plantearnos un escenario desde una perspectiva que tienda a la *totalidad*²⁸. No

²⁶ “El despojo está íntimamente ligado al territorio, por lo que todo lo susceptible a ser entendido como territorio es también susceptible a ser despojado. Como ya dijimos, territorios son ante todo relaciones sociales y eso es lo que nos arrebatan cuando hablamos de despojo, no se trata de que nos estén quitando sólo la montaña que contiene ricos minerales para hacer joyas, sino del lugar que ocupa dentro de nuestras relaciones sociales la existencia de esa montaña que nos están arrebatando.” (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 161)

²⁷ “La teoría de las relaciones internas tiene que utilizarse de una manera que evite la trampa del «idealismo monádico» y los escollos de la «presunción leibniziana». Los errores surgen cuando el examen de un «momento» se considera suficiente como para entender la totalidad del proceso social. Una y otra vez encontraremos deslices prototípicos, que convierten una declaración dialécticamente correcta, como «no hay nada fuera del texto», en declaraciones falsas como «todo se puede entender a través de los textos» (o todavía peor, «todo es un texto y puede entenderse como tal), y prácticas igualmente falsas que pretenden utilizar, por ejemplo, la deconstrucción de los textos como la senda privilegiada (y algunas veces única) al entendimiento.” (Harvey, Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia 2018, 110)

²⁸ “La dialéctica de la totalidad concreta no es un método que pretenda ingenuamente conocer todos los aspectos de la realidad sin excepción y ofrecer un cuadro "total" de la realidad con sus infinitos aspectos y propiedades, sino que es una teoría de la realidad y de su conocimiento como realidad. La totalidad concreta no es un método para captar y describir todos los aspectos, caracteres, propiedades, relaciones y procesos de la realidad; es la teoría de la realidad como totalidad concreta. Si la realidad es entendida como concreción, como un todo que posee su propia estructura (y, por tanto, no es algo caótico), que se desarrolla (y, por ende, no es algo inmutable y dado de una vez para siempre), que se va creando (y, en consecuencia, no es un todo perfectamente acabado y variable sólo en sus partes singulares o en su disposición), de tal concepción de la realidad se desprenden ciertas conclusiones metodológicas que se convierten en directriz heurística y principio epistemológico en el estudio, descripción, comprensión, ilustración y valoración de ciertos sectores tematizados de la realidad, tanto si se trata de la física o de la ciencia literaria, de la biología o de la economía política, de problemas teóricos de las

quisiera decir que existe entonces una teoría o una ciencia capaz de explicar la totalidad en sí misma. Aquello en principio resulta en un absurdo, sin embargo, no estamos jamás desprendidos de nuestro contexto y situación histórica concreta, de nuestros deseos, prejuicios, emociones, pero que, de alguna manera, en más de las interpretaciones mencionadas, se niega o se omite en aras de una supuesta neutralidad científica. Con ello la función epistémica es vaciada de todo contexto y pretexto, un solipsismo correlativo a las tendencias de la atomización y especialización de la vida social en todos sus ámbitos.

Volviendo al pensamiento crítico rechazado por Popper, aparece pues, la emergencia de la necesidad de observar y observarnos como procesos complejos y contradictorios en constante modificación. Producciones sociales e históricas en constante transformación común y comunitaria a través de la praxis cotidiana y la creación del espacio y la realidad. Entender que los fenómenos son interrelacionados, causales y azarosos. Y que rara vez se presenta la realidad tal y como es de modo inmediato, pues para acercarnos a develar sus contradicciones hemos de observar más allá de la apariencia del fenómeno a fin de hallar sus relaciones internas.

El presente capítulo tratará de guiarnos a través de una serie de premisas, tesis e interrogaciones que se han recopilado a lo largo de la investigación. Su carácter paradójico, algunas ocasiones críptico, parte del proceso mismo que es la síntesis de la información, y sirve más como “piso teórico” del cual comenzar a aproximarnos a la discusión de la violencia y la crítica de la economía política. Propuesta que, más de allá de saberse desde un principio, como un esfuerzo inacabado, apela por una comprensión más amplia de un proceso, huella, registro, que parece que siempre ha y habrá, de estar con nosotros, pero que deteniéndonos un momento, la violencia, su producción, reproducción y ejecución se presenta siempre como un fenómeno social. Entonces, reflexionar críticamente en torno a la violencia se convierte pues, en una crítica al sujeto y su malestar. Pero no un sujeto en abstracto, ideal, en cambio, es una crítica a un sujeto concreto, determinado históricamente, que como hemos de demostrar más adelante, se sitúa en contextos y condiciones particulares, sin abandonar su carácter general, como proceso político, pero también económico (Coordinador Inclán, Daniel 2021). Por lo que, el estudio de la violencia habrá de ir desde los callejones sin salida por los que la intuición y la experiencia suele llevarnos, así como las contradicciones antes no conocidas que ahora, emergen trayendo consigo

matemáticas o de cuestiones prácticas vinculadas con la regulación de la vida humana o de las relaciones sociales.” (Kosík 1967, 40-41)

un sinfín de nuevas interrogantes que se adhieren a las ya, bastante complejas, cuestiones iniciales.

La crítica de la economía política nos ha de proporcionar el método para sustentar la abstracción general de entender a la violencia como producto de un proceso y viceversa, más rechazamos su identidad otorgándole la concepción dialéctica de tratarse de una fuerza productiva/destructiva. Parafraseando a Marx; así como la categoría *producción*²⁹ en general conlleva la comprensión dialéctica del proceso de producción y consumo, que es así el consumo inmediatamente producción y producción inmediatamente consumo. No obstante, en un primer vistazo, la producción, la distribución (medio de consumo) y el consumo, se presentan como símiles, estos son momentos distintos de un mismo proceso, que al momento de realizarse crean el otro y se realizan en el otro. Por lo que, se trata de procesos divergentes pero relacionados dialécticamente. “*La producción no produce, pues, únicamente el objeto del consumo, sino también el modo de consumo, o sea que produce objetiva y subjetivamente. El individuo produce un objeto y, al consumir su producto, retorna a sí mismo, pero como individuo productor que se reproduce a sí mismo. De este modo el consumo aparece como un momento de la producción.* (Marx, Contribución a la crítica de la economía política 1996) Volviendo dialécticamente a la concreción de tratarse la violencia como proceso y fenómeno producido-distribuido-consumido socialmente, así pues, susceptible de ser transformable.

A modo de particularizar y comenzar a esbozar una metodología para el estudio concreto de la violencia bajo la mira de la crítica de la economía política. Continuamos con la interpretación de Daniel Inclán y sus trazos para una crítica de la violencia, vinculando el estudio de la economía y la violencia como parte del despliegue histórico del capitalismo, sus efectos y prácticas sobre las corporeidades y territorios. Relaciona el estudio de la violencia con el concepto de Ana Esther Ceseña y Andrés Barreda, de *producción estratégica*, demostrando el carácter intrínsecamente

²⁹ Nos dice Henri Lefebvre del concepto de producción en el pensamiento de Marx y Engels, “el concepto de «producción» no abandona esa ambigüedad que conforma de hecho su riqueza. Posee dos acepciones, una amplia y otra restringida y precisa. En la acepción amplia, los hombres, en tanto que seres sociales, producen su vida, su historia, su conciencia, su mundo. Nada hay en la historia y en la sociedad que no sea adquirido y producido [...] Ni Marx ni Engels dejan indeterminado el concepto de producción. Lo circunscriben, pero con el resultado de que ya no se trata de obras en sentido amplio, sino sólo de cosas, de productos. Al precisarlo más el concepto se aproxima a la acepción corriente — por tanto, trivial— típica de los economistas. ¿Quién produce? ¿Cómo se produce? Cuanto más se desea concretar la acepción, menos se reconoce la capacidad creativa que connota, la invención, la imaginación; más bien, se tiende a referir únicamente el trabajo [...] La producción, el producto, el trabajo, conceptos que emergen simultáneamente y permiten la fundación de la economía política, constituyen abstracciones privilegiadas, abstracciones concretas que hacen posible el análisis de las relaciones de producción. (Lefebvre 2013, 125-126)

político de la violencia, definido históricamente como uno de los factores que definen la trayectoria del sistema económico en su conjunto, y así particularizarle en los tiempos convulsos en que nos desarrollamos. Entendiendo a la dinámica global de competencia capitalista, pero también observando las formas particulares que adquiere cada región. En el que se disputan intereses mundiales por el control y ejercicio de poder, en tanto que definen las dinámicas de producción circulación y consumo. En otras palabras, el control sobre las ganancias (Coordinador Inclán, Daniel 2021). Propuesta que no pretende en ninguna medida escindir de toda responsabilidad a los ejecutores de actos violentos. Pero sí, en cambio, situar una dinámica en la que la violencia se presenta en todas sus esferas. En el capítulo III ahondaremos más en la propuesta para estudiar la violencia a través de la clasificación de Inclán para estudiar la relación de la violencia, los territorios y la economía política en América Latina.

La primera postura que planteamos es la de retomar la comprensión de las relaciones sociales como procesos dialecticos; es decir, bien pueden ser suscritos a abstracciones que pretendan comprender y dar cuenta de la arquitectura de los sistemas sociales, pero en la realidad, no se trata de edificios u estructuras fijas, sino fenómenos históricos contradictorios en movimiento y constante cambio. De mismo modo, al momento de estudiar nuestra realidad inscrita en el proceso de valorización del valor, es decir, relaciones capitalistas, olvidar el carácter evanescente de la modernidad conduce a un grave error epistémico. La segunda posición de la que partimos es desde la tradición de la crítica del valor y la crítica de la economía política que, permite dar cuenta que la enajenada vida cotidiana *preocupa*, al humano que se mueve a través de un mundo del que hace tiempo perdió la conciencia de haber construido (Kosík 1967). Así, comprendemos el proceso general de acumulación como una relación dialéctica de valorización del valor y desvalorización de la vida humana y la naturaleza. De igual manera, con la contemplación del *gender* (no desde su vulgarización institucional de los años 90 que reduce sistémicamente la categoría género a mujer) en el proceso de producción y reproducción social, así catalogamos al proyecto civilizatorio moderno, siguiendo a Roswitha Schulz, como *Patriarcado productor de mercancías, y así, el valor es el hombre*³⁰. Más adelante se ahonda en las implicaciones de la muy

³⁰ “Esta concepción también determina las imágenes sobre el orden de las sociedades modernas en su conjunto. Más todavía: la capacidad de rendimiento y la disposición hacia él, el gasto racional, económico y efectivo del tiempo, determinan el modelo civilizatorio, también en sus estructuras objetivas como entramado global, en sus mecanismos y en su historia, así como las máximas de acción de los individuos. Por tanto, podría hablarse de manera algo exagerada del género masculino como del “género del capitalismo”; y, desde este trasfondo, cabría decir que una comprensión dualista de masculinidad y feminidad es la concepción dominante del género en la

interesante interpretación de Schulz respecto a la modernidad, el patriarcado y el capitalismo. Por lo pronto, hemos de particularizar un poco más nuestras definiciones antes de volver dialécticamente al plano general.

Como segunda condición teórica, hemos de situarnos en oposición a las concepciones geométricas euclidianas que conducían a empatar el espacio geométrico con el espacio social, asimismo no obviar la categoría del tiempo ni atribuirle razones teleológicas como si de un hecho “abstracto (ideal)”, afirmativo, homogéneo y universal se tratase. Característica visible particularmente en la ciencia económica, donde, los modelos matemáticos “racionales” pretenden explicar la realidad a partir de axiomas y tipos *ideales*, apoyadas en *monas*³¹ (ya no de aquel ser divino, sino, del que solo queda su mano) dirigidas por agentes utilitaristas en un espacio indiferenciado llamado “mercado”. Despejan de la modelación la categoría espacio y el tiempo se le subordina al tiempo de producción de mercancías – por ello, su discusión carecía de sentido o simplemente era ignorada –, cuando llega a aparecer se le reduce vulgarmente a dotaciones de recursos o diferencias en la riqueza y eficiencia productiva. *“Finalmente, debe recalarse que para los analistas de sistema-mundo, el tiempo y el espacio —o mejor dicho el compuesto TiempoEspacio— no son realidades externas inmutables que se encuentran de alguna manera abí afuera y dentro de cuyos marcos existe la realidad social. Los TiempoEspacios son construcciones reales que se encuentran en constante evolución y cuya construcción es parte componente de la realidad social que analizamos. Los sistemas históricos dentro de los que vivimos son, efectivamente, sistémicos, pero también son históricos. Permanecen iguales a lo largo del tiempo, pero no son idénticos de un minuto al siguiente. Ésta es una paradoja, pero no una contradicción. La habilidad para lidiar con esta paradoja, que no podemos evitar, es la principal tarea de las ciencias sociales históricas. Esto no es un acertijo, sino un desafío.”* (I. Wallerstein 2006, 19)

modernidad. El modelo civilizatorio productor de mercancías tiene su condición de posibilidad en la opresión de las mujeres, en su marginalización, así como en una postergación de lo social y de la naturaleza. Por eso las dicotomías sujeto-objeto, espíritu-naturaleza, dominación-sometimiento, varón-mujer, etc., son dicotomías típicas y oposiciones antagónicas del patriarcado productor de mercancías” 50 (Scholz 2013)

³¹ Los pitagóricos habían legado el termino *monas* para indicar la unidad tanto aritmética como geométrica: cuando el contexto lo exigía la *móna* aritmética podía precisarse como *mónas áethetos* (unidad sin posición) y la unidad geométrica como *mónas thésin ékhousa* (unidad con posición). Leibniz recargó el concepto dotándole de unidad histórico-continua, el principio de razón suficiente basta para dar explicación y causa en una dialéctica no lo suficientemente poderosa para dar cuenta de la paradójica relacionalidad del espacio-tiempo (*mónada*) otorgándole fuerzas metafísicas teológicas, unitarias, la posibilidad de realidad bien expuesta en su margen se constriñe en la fijación contingente del objeto bajo la experiencia racional.

Los desvelados fáusticos (desarrollistas) en su faceta contemporánea, hacen uso de sofisticados sistemas de cálculo (y con ello pretenden decir que interpretan la realidad), recreando en incontables estudios las “problemáticas estructurales”, como la desigualdad, el paro y la destrucción medioambiental. No obstante, reducen las relaciones sociales a conteos estadísticos que a fin de cuenta pueden ser normalizados a parámetros deseados. Siempre anhelando el horizonte del desarrollo económico (crecimiento), empedernidos modernistas y modernizadores, inscritos en la ventura fáustica de transformar el mundo a usanza del *hombre*³².

Sin embargo, ya Leibniz rechazaba esa postura estática del espacio en sí, lo que se planteaba era la necesidad de ocupar el espacio, es decir, el espacio era lo indiscernible, un espacio absolutamente relativo en producción social e histórica (Lefebvre 2013). Pues, contrario al desvelo fáustico, el espacio social resuelve materialmente las relaciones sociales a partir de la producción simbólico-objetual de los elementos para la reproducción donde, se tratan de mediar las contradicciones, más nunca agotándolas; es el medio y proceso en que se desenvuelve toda práctica y creación social. Por citar un ejemplo, es posible encontrar y dar explicación a las contradicciones internas que explican por qué Alejandro Magno es un gran conquistador y su influencia hubo de definir el mundo de su era. Mas por aquello no podríamos haberlo determinado al momento de conocer al joven alumno de Aristóteles. Así el mundo entero es un proceso histórico en producción social, repleto de causas, pero también de azares.

Habiendo de volver al propósito general de la obra de coadyubar a la generación de una crítica de la economía política de la violencia se ha de ser capaz, entonces, de saber que las condiciones objetivas sobre las que se desarrolla el plano general de la violencia extrema en todo el mundo – exacerbándose en México y América Latina–, no se genera a partir de una suerte de “anormalidad” como el discurso hegemónico pretende explicar.

³² “Esta concepción también determina las imágenes sobre el orden de las sociedades modernas en su conjunto. Más todavía: la capacidad de rendimiento y la disposición hacia él, el gasto racional, económico y efectivo del tiempo, determinan el modelo civilizatorio, también en sus estructuras objetivas como entramado global, en sus mecanismos y en su historia, así como las máximas de acción de los individuos. Por tanto, podría hablarse de manera algo exagerada del género masculino como del “género del capitalismo”; y, desde este trasfondo, cabría decir que una comprensión dualista de masculinidad y feminidad es la concepción dominante del género en la modernidad. El modelo civilizatorio productor de mercancías tiene su condición de posibilidad en la opresión de las mujeres, en su marginalización, así como en una postergación de lo social y de la naturaleza. Por eso las dicotomías sujeto-objeto, espíritu-naturaleza, dominación-sometimiento, varón-mujer, etc., son dicotomías típicas y oposiciones antagónicas del patriarcado productor de mercancías” (Scholz 2013, 50).

Valiéndonos de la lectura de Herbert Marcuse (Marcuse 1972), Rita Segato (Segato, La guerra contra las mujeres 2016) y la amplia crítica a la obra de Levi Strauss de, Las estructuras elementales del parentesco, las habremos de retomar para aproximarnos a la cuestión central de la producción social de la subjetividad abyecta en un contexto de colapso que profundiza las relaciones de dominación y poder. En el siguiente apartado habremos de ahondar un poco más en cuanto a la dialéctica de la civilización, la represión del ego, el sistema patriarcal y la victoria del padre. Pues, hablar del malestar del sujeto es hablar del malestar de su tiempo, entonces, el escenario cruento y desgarrador en el que se producen –hablando de México– 11 feminicidios al día según la mayoría de los indicadores de observatorios ciudadanos. Es dicho contexto que “se sitúa el triunfo de la sociedad patriarcal en la ejecución de la víctima sacrificial, el cuerpo de la mujer”. (Segato, La guerra contra las mujeres 2016), pero también, en su faceta más cruel, devela, sus principales contradicciones y tensiones que han puesto, como en ningún otro momento de la historia occidental, en tela de juicio al dominio patriarcal. Sabiendo que la forma del capital social –que es el Estado– es la del *verdadero padre*, el dios mortal que dirige los actos de los hombres y se beneficia realmente de la subordinación de las mujeres y las minorías. Pues, en su configuración formal, organiza la mirada con la que los sujetos guían su mundo, además de dirigir el horizonte de sentido genérico de un determinado territorio.

Un gravamen extremo en la economía simbólica de la violencia patriarcal, en el que el orden contractual de ciudadanos coloca en el sujeto varón, una demanda o presión emanada de sus antagonistas-semejantes por la total apropiación como condición para la competencia entre pares; explicitado en el *otro* régimen de estatus, en la forma de verdaderos rituales donde la víctima sacrificial es colocada en esa posición por ninguna otra razón más que la marca de su anatomía femenina, prueba última de su condición de subalternidad en la “economía desigual del género” (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010). Que, pese al carácter abyecto y cruento de la violencia, esta se sitúa como una condición necesaria para la continuidad de la acumulación y la expansión capitalista. Pues, como ya nos indicaba Giorgio Agamben, Esposito y más recientemente Sayak Valencia en su obra Capitalismo Gore, la administración de la muerte pasa a formar parte del principio de inteligibilidad del Estado contemporáneo, introduciéndose a la dinámica central de acumulación. Demostrando que la muerte guarda valor para la reproducción de capital. Incluso aquella que en abstracto parezca tan irracional como el

genocidio, “una falla total de los mercados y las instituciones”, habrá que recordar que, “más similitudes guardan una fábrica de un campo de concentración de las que se quieren reconocer” (Feirstein 2020).

Así el malestar del sujeto contemporáneo se sitúa en un avanzado proceso de flexibilización, “feminización” y tercerización del proceso de trabajo³³ (Alvater y Mahnkopf 2002). La transformación radical del espacio social urbano producto de iniciativas por modificar los modos y formas del habitar en función de las necesidades de acumulación del capital inmobiliario y la especulación financiera. La incursión en una guerra *total* y un Estado de *excepción*; que, si bien todavía no se puede definir tan claramente todas las implicaciones y características de este proceso, sí parece estar dirigido contra el *sacrificio* de la totalidad. Algunas veces definida como *contra insurgencia ampliada*, *terrorismo de Estado*, *crimen organizado*, o solo *terrorismo* a secas³⁴. Lo que se quiere indicar es el modo en que la economía simbólica de la violencia se introduce dado el contexto de crisis civilizatoria, en una economía moral de la multitud que ha normalizado una

³³ “Los procesos de la globalización económica y el cambio estructural sectorial se influyen mutuamente. Con el desplazamiento del empleo hacia las actividades de servicio mejoran las oportunidades de trabajo de las mujeres, aunque sigue siendo dudoso que por ello se reduzca la desigualdad entre los sexos. El cambio estructural a favor de las actividades de servicio ha provocado una “feminización” del potencial de trabajo, y esto no sólo en los países de la OCDE. A pesar de que las mujeres en todo el mundo realizan claramente más trabajo no remunerado en el hogar y para la sociedad que los hombres (UNDP, 1995), su proporción en la población económicamente activa ha aumentado en forma clara en las dos últimas décadas. Y esto vale también para los países de la Unión Europea, en los que la proporción de población femenina económicamente activa en 1975 todavía era menor a 40%, pero a principios de los años noventa había aumentado ya a cerca de 50 (*Bulletin on Women and Employment in the EU*: 1996). Hoy las mujeres representan, en números redondos, 40% de la fuerza de trabajo en la UE, y todo indica que la tendencia a un aumento de la actividad asalariada femenina —y la tendencia paralela de una disminución en la proporción de población económicamente activa masculina en *prime age* (*Europäische Kommission*, 1994:49)— continuará también en el futuro. Esta tendencia se debe esencialmente al crecimiento del sector de servicios. Éste emplea 65% de la población económicamente activa (casi 97 millones de personas) y alrededor de 80% de las mujeres económicamente activas (*Eurostat*, 1998). No obstante, en todos los países europeos la creciente tasa de población femenina económicamente activa se acompaña también de una creciente tasa de desempleo; además, en ningún lado se encuentran referencias de que la creciente tasa de empleo de las mujeres esté acompañada de un cambio en la distribución del trabajo remunerado y no remunerado entre hombres y mujeres” (Alvater y Mahnkopf 2002, 236).

³⁴ “Históricamente el ejemplo más reconocido en que un Estado moderno ha hecho uso del terror es el periodo de la Dictadura del Comité de Salud Pública dirigido por Robespierre y Saint-Just durante la Revolución francesa (1793-1794). Después de este primer ejemplo histórico, la lista se vuelve interminable. Algunos casos en que el terror fue utilizado son muy visibles a los ojos de cualquiera, como puede ser el terror del Estado nazi y los estados fascistas; incluso en la URSS de Stalin el terror se hizo presente con los gulag. En América Latina el terror de Estado también aparece claramente desde la primera mitad del siglo pasado, como da cuenta la historia de El Salvador: en 1932 el general Maximiliano Hernández Martínez aniquiló a 30 mil campesinos y trabajadores” (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 108).

cotidianidad cruenta, por lo que se puede hablar del desarrollo de una economía moral de la violencia y la producción de subjetividades abyectas.

Conceptos.

El *espacio social* aludirá a la noción de un producto producido social e históricamente en el *espacio*³⁵ y *tiempo universal*, es decir, como producto social, da cuenta de una expresión triádica (*prácticas espaciales, representaciones espaciales, espacios de representación*) dialéctica (Lefebvre 2013). *Las prácticas espaciales* son los múltiples modos de interacción dialéctica de identificación, postulación, organización y reproducción en la vida cotidiana, que a su vez de inmediata también es histórica. Nos dice Agnes Heller al respecto: “Todo hombre al nacer se encuentra en un mundo ya existente, independiente de él [...] nace en condiciones sociales concretas, en sistemas concretos de expectativas dentro de instituciones concretas”. (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977, 21). *Las representaciones espaciales*, entiéndase análogo al espacio geométrico, que, en oposición al espacio euclidiano, este no se postra como una estructura inevitable, en cambio, continuando con la geometría moderna que niega el quinto postulado de Euclides, dista pues, la representación de la cosa a la cosa en sí³⁶. Finalmente, los *espacios de representación* aluden a “simbolismos complejos ligados al lado clandestino y subterráneo de la vida social, pero también al arte” (Lefebvre 2013, 92) y la imaginación. En su comprensión física universal, se ha de

³⁵ La noción de espacio será trabajada de una forma holística, pues él mismo es una suerte de nudo en el cual convergen muchas disciplinas, temas, líneas y tendencias. El espacio enlaza al ser humano con todo aquello que le rodea, le da un punto desde donde partir y también movilidad. Por ello, pensar el espacio se debe hacer desde diversas disciplinas, con distintas intenciones y preguntas. Dar el peso desde la ontología al espacio como una categoría fundamental no anula, ni pretende por ello opacar otros conceptos importantes como el tiempo. El espacio es también una ubicación temporal. El girar de la tierra sobre su eje (rotación) y de forma elíptica alrededor del sol (traslación) es aquello que nos da noción de la temporalidad, de día y año. Por tanto, tiempo y espacio están desde nuestra perspectiva unidos. No se trata de una imposición de uno sobre otro, sino de una relación en la que uno afecta al otro y viceversa. (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 25)

³⁶ La cosa en sí y la representación de la cosa, la decibilidad y lo decible, consideración que en su forma absurda nos invita a colocarnos frente al abismo, frente a una imposibilidad de conocer a la cosa en sí, aquella que no encuentra más que su mediato en los sentidos humanos, en cuanto históricos, esto quiere decir, como se preguntaba Descartes, ¿cómo puedo confiar en mis ojos si antes ya me han mentado? Volviendo al inicio del argumento, aun manteniendo una suerte de control medible del mundo fenoménico, el paso mediado por la razón continua, lo infinito se presenta, en oposición a la metafísica clásica. Dicho desfase se presenta como límite y potencia.

concebir desde su infinitud, es decir; desde la concepción de una extensión infinita de materia y energía, no como producto, sino creación³⁷.

El Espacio-Tiempo, en su entendimiento general comprenderá la relación de movimiento universal, la *totalidad*³⁸, con el desenvolvimiento de la *realidad o mundo entero*, sus modos históricos de representación y vivencia social, si bien, separables analíticamente *espacio y tiempo social*, estos solo existen en cuanto procesos relacionados dialécticamente. Pues, así como estamos y somos en el mundo, también hacemos el mundo. “Por ende, el tiempo y el espacio en las ciencias sociales no deberían pensarse por separados, o medirse por separados, sino como

³⁷ “¿Produce la naturaleza? El sentido original del término parece sugerirlo: conducir y llevar hacia delante, hacer surgir de las profundidades. Sin embargo, la naturaleza no trabaja; incluso se trata de un rasgo que la caracteriza: la naturaleza crea. Lo que crea — a saber, «seres particulares— simplemente surge y aparece. Por lo demás, ignora tales creaciones (si no suponemos la existencia en su seno de un dios calculador, de la providencia). Un árbol, una flor, un fruto no son en modo alguno «productos», ni siquiera en un jardín. La rosa no tiene por qué, florece porque florece. «No le preocupa ser vista», en palabras de Angelus Silesius. Ignora que es bella y agradable, que presenta una simetría de orden », etc. ¿Cómo no seguir o retomar estas cuestiones? La «naturaleza» no puede operar conforme a la misma finalidad que el ser humano. Esos «seres» que crea son obras: tienen algo de único a pesar de su pertenencia a un género y a una especie: el árbol, la rosa, el caballo. La naturaleza se presenta como el gran territorio de los nacimientos. Las «cosas» nacen, crecen y maduran, se ajan y mueren. Tras estos términos se oculta una realidad infinita. Violenta, generosa, avara, abundante, siempre abierta, la naturaleza despliega sus fuerzas. El espacio-naturaleza no corresponde al de una representación. No tiene sentido preguntar la razón porque no la hay: la flor no sabe que es flor, ni la muerte sabe a quién visita. Al creer en el término naturaleza, con su antiguo prestigio metafísico y teológico, lo esencial tiene lugar en la profundidad. Quien dice «naturaleza» está afirmando la espontaneidad. Pero en la actualidad la naturaleza se aleja; es lo menos que podemos decir. Sin duda, se hace imposible escapar a la idea de una muerte de la naturaleza a manos de la anti-naturaleza: la abstracción, los signos y las imágenes, los discursos, así como el trabajo y sus productos. Junto con Dios, la naturaleza muere: el «hombre» los mata y quizás se suicide en la misma operación.” (Lefebvre 2013, 127)

³⁸ En 1867 Marx otorgaba, una perspectiva crítica de la totalidad de la organización de la producción en el capitalismo, sin romper en análisis con las premisas establecidas por la economía política respecto al principio fundamental de la empresa capitalista que es, la búsqueda permanente de la ganancia. La ley general de acumulación de capital enuncia como el modo de producción capitalista contiene, como una de sus contradicciones internas fundamentales, la relación de la inmensa producción de riqueza (valores de uso) a la par de la inmensa generación de miseria humana (Marx, *El capital: crítica de la economía política I* 2015). Por lo tanto, lo que le interesaba a Marx, era la revolución. Estaba preocupado por entender cómo podía cambiar la totalidad del ordenamiento social, que constituía el capitalismo; cómo, en resumen, se podía derrocar al capitalismo (Harvey, *Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia* 2018, 148). Debido a que identificaba procesos sociales de extensión del valor (valorizable), impresos en el terror humano, y allí su potencial revolucionario. Ya que las fuerzas productivas técnicas del capitalismo conectaron los territorios del mundo, hacen de la extinción del espacio ante el tiempo del capital, un alegato ilusorio, que, hasta hace no mucho, la teoría económica ortodoxa del comercio internacional agregó entre sus supuestos, la libre movilidad del factor capital, cuando la evidencia histórica ha dado muestra de la tendencia del movimiento permanente de los factores en busca de la eficiencia económica y la ganancia. Con ello pretendo decir, siguiendo la interpretación marxista, que sostiene que el plusvalor emerge como una figura mundial aprovechable por la dinámica de competencia capitalista, que, en sí, es de corte planetario, pero de atesoramiento privado del excedente social. En otras palabras, se trata de la visión moderna de la explotación del trabajo por parte del capital y, que la deslocalización del capital no implica una desterritorialización de las prácticas de acumulación, pues, la contemplación del espacio social cotidiano reviste los arrebatos de la barbarie moderna de producción.

irrevocablemente vinculados en un limitado número de combinaciones.” (I. Wallerstein 2006, 26). Por tanto, como hemos ya insistido la noción de *espacio social* se entenderá en función del tiempo y viceversa.

El *espacio social* determinará la situación histórica en la que el sistema de necesidades y usos encontrará la posibilidad y potencialidad de su misma reproducción, en oposición a la confusión del espacio euclidiano, siguiendo a Lefevre, distinguiremos, como se ha mencionado, entre *Espacio* y *espacio social*. De modo que, sí “las concepciones matemáticas <<racionales>> del espacio y el tiempo fueron, por ejemplo, una condición necesaria para las doctrinas de la Ilustración de igualdad política y el progreso social” (Harvey, Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia 2018, 312). Así mismo, forman parte de lo que se presenta como la confianza moderna por la dominación del mundo físico. Fenómeno que para Max Webber representa en el desencantamiento y posterior racionalización del mundo, aquí habrá de ser representado en clave marxista a través del concepto de instrumentalización del espacio y la vida social, mas no agotando sus posibilidades y vacíos. Pues el espacio social es un producto, así como *obra*, dentro del Espacio en sí, producido social e históricamente. En su expresión particular, hemos de definir la *situación*, como mediato analítico de la relación entre el *espacio social* y *el espacio*; un modo de comparecencia entre las causas y azares en un sitio y tiempo concreto. Suscrito a las *razones de dominación y relaciones de poder* que constituyen la arquitectura de los distintos escenarios del mundo entero, e identificando objetos sociales, naturales, simbólicos, y los sistemas o mecanismos de medición y representación de estos elementos.

En consecuencia, es necesario añadir una conexión lógica entre la situación y la *historicidad*, que como se indicó, el mundo se percibe-concibe-vive, concretamente, se produce social e históricamente. Apoyándonos, para su crítica y explicación, en el ejemplo de la visión moderna de la imposibilidad kantiana de la conciencia en sí, la cual, vuelve indisoluble al ser, los atributos espacio-tiempo, pero al mismo tiempo exógenos a la conciencia, es decir; ajenos al individuo concreto –mucho menos comunidad– pero sí atribuyéndose como marcos contingentes de la realidad, un reinado aparte. Por el contrario, a las premisas kantianas cantidad-cualidad y relación-modalidad entendidas como figuras anteriores a la conciencia, se comprende que estas no son formas pretéritas a la determinación de la conciencia, ni la conciencia misma, sino expresiones conscientes del ser en sí, que es histórico y social (Heller, Teoría de la Historia 1989). La historicidad también se comprende como sustancia del conocimiento que posibilita construir

los objetos simbólicos y materiales, otorgar significado y continuidad a la experiencia singular, así como a la social genérica. Asimismo, la postura de la heterogeneidad cotidiana nos ayuda a evitar las premisas generalistas absolutas, expresiones determinísticas de las leyes causales de la realidad, abriendo la posibilidad de construcción y articulación de una *realidad* distinta, tanto individual, como síntesis particular de una realidad histórica general, como genérica comprendido también, como una transformación sistémica.

Será en este entendido tanto espacio como tiempo la *historicidad* humana, puesto que no existe uno ni otro fuera del género humano. “La historicidad no es algo que solo nos haya sucedido. No es una propensión sobre la que nos podamos <<deslizar>> como si fuese un vestido. La historicidad somos nosotros; nosotros somos tiempo y espacio. (Heller, Teoría de la Historia 1989, 13).

En contra posición a la perspectiva posmoderna que retoma el concepto de historicidad, comprendido desde la fragmentación epistémica de los mundos (microespacios-microtiempos) –una relativización despolitizante entre la concepción del Espacio y el Tiempo³⁹; concebida como elección individual, y no como proceso social constituido y destruido de historia–, hemos de seguir con la comprensión histórico-materialista de las relaciones internas que dan cuenta de la suficiencia para la existencia de un determinado proceso, fenómeno u objeto, no así de su continuidad e identidad en el tiempo y espacio⁴⁰. La conciencia histórica humana de sí misma,

³⁹ “Las construcciones sociales del espacio y del tiempo funcionan con toda la fuerza de los hechos objetivos a los que necesariamente responden todos los individuos e instituciones. Decir que algo está socialmente construido no es decir que es personalmente subjetivo. Gurevich afirma que «hay ciertos conceptos y representaciones universales que son canónicas para la sociedad en su conjunto y sin las cuales no puede construirse ninguna teoría, ninguna idea o sistema filosófico, estético, político o religioso»¹⁰. Una vez aceptados, conceptos fundacionales como el espacio y el tiempo se vuelven dominantes; «la naturaleza obligatoria de estas categorías sobre todos los miembros de la sociedad» no «significa que la sociedad conscientemente imponga esas normas sobre sus miembros exigiéndoles que perciban el mundo y reaccionen ante él de esta manera particular; la sociedad no es consciente ni de la imposición ni de la aceptación, de la “absorción”, de estas categorías e imágenes por sus miembros». Por ejemplo, en las sociedades modernas aceptamos el tiempo que marca el reloj como un hecho objetivo de la vida diaria, aunque ese tiempo sea una construcción social.” (Harvey, Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia 2018, 275)

⁴⁰ “Claramente, hay diferentes versiones de cómo entender las relaciones internas. Mi preferencia (y ha sido una característica bastante consistente de gran parte de mi trabajo anterior) es tratar a los «momentos» dentro de procesos, en vez de adoptar la perspectiva monádica de, por ejemplo, la producción como el único elemento a considerar. El consumo, el intercambio y la distribución deben considerarse como momentos por derecho propio precisamente para entender el proceso de internalización tal y como se produce en la producción. Marx elaboró sólidos argumentos para apoyar su perspectiva de que el momento de la producción era más decisivo que los otros a la hora de explicar cómo funciona el capitalismo y cómo puede alcanzarse el socialismo, pero esto de ninguna manera justifica la negación de los otros momentos; realmente, trabajar en esos otros momentos (como en el consumo) es una fructífera manera de internalizar formas específicas y deseadas de cambio dentro de la

que ya nos indica Marx: “no es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia”. Por lo tanto, definido en la sociedad burguesa tanto espacio y tiempo –así también la historicidad hegemónica– en función de; la composición orgánica del capital, las condiciones subjetivas propias del territorio, las relaciones de la fuerza de trabajo con el capital y, el desarrollo de las fuerzas productivas generales, dígame también, *ideología burguesa*; que son a fin de cuenta, las pautas de valorización del valor bajo un modo de producción capitalista. De esta serie de premisas podemos hallar las primeras claves para ubicar algunos de los porqués, se nos presenta el mundo como ajeno y, así dar cuenta del complejo proceso de enajenación y fetichización de la vida social a la aureola de la mercancía.

En síntesis, para ser capaces de comprender la triádica dialéctica del espacio percibido-concebido-vivido, habremos de remitirnos al *cuerpo* y, de mismo modo comprenderle como un producto producido. Pues la práctica social supone el uso de la corporeidad incorporado a la dinámica del sujeto y el espacio. El cuerpo como espacio producido es –tomando prestado el concepto anglosajón *performance*– un producto performativo, como lo es la materialización del pensamiento en el lenguaje que perfoma así mismo el modo de la experiencia singular que tiene el individuo con su entorno. El lenguaje como el cuerpo se encontrarán entonces, como productos culturales. Sin embargo, como ya hemos dicho anteriormente, la triada espacio percibido-concebido-vivido pierde su alcance si es que se le atribuye el carácter de modelo abstracto (Lefebvre 2013). No debemos olvidar, que la realidad social se produce en una asociación dialéctica del espacio-tiempo. San Agustín nos decía que existe solo el tiempo presente en la mente humana, pero que; este existe a su vez, dividido en tres momentos, *presente-pasado*, *presente-futuro* y *presente-presente*, todos coexistentes.

René Descartes basado en la filosofía mecanicista, dice en su Discurso del Método: “el cuerpo es solo una colección de miembros”. Interesante aseveración que observa al cuerpo como una fábrica. Concepción que posteriormente Foucault identifica como clave para comprender la narrativa de la historia de la sociedad occidental y, como el proceso de “disciplinamiento del cuerpo”, se expone como condición necesaria para la instauración de la ética de la división social del trabajo capitalista (Foucault, Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión 2009). Sin embargo,

producción (el caso más evidente es cuando el boicot del consumidor afecta a actividades de la producción)” (Harvey, Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia 2018, 104).

se puede argumentar que más que una “maquina pensante”; “*el ser humano se percibe a sí mismo a través de su cuerpo, en el que confluyen la memoria, la imaginación, la intuición, el instinto, el deseo, la voluntad, las emociones, sensaciones, pasiones todas ellas facultades psíquicas; no sólo como exterioridad, también como interioridad [...] El espacio es exterioridad e interioridad al mismo tiempo, es una tensión que se manifiesta de las dos formas al igual que el tiempo. El cuerpo es la presencia intransferible y personal, la existencia individual, el lugar de mirar el universo, el pequeño mundo que se es y que se enlaza de forma integral al ser humano*” (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 33-34)⁴¹. Por lo cual se ha de deducir del disciplinamiento de la corporeidad, como una lucha histórica por el territorio, proceso donde se interceptan todas las relaciones y sensaciones del humano particular frente a las demandas del sistema de exigencias hegemónico, pero también sus modos de resistencia y creación.

Lo que se quiere demostrar con esto es, la hipótesis de una necesidad de relacionalidad para la construcción de la experiencia genérica e individual, pero que es al mismo tiempo siempre social e histórica. Lo que antes decíamos como necesidad de sentido que se constituye en la praxis iterativa de la reproducción y producción del espacio (concepción-percepción-involucramiento). En este sentido, la comprensión del espacio y el cuerpo bajo la lógica del capitalismo, tiene como definición el ser productos destinados al consumo productivo como mercancía fuerza de trabajo; no obstante, la corporalidad y el espacio, vistos desde su potencialidad, devela que puede ser producida la vida social de modo distinto, conducidos desde la organización común-comunitaria de sus propias necesidades individuales y particulares, no subsumidas a las del valor auto valorizable, ni desprendidas de la totalidad de la producción, ahí su vitalidad como expresión de resistencia y lucha⁴².

⁴¹ Como espacio concatenante de la experiencia sensorial con la que en sujeto interactúa con el ambiente, toda una amalgama de lo que las expresiones dualistas del ser contraponen jerárquicamente (idea/sentimiento, cuerpo/mente, hombre/naturaleza, varón/mujer, etc.). Ya en la antigüedad griega, Aristóteles demarcaba al ser humano con un animal político, suscrito en la dialéctica de la unidad e identidad. La naturaleza corpórea del ser se manifestaba en su immanente materialidad, todo lo real es natural no por ello normal. Lo normal es una forma de poder. A través de la *phronesis*, constataba de la satisfacción de sus necesidades físicas cotidianas, naturales.

⁴² Las fronteras son vigentes para restringir al cuerpo, no para el capital, que ausente de corporalidad finita, se reproduce, fracciona, transforma según conveniencia. A las “empresas” capitalistas hoy se le atribuyen propiedades metafísicas. Un alma, un espíritu, una esencia, una de las muchas máscaras con las que la dominación y poder se disfraza. Es la posibilidad histórica de la abrupta disrupción de aquellos que con sus cuerpos y trabajo han levantado el proyecto global de acumulación. La teoría económica del comercio internacional no solo no es capaz de explicar los efectos concretos que subyacen a la estructura del valor capitalista, tampoco puede enunciar los impactos económicos reales de la inversión extranjera directa de economías con altas composiciones en economías sujetas a fuertes constricciones en su actividad; mucho menos comprender la heterogeneidad estructural productiva del capital aun dentro de las economías así llamadas centrales. De mismo modo, tampoco

Cabe señalar que, el carácter específico de la sociedad capitalista imprime la lógica de reproducción y producción civilizatoria emanada del proyecto del patriarcado productor de mercancías sobre el espacio social. La modernidad, en este caso, no solo conducirá la comprensión abstracta cartesiana del espacio y el ser (*res-extensa, res-cogita*), sino que, se verá envuelta en la forma práctica de cartografiar el espacio en busca de nuevos territorios por conquistar, donde pueda desarrollarse la valorización y la acumulación de capital, finalmente la *res extensa* ha de ser apropiada. El proceso histórico que da forma a la modernidad revestirá de un carácter paradójico y heterogéneo, fetichizado en la aureola de la mercancía y la mirada patriarcal colonial. Afianzará las relaciones en procesos de reificación y cosificación⁴³ codificados en la reproducción de la vida social cotidiana, de modo formal y real⁴⁴.

comprenderles las periféricas pues carecen totalmente de herramientas y categorías científicas para ello. El daño social resultante se conduce en una trama de despojo y destrucción, procesos de expansión y crecimiento económico. El despliegue dialéctico de la modernidad; quien no detiene su permanente expansión. De estas serie de premisas presentadas a lo largo del ensayo es que retomamos la hipótesis del espacio social moderno capitalista patriarcal, que, tanto en la dimensión de lo vivencial como en el resto de las dimensiones, es, donde la violencia se constituye como un atributo provisto y reproducido desde las distintas áreas de desenvolvimiento humano, colocándose a modo de signo de dominio, dependiente de las interacciones humanas. De mismo modo, en la dimensión de la experiencia cotidiana aparecerá como una huella en la memoria social de la que aparentemente nunca podría desprenderse, llevándose incluso a la interpretación del espacio concebido (saber científico instrumental) como condicionante, o bien inmanente al género humano. Cuando, de lo que debería plantearse es la posibilidad del olvido en la memoria social cotidiana de toda huella de violencia.

⁴³ El concepto es utilizado en pocas ocasiones por Marx, siendo George Lucáks quien profundizará en comprensión metodológica a partir de su comprensión radical de “cosificación” en la sociedad capitalista. Para el caso particular que nos acoge aquí, retomamos la interpretación de Horkheimer y Adorno, que a su vez le colocarán como concepto clave para entender el desenvolvimiento cotidiano de las relaciones sociales en el espacio como parte de las relaciones internas de la dialéctica de la Ilustración (conciencia fáustica). “El proceso de Ilustración es, pues, un proceso de «desencantamiento del mundo» que se revela como un proceso de progresiva racionalización, abstracción y reducción de la entera realidad al sujeto bajo el signo del dominio, del poder. En cuanto tal, este proceso, que quiso ser un proceso liberador, estuvo viciado desde el principio y se ha desarrollado históricamente como un proceso de alienación, de cosificación. «La propia mitología ha puesto en marcha el proceso sin fin de la Ilustración, en el cual toda determinada concepción teórica cae con inevitable necesidad bajo la crítica demoledora de ser sólo una creencia, hasta que también los conceptos de espíritu, de verdad, e incluso el de Ilustración, quedan reducidos a magia animista... Como los mitos ponen ya por obra la Ilustración, así queda ésta atrapada en cada uno de sus pasos más hondamente en la mitología» En definitiva, la naturaleza se rebela y se venga por haber sido olvidada por el espíritu en el proceso de Ilustración, que, por lo mismo, ha sido al mismo tiempo un proceso de alienación, de cosificación. En el inicio de este proceso —dicen Horkheimer y Adorno en uno de los aforismos en la última parte de la DI— hubo «una pérdida del recuerdo» (p. 275) que lo hizo posible. En el fondo, concluyen, «toda reificación es un olvido» (Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* 1998, 13-14)

⁴⁴ Proceso descrito en una serie de confrontaciones, genocidios, luchas y resistencias, dadas principalmente en la tercia de continentes (América-Europa-África) en el conflicto del océano Atlántico durante el desarrollo histórico del capital. Que, en conjunto, dan explicación al proceso histórico general de acumulación originaria que acaba por concatenarse en Inglaterra, dado su propio desenvolvimiento interno, pero expandido desde un principio desde una lógica de acumulación privada del excedente social mundial.

Aunado a ello se ha de rechazar a las concepciones mecanicistas y teleológicas del acontecer histórico. Como supuesto, se asume el disparate de la historia anclado a una necesidad u horizonte de *sentido*. Esto exige a su vez, la connotación de elementos físicos, culturales, biológicos e históricos que marcan un paso conteniente en la determinación ontológica y epistemológica de la realidad, el entendimiento de la determinación dialéctica del sujeto-objeto que hace existir a la necesidad y viceversa (Marcuse 1972).

Evitando el reduccionismo de pensar que nada es cierto y todo es verdadero en cuanto falso, la necesidad de realidad contempla la capacidad mediadora de los sentidos humanos, la doble permanencia de un sentido en el disparate, y un disparate en el sentido. Tal que, el espacio social no se postra como absoluto, pues, el vacío indica la existencia de la dialéctica ideal-material como construcción de lo real y lo realizable, eclipsado en un entramado discursivo-objetual, es decir, el espacio de posibilidad que se realiza en la praxis concreta de la reproducción social, y viceversa, la praxis concreta que se desarrolla dentro del marco de posibilidad. En oposición a Kierkegaard, pero primordialmente a Heidegger, la concepción del *ser* como ser dinámico, implica la interpretación del sujeto no visto desde sus fronteras, sino, desde sus fisuras, sus vacíos, sus posibilidades. La enajenación como condición de la reproducción social pierde así su sentido negativo, entendido para los fenomenólogos como una maldición de la cual no se puede escapar; en cambio, le habremos de observar como la permanencia de transformación de las relaciones, objetos y discursos. La realidad no solo es lo que es, sino lo que puede y pudo ser.

Por tanto, aunque bien tratamos de apelar por un tipo de historicidad crítica comprometida históricamente con el cambio social; esta no es la única forma en la que se puede desarrollar la función epistémica de la historicidad, ni tampoco significa que la Historia avanza de forma consciente, pues, su desarrollo no solo ha sido producto de la decisión y trabajo, también en sus cimientos se haya el capricho y el azar. Tal como Marx definía que el capitalista no es “un conspirador demoníaco”, sino que se encuentra sometido por las mismas leyes (evidentemente desde otra posición) que subsumen a la totalidad de la vida en las sociedades específicamente capitalistas. Consciente de su propia condición de clase y estatus; actúa en función de ello, provisto de una forma concreta de historicidad; dígame, la conciencia de clase de la burguesía, que asume su papel para garantizar la acumulación y extensión de capital, así como afianzar y dar continuidad en el espacio-tiempo a sus relaciones sociales de dominación de estatus racial-sexual-clase.

Volviendo al tema de la producción social de realidad histórica, podemos observar en el desarrollo interno de las contradicciones en la producción del espacio la sombra constante de la *razón suficiente* y *presunción leibiziana*, que se mencionaba anteriormente, así como en las discusiones del *ser*, la organización de la realidad, el desenvolvimiento material, el lenguaje y claro, la temporalidad. Comprensión que nos lleva a situar la historicidad desde sus facultades, es decir, la posibilidad del ser social de transformar el contenido de sus relaciones; de mismo modo, nos sitúa desde sus necesidades, carencias o límites que en conjunto dan forma o figura al proceso social.

Con esta serie de premisas retomamos el problema de la aureola en el marxismo y la aparente visión teleológica de Marx. Como es sabido, el estudio del azar en la historia no pasa por alto al momento de leer a Marx, recordemos que su trabajo doctoral se dirige a un estudio de la diferencia de la naturaleza de Epicuro y Demócrito. El brillante develamiento de la ley del valor y sus contradicciones no abandona *el azar con el que caen los átomos*. Por tanto, la aureola mesiánica del marxismo se orienta en que la destrucción o transformación del modo de producción capitalista parte de misma medida en la voluntad y deseo que así suceda, como de sus fuerzas “objetivas”. Pero claro, el día de mañana podría caer un asteroide del cielo tan grande que aplastase todo, o bien, las masas rechazar la revolución.

Antes no se realiza un llamado por lo atávico en aras de revestirlo en el aire moderno⁴⁵, si no, en una mirada autocrítica del mundo que nos circunda y del cual formamos parte, se reconoce al sujeto moderno –tendencialmente bajo un tipo de historicidad que no para de concomerse así misma ni de la cual nos podemos desprender–; planteado en primera instancia que el mundo producido en la visión del Valor que sigue el humano con la naturaleza, se ve constreñida en la heteronorma patriarcal ilustrada de dominación, también resultante de la integración instrumental de la mirada en una cotidianidad de espacios ordenados a la necesidad de acumulación ampliada del capital; en definitiva, mirar a quienes están en franca resistencia resulta crucial. Las construcciones industriales de la realidad social, que subsumen la relación humano-naturaleza en la ruta metabólica de la valorización del valor, crean en su despliegue material una

⁴⁵ “La afirmación de la tradición como alternativa política es ya, inmediatamente, la negación de la tradición. [...] Elegir la tradición significa resquebrajar su sentido totalizador en aras de una oposición política (de signo ineludiblemente moderno). La tradición como utopía alternativa no es más que el espejo invertido de aquella figa apolítica fundada en la derrota absoluta de los no-sujetos.” (Fuente 2017, 70)

total ruptura con el entorno, en conclusión, un total desastre ecológico significativamente divergente y mucho más exponencial que ningún otro sistema histórico.

A partir de los elementos anteriores, hemos de proseguir con una breve problematización en torno a la categoría de *ideología* –en el capítulo II se abarca de mejor modo su desarrollo histórico concreto– la cual, en esencia; se determina a nivel sistema en la disputa del mercado mundial por la hegemonía; a nivel país, se define en la conformación de la Nación, las narrativas dominantes y los intereses reflejados en la estructuración estatal; en una escala local e individual se orienta en la trama cotidiana y el horizonte de sentido particular o comunitario; que se ha de recalcar, tan solo se exponen analíticamente como esferas separadas, sin embargo, en la realidad se representan en la totalidad de la producción en general, del espacio y la ideología. Por consiguiente, habremos de discutir el concepto de ideología en tres niveles y esferas de análisis: individual-general-particular; política-económica-cultural, respectivamente. Todas ellas únicamente separadas en términos analíticos, su concepción solo puede darse bajo el entendido de ser procesos dialécticamente relacionados, que en la realidad operan en total simultaneidad, a fin de cuenta, somos hijos de la modernidad.

La primer esfera se determina, por tanto, en lo que habíamos concebido como necesidad de sentido del individuo y la comunidad que se determina en tanto la praxis concreta del sujeto con la que organiza y produce su *mundo pequeño*. Esto es, siguiendo con la interpretación del psicoanálisis en una mira antropológica del ser social (marxista), de Herbert Marcuse (Marcuse 1972) y Agnes Heller (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977); el *principio de realidad* (lo que aquí se enunció como necesidad de sentido), se conduce como parte de la mediación y represión de los impulsos e instintos (*Eros y Tanatos*) en la construcción social e individual de la realidad y la psique, pues depende materialmente tanto el individuo como la comunidad, de la reproducción de los sistemas de usos, objetos, valores, símbolos y exigencias. Lo que parafraseando a Marcuse se conduce bajo el objetivo de desarrollar una psicología individual que es al mismo tiempo social. Es decir, la determinación ontológica se concreta solo en la existencia de una comunidad, y filogenéticamente refiere de mismo modo a una concepción individual como miembro de la especie, pero de mismo social e histórico, el mundo pequeño es equivalente al nivel *individual*.

El segundo nivel de análisis es el modo y forma *general* social de la realidad, lo que antes habíamos colocado como la situación Nacional, la escala se amplía en el sentido de saber que no existe país

capitalista que se desarrolle en abstracto, pero, en la generalidad, la nación refiere a la escala más amplia del imaginario colectivo de la clase trabajadora, como sabemos, el sistema mundo capitalista es también un sistema interestatal (I. Wallerstein 2006), relectura que se realiza en la presente investigación a través de M. Foucault (Foucault, Obrar mal, decir la verdad. Las formas de jurisdicción en la historia 2016). En sus estudios sobre el origen de las cárceles, las clínicas, la verdad, la locura y los sistemas de enjuiciamiento en la historia de la sexualidad y la sociedad moderna, extendió y explicó la concepción de sociedad represiva como condición de civilización provista por Freud, además, anexó la discusión de la corporalidad y los modos en los que se produce las subjetividades (*almas*) en las sociedades modernas, concatenado su génesis y despliegue mediante el nuevo arte de gobernar y la nueva inteligibilidad del Estado (Foucault, Seguridad, Territorio y Población 2006). Ancladas a una estructura estatal figurada en la situación Nacional (leyes, políticas, intereses, representantes, actores políticos, etc.), es que se retoma el concepto de *disciplinamiento*, para explicar cómo se sujeciona y disciplina el cuerpo, se normalizan los actos y se produce el sujeto moderno, además de exponer cuáles son y han sido los mecanismos y tecnologías desarrolladas en virtud del *dominio de las almas*, la normalización de los actos de la población, el control soberano del territorio y la producción en general; es necesario también, comprender el modo en que opera el poder, el modo en que se coloca en la capilaridad de la sociedad moderna de manera tanto más sofisticada, ya no solo mediante la cruda violencia del poder soberano (que jamás se abandona), añadiéndose al arte de gobernar del Estado moderno el *poder pastoral* del discurso normalizador. Para entender el proceso de conformación de la hegemonía es necesario observar tanto la organización concreta del proceso productivo, como descifrar los discursos con los que se despliega el poder y las narrativas que construye.

El tercer nivel de análisis, *el particular*, funge como mediación en lo que podemos llamar *mundo entero* y *mundo individual*. Las tramas, los romances, tragedias, enredos cotidianos son los que finalmente median la relación general e individual de realidad en lo que también podemos llamar *mundo pequeño* o vida cotidiana. (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977). En donde se desarrollan material y simbólicamente las vidas individuales, además de producir-reproducir-consumir, a la totalidad de la sociedad, que bien sabemos, es distinta y mucho más compleja que la suma de sus partes. A estos tres niveles de análisis habremos de identificar entonces que toda producción, práctica, ejercicio, creación y obra es un proceso y fenómeno social e individual, situado en un lugar, momento, contexto y condiciones singulares.

En consecuencia, se despliegan en la esfera política, económica y cultural los tres niveles de análisis, interseccionados y relacionados internamente por la definición social del modo y forma de producir, concebir y reproducir la sociedad. Lo que en términos generales habremos de denominar ideología es, por lo tanto, la mediación y convención histórico-social de *la cosa en sí*; su representación, concepción y relación desde la perspectiva del poder que justifica y explica el estado de dominación de la masa explotada y la superestructura en un modo de producción específico. Aspecto que se manifiesta en la producción material y simbólica del modo y forma de proyecto comunitario en la forma de sus estructuras de saber poder, instituciones, derechos, prácticas, prohibiciones y valores tanto axiológicos como económicos. Concluyendo, siguiendo los estudios de Antonio Gramsci, que la formación y definición ideológica en la sociedades de clase se desarrolla en la disputa por la determinación de la hegemonía y la determinación de un bloque histórico, reconociendo el orden burgués como el actual bloque hegemónico.

Por tanto, la realidad entendida como compleja⁴⁶, supone la existencia de lo que puede definirse como proceso inmanente al humano: la *necesidad de realidad*, un ancla en el disparate expresado en una cotidianidad concreta, un horizonte de sentido producido social e históricamente⁴⁷. Sin que aquello agote el azar con el que caen los átomos del cielo. Es decir, la genericidad en la vida cotidiana ha de ser entendida desde las condiciones objetivas y subjetivas del particular –situado en determinado momento y lugar, concebida tanto como realidad efectiva como potencial–, en

⁴⁶ La pertinencia de otorgar una mayor objetividad a la relación sujeto-objeto implica la permanencia epistémica de la realidad como límite y potencia, siendo una oposición a la visión trágica de la antropología freudiana, la tradición positivista y la psicología conductista en tanto comprendo la implicación como categoría mediadora de la voluntad y el sentir (a la vez que el sentir resulta de la misma implicación: “sentir es estar implicado en algo” (Heller, Teoría de los sentimientos 2011, 15).

⁴⁷ A lo largo de sus obras, Marx distinguió la diferencia entre necesidades naturales y necesidades sociales; siendo las primeras las referidas a las determinadas por su condición de ente biológico-físico y, las segundas en su determinación histórica-social. La evidencia antropológica demuestra la relevancia de la producción objetual en el proceso histórico de desarrollo humano. Las fases anteriores a la escritura (que también podría concebirse como un objeto), son marcadas, por la etnología clásica, en función de los desarrollos técnico-objetuales y las narrativas míticas; por ejemplo, la agricultura, las deidades, las mujeres y los ciclos de fertilidad. Lo que queda de cierto, pese la amplia especulación histórica es que los objetos hacen existir las necesidades y a la inversa las necesidades a los objetos, proceso que Marx enunció bajo la categoría de objetualización. Otra tesis que puede emerger de aquella interpretación es la aseveración de Agnes Heller, quien sostiene que no existe sociedad que no desarrolle una vida cotidiana. La producción de jarrones, herramientas, mitos, narrativas, toda la producción objetual-deseante ha de tener un momento de realización en el desarrollo ordinario de las relaciones entre sujetos miembros de una comunidad y su entorno concreto. Definiendo a grandes rasgos a la vida cotidiana como expresión de la alienación de los deseos y necesidades, implica entonces entender al ser humano como un ser ontológicamente determinado a partir de la producción y satisfacción de estas mismas necesidades y deseos, que son siempre sociales e históricas, es decir, visualizarlas desde su autorrealización en un tiempo y espacio concreto (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977).

un contexto histórico concreto y una situación subjetiva en determinadas condiciones generales de producción. Pues, aunque podemos afirmar la existencia de la vida cotidiana como condición general, está en ningún sentido puede ser una categoría homogeneizante. Sin un estudio particular de algún caso, fenómeno o sitio concreto no es posible definir una cotidianeidad específica; no obstante, sí podemos extraer las generalidades con las que se articulan las lógicas sociales, más no enunciar que determinada vida ordinaria es una realidad universal.

Por último, hemos de indicar que, la atribución primaria de la familia nuclear burguesa es la de dotar de lenguaje y posición en la división social del trabajo a miembros nuevos de la población, de manera expresa, reglamenta los principios de la sujeción del cuerpo, atribuyéndoles los roles designados para la reproducción de la vida social, introducción a la forma de reproducción de la *genericidad* o vida cotidiana burguesa. Aludiendo a los caracteres fisiológicos de la especie una suerte de atribuciones metafísicas, envueltas bajo el manto discursivo del género, las corporeidades son sexuadas en función de la visión ilustrada del territorio (cuerpo) como espacio de dominio escindido en términos de valor y no valor⁴⁸. No obstante, y retomando la visión paradójica de la realidad, dichos ejercicios son de misma manera formas de la cooperación humana que bien podrían desenvolverse de distintos modos. Pero la vida familiar burguesa relegó las primeras atribuciones de disciplinamiento y normalización del cuerpo a la vida familiar misma, las relaciones de parentesco y el código jurídico de las relaciones familiares representan así, una situación de encierro para las víctimas, “con los mismos cerrojos con los que un avaro cierra los baúles de su cofre” (Marx, Acerca del suicidio 2012). La ejecución y efectividad de la aplicación de la normalización del cuerpo sexuado moderno⁴⁹, se delega a su corresponsal de

⁴⁸ “En los siglos XVI y XVII, la privatización de la tierra y la mercantilización de las relaciones sociales (la respuesta de los señores y los comerciantes a su crisis económica) también causaron allí una pobreza y una mortalidad generalizada, además de una intensa resistencia que amenazó con hundir la naciente economía capitalista. Sostengo que este es el contexto en el que se debe ubicar la historia de las mujeres y la reproducción a la transición del feudalismo al capitalismo; porque los cambios que la llegada del capitalismo introdujo en la posición social de las mujeres –especialmente entre los planetarios ya sea fuera de Europa o en América– fueron impuestos ante todo con el fin de buscar nuevas fuentes de trabajo así como nuevas formas de disciplinamiento y división de la fuerza de trabajo.” (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015, 119)

⁴⁹ “Las viejas relaciones de género burguesas ya no se ajustan al “turbocapitalismo” con su exigencia rigurosa de flexibilidad; esto lleva a la formación de flexi-identidades coactivas que se siguen caracterizando de manera diferente según los géneros. La vieja imagen de la mujer se ha vuelto obsoleta, la mujer “doblemente socializada” está a la orden del día. Más todavía: los nuevos análisis sobre el tema “globalización y relaciones de género” sugieren la conclusión de que después de un tiempo en el que parecía (o quizá fue realmente así) que las mujeres habían conquistado cada vez más espacios de libertad dentro del sistema, las tendencias de la globalización han llevado a un embrutecimiento salvaje del patriarcado. Por supuesto, en este sentido hay que tomar en consideración los diferentes contextos socio-culturales en las distintas regiones del mundo. También hay que

identidad, el *varón* (hombre), a quien se le confiere el despliegue del uso del poder soberano en su faceta cotidiana –concedido por la lógica de reproducción patriarcal– que, de modo paradójico, se convierte en latiguero de lx subalterno (parias, negrxs, mujeres, niños), a su vez que, se revierte contra sí mismo⁵⁰.

Retomando las cuestiones iniciales, la *dimensión histórica* se ha de comprender como el contexto de la forma de alienación primario de las necesidades y deseos en un período y contexto particular –al fin y al cabo, vemos nuestro *mundo pequeño* desde la moral de nuestro tiempo–; articuladas dialécticamente las necesidades y los deseos en *lógicas de producción y reproducción*, modos y formas, entramadas en una relación dialéctica mediada por la reproducción del humano particular y la genericidad dentro de un espacio cotidiano. Dadas las condiciones concretas de las fuerzas productivas generales (revolución microelectrónica) y la expansión globalizadora del último medio siglo, han subsumido actualmente (casi en su totalidad) en lo general, el proceso de trabajo y reproducción social a la hegemonía de la lógica de producción capitalista, entramada en una lógica de reproducción patriarcal. Lo que acaba por definir la “dimensión histórica” en la que nos situamos: *la barbarie con altas condiciones tecnológicas*. Pero claro, como hemos indicado anteriormente, el espacio social incorpora los actos sociales, las acciones de los sujetos, los productos y el proceso productivo en el marco de la vida cotidiana, por lo que no se trata de una cosa entre las cosas, ni mucho menos una estructura monolítica, en consecuencia, puede hacerse de otros modos⁵¹.

tener en cuenta que, si triunfa una lógica de ganadores y perdedores que amenaza con tragarse incluso a los ganadores a causa del hundimiento de la clase media²¹, las mujeres se encuentran aquí en una posición específica. Así, por ejemplo, en Alemania, mujeres (con carrera) bien situadas podían permitirse mujeres inmigrantes del Bloque del Este, por lo general mal pagadas, como “sirvientas” y cuidadoras. De esta manera se produce una redistribución de los trabajos de asistencia y cuidado dentro de los mundos de vida femeninos.” (Scholz 2013, 58)

⁵⁰ La violencia intrínseca a la lucha soberana que reviste la lógica de la dicotomía público-privado, se hace vigente particularmente en la esfera de reproducción (privado); atrapando en la forma atómica de la propiedad privada las relaciones sociales familiares que, claramente, no escapan de la reproducción general y se encuentran sujetas a las condiciones históricas de dominación. Partiendo del caso de la lucha soberana privada, es allí donde el rey sin corona (varón) hace de la tierra en sus uñas un imperio, y sobre sus residentes se convierte en el peor latiguero. Y con su amo (burgués), aquel que con la misma alevosía arremetió contra la tierra, poseyó todos los bienes y distribuyó violencia. ¿qué será de sus dominios? “¿Qué clase de sociedad es ésta, en la que se encuentra en el seno de millones de almas, la más profunda soledad; en la que uno puede tener el deseo inexorable de matarse, ¿sin que nadie pueda presentirlo? Esta sociedad no es una sociedad; como dice Rousseau, es un desierto, poblado por fieras salvajes” (Marx, Acerca del suicidio 2012, 71).

⁵¹“Si hay producción y proceso productivo del espacio, hay en consecuencia historia [...] La historia del espacio, de su producción en tanto que realidad de sus formas y representaciones, no se confunde ni con el encadenamiento causal de los llamados acontecimientos históricos (datatos), ni con la sucesión, con o sin finalidad,

El poder, el Estado y la violencia.

Thomas Hobbes, un empedernido lector y traductor de Epicuro, retoma el concepto *Awe* (terror), para dar explicación a los porqués del Estado moderno y, brindar justificación a los actos de los individuos y las instituciones, en función de la naturaleza humana egoísta y temerosa. Comprende el origen del temor como un resultado de la ignorancia de las causas naturales a las que, la humanidad le sustituye con la creencia en poderes invisibles, concepción extraída de los *elementos* epicúreos. La palabra *Awe* (miedo o terror) aparece en los escritos históricos de las guerras de Tucídes y en las crónicas de las invasiones púnicas al territorio ateniense, se retoma posteriormente en la sociedad romana para enunciar los resultados y prácticas provenientes de los conflictos con las comunidades bélicas del éste, definidos tradicionalmente como *bárbaros* (Ginzburg 2008). *“Como hemos visto, Hobbes desarrolla una explicación paralela de los orígenes de la religión y de los orígenes del Estado. Pero dentro del Estado que él describe, la religión –o más exactamente, la Iglesia– no tiene ninguna autonomía. Pues el frontispicio del Leviathan representa al “dios mortal”, al Estado, sosteniendo en una mano la espada, y el báculo en la otra. Y Hobbes resalta que el poder del Estado está basado no solamente en la fuerza, sino también en el temor, awe: la palabra que hemos visto jugar un papel estratégico, en los pasajes del Leviathan dedicados tanto a los orígenes de la religión como a los orígenes del Estado.”* (Ginzburg 2008, 43). Se plantea entonces del deber ser del monstruo titánico que, si las relaciones entre los hombres se presentan bajo la premisa de la coacción de las espadas, se resuelve imperante resolver la economía de la violencia contractual, y así, el problema de la acción del monstruo titánico es dar forma y medida a la instrumentación del castigo, la disciplina y el orden.

La figura regular con la que se presenta la violencia extrema se da en la práctica del terror aplicado desde el Estado⁵², su génesis en la sociedad moderna se remonta en la historia occidental a las

de costumbres y leyes, ideales e ideologías, estructuras socioeconómicas o instituciones (superestructuras). Las fuerzas productivas (la naturaleza, trabajo y organización del trabajo) y por supuesto las relaciones sociales de producción desempeñan un rol –que debe ser definido– en la producción del espacio.” (Lefebvre 2013, 105)

⁵²“El terror aparece vinculado a la política desde su misma configuración como saber social específico y diferenciado. Maquiavelo lo consideraba como la principal estratagema política de los dirigentes que tratan de establecer un nuevo régimen de gobierno. La violencia terrorista surge en la ciencia política como un factor eminentemente pragmático, ya que su éxito se mide por criterios de eficacia política que lleva aneja la marca de la virtud, y no por cualidades de orden ideológico o moral. Por su parte, Montesquieu introdujo el término «terror» en el lenguaje político asignándole un significado preciso, como sinónimo del miedo, que era la característica determinante del principio rector de los regímenes despóticos que no empleaban la violencia de forma limitada y ejemplar contra el «enemigo interior», sino que la extendían a toda la población. La diferencia entre intimidación y terrorismo es que aquélla simplemente busca incrementar el miedo a un castigo severo por la no aceptación de una demanda, y el terrorismo no amenaza: la muerte y la destrucción son su programa de acción.” (Calleja 2013, 20)

antiguas civilizaciones griegas y romanas, aunque su práctica se extiende en una larga data todavía mayor (Calleja 2013). El terror y las políticas de miedo se inscriben en una genealogía de una mayor envergadura a la aquí expuesta, lo que se busca resaltar es su importancia en los cimientos de la sociedad moderna capitalista, como pilar para dar ordenanza de la vida social.

El monstruo titánico, “*Leviatán*”, invocado por los magos burgueses ordena los espacios sociales producidos bajo la ordenanza de la mirada del patriarcado productor de mercancías, suscrita a una lógica de barbarie, revierte al sujeto alienado moderno –particularmente es dentro de los principales centros capitalistas donde puede ser observado con mayor vehemencia su prevalencia– a ser esclavos del fetiche mercancía, a fin de voltear la vista de su inminente destrucción.

Al mundo creado bajo la aureola de la mercancía y el regimiento del Leviathan, Gyorgy Lukács refiere en su hegelianismo anti-Hegel, al espacio social (capitalista) como reificación, la falsa conciencia. Una manera de interpretar el proceso de *racionalización* de Webber bajo la mira marxista. Siendo el proceso de cosificación y reificación atribuibles a la noción marxista de fetichización. Aquí habremos de dar una pequeña separación analítica, continuando con la interpretación de Horkheimer y Adorno del concepto reificación y cosificación de Lukács (Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* 1998). A modo de colocar la fetichización como categoría genérica adaptable a nociones antropológicas como *mito* o, *rito*. Así, reificación⁵³ será un momento particular del proceso de mediación simbólico de la realidad aplicado a las relaciones sociales de producción –sujeto en el contexto de las relaciones sociales burguesas– en el que el objeto se revierte en sujeto y modifica su relación dialéctica, que es, asimismo, un proceso de cosificación de la relación del productor con el producto. Proceso descrito por Marx

⁵³ “Con la propiedad burguesa se había difundido también la cultura. Ésta había rechazado la paranoia a los ángulos oscuros de la sociedad y del alma. Pero dado que la ilustración del espíritu no ha traído consigo la emancipación real de los hombres, también la cultura enfermó. Cuanto más la conciencia culta fue dejando atrás a la realidad social, más sucumbió a un proceso de reificación. La cultura terminó por convertirse enteramente en mercancía, difundida como información, sin capacidad para penetrar ni siquiera en aquellos que hacían uso de ella. El pensamiento pierde impulso, se limita a la aprehensión del hecho aislado. Las conexiones teóricas complejas son rechazadas como fatiga inútil y molesta. El momento evolutivo del pensamiento, su aspecto genético e intensivo, es olvidado y reducido a lo presente e inmediato, a lo extensivo. El ordenamiento de la vida actual no deja espacio al yo para extraer consecuencias intelectuales. El pensamiento reducido a saber es neutralizado, utilizado para la calificación en los mercados sectoriales de trabajo y para aumentar el valor mercantil de la personalidad. Así desaparece la autorreflexión del espíritu, capaz de oponer resistencia a la paranoia.” (Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* 1998, 240)

bajo la categoría de enajenación y alienación capitalista del trabajo, en el que el trabajador acepta y desea su propio estado de dominación.

La cosificación la comprenderemos como la transformación del cuerpo en objeto –más concretamente en mercancía fuerza de trabajo– y a la naturaleza en materia prima. Entendiendo de esta manera el concepto de *mundo cósmico* de (Kosík 1967), con el que entiende el mundo producido por el capitalismo, que tiene como consecuencia, la generación de la *pseudoconcreción* de la vida cotidiana dado el grado, intensidad y expansión de la subsunción de las necesidades sociales al mundo de las mercancías. Proceso que trataremos de desarrollar con mayor profundidad en el siguiente capítulo en un breve recorrido histórico, pero que finalmente describe lo que Foucault categoriza como el “disciplinamiento del cuerpo” a los ritmos de acumulación, es decir, la producción y sujeción del alma moderna bajo una ética capitalista congruente con una economía moral del intercambio mercantil (Foucault, Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión 2009)⁵⁴.

Aunque no existe un único discurso ideológico al que podamos referirnos como la totalidad, la generalidad de la multiplicidad de variantes se acopla con la lógica general del sistema, que no es otra cosa sino, generar y obtener ganancias. Se decía de la ideología, como una suerte de meta narrativa que otorga pues, una concepción y justificación, epistemológica, ontológica, ética y estética de la realidad, el ser, el hacer, el estar y el crear. Que, bajo el moderno sistema de dominación, este se acopla sobre lo que hemos descrito como tríada del poder raza-clase-género. La cosificación y la reificación del cuerpo y el espacio en mercancía y mercancía fuerza de trabajo

⁵⁴ A modo de ejemplificación: en las interpretaciones estéticas en la era de la reproductibilidad técnica, es dónde podemos dilucidar la dialéctica en las relaciones sujeto-objeto modernas que, trata de misma manera a la dialéctica correspondiente a la producción del espacio social frente a la reproducción particular de la vida cotidiana. Donde el sujeto es siempre un sujeto situado dialógicamente, envuelto en procesos que dotan de sentido y contenido a la conformación de la experiencia y, por ende, de la mirada. De mismo modo, el objeto es revestido de una serie de significaciones que le dotan de sentido genérico (pretexto-contexto-texto) a ser descifrado e (re)interpretado por un particular, como antes dicho, situado históricamente. Las figuras genéricas primarias (el lenguaje y trabajo) que dotan de contenido y significado a las estructuras simbólicas de la reproductibilidad cotidiana, que; a su vez, significan a la obra estética en sí, emanan del proceso de producción y reproducción de la realidad social. Reificando las relaciones entre el objeto estético y el sujeto (intérprete), en un proceso de producción y destrucción histórico de las categorías que le dotan de significado y contenido. Bajo esta tesitura, al hacedor de la obra, se le cosifica y es transformado al objeto de conciencia, separado monolítica, o bien, trascendentalmente de la historia. Entonces, la obra se ve reificada, elevada a una suerte de experiencia suprasensible únicamente interpretable por los eruditos de objetos estéticos. Ambos procesos inscritos a la lógica de fetichización de las relaciones sociales cotidianas en la trama del capital. Por otro lado, la cosificación, responde al momento concerniente a la relación objeto-sujeto que, al tratarse de procesos, es así mismo reificación del espacio social, pues el espacio social es también un producto en constante producción.

son procesos congruentes y consecuentes a la ideología del proyecto civilizatorio moderno. Donde las variaciones ideológicas, dígame, liberales, conservadores, reformistas, etc., guardan entre sí importantes diferencias, sin embargo, sustancialmente no resultan contradictorias con la lógica de acumulación en sí⁵⁵.

Por tanto, la falsa conciencia que resulta de la producción social del espacio se conduce en medio de la fetichización general de la totalidad de las relaciones sociales a la aureola de la mercancía y la subsunción real y formal del proceso de trabajo al capital. En pocas palabras, al ser producto de la enajenación y la explotación, el espacio social, como producto producido (a modo capitalista), se nos presenta como ajeno a nosotros mismos. Disponible únicamente en la medida en que podemos pagar por habitar, transitar y reproducirnos en él. Pero al mismo tiempo, también resulta en el único medio para la realización individual. Consecuencia descrita sagazmente en palabras de Marx quien dice: *“Lo que hay de misterioso en la forma de mercancía reside, por tanto, simplemente en que refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como si se tratara del carácter objetivo de los mismo productos del trabajo, con ello, consiguientemente, que también la relación social entre los productores y el trabajo de todos aparezca como una relación entre objetos existente fuera de aquellos [...] Es lo que yo llamo fetichismo inherente a los productos del trabajo tan pronto comienzan a producirse como mercancías y que es, por tanto, inseparable de la producción de estas”* (Marx, El capital: crítica de la economía política I 2015, 73)

Para dar una mejor comprensión de la tendencia histórica moderna hacia la *reificación* del espacio social tendido a la expansión de la violencia conforme se expande la ley del valor, debemos dar continuidad al argumento del reflejo de la forma general de la reproducción material en la reproducción de las relaciones sociales en la vida cotidiana. Sí el espacio social moderno capitalista que, bajo el desenvolvimiento de la técnica y la razón calculable, parece haber desencantado el mundo, le subsumió en el mito mismo de la ilustración⁵⁶, conservando el

⁵⁵ “La economía política del liberalismo es la síntesis serial de la desaparición consuetudinaria del espacio y el pueblo; la conversión de la comunidad en conglomerado inorgánico e inerte en el que se ratifica la inexistencia de la voluntad, la racionalidad y la cooperación en pos de un imperialismo productivo comercial-financiero, el mismo inerte y cifrado. La democracia como arte de la desaparición de la política. (Fuente 2017, 56-57)

⁵⁶ “El proceso técnico en el que el sujeto se ha reificado tras su eliminación de la conciencia está libre de la ambigüedad del pensamiento mítico como de todo significado en sí, pues la razón misma se ha convertido en simple medio auxiliar del aparato económico " omnicompreensivo. La razón sirve como instrumento universal, útil para la fabricación de todos los demás, rígidamente orientado a su función, fatal como el trabajo exactamente calculado en la producción material, cuyo resultado para los hombres se sustrae a todo cálculo. Finalmente se ha cumplido su vieja ambición de ser puro órgano de fines. La exclusividad de las leyes lógicas deriva de esta

sentimiento de zozobra en el centro de la conciencia ilustrada, donde el pensamiento no puede tomar asiento, y, recayendo perpetuamente en mito de sí mismo, la *verdad*, es convertida a objeto de conciencia permanentemente dinámico⁵⁷, horrorizado de la amenaza de osificación, alcanza su culminación trágica en la transformación moderna cotidiana del espacio social que, como muestra Marx, el miedo a la solidificación se encuentra dialécticamente reflejado en la competencia permanente, obligando a cada miembro de la sociedad a la perpetua innovación, particularmente a cada capitalista, desde el más pequeño al más poderoso (Marx, *El capital: crítica de la economía política I* 2015). Lo que materialmente resulta en un infinito proceso de extensión de dominio, además, una revolución permanente de las técnicas y tecnologías de producción inscrito en las necesidades cotidianas de valorización, fetichizadas en los encantos fáusticos de reificada vida material cotidiana. Valores de uso de los valores de uso, mercancías para otras mercancías. Revestido bajo el manto permanente del uso “dictatorial” del consumo. Bajo el fetiche del patriarcado productor de mercancías hablamos de un espacio social en permanente *destrucción creativa*. O como Jorge Veraza y Andrés Barreda nombran de mejor modo, fuerzas productivas destructivas del capital⁵⁸. Una vez organizada la experiencia en la constreñida

univocidad de la función, en última instancia del carácter coactivo de la autoconservación. Ésta termina siempre de nuevo en la elección entre supervivencia y ocaso, que se refleja aún en el principio de que de dos proposiciones contradictorias sólo una puede ser verdadera y la otra falsa.” (Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* 1998, 83)

⁵⁷ Pero la espacio-temporalidad dentro del capitalismo se describe normalmente como una estructura binaria, que contrasta con las diversas espacio-temporalidades intrincadamente entrelazadas localizadas en el «mundo de vida» de los individuos (como las espacio-temporalidades distribuidas por el género que se encuentran en el hogar) y las espacio-temporalidades «racionalizadas» abstractas atribuidas a la modernidad o al capitalismo (como aquellas que surgen de una discusión del intercambio mercantil). Así es cómo Mitchell (véase la cita anterior) lo describe. Semejante dualidad también parece implícita en el análisis de Marx del fetichismo de las mercancías y es una característica general que se encuentra en autores tan distintos como Lefebvre, Heidegger y Habermas. ¿Es apropiado este dualismo? La respuesta se puede encontrar mediante la consideración de esa «cosa» —el dinero— que tiene el mayor poder para mediar entre estos diferentes dominios (Harvey, *Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia* 2018, 305)

⁵⁸ Tratándose de un mecanismo de extracción de capital de los sectores menos eficientes en beneficio de aquellos cuya composición técnica de capital fuese superior, interseccionalmente habrá de relacionarse con la composición orgánica media, a modo de continuar con la premisa de la competencia entre los mismos tipos particulares de capitalistas por la ganancia y la plusvalía. Fenómeno que ha confundido a muchos economistas que encuentran en la técnica (tecnología) una suerte de norte ante el irremediable y autofágico proceso de crisis capitalista, al imaginar en los procesos tecnológicos la falsa idea de la innovación revolucionaria que sacará adelante al voraz capital, y de sobra a la humanidad. Cuando aquello trata de la experiencia concebida del espacio instrumental, en oposición, a vosotros proponéis que, es dentro de la reproducción cotidiana y como doble proceso genérico, que el fenómeno revolucionario permanente de la organización industrial del trabajo se hace presente, aunado a la objetivación del humano particular en proceso de síntesis histórico-situacional del ser genérico, concatena la innovación y la producción no como un hecho fantasmagórico, sino reflejo de la capacidad creadora del género humano, que no conlleva una contingencia hacia la valorización del valor más que dentro de su propia situación, concebible de ser transformada.

y angosta conciencia del *dominio* (visión binaria) bajo la escisión del valor, es que el *hombre* parece libre de terror cuando no existe nada fuera de la luz de la razón, y emprende la ventura de transformar el mundo en valor.

Evidentemente la destrucción o la relación antitética del humano con su entorno (bioma), no es exclusiva del proyecto histórico de la modernidad patriarcal-mercantil; sí lo es, en cambio, en su expresión extensiva e intensiva de destrucción ambiental⁵⁹. Los ejemplos paradigmáticos de modernización concatenan su significante en la urbanización industrial del espacio social. El largo siglo XIX y el cataclísmico siglo XX (Hobsbawm, Historia del siglo XX 1999), aduce la comprensión de los dos grandes procesos de industrialización capitalista que, convergen, a su vez, con el desenvolvimiento de dominación de la modernidad capitalista, ascenso, caída y transición de la hegemonía burguesa-nacional, de la británica a la estadounidense en el escenario de la “guerra total” donde más de 70 millones de personas perdieron la vida.

Las primeras grandes ciudades típicamente modernas se producen bajo la dirección de la hegemonía británica (siglo XVIII-XIX), acompañadas de grandes niveles de polución del espacio social. La destrucción del metabolismo social a escala industrial pudo observarse tanto en Londres como en Japón, se vio en las costas francesas, en los grandes lagos canadienses, por supuesto en Estados Unidos; y en todo espacio en proceso de modernización. Tras el ascenso de la hegemonía norteamericana desplazando a la británica durante el curso del siglo XX, el discurso moderno invocó una vez más a los fantasmas ilustrados del progreso, ahora, bajo la túnica del desarrollo económico, pero en su centro, la destrucción ilustrada de la naturaleza. De este modo, la organización de reproducción y producción cotidiana capitalista, especialmente el

⁵⁹ Ventura fáustica que sus devotos, *the businessmen*, observan con desvelo y euforia enfermiza la destrucción medioambiental resultado de su avance, al considerarle como posibles momentos de valorización (oportunidad de negocio), no tienen repelo al momento de devastar y consumir. La aventura fáustica burguesa parece ser condenada al mismo destino que Sísifo, obligación que se refleja en la construcción de extensas vías de intercambio (marítimas, terrestres, aéreas, subterráneas, infraoceánicas, etc.) nunca suficientes para la acumulación de capital. Impulso incesante por cartografiar el espacio social bajo la guía de la conciencia de dominación, extensión y ampliación de las fronteras para la realización mercantil en los espacios de difícil acceso o bien, en resistencia. Quizá sea un modo inconsciente de dar calma a la ansia moderna – nunca satisfecha y siempre horrorizada del hueco que le acompaña a su solipsismo – sea llenar el vacío de mercancías e ilustrar la obscuridad. Así, el proceso histórico civilizatorio capitalista tiene como propósito convertir todo y a todos en mercancía. Estableciendo un régimen heteronormado racial y clasista que se afirma por medio del poder soberano (poder sobre la vida y la muerte) en la forma del Estado-nación, extiende el uso de la violencia como agregado a las estructuras simbólicas del espacio, de ahí su aparente inmutabilidad e inmanencia al carácter del género humano en sí.

promovido por el horrendo *American Way of life* estadounidense, impulsado desde el final de la segunda guerra mundial, promueve la producción de toneladas de mercancías, análogamente, de basura. El proceso de urbanización está acompañado del desarrollo de círculos de miseria y enfermedad, toda una locura de acumulación y muerte, perfectamente eficiente.

Una vez evocado el proyecto histórico de la modernidad, el totalitarismo burgués conduce la producción del espacio social, construyendo espacios dedicados a la acumulación intensiva de capital en puntos concéntricos que facilitan el intercambio mercantil a través de grandes redes de redes de energía, mercancías y personas (Ciudades), a la par de espacios dedicados a la fabricación de los bienes demandados por la urbanidad industrial (Campo). La escisión del valor del patriarcado productor de mercancías converge en la profundización de la diferencia en el espacio social⁶⁰, de mismo modo que la organización industrial se diferencia en función de la composición orgánica de capital, su grado de concentración y su locación espacial, aspectos que determinan las condiciones de los tipos particulares de productores privados. Así el espacio social se comprenderá desde la heterogeneidad, determinando distintas actividades de valorización en función de su posición en la división social de la producción, reflejada, por ejemplo, en las diferencias visibles en los espacios urbanos periféricos, tal como transporte público, calidad del alumbrado, características viales y peatonales, zonas de recreación, etc., ante espacios de intensa concentración de riqueza, basta solo con comparar las “áreas verdes”.

Misma analogía es aplicable a la relación interestatal entre naciones y su posición en la división mundial del trabajo, centro-periferia. Aunado a la tendencia de escisión espacial por parte del sistema-mundo capitalista, el proceso de modernización industrial patriarcal trae consigo la premisa de total ruptura con la ruta metabólica de la ecosfera y, con ello eleva la polución en tan solo 200 años de historia industrial, a escalas nunca vistas⁶¹. Además, de la producción de incontables valores de uso nocivos y destructivos como son las drogas y las armas de destrucción

⁶⁰ “El capital vive de desvanecer los espacios a partir de su reorganización serial. En el mundo desaparecido, atópico, no hay lugar ni para la realización del sueño del más allá ni para la reconciliación con lo auténtico. Al contrario, sus sombras reducen la frustración individual y colectiva al seno de la neutralidad apolítica. En el primer caso, esto se hace bajo el mandato de la ilusión consumista; en el segundo, a partir de una supuesta revolución que culmina en misticismo. Desde este punto de vista, las utopías de fuga y reconciliación son el opio de los frustrados políticos en busca de alternativas [...]. Sólo la perspectiva de una alteridad realizable es capaz de revivir y movilizar los espíritus adormecidos.” (Fuente 2017, 72)

⁶¹ “En este sentido, desde el plano de la circulación mercantil, la forma en que se organiza el sistema también expresa una diferencia claramente jerarquizada entre las zonas económicas que integran al sistema, más si lo vemos desde la forma en que se construyen los intercambios comerciales a nivel mundial” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 92)

masiva. Lo que anteriormente marcábamos como una de las contradicciones civilizatorias más profundas al dirigir la violencia sacrificial hacia la totalidad de la vida.

Entre los muchos delirios asociados al sueño de progreso del espíritu marcado en la trama del capital, se asume la aparente desaparición de la fiesta punitiva y el gozo del suplicio en la modernidad industrial, la cual, se ve reificada en la constrictión racional de la guerra, ya no solo como actividad entre estados, sino, ampliado al dominio de los actos de la población y el territorio. Aplicándose ahora de manera eficiente y calculada económicamente entre y dentro de los territorios Estado-nación y, ampliada a las relaciones sociales ordinarias del sujeto moderno bajo el espectro de la competencia capitalista y el reparto fraterno del poder. Dicho proceso forma parte de la infinita actividad de acumulación y extensión de las relaciones capitalistas. No obstante, aquella centralización del suplicio y el ordenamiento racional del castigo dentro de espacios instrumentados; no pretende, de fondo, eliminar, como antes ya hemos dicho, la violencia de las relaciones cotidianas, sino por el contrario, aplicar una normalidad estadística (instrumental) a la conducta social, sujeta de ser modificadas mediante la aplicación de la *politikhe techne* al cuerpo social. *“Ya lo había dicho Liliana Singerman de esta manera: El cuerpo, como un territorio privilegiado, es donde el poder hace marca mediante prácticas y discursos, producción y disciplinamiento de los mismos, mediante formas múltiples, anónimas, sutiles, a través de instituciones familiares, de la escolarización, de las prácticas de la salud, de la mediación mediática, entre otras. Entendemos que hablar de lo corporal es saber que toda economía política es una economía política de los cuerpos, y que donde hay disciplinamiento, donde hay policiamiento de los cuerpos, hay líneas de fuga, hay deseos que no se anudan al poder. Entonces doble dimensión de los cuerpos, territorio de marca social pero también territorio donde la obstinación de la libertad resiste.”* (Kalbermatter 2006, 113-114).

De lxs teóricos del cuerpo y el poder emerge un valioso cuestionamiento en la “tradición posmoderna” que es, colocar el tema de la relocalización del ejercicio y uso de la violencia en la sociedad contemporánea. Pues el ojo humano moderno se ha puesto a servicio de la estética de la mercancía, en tanto que esta recubre con cada vez mayor eficiencia y capacidad, su esencia contradictoria y destructiva, o en otros casos, completamente cínicos al respecto. Así, las relaciones entre particulares se revierten en una relación entre soberanos, la guerra de todos contra todos con una conciencia clerical. La lógica que rige al *homo economicus* —que definitivamente

no es mujer (Marçal 2016)– se sitúa en *el infierno de los otros*, porque lxs monstruos somxs todxs y para sumir todos los miedos, erige al Leviatán⁶².

La *mirada* moderna revierte el funcionamiento de la realidad, media y reduce su contenido paradójico a relaciones fantasmagóricas que hubimos eludido para que, en la práctica, permanezcan vigentes las formas de reproducción y producción cruentas de la sociedad capitalista, a través de la construcción del discurso social impuesto desde la maquinaria estatal y los aparatos ideológicos del capital. Produciendo subjetividades deseantes de esencializar las practicas del suplicio humano a fin de legitimarlas y neutralizar (momentáneamente) las contradicciones sociales, dentro de las cuales existen. De este modo, el proyecto histórico burgués genera estructuras jerarquizadas y asimétricas (Flores Nava 2019).

Derivada de la conciencia ilustrada patriarcal, la cual, racionaliza incluso lo atroz, lo cruento, lo configura y media. Es el modo en que la institucionalización del suplicio y el castigo hace de la dominación humana una ejecución de mismo orden que toda producción capitalista, es decir, entendiendo que todo lo que la burguesía construye es producido para ser destruido, de misma manera toda persona es escindible. De este modo, la experiencia cotidiana que estructura y sitúa la mirada del humano particular –organizada simbólicamente en espacios de terror que tienen como fin subsumir todos los miedos, todo lo siniestro, los monstruos de lo otro bajo el yugo del leviatán⁶³–, reifica la relación sujeto-objeto, revirtiendo el trabajo humano en mercancía fuerza

⁶² En resumen, la totalización de las relaciones sociales subsumidas a las necesidades del valor conduce a la lógica de acumulación capitalista a escalas extremas de valorización (extensión de dominio) en el seno de las relaciones ordinarias, como parecería ser el caso de la realidad social producida por el patrón de acumulación neoliberal que revierte las relaciones entre personas a relaciones entre objetos a su máxima expresión (hasta ahora). Es así el modo en que el espacio social, así como sus actores y sus elementos, se conducen instrumentalmente dentro de las necesidades de acumulación como meras herramientas del proyecto civilizatorio, enajenadas de las propias capacidades creadoras de la historia que le sitúa. Asimismo, las condiciones de escisión a las que la misma modernidad reproduce hacen necesaria la condición de existencia de una periferia que garantice el abastecimiento de las requisiciones materiales del centro, es decir, las relaciones contradictorias a las que suscribe la lógica de dominación presentan momentos de fuga y resistencia.

⁶³ “Por ahora, basta subrayar que según Hobbes el Estado surge de un pacto nacido del miedo. Porque en una Europa desgarrada por las guerras de religión, y en una Gran Bretaña trastornada por los conflictos entre el Rey y el Parlamento, Hobbes consideraba la paz como un bien supremo que merecía cualquier sacrificio, una idea que lo acompañó hasta su muerte. Pero ¿puede un pacto establecido a partir de una situación de coacción, como la que caracteriza al estado natural, considerarse como un pacto válido? La respuesta de Hobbes es clara: un pacto es válido aun cuando haya sido hecho bajo la presión del miedo. Retrospectivamente visto, parece que Hobbes no podía contestar de otra manera. Pues en su estrategia argumental, el miedo jugaba un papel que era al mismo tiempo fundamental, y escandaloso [...] Pues mientras que para Aristóteles el hombre es un animal social (zoon politikon), y por ello la polis existe por naturaleza, como un fenómeno natural, para Hobbes, por el contrario, ese estado natural de los hombres está marcado no por la sociabilidad sino por su opuesto, por la guerra de todos

de trabajo, comprendida para ser consumida, destruida. El *horror vacui* de la mirada moderna, resuelve su miedo profundo a la ausencia a partir del despliegue del proceso histórico de afirmación civilizatoria y, con ello la gran victoria histórica del *padre ancestral*, se sustenta en la producción y reproducción de la división de las relaciones sociales en su forma mercantil patriarcal a escala planetaria y, la cartografía totalitaria de la mercancía del espacio social.

De misma manera que los filósofos luminosos de siglo XVIII y XIX parecen haber ya interiorizado la concepción de inferioridad femenina. Salvo algunas excepciones, la media de la producción intelectual de la ilustración determina lo femenino como categoría negativa o peyorativa; mientras que la masculinidad por su parte es el valor. (Scholz 2013). Tenemos grandes ejemplos como el marcado en el célebre “Discurso sobre las artes y la ciencia” de Jean-Jacques Rousseau y la constante comparación metafórica de degradación social-nacional con el de feminización de esta. Ahí la lógica que conduce el contingente modelo productivo deseante que sitúa la violación femenina como objeto de deseo, pues este, al igual que capital supone la existencia de sí mismo como condición para su reproducción.

Entonces, la mirada patriarcal presupone al colectivo femenino bajo la condición de alteridad subordinada, ser-objeto, dispuesta a la enajenación de sus valores de uso y la satisfacción de los deseos por parte del colectivo masculino. En tanto, aquello que queda fuera del foco ilustrado reviste de la crueldad cotidiana y absurda violencia, donde las huellas del desgarró y traumatismo emanan de un proyecto histórico civilizatorio, ante el cual, el mundo se subsumió a la voluntad de la conciencia ilustrada patriarcal, escindió las relaciones del sujeto a las performatividades normativas heterosexuales, previstas así por la trama del género; situando a los sujetos feminizadxs al margen de la ciudadanía patriarcal, que como indica Carol Pateman, les subsume a la lógica del contrato sexual social, colocando, en oposición, al varón como principio de identidad (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010). Se trata pues, del desenvolvimiento del patriarcado moderno, que consistió en la repartición fraterna del poder soberano del patriarca

contra todos. Así que la agresión, real o potencial, genera primero el miedo, y después el impulso de eludir ese miedo mediante un pacto que se basa en la renuncia de cada individuo a sus derechos naturales. Con lo cual la ciudad (civitas, esto es la comunidad política) que es el resultado de ese pacto, es un fenómeno artificial: una conclusión en cierta manera anunciada por la comparación que hace Hobbes entre la ciudad y el reloj” (Ginzburg 2008, 34-35)

entre casi todos los varones. Proceso que sitúa la articulación histórica de la mirada fija masculina con la forma fetichista de la mercancía en torno a una ética de dominio. Mirada⁶⁴ moderna que, entre otros aspectos, proponemos criticar.

Para este caso el concepto de la “pseudoconcreción” resulta muy útil para ver más allá del fenómeno y evitar de misma manera la universalización de la esencia. “La realidad es la unidad del fenómeno y la esencia. Por esto, la esencia puede ser tan irreal como el fenómeno, y éste tan irreal como la esencia en el caso de que se presenten aislados y, en este aislamiento, sean considerados como la única o "auténtica" realidad” (Kosík 1967). Por ejemplo, cuando se pretende atacar o remediar las problemáticas así llamadas estructurales; como se suele mencionar de la desigualdad, discriminación, pobreza, violencia, identificando riesgos agravantes como la marginalización por clase, género, estatus, etc.; sin poner sobre la mesa la invariabilidad del orden social sobre el que se reproducen dichas prácticas, es una grave omisión que definitivamente acabará por morderse su propia cola una y otra vez. Teniendo esto en mente, y tratando de pensar fuera de la caja del punitivismo, el castigo y el disciplinamiento; se habrían de plantear pues, verdaderas consideraciones en cuanto a materia legislativa revolucionaria que abarque cuestiones estructurales, pensar no solo contraer la pobreza y el desempleo, sino, erradicar el sistema sobre el que se cimienta la explotación moderna. Extraer de nuestra conciencia las categorías de desarrollo y subdesarrollo, además y con mucha más razón, “país en vías de desarrollo”. Y por supuesto, dejar de admirar al moderno sistema colonial, no reproducir sus estrategias como si de recetas se trataran. A fin de escapar del mundo de la pseudoconcreción y plantear alternativas radicales de transformación. La violencia también es revestida y dosificada entre la población de modo instrumental. Pues el escenario concreto sobre el que se desarrolla la cotidianidad de millones de personas se desenvuelve en una expansión exacerbada de violencia

⁶⁴ “El ejercicio del mirar crítico tiene que reconocer, entonces, que no es la imagen en sí, como tampoco el texto en cuanto a tal, el que nos permite acceder al estudio histórico-social; al revés, son aquellas imágenes, aquellos documentos los que, por su carácter sintomático, nos conducen a sospechar de las intenciones estructuras de una realidad aparente: en los lapsus que se le escapan, en aquellos puntos que se dejan ver las inadvertidas contradicciones sociales. Consideradas de este modo, las imágenes y los documentos dejarían de ser simples piezas de estructura que necesitan ser contempladas, para convertirse en huellas que muestran los actos fallidos, las cicatrices, los moretones, los traumatismos que no son vistos simple vista y que están escondidos por la realidad que se nos presenta, es decir son indicios de que todo aquello que aparece en él como un documento de cultura es al mismo tiempo un documento de barbarie” (Flores Nava 2019, 40)

y “criminalidad”, reproducida por las propias condiciones impuestas por el sistema para garantizar su permanencia.

Continuando con la interpelación de muchas de las corrientes feministas que observan el cuerpo como espacio producido, tratándose de un producto performativo⁶⁵, a lo largo de la investigación hemos de proseguir con la crítica la “glorificación”⁶⁶ de la familia burguesa, como unidad económica capitalista, realiza la primera forma de subjetivación del sujeto. Introduciendo el señalamiento realizado tanto por Silvia Federici (Federici, Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y lucha feminista 2013) y Roswitha Schulz (Scholz 2013), entre otras, como un momento de inflexión histórica en función de la determinación de una sociedad específicamente capitalista, proceso enmarcado en la escisión histórica del trabajo de la reproducción de la lógica del valor que se valoriza, aspecto que situó la condición de posibilidad de extracción de una inmensa masa de valor impago para el capital bajo una lógica de división sexual del trabajo patriarcal y heteronormada. De facto implica la subordinación moderna de la mujer y las corporeidades feminizadas al varón en el ámbito doméstico y privado, el *moderno patriarcado del salario* (Federici, El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo 2018).

Tomando esto en cuenta y, aunado a lo anterior, habremos de aducir el uso instrumental de la economía de la violencia sobre la totalidad de la producción y reproducción cotidiana, esto como una condición necesaria para evitar la repulsión social de las condiciones de miseria producidas para los sujetos de los márgenes de la modernidad, todo lo que la mirada hegemónica fija como

⁶⁵ “El individuo occidental socializado, internamente controlado, debe surgir como un microcosmos del proceso de domesticación por el cual los recursos naturales reciben un uso cultural [...]. La única relación interna aquí es la manera en que las partes de un individuo le «pertenecen» a él o a ella. Otras relaciones influyen desde el exterior. De ese modo, los atributos de una persona son modificados por la presión externa, como lo son los atributos de las cosas, pero permanecen siendo intrínsecos a la identidad de él o de ella [...]. Así, la modificación extrínseca transforma o controla atributos intrínsecos, pero no desafía su estatus como la propiedad definitiva de la entidad en cuestión. Las refracciones de esta metáfora de la mercancía sugieren una imagen de personas que se presentan respecto a sus propios yoos como los propietarios originales de sí mismos” Strathern, Marilyn, *The Gender of Gift*, Berkeley (CA), University of California Press, 1988, p. 135

⁶⁶ “Glorificar la familia como ámbito privado es la esencia de la ideología capitalista, la última frontera en la que hombres y mujeres mantienen sus almas con vida y no es sorprendente que en estos tiempos de crisis, austeridad y privaciones esta ideología está disfrutando de una popularidad renovada en la agenda capitalista. Tal como russell baker expresó recientemente en el New York times el amor nos mantuvo calientes durante los años de la gran depresión y haríamos bien en llevarlo con nosotros durante la excursión a tiempos duros. Esta ideología que contrapone la familia (o la comunidad) a la fábrica, a lo personal a lo social, lo privado a lo público, el trabajo productivo al improductivo es útil de cara a nuestra esclavitud en el hogar que, en ausencia del salario, siempre ha aparecido como si se tratase de un acto de amor. Esta ideología está profundamente enraizada en la división capitalista del trabajo que encuentra una de sus expresiones más claras en la organización de la familia nuclear” (Federici, El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo 2018, 38).

siniestros, “los otros” merecedores de miseria y muerte. Por otro lado, el momento de escisión de las relaciones sociales sexo/genéricas a su absoluto binario, coincide, de mismo modo, a la imposición de la división social del trabajo en su espectro industrial, claro, contemplándose en función de la valorización del capital, e institucionalizado en la vida cotidiana⁶⁷. Proceso observable en la emergencia de la familia nuclear burguesa y el espacio privado de reproducción, así el proceso del orden espacial oculta el orden del espacio. “Las estructuras subyacentes de dominación y dependencia económica creadas en la era del mercantilismo siguen caracterizando las relaciones de comercio contemporáneas” (Polanyi 2012, 233), mismo podemos decir de las relaciones entre los sujetos. El proceso de institucionalización de las prácticas sociales burguesas conduce el ejercicio de la violencia de manera racional y, se revierte en su consecuente cotidiano, el espacio instrumental, a partir, precisamente de su anhelo de eliminar la tragedia de la vida, inscribe lo cruento en la ley de valor. En dicha serie de premisas es que podemos entender el carácter cruento de la totalización civilizatoria, en el cual, el espacio social moderno reifica las necesidades a mismo modo que cosifica las relaciones sociales entre personas, una vez mediada la experiencia cotidiana bajo la exegesis del mirar masculino, todo el espacio social se propone como posibilidad de extensión de dominio.

Por tanto, las necesidades⁶⁸ de reproducción de la vida social bajo las tres dimensiones del espacio social (percibido-concebido-vivido) son organizadas en la sociedad moderna bajo la mirada

⁶⁷ “En este contexto hay que tener en cuenta que las relaciones de género y las concepciones de masculinidad y femineidad tampoco se representan de la misma manera en la historia occidental moderna. Se impone constatar que tanto el concepto moderno de trabajo como también el dualismo de género son productos de la evolución específica hacia el capitalismo y que ambos van de la mano. El “sistema de sexualidad dual” moderno (Carol Hagemann-White) no se formó hasta el siglo XVIII, y sólo entonces se llegó a una “polarización de los caracteres de género” (Karin Hausen); hasta ese momento las mujeres eran consideradas más bien una variante más del ser varón. Por esta razón, en las ciencias sociales e históricas de los últimos quince años se parte de la institución de un “modelo mono-género” en las sociedades pre-burguesas. Por ejemplo, la vagina se percibía como un pene vuelto hacia adentro. Aunque también entonces las mujeres eran consideradas inferiores, hasta que no se formó una esfera pública moderna a gran escala, tuvieron muchas posibilidades de tener influjo a través de vías informales. En sociedades premodernas o de la modernidad temprana el varón ocupaba más bien una posición de privilegio simbólica. A las mujeres aún no se las definía exclusivamente como amas de casa o madres, como sí ocurriría a partir del siglo XVIII. En las sociedades agrarias la contribución femenina a la reproducción material se consideraba tan importante como la del varón. Si bien las relaciones de género modernas, con las correspondientes atribuciones de género polarizadas, estuvieron limitadas inicialmente a la burguesía, con la generalización de la familia nuclear se fueron extendiendo poco a poco a todas las capas y clases con el último impulso de desarrollo fordista en los años 50.” (Scholz 2013, 55)

⁶⁸ “Desde un punto de vista filosófico las necesidades concretas no pueden ser analizadas particularmente en cuanto que no existen necesidades ni tipos de necesidades aislados: cada sociedad tiene un sistema de necesidades propio [...]El sistema de necesidades, ¿se funda por entero en la estima o en toda la organización de la producción? Por lo general, las necesidades nacen directamente de la producción o de un estado de cosas basado en ella.

patriarcal, que parte de la “primera ficción del orden natural a partir de la escisión de la identidad sexual según la forma de las gónadas” (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010) del humano particular. A mismo tiempo, divide la organización del trabajo en función de las necesidades de valorización así previstas por dicha identidad, escindiendo a los cuerpos feminizados a las esferas de la reproductividad del valor y de cuidado dentro de la vida cotidiana (condiciones de afecto para la reproducción), formalmente ausentes de valor social valorizable, porqué como antes decíamos, siguiendo a Roswitha Scholz, *el valor es el hombre* (Scholz 2013). En el espacio moderno reificado, el modelo moral de los roles de género exige a la mujer (cuerpos feminizados) no quebrar la imagen de persona sexualmente infantil, la de Santa, a riesgo de que caiga sobre ella el estigma maldito: Puta (Amóros 1997). Una economía moral orientada simbólicamente según el régimen de género burgués patriarcal.

Hasta ahora se ha tratado de desglosar una serie de premisas útiles para comenzar a sacudir el edificio teórico con el que se suele enunciar el desbordante escenario de barbarie en el cual nos situamos. En el que el drama cotidiano es la violencia y su tragedia la belleza. Encontrándonosnos aparentemente en la intemperie frente al colapso se nos dice: dejando de utilizar un “popote o sorbete”, cargando con tu propia bolsa al hacer compras, o bañándote en cada vez menos tiempo es como “salvas al planeta”. Este es el modo en que la asidua persecución por parte de todos los aparatos ideológicos del capital inculca en el discurso, la inminente consecuencia global de la dinámica “hercúlea” de devastación medioambiental —que significó el último periodo de acumulación capitalista para el planeta entero—, no obstante, delegando la responsabilidad de la empresa capitalista en una culpa abstracta de individuos consumidores. Empero, la amenaza sigue allí, fetichizada en narrativas de ultra individualización, meritocracia y desprecio por los otros. *“Lo que configura marcas, huellas y heridas ontológicas a través de las cuales el cuerpo habla y cuenta su verdad. Sin embargo, hoy están en marcha nuevas formas de tratar con esas heridas o aberturas ontológicas, de naturaleza histórica e imposible de cerrar, ya que actualmente el discurso dominante interpela a los sujetos para asumir formas extremas de ejercer el autocontrol al infligirse cortes a sí mismos como sin más, sin escritura [...] Este proceso abre paso a la postura que va a introducir nuevas estrategias de control y de gobierno contenidas en todo tipo de recetas decididas adormecer y matar el dolor, para asegurar una serie de paradójicas instrucciones sin*

Recuerdo aquí brevemente la descripción marxiana del sistema de necesidades desarrollado por el capitalismo: [...] «La estructura de las necesidades se reduce a la necesidad de poseer, que subordina a sí todo el sistema.» (Heller, Teoría de las necesidades en Marx 1986, 115).

dialéctica alguna, realizándose sin finalidad o, más bien, con un fin absolutamente radical [...]. Este discurso dominante, un tanto rencoroso y defectuoso, atiza la ficción que aboga cualquier posibilidad de contradicción, ahí en donde sólo aparece una cara de la realidad o del valor que, sin embargo, se hace pasar por su contrario.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 146-147) Produciendo subjetividades cruentas pues el sujeto se identifica en su malestar. Manifestado en el contexto de colapso civilizatorio, el malestar es el drama cotidiano de la violencia extrema.

Teniendo en cuenta a la violencia como proceso producido y haciendo uso de las categorías provistas por el psicoanálisis, violencia es *producto* que es consumido, *registro*; distribuido, *reproducido*; producido por sujetos concretos, en circunstancias, contextos, fantasías, momentos y situaciones singulares. Por lo que, “violencia y sujetos son determinaciones históricas. Por lo tanto, no hay violencias universales, sino concretas, que persiguen fines delimitados, que pueden ser más o menos extensos, pero nunca atemporales ni ecuménicos. Es indispensable pensar a la crítica de la violencia como una crítica del sujeto, no un fenómeno etéreo, impersonal, que flota en el aire. Es resultado de las actividades prácticas de los sujetos que trabajan para definir espacios de sociabilidad su materialidad y sus relaciones de poder. La violencia se vincula directamente con las relaciones de poder y su materialidad.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 58) Por lo tanto, la primer parada es identificar el contexto concreto en que se desarrolla históricamente la violencia para poder descifrar posteriormente, el modo contemporáneo en que se expresa. Siendo en nuestro caso específico el punto de partida una sociedad hegemónicamente capitalista y patriarcal, incrustada en un proyecto civilizatorio comúnmente denominado como “Modernidad y moderno” que, en la actualidad se encuentra materialmente en crisis.

Por colapso civilizatorio hemos de comprender un modo de crisis multidimensional que afecta todas las esferas de la vida social tanto objetivas como subjetivas. Ana Esther Ceseña (CLACSO TV 2020), así como muchas otras autoras y autores, académicos e investigadores, han señalado respecto del punto de no retorno alcanzado en cuanto a la posibilidad de recuperación de los recursos naturales consumidos/destruidos (CEIICH UNAM 2021). Así como las afecciones a los ciclos medioambientales que hoy día amenazan con fracturar la producción alimenticia mundial. Aunado a las variaciones climáticas que cada vez tienen resultados más destructivos sobre los territorios. Además, anexando la lectura de Andrés Barreda que, redefine el concepto de Braudel, sociedad material, para dimensionar el ciclo de hegemonía norteamericano y su doble crisis, de base material petrolera y de producción.

Cabe señalar, que el pico petrolero fue alcanzado hace más de una década, además que, pese a las fantasías de los economistas burgueses que observan en el litio, minerales raros y “críticos”, la emancipación de los recursos fósiles; ésta dista de ser materialmente posible dadas las condiciones concretas de producción. El escenario de barbarie del sistema mundo capitalista se expresa de mismo modo en la reconfiguración del Estado-nación en su faceta de Estado de Excepción. Desdibujando las líneas de lo legal e ilegal, introduciendo en las sociedades, dinámicas económicas – reconocidas irrisoriamente por la legalidad burguesa como criminales – orientadas en la producción, distribución y consumo de valores de uso nocivos, como son las drogas sintéticas y los desechos tóxicos, acompañado de prácticas corporativistas de este mercado ilegal. Así como la instauración de sistemas de control territorial tan cruentos y desgarradores que parecen recordarnos a los tiempos de la colonia. Donde el así llamado estado de derecho es definido en una cotidianidad entregada a la violencia extrema, vaciada de todo contenido político, pues es discursivamente ejecutada por monstruos, anormales o desviados. El retrato de la locura se encarna en una guerra sin cuartel, donde el enemigo es interno, *el gandul, el narco*⁶⁹, *la puta, el joven, el negro, el insurgente, el criminal*. Una guerra contra los pobres nos dice Ana Esther (CLACSO TV 2020). Pero que, en los hechos, tal desdibujo que suele ser acompañado de una exacerbación de la legislación, hace entonces que cualquier acto pueda ser considerado como criminal o violento. ¿Y si nuestra violencia es existir?

Por lo pronto, con esta serie de premisas es con la que el hombre fáustico se postra al filo de la montaña encarándose a sí mismo como al destino⁷⁰; pues ha desencantado el mundo, terminó

⁶⁹ “Una parte sumamente importante en la creación del discurso oficial y hegemónico sobre la guerra en México es la insistencia sobre la amenaza que presenta el narcotráfico para la sociedad. El Estado vincula personas (ciudadanas y no ciudadanas) al crimen organizado como forma de criminalización [...]. La producción periodística en México sobre la guerra en México suele ignorar el papel del Estado en la violencia, los nexos entre guerra y capitalismo, y a participación de Estados Unidos en promover la guerra Neoliberal” (Paley 2020, 39).

⁷⁰ “El sí mismo, completamente atrapado por la civilización, se disuelve en un elemento de aquella inhumanidad a la que la civilización trató de sustraerse desde el comienzo. Se cumple el temor más antiguo: el de perder el propio nombre. La existencia puramente natural, animal y vegetal, constituía para la civilización el peligro absoluto. Los comportamientos mimético, mítico y metafísico aparecieron sucesivamente como eras superadas, caer en las cuales estaba cargado del terror a que el sí mismo se transformara de nuevo en aquella pura naturaleza de la que se había liberado con indecible esfuerzo y que justamente por ello le inspiraba indecible terror. El vivo recuerdo de la prehistoria, de las fases nómadas, y cuánto más de las propiamente pre patriarcales, fue extirpado de la conciencia de los hombres, en todos los milenios, con los más horribles castigos. El espíritu ilustrado substituyó el fuego y la tortura por el estigma con que marcó toda irracionalidad por conducir a la ruina. El hedonismo era muy moderado: los extremos le resultaban no menos odiables que a Aristóteles. El ideal burgués de la naturalidad no se refiere a la naturaleza amorfa, sino a la virtud del justo medio. Promiscuidad y ascésis, hambre y abundancia son, aunque antitéticas, directamente idénticas en cuanto fuerzas disolventes. A través de

con los mitos en sus aventuras por tierras salvajes y míticas, reconoció navegando por el Congo en su corazón las tinieblas, revertió el mundo-natural en objeto-mercancía, transformó la magia en energía, la hechicería y la alquimia la reservó para las altas finanzas, y, a casi todas las brujas y salvajes exterminó; en el mundo moderno, todos los dioses parecen rezar a la banca, y la única ley sagrada, es la del mercado. A su servicio, la totalidad, siempre que pueda extenderse su voluntad sobre la *res extensa*; hastiado de toda divinidad, de monarcas, reinos y gloria, de tesoros y monedas brillantes, de grandes extensiones de tierra comunal; desea todo dominar. El poder soberano ahora que ha comprado al Leviatán le parece tan liviano, y el pastoral, sólo un medio para sus fines mercantiles. Pues brincó sobre la religión más allá del bien y el mal y un su lugar puso la ley del valor; erigiendo la nueva aureola en todo cuanto este pueda autodesarrollar en la práctica social y espacial. Instrumentando y profesionalizando el proceso mismo de expansión y reproducción de capital, a partir del ordenamiento relacional del espacio bajo la contradicción del valor (valor-valor de uso), produjo un mundo para producir mercancías. La producción de valores de uso (bienes en cuanto vehículos para la valorización en sí) que conectaron marítima y terrestremente el mundo durante el siglo XVIII a merced del capital; puede concretar por fin el sueño de Fausto. En el cual, al observar las fuerzas que empujan el océano y sentir el patrón del viento, dejó de temer, y en cambio, observó allí la energía que daría impulso a todo un proyecto histórico genérico de corte civilizatorio. Empero, el sentimiento de zozobra que acompaña el interior del hombre moderno es, aquella que lo condena a repetir el proceso de reproducción fabril al absurdo. (Berman 1989).

la subordinación de toda la vida a las exigencias de su conservación, la minoría que manda garantiza con la propia seguridad también la supervivencia del todo.” (Horkheimer y Adorno, Dialéctica de la Ilustración 1998, 84)

2. Modernos.

“Europa no es moderna “por naturaleza”;

la modernidad, en cambio, sí es europea por naturaleza”.

Bolívar Echeverría

Una vez expuestas en el apartado anterior las principales premisas sobre las que descansa el presente trabajo en su conjunto, se ofrece al lector en este capítulo una exposición sintética de una trayectoria de larga duración, dividida en tres momentos para situar el contexto del colapso civilizatorio, a través de una breve revisión histórica del desarrollo del capitalismo, empleando la periodización de los ciclos hegemónicos de Giovanni Arrighi (Arrighi 2007), en su relectura de la visión histórica expresada bajo el estudio del sistema-mundo capitalista propuesto por Immanuel Wallerstein (I. Wallerstein 2005). Aspectos que en sí mismo parecen ser una empresa que requeriría más de un trabajo de investigación por cada una de las categorías, aquí hemos de realizar un esfuerzo por sintetizar y concatenar, la visión de hegemonía y ciclo de hegemonía con su base material productiva y las contradicciones de la lógica de acumulación, tratando de mantener una visión de largo aliento que nos ayude a situar de mejor modo la crisis sistémica en la que nos vemos hoy día. Elementos que nos han de proporcionar el contexto histórico de lo que se ha denotado como: *el sol de la barbarie capitalista con altas condiciones tecnológicas*.

A modo de esbozar las razones económicas y políticas de la exacerbación generalizada de la violencia en todas las esferas de la vida social y, el cómo se desplegó, a grandes rasgos, el sistema mundo capitalista hasta el periodo actual de crisis material. Finalmente, intentando compaginarle en el capítulo tercero con lo que hemos de definir como “claves” del desbordamiento social de las prácticas cruentas y el desarrollo de una economía moral de la violencia extrema en el contexto del colapso civilizatorio⁷¹. Claves analíticas cuyo fin atiende tanto a la problematización

⁷¹ “Las reacciones al colapso de las barreras espaciales no son menos contradictorias. Cuanto más globales se vuelven las interrelaciones, cuanto más internacionalizados están los ingredientes de nuestra comida y nuestros flujos monetarios, y cuantas más barreras espaciales se desintegran, resulta que la proporción de la población mundial que se aferra al lugar y al vecindario o a la nación, región, agrupamiento étnico o creencia religiosa como señas específicas de identidad, aumenta en vez de disminuir. Semejante búsqueda de marcas tangibles e intangibles de identidad es fácilmente comprensible en medio de una feroz compresión del tiempo-espacio. Por mucho que la respuesta capitalista haya sido inventar la tradición como otro elemento de la producción y consumo de mercancías (la reedición de antiguos ritos y espectáculos, los excesos de un desenfrenado patrimonio cultural), sigue habiendo un insistente impulso de búsqueda de las raíces en un mundo donde los flujos de las imágenes se aceleran y pierden cada vez más su lugar (a no ser que la pantalla de la televisión y del vídeo pueda considerarse propiamente como un lugar). La aprensión generada por la sensación de un espacio social que se

de la violencia como proceso complejo, pero también a las experiencias, luchas y resistencias que apuntan a la superación del moderno sistema de dominación.

La idea general de comprender la historia del desarrollo histórico occidental capitalista mediante un análisis cíclico, tanto económico como político, forma parte del andamiaje teórico de la crítica de la economía política⁷² con la que se planteó abordar en su sentido general a la violencia. Pues, en su haber es necesario, como se ha insistido anteriormente, entender a la violencia como un proceso inscrito, en todo momento, como un acto político y económico. En el capítulo tercero, se desarrolla de mejor modo la dialéctica de la violencia, por lo pronto, del escrito “Dialéctica de la Violencia” (Benjamin, Para una crítica de la violencia y otros ensayos 2001), retomamos no solo el principio paradójico con el que aborda la formación y conservación del Derecho y la violencia en la sociedad moderna, además, se retoma la concepción de su condición funcional al desenvolvimiento del sistema en sí mismo, de ahí que sea necesario observar su desenvolvimiento histórico.

En otras palabras, refiriéndonos en el ámbito político, dicha premisa traería consigo el carácter creador de la violencia para definir un tipo de orden social, así como también su consecuente trágico en el que su reproducción se vuelve estructural a la continuación y preservación del Derecho y las relaciones sociales. En su sentido antropológico, la brillante reflexión de principios de siglo XX de Benjamin se desarrolla paralelamente a la teoría psicoanalítica, con la que también se ha propuesto mantener un diálogo. Entonces, la premisa con la que se quiere continuar

derrumba sobre nosotros (poderosamente señalado de innumerables maneras, desde las noticias diarias a los actos aleatorios de terror internacional o los problemas medioambientales globales) se traduce en una crisis de identidad. ¿Quiénes somos y a qué espacio/lugar pertenecemos? ¿Soy un ciudadano del mundo, de la nación, de la localidad? ¿Puedo tener una existencia virtual en el ciberespacio y qué significará eso para la constitución del yo, del valor y de la capacidad para identificar el lugar, la comunidad, etcétera? Si el relato de Stephen Kern del periodo anterior a la Primera Guerra Mundial es correcto, no es la primera vez en la historia que la disminución de barreras espaciales ha provocado tanto un aumento del nacionalismo y del localismo excluyentes, como un estimulante sentido de la heterogeneidad y la porosidad de las culturas y de las identificaciones políticas personales” (Harvey, Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia 2018, 319)

⁷² “En los orígenes del Sistema mundo capitalista se puede hablar de un ciclo que origina los procesos de acumulación de capital (Ciclos sistémicos de acumulación) con una clara división y estratificación social del trabajo que desde los centros de poder de la economía mundo europea van a fundar la primera forma que adquiere el sistema en relación con las diferentes zonas que componen el conjunto de relaciones interestatales, las cuales impulsan de determinada manera y modo significativo el modo de producción capitalista. Desde esta perspectiva, la expansión material, y luego la expansión financiera del largo siglo XVI, indican que fueron las ciudades-Estado del norte de Italia las que ayudaron a promover la primera figura de la oligarquía mercantil, formadora de un poder del Estatal ya con claros tintes capitalistas, aunque, como insiste Arrighi, sin ser las que dieron origen al Sistema mundo capitalista en cuanto tal.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 93)

abonando a la cuestión del “Derecho” y la violencia, se extiende dentro de la lectura feminista al conocido *mito de la borda originaria, el asesinato del padre y la civilización*, en este sentido, la condición Patriarcal del Derecho se corresponderá con lo que Rita Segato define como “La célula violenta que Lacan no vio” (Segato, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. 2010). Planteado en el argumento de Segato, al poder masculino y la relación de dominación de género, como una suerte de pirámide invertida, donde la punta de dominio del resto de procesos y prácticas de dominación se haya en la relación de género, pues, el poder fue repartido en *fraterna cofradía*, haciendo del “Derecho” –dado que la sociedad no se desarrolla únicamente en el mundo abstracto de las ideas, sino, requiere de la producción material, la cual, autoproduce a su vez, sus modos y formas, normativas e ideológicas, sus *sistemas de usos y significados* para la totalidad del estado de *cosas* producidas– actualmente patriarcal y capitalista.

Coincidiendo en lo general con el proyecto de Segato por desarrollar una *etiología de la violencia* (Segato, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. 2010) y una *etnografía del poder* (Segato, *La guerra contra las mujeres* 2016) –además del reconocimiento a la centralidad y relevancia de la categoría de *género* para el análisis contemporáneo de la aberrante exacerbación de la violencia contra las mujeres, el Estado y el Derecho en el contexto del colapso civilizatorio–; se conserva una discrepancia metodológica.

No obstante, es cierto que para la construcción simbólica de la conciencia individual y la producción de la subjetividad esta se da referenciada en una relación triádica dialéctica como desarrolló Lacan (Segato, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. 2010), se rechaza la hipótesis de concebir la dominación de *género* como universal o, dicho de otro modo, como una estructura “elemental del humano varón”, en el sentido de la supuesta naturalidad con la que la ficción genital impera sobre el imaginario. Pero tampoco se sugiere colocar en su defecto a la *clase* como pilar de la dominación social, mucho menos al aspecto racial. El carácter especulativo con el que opera las retrospecciones históricas de tan largo aliento desborda por mucho las pretensiones de este trabajo, no obstante, tal y como se presenta a continuación se asume que las dinámicas, formas y prácticas de las relaciones del poder en la sociedades modernas impera en una intersección de dominio de: clase-raza-género.

“El primer acto del liberalismo económico es el de la fragmentación violenta de la sociedad y su reunificación en unidades aisladas que concurren en la comunidad ficticia del mercado” (Fuente 2017, 48). En cambio a los principios ideológicos del liberalismo burgués, se comprende a los procesos “violentos” o de violencia, convergentes en el espacio-tiempo –jamás ecuménica sino concreta–, abordada por la ideología dominante en una fetichización individualista, como procesos que en su forma emergen de modo interseccionado en una triada del poder (raza-género-clase) y, en su fondo resulta demasiado especulativo para un tan largo aliento –que pierden la dimensión histórica al observar el desarrollo Occidental–; presentándose en la realidad, no en una pirámide invertida sobre la que descansa la estructura elemental de la violencia y la dominación⁷³, en su lugar se encuentra la complejidad y la contradicción.

Las aspiraciones de los proyectos emancipatorios apelan no solo en la búsqueda de diferencias, sino, con mayor ímpetu, de *comunes*, fines y medios, objetos y significados, ya que como se ha planteado siguiendo la premisa de Agnes Heller de comprender al lenguaje y el trabajo como las dos formas primarias de objetivación (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977), así, los comunes no excluyen diferencias, pero no se asume un ciego *amor al prójimo* o un pacifismo burgués, en cambio, apela por los proyectos comunitarios no universales. Este aspecto no excluye la necesidad de una *Revolución* colectiva, más en su lugar no propone un nuevo Estado excesivamente represivo, policial, fiscal-militarista, pero tampoco se rechaza la unidad mundial ni la necesidad de organizarse.

Por tanto, la centralidad de concebir cíclicamente la historia del despliegue histórico de la Modernidad; tanto en su forma abstracta o subjetiva como la determinación ideológica, estética, epistémica u ontológica, como material en cuanto a los modos y formas de organizar la producción, el trabajo y el lenguaje; parte de reconocer la historia de la modernidad también como la historia del capitalismo en Occidente. Derivado de lo anterior, se deduce que la lógica con la que opera la *producción en general*, en una sociedad específicamente capitalista, ha subsumido y enajenado las necesidades colectivas y metabólicas, a las necesidades de acumulación y reproducción del capital; que por lo que sabemos, desde sus primeros estudiosos, se desarrolla

⁷³ “Si tuviéramos que construir una alegoría gráfica, pictórica, del mundo de hoy, en esta modernidad avanzada, la alegoría sería una de esas pirámides invertidas que forman los acróbatas en los circos, donde una a una se van superponiendo hileras de equilibristas hasta armar un edificio completo de gente a duras penas superpuesta, pies sobre cabezas, estrato sobre estrato, pero allá abajo, en la fundación, en la base de la pirámide, yacería, sustentando el edificio todo, un cuerpo de mujer.” (Segato, La guerra contra las mujeres 2016, 97)

cíclicamente, teniendo momentos de crecimiento, expansión, auge, crisis y colapso, no así idénticos o universales, pero sí tendenciales. Además de proyecto Moderno, se ha definido al sistema social en el que vivimos y nos desarrollamos conforme a Wallerstein y Schulz, como sistema mundo capitalista (I. Wallerstein 2005) y patriarcado productor de mercancías (Scholz 2013). De modo que, como condición estructural sistémica se presenta las relaciones de dominación y la configuración interestatal nacional, y, hasta ahora tendencial hacia la configuración de hegemonías (que no debemos confundir con dominación a secas), Centros (económicos-políticos), periferias (Colonias-Estados dependientes), semi-periferias y una arena exterior (I. Wallerstein 2006).

Modernidad, revolución industrial, modernización y capitalismo son conceptos comúnmente utilizados de maneras equívocas. Dotándoles de sentidos mistificados y fantasmagóricos –aun por parte de aquellos quienes debiesen de ver más allá de la mera apariencia–, romantizan el punto de encuentro de las explicaciones ilusorias en la fijación de una determinada forma de organización de la experiencia vital cotidiana plenamente industrial, situada en un contexto histórico particular, enuncian a la modernidad como sinónimo de industrialización, y la modernización la consecuencia de la extensión de las relaciones sociales capitalistas. De este modo, pierden de vista la comprensión de largo, mediano y corto plazo, se vuelven incapaces de elucidar las continuidades y rupturas que dan paso al desarrollo de la gran industria, la urbanidad y el mercado mundial. Negando así, el movimiento contradictorio y disparatado de la historia, denotando categorías que en su definición se desprenden de su propia dimensión, convergiendo en anacronismos y usos indiscretos que empatan la apariencia con la esencia de la realidad. En casos más extremos existen posturas que sintetizan la historia en un *quantum* continuo, donde revierten la conciencia de la historicidad con proyecciones modernas a todos los eventos, procesos o situaciones. Como es el caso del famoso historiador económico Angus Madisson y sus esfuerzos por desarrollar la “macroeconomía histórica”. Dichas interpretaciones vacían del análisis cualquier singularidad histórica que no sean variaciones en el nivel del producto, consumo, circulación monetaria, variación de precios, masa salarial, etc. Haciendo de la Modernidad, la modernización, la industrialización y el desarrollo histórico del capitalismo exactamente lo mismo. Produciendo los artilugios que siguen los nuevos profetas y magos burgueses en aras de eternizar el *homo economicus* en el ideario colectivo.

Contradictoriamente, la configuración industrial del proceso de trabajo y la reconfiguración del espacio como medio para la valorización es que emana, el proceso paradójico que reviste la mirada y la experiencia moderna. No obstante, tampoco podemos decir que la modernidad es intrínsecamente capitalista e industrial, pero el modo de producción capitalista sí es, por otro lado, un fenómeno moderno (Echeverría 2011). Tal como demostraba Bolívar Echeverría refiriéndose a que “Europa no es moderna por naturaleza; la modernidad en cambio sí es europea por naturaleza”. De este modo se sede el paso al proceso de largo aliento que es en sí la configuración de la experiencia moderna, experiencia que no forma parte de un todo unificado monóticamente, sino que; se trató y trata de un proceso en pugna permanente por determinar su hegemonía. Así, existen diversas formas y comprensiones de modernidad, que su despliegue histórico se hubieron de confrontar, como continúan haciendo hoy día, en aras de determinar al hegemon y la hegemonía del proyecto civilizatorio moderno⁷⁴.

El propósito de este apartado atiende al estudio de las contradicciones internas que se producen en el despliegue histórico de la modernidad capitalista. Por lo que, de último momento, se ha de describir el proceso de producción del espacio social mediante la identificación de las tramas y discursos que le envuelven, para así, retornar a la categoría –en clave marxista– de producción del espacio y la mirada social moderna. Que, desde nuestra reflexión general, se ha de concretar en la discusión en torno a una crítica de la economía política de la violencia. Visible de modo

⁷⁴ “Queremos mostrar que las relaciones de producción que definen a un sistema son las relaciones de producción del sistema en su conjunto, y el conjunto de éste es el de la economía mundo capitalista europea con sus conexiones al interior y al exterior de dicho continente. La combinación de las formas de control, que surgieron en el largo siglo XVI, fueron la esencia del capitalismo. Sus diferentes modos de organizar el trabajo (esclavitud, segunda servidumbre, sistema asalariado, aparcería), todo combinados en el mismo punto temporal en el seno de la economía mundo capitalista le dieron unidad y establecieron las bases sobre las que se sustentó el desarrollo desigual en el SMC. De este modo, el SMC ha sido desde sus comienzos una economía mundo, y dicha economía ha sido hasta el momento capitalista. Como economía mundo abarca desde los inicios una zona geográfica extensa. En cuanto economía capitalista, se formó a partir de una división del trabajo que le dio unidad. La división del trabajo (DT) es importante, ya que a partir de ella se da el intercambio de mercancías con intensos flujos de capital y trabajo. La forma en que se estableció la DT fue eficaz porque se trazó en función de la riqueza en constante expansión de la economía capitalista, que provee una acumulación continua de capital (valor que se valoriza). Evidentemente, aquí no se plantea el establecimiento de un acuerdo explícito entre las clases dominantes para organizar de ese modo la economía, sino de un complejo proceso dialéctico: las diversas naciones y empresas capitalistas se valieron de las circunstancias histórico-concretas con las que se encontró la expansión de la economía mundo europea para sacar ventaja económica de cada zona geo-histórica-social del mundo en su conjunto, lo que, al mismo tiempo, les permitió consolidar el poder económico que les conduciría a ejercer un tipo de actitud o comportamiento ad hoc a la dinámica económica internacional.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 88-89)

heterogéneo a través de la producción simbólico material de la vida ordinaria objetivada en el espacio social.

Por lo cual, antes de introducirnos a lo que busca ser una exposición histórica de procesos de corto, mediana y larga duración, rupturas y continuidades –que dé mismo modo descansa en una comprensión desde la crítica de la economía política–, se han de problematizar en torno a lo que se ha mencionado como proyecto civilizatorio moderno. A modo de empatar la categoría de sistema-mundo capitalista (interestatal, propio de una geocultura encarnada en la categoría de Nación) que a su vez consta del trípode gobierno-población-territorio con el desarrollo histórico del capitalismo y las fuerzas productivas generales⁷⁵.

2.1. Un proyecto siempre inacabado.

La sacudida inicial comienza en una breve revisión de lo que es la profunda discusión que gira en torno a la pregunta sobre *qué es Modernidad* y *qué es lo moderno*. Bien ha llevado la producción de incontables libros, foros, publicaciones, etc., se trata de un debate todavía abierto que más que agotarse se ha de problematizar, pues, hoy día se discute de su crisis, su vigencia, su superación, incluso, se duda de su existencia. Así mismo, la periodización de su origen u orígenes es una tarea incluso más escabrosa, y con mayor disparidad en la interpretación causal de sus factores y formas que determinan a una sociedad como moderna. Por ejemplo, en su obra, “Dialéctica de la Ilustración” (Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* 1998), emprenden una investigación en torno de las categorías que definen a la modernidad bajo la comprensión de las raíces del espíritu moderno u occidentalidad desde las épocas homéricas. Mientras tanto, Fernando Braudel, en sintonía a Karl Marx, identifican “formas capitalistas” en sociedades antediluvianas⁷⁶ en zonas como las del mediterráneo, sin que aquello las denomine

⁷⁵ “El objetivo, pues, es comprender cómo los paradigmas de desarrollo y crecimiento se han establecido, desde el origen del capitalismo, articulados a un proyecto global dirigido desde una liderazgo económico, impulsor de un determinado tipo de modernidad capitalista, la cual, desde sus centros de poder, ha negado toda forma de reproducción social diferente o contraria a la que impulsa el devenir de su economía, por lo que toda alternativa de reproducción sociopolítica diferente a la desarrollada por ella ha sido simplemente negada. Es importante señalar aquí que dicho proyecto ha ido siempre de la mano del poder político del Estado; y es desde éste que se deriva, a la vez, un tipo determinado de discurso “económico”, que fortaleció y sustentó el desarrollo conjunto del sistema.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 73)

⁷⁶ En una visión de largo plazo podemos identificar casos arquetípicos de una modernidad, claro occidental (europea), en distintas zonas geográficas del viejo continente, en conjunción con el despliegue del colonialismo europeo, sobre los cuales se logra considerar perteneciente a una misma era fenómenos recíprocos confluyentes; sin embargo, es hasta Jean-Jacques Rousseau cuando se acuña por primera vez el significado de modernidad en

como “modernas” o que el proceso de producción en general este subsumido a las necesidades de valorización del valor. Por otro lado, Bolívar Echeverría en concordancia a los trabajos de Lewis Mumford, ha de colocar los orígenes técnicos-tecnológicos de la modernidad durante la fase eotécnica europea (Echeverría 2011). En una lectura en clave feminista, este mismo proceso histórico representa el despliegue y forma de la dominación patriarcal contemporánea (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015). Lo que es cierto y concuerdan la mayoría de las interpretaciones acerca de la modernidad, es que: la comprensión androcéntrica binarista (ontológica y epistemológica), el contrato social civil y su racionalidad reproductiva patriarcal, el modo de producción capitalista, así como la organización industrial del proceso de trabajo y la lógica de dominio del cuerpo y la naturaleza; han de ser comprendidos como condiciones necesarias para que pueda ser definida una sociedad como moderna, y que esta se desarrolló en principio, geográficamente en la pequeña Europa (I. Wallerstein 2005).

Para fines analíticos, y sin pretender agotar su discusión, habremos de seguir con la interpretación que sitúa la modernidad con la concreción material y objetiva para que se desarrollase históricamente el capitalismo. Por lo que, al hablar del desarrollo histórico de la Modernidad Occidental y sus múltiples despliegues, también hemos de estar hablando del proceso del desarrollo histórico de las relaciones sociales capitalistas, el mercado mundial y las fuerzas productivas generales. Dígase entonces, el génesis, desarrollo y despliegue del patriarcado productor de mercancías en la mira de un sistema-mundo capitalista interestatal, cambiante, contradictorio y en permanente disputa por su hegemonía. Por tanto, también se habla de sus contradicciones, crisis, resistencias y lo más importante, posibilidades revolucionarias de transformación.

No obstante, el génesis de esta paradójica Modernidad patriarcal capitalista que hubo de desencantar el mundo y domesticar la naturaleza; es al mismo tiempo, la contradicción presentada en los cambios de propiedad de la tierra, en las dinámicas de producción, acumulación y por supuesto, reproducción de la vida social. Sin dejar de coexistir los modos y

el sentido con el que se usará en los siglos XIX-XX. De este modo advertimos el conflicto de enmarcar en una categoría conceptual un proceso aún en construcción, la forma constituyente de la realidad paradójica capitalista patriarcal; así, definiciones cercanas al final del siglo XX y la preponderancia de la academia, aseguran la pericia del ser social en su eterno devenir, conjugando un tipo de particular constituido en la sujeción del peso de una nueva era (Berman 1989).

figuras históricas anteriores de dominación y las prácticas de poder dentro de la incipiente estructura social. En cambio, podemos observar su renovación⁷⁷ e integración en las dinámicas sociales contemporáneas de extracción del excedente; caso es el sistema “contractual” propio de la sociedad burguesa de propietarios privados que se atraviesa con el atávico sistema de “estatus” patriarcal. Desarrollando un poco más la idea, durante el recorrido histórico de la forma clásica de explicar la acumulación originaria de capital, la omisión del papel de la mujer en el proceso de transición y acumulación es clara; además de coincidente con el modo en que se organiza y ejerce también el poder en términos de género, pues estas ideas reducen la condición de opresión femenina a una cuestión producto del “atávico sistema de servidumbre doméstica”⁷⁸ y, la concepción del *eterno femenino*, en la que el desarrollo de las fuerzas productivas generales y el fin de las clases sociales habrían de superar en sí mismo. Consideraciones que a su vez deriva en visiones tergiversadas, anecdóticas de su propio origen, dando razón suficiente para explicar y justificar las condiciones de opresión y apropiación del cuerpo (racializado, proletariado y sexuado), la naturaleza⁷⁹ y las mujeres. Así pues, la producción discursiva que naturaliza los roles,

⁷⁷ “Cuando Marx dice los otros valores son convertidos en valores de cambio, lo que quiere decir es que la sociedad burguesa no borra las antiguas estructuras del valor, sino que las incorpora. Las antiguas formas de honor y dignidad no mueren; son incorporadas al mercado, se les añade una etiqueta de precio, adquieren una nueva vida, como mercancías. Así, cualquier forma imaginable de conducta humana se hace moralmente permisible en momento en que se hace económicamente posible y adquiere ‘valor’; todo vale si es rentable. En eso consiste el nihilismo moderno.” (Berman 1989, 108)

⁷⁸ “He aquí las jerarquías de la fuerza de trabajo que tanto ha intentado justificar la ideología sexista y racista, pero que lo único que demuestran es que la clase capitalista ha mantenido su poder mediante un sistema de dominio indirecto, que divide eficazmente a la clase obrera, en el que el salario se utiliza para otorgar poder al hombre asalariado sobre los no asalariados, empezando por el control y la supervisión del cuerpo y el trabajo de las mujeres. Esto significa que el salario no solo es un campo de confrontación entre la fuerza de trabajo y el capital —el campo en el que la clase obrera negocia la cantidad y disposición del trabajo socialmente necesario— sino que también es un instrumento de creación de relaciones de poder desiguales y jerarquías de trabajadores. De aquí además se deduce que la cooperación de los trabajadores en el proceso de trabajo no es en absoluto suficiente para unir a la clase obrera; por lo tanto, la lucha de clases es un proceso bastante más complicado de lo que pensaba Marx. Como han descubierto las feministas, a menudo la lucha tiene que empezar dentro de la familia, puesto que para combatir el capitalismo las mujeres han tenido que enfrentarse con sus esposos y sus padres, del mismo modo que las personas de color han tenido que enfrentarse con los trabajadores blancos y con el tipo particular de composición de la clase que el capitalismo establece a través de la relación salarial. Por último, reconocer que el trabajo doméstico es trabajo mediante el que se produce la fuerza de trabajo nos ayuda a entender las identidades de género como funciones laborales y las relaciones de género como relaciones de producción, una maniobra que libera a las mujeres de la culpa que hemos sentido cuando hemos querido rechazar el trabajo doméstico y que amplifica la importancia del principio feminista «lo personal es político»” (Federici, El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo 2018)

⁷⁹ “El mejoramiento impresionante de los instrumentos de producción estuvo acompañado de la dislocación catastrófica de la vida de la gente común, ya que las máquinas solo pueden operar y producir sin pérdidas si todos los factores involucrados están en venta en las cantidades necesarias y si la producción no se interrumpe por la falta de bienes primarios. Entre estos factores está la mano de obra, que fue llevada a una situación de ignominia y degradación de sus condiciones de vida, al convertirla en mercancía y someterla a la máquina. Lo anterior se

prácticas y funciones en la sociedad moderna en función del sexo y el género, escindidos en una lógica binarista y androcéntrica. Donde la mujer y las corporeidades feminizadas son escindidas formalmente del proceso de valorización del capital, en cambio, no del proceso real; es decir, escindidas de la producción de mercancías y, “relegadas” al proceso de reproducción social, donde en apariencia impera el *no valor*⁸⁰.

El desafío teórico-empírico es dar cuenta al proceso que explique científicamente la transición efectiva de un modo de producción feudal patriarcal, hacia un régimen y modo social orientado en la ley del valor no menos patriarcal, y ser capaz de develar sus relaciones internas como sus contradicciones y diferencias. Empresa que tampoco pretende agotarse en estas líneas, en cambio, apenas se han planteado algunos esbozos de los amplios trabajos existentes sobre el tema y lo mucho que falta por ser expuesto y develado. Pero que, en este momento es de crucial importancia tener en cuenta, dado el contexto de exacerbación general de violencia misógina y feminicida en todo el continente americano.

Fetichizado en la forma burguesa de familia, así como los mandatos y tramas coetáneas que le suelen acompañar, tal como el amor romántico, la propiedad privada de la corporeidad conyugal y sus descendientes. Ideología que forma parte del gran secreto que esconden las alcobas en la sociedad burguesa, pues; en la medida en que el trabajo concreto de la reproducción social –dígase gestación, crianza, cuidado, limpieza, alimento, etc.–, no es reconocido como valor y, pasa a ser deber del colectivo femenino su realización, es que se dan las condiciones objetivas para el desarrollo histórico del valor que se valoriza, y la subsunción de la totalidad de las relaciones sociales a su necesidades y leyes –enmarcado el apunte, desde la discusión de la lucha capitalista por la apropiación de la ganancia y la generación de la plusvalía relativa y absoluta–.

explica, en parte, porque las condiciones de una sociedad comercial e industrial tienen que crearse a partir de sociedades agrarias, donde esas condiciones no están dadas naturalmente y tienen que implantarse, generalmente en formas violentas.” (Morales 1992, 39)”

⁸⁰ “Lo decisivo aquí es que la esfera privada no puede ser concebida como algo que se deriva del “valor”, sino que es un ámbito escindido [...] Con ello no pretendo decir que el patriarcado “queda fijado” en unas esferas disociadas de esta forma. Las mujeres, por ejemplo, actuaron en ámbitos laborales desde el principio. Sin embargo, también aquí se pone de manifiesto la escisión: las mujeres ocupan posiciones menos valoradas en la esfera pública, ganan menos que los varones y, a pesar de Angela Merkel & Co., para ellas el camino hacia las posiciones dirigentes no está sin más despejado. Todo esto apunta a la escisión del valor como principio formal universal de la sociedad (no divisible mecánicamente en esferas) en un nivel de abstracción más elevado. Esto significa que el efecto de la escisión del valor pasa a través de todos los niveles y ámbitos y, por tanto, también a través de los diferentes ámbitos de la esfera pública” (Scholz 2013, 52-53).

En síntesis, por “largo siglo XVI”, Immanuel Wallerstein comprende al periodo de emergencia del sistema mundo capitalista que tiene como resultado el génesis de la Modernidad (I. Wallerstein 2006). Proyecto emanado, como hemos dicho, de las profundidades infernales de la división industrial del trabajo, la derrota histórica de las brujas, la conquista de los salvajes, los fantasmas de déspotas, aristócratas y patriarcas. Encarnados en magos burgueses, visionarios hijos de Caín, devotos de las fuerzas del mercado que guardan en tabla de piedra la ley de la oferta y la demanda. Que como ya nos indicaba Marx, el secreto de la acumulación originaria es que ha sido gestada con fuego y sangre (Marx, *El capital: crítica de la economía política I* 2015). Tal que, el carácter mundial del proceso de acumulación ha conducido desde entonces, los largos ciclos de reproducción de las relaciones sociales burguesas, los momentos de crecimiento, estancamiento y crisis de la economía capitalista mundial. Pues la acumulación y Modernidad, no corresponde inequívocamente a un momento primigenio, dejado atrás para los anales de la historia, sino por el contrario, continúa renovándose así mismo, de modo que; la existencia y creación de una “otredad” (formaciones socioeconómicas no capitalistas) trata de una condición necesaria para la preservación, expansión y ampliación del moderno sistema patriarcal productor de mercancías.

Refiriéndonos que la fetichización de la totalidad de las relaciones sociales que es, el proceso de subsunción de la genericidad (la totalidad de las relaciones sociales) ante la emergencia de un sistema mundo capitalista interestatal; se desarrolla “endémicamente” por el uso perpetuo de la violencia sacrificial y territorialista, así como la razón de dominio sobre la población y el espacio. Más adelante discutiremos algunas de las principales concepciones con las que la ciencia económica burguesa o hegemónica, suele comprender a la violencia. Por ahora hemos de quedarnos con la idea general de que el desarrollo histórico del capital se cimenta en procesos permanentes de despojo, privación, abuso y sacrificio; que no están solo presentes en un acontecimiento originario, sino, en el seno de la reproductividad cotidiana de las relaciones sociales capitalistas. De modo que, así como el capital requiere de una masa poblacional que no se encuentre subsumida en su totalidad a la ley del valor para los momentos de expansión o recesión, esto es como fuerza laboral de reserva pendiente de proletarizar; asimismo, el proyecto civilizatorio moderno se sustenta en la necesidad constante de negarse a sí mismo, ahí la paradoja de la “tradición frente a la modernización” en los barrios urbanos –además de muchos otros fenómenos y procesos de los que no habremos de profundizar–, por lo pronto solo quedarnos con la idea del sacrificio como condición de preservación del derecho, la víctima y la violencia.

Por tanto, por Modernidad se podrá entender el carácter peculiar de una forma histórica de totalización civilizatoria de la vida humana, enmarcada en el desarrollo histórico del modo de producción capitalista, de naturaleza paradójica y contradictoria, conteniente de sí, como enunciaría Marx, en el seno de la producción y reproducción de las relaciones sociales modernas su continua negación (Coordinador Jassem Alpe 2014). De mismo modo se ha de situar como la concatenación de dos lógicas de dominación presentes en el despliegue histórico occidental, la patriarcal y clasista; en síntesis, con la experiencia de la colonización europea del Atlántico, que dio pauta a la radicalización de la racialización de las corporeidades, la escisión sexual del trabajo y el desarrollo de la lógica capitalista.

Presentadas de modo analítico, en dos momentos que en su desarrollo no pueden ser observados de manera aislada pero que en conjunto dan cuenta del trípode de poder moderno (sexo-raza-clase). Tal como Karel Kosik demuestra sobre la dialéctica entre fenómeno y esencia. Ni esencia ni fenómeno han de ser superiores o más reales uno de lo otro, si no, dos momentos de un mismo proceso en relación dialéctica; que en su comprensión han de ser develadas mediante el estudio científico, pues habremos de ver más allá de la pseudoconcreción que revela la reducción de forma a fondo y viceversa, en cambio, se busca encontrar las relaciones internas y los procesos que dan pie a explicar un aspecto, fenómeno o proceso de la realidad (Kosík 1967). Los procesos que dan forma al largo proceso de modernidad se ubican, en la subordinación histórica de las mujeres, la conquista de los “salvajes”, la expulsión de los gaudules y desposeídos de Europa al Nuevo Mundo con relación a la subsunción del trabajo al capital, dígase la larga trama del intercambio, dependencia y dominación del Atlántico (Peter Linebaugh, Marcus Rediker 2005).

Así ha de ser visto la concatenación del régimen patriarcal y el modo de producción capitalista; que en su despliegue se presenta dialécticamente relacionadas e intrincadas históricamente con prácticas e ideologías de dominio racial. Asimismo, trata de la concatenación histórica de muchos otros procesos y contradicciones, que se ha de definir de modo general como proyecto civilizatorio moderno. Por lo tanto, apelando a la definición de Roswitha Schulz, habremos de definir al régimen y modo de producción moderno como, el *patriarcado productor de mercancías* (Scholz 2013). Que se expresa en la triada de saber poder clase-raza-género; dado que, en su expresión se muestran de modos cruzados, interseccionados, aunque formalmente operen de modos particulares y singulares, estos a su vez se relacionan internamente de modo dialéctico y contradictorio a través de procesos históricos de larga duración.

Coincidiendo con la periodización de Immanuel Wallerstein (I. Wallerstein 2005) y, el análisis histórico de la acumulación originaria de Silvia Federici (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015); se identifica el largo siglo XVI como el momento de afianzamiento de la lógica productiva capitalista y la lógica patriarcal reproductiva en el proyecto civilizatorio moderno. Que, sin lugar a duda, es producido originalmente en Europa y expandido al resto del mundo, pero que, así como señaló Jürgen Habermas⁸¹ en su momento: se trata de un proyecto siempre inacabado, que mientras apuesta por la destrucción de lo atávico, necesita de su existencia para garantizarse como proyecto en sí. Un espíritu revolvente que, en palabras de Marx y Engels, *hace de lo sagrado profano, y que todo lo solido se desvanezca en el aire* (Berman 1989).

Ahora bien, Marshall Berman nos dice en su obra “Todo lo solido se desvanece en el aire” que: en el polo opuesto del modernismo de las naciones centrales, existe otra modernización “trunca” y sesgada. No obstante, guarda para sí la potencia revitalizadora de la contradicción. Exponiendo el caso de Rusia, y de modo más específico en la historia y desarrollo de la ciudad de San Petersburgo (futuro Leningrado). Nos dice: “*El modernismo del subdesarrollo se ve obligado a basarse en fantasías y sueños de modernidad, a nutrirse de la intimidad con espejismos y fantasmas y, luchar contra ellos. [...] Se vuelve contra sí mismo y se tortura por su incapacidad de hacer historia sin ayuda [...], pero las presiones insostenibles con las que vive y se mueve le infunden una incandescencia desesperada que el modernismo occidental rara vez puede alcanzar.*” (Berman 1989, 239-240). Contradicción observable con mayor claridad en los grandes desarrollos urbanos de las naciones periféricas, donde, finalmente convergen fenómenos típicamente modernos en coalición con las formas y prácticas atávicas de

⁸¹ “En este sentido, más que en el de Habermas, sí puede decirse que la modernidad que conocemos hasta ahora es “un proyecto inacabado”, siempre incompleto; es como si algo en ella la incapacitara para ser lo que pretende ser: una alternativa civilizatoria “superior” a la ancestral o tradicional. Este es un primer dato peculiar que a mi parecer hay tener en cuenta en lo que toca a estos fenómenos modernos y su modernidad. Lo segundo que llama la atención, desde mi punto de vista, es que la modernidad establecida es siempre ambigua y se manifiesta siempre de manera ambivalente respecto de la búsqueda que hacen los individuos sociales de una mejor disposición de satisfactores y de una mayor libertad de acción. Es decir, la modernidad que existe de hecho es siempre positiva, pero es al mismo tiempo siempre negativa. En efecto, si la modernidad se presenta como una ruptura o discontinuidad necesaria frente a lo tradicional es sin duda porque permite a los individuos singulares la disposición de mayor y mejor cantidad de satisfactores y el disfrute de una mayor libertad de acción. Ahora bien, lo interesante está en que la experiencia de esta “superioridad” resulta ser una experiencia ambivalente, puesto que, si bien es positiva respecto de estas dos necesidades a las que pretende estar respondiendo, resulta al mismo tiempo negativa en lo que toca a la calidad de esos satisfactores y de esa libertad: algo de lo viejo, alguna dimensión, algún sentido de lo ancestral y tradicional queda siempre como insuperable como preferible en comparación con lo moderno. La ambigüedad y la ambivalencia de los fenómenos modernos y su modernidad es un dato que no se debería dejar de lado en el examen de estos.” (Echeverría 2011, 121)

organización y producción, así como luchas y oposiciones que impiden que el espacio urbano se convierta solo en un producto y se conserve en muchos aspectos como creación comunitaria.

En consecuencia, el desarrollo histórico de la Nación y la urbanización tratan de un “proceso que tiende a concentrar monopólicamente en el plano geográfico los cuatro núcleos principales de gravitación de la actividad social específicamente moderna: a) el de la industrialización del trabajo productivo; b) el de la potenciación comercial y financiera de la circulación mercantil; c) el de la puesta en crisis y la refuncionalización de las culturas tradicionales, y d) el de la estatalización nacionalista de la actividad política.” (Echeverría 2011). De igual modo, pretende escindir radicalmente la vida rural de la urbana y producir modos de experiencia diferenciados e instrumentalizados. Pero jamás subsumidas en su totalidad las posibilidades revolucionarias que emanan del sujeto y el no-sujeto –pues la propuesta no es la de invertir la estructura de dominación, sino la transformación radical sistémica hasta su destrucción, y creación de nuevos modos de vida social– es tal, que los esfuerzos por contenerle se despliegan en casi todos los escenarios, prácticas y, por casi todos los medios; pero las fugas son más, los vacíos, la revuelta. Ahí la relevancia de la capacidad subversiva de los márgenes, la periferia y disidencia.

Así, un modo de dar cuenta al paradójico proceso que conforma la producción del espacio a través de la visión de largo plazo de la modernidad y, de este modo, explicar el cómo se transforma el mundo en valor. Se habrán de entrelazar los tres momentos históricos de los ciclos de hegemonía⁸², de la holandesa (finales del siglo XVII- mediados del siglo XVIII), la británica (principios del siglo XIX hasta principios del siglo XX) hasta la norteamericana (mediados de siglo XX-actualidad) en una lógica de competencia capitalista; convexamente situados, con la historia material de las principales fuentes de energía para la producción, distribución y consumo de mercancías, medios de producción y fuerza de trabajo.

⁸² El concepto de hegemonía, introducido por Gramsci con el fin de anticipar el papel de la clase obrera en la construcción de una nueva sociedad, permite analizar la acción de la burguesía, en particular en todo lo relativo al espacio. El concepto de hegemonía viene a refinar el concepto un poco brutal y grosero de «dictadura» del proletariado tras la ejercida por la burguesía. Designa mucho más que una influencia e incluso mucho más que el uso perpetuo de la violencia represiva. La hegemonía se ejerce sobre toda la sociedad, cultura y conocimiento incluidos, generalmente por sujetos interpuestos: los políticos, las personalidades, los partidos, pero a menudo también por los intelectuales y los expertos. Por consiguiente, se ejerce también sobre las instituciones y las representaciones. Hoy en día la clase dominante mantiene su hegemonía por todos los medios, incluido el conocimiento. El vínculo entre saber y poder se vuelve manifiesto, lo que no impide en absoluto un conocimiento crítico y subversivo; al contrario, define la diferencia conflictiva entre el saber que está al servicio del poder y el conocimiento que rechaza reconocerse en éste. (Lefebvre 2013, 71)

Proceso que originalmente Fernando Braudel desarrollará bajo el concepto de *civilización material*, se reflexiona en función de la catedra de Andrés Barreda, derivando en que, por material en la historia del capitalismo, *trata del proceso histórico de subsunción formal y real de la totalidad de las relaciones sociales de producción (producción-distribución-consumo) al proceso de expansión y acumulación de capital, es decir, la valorización del valor*. De modo que, permite identificar el ciclo hegemónico holandés en términos de una civilización material maderera. Dando paso, producto de la competencia capitalista y, a través del desarrollo técnico científico derivado de la revolución industrial y la hegemonía de Inglaterra, un tipo de proyecto civilizatorio impulsado por el carbón. Finalmente, la actualmente en crisis sociedad material petrolera representada por la hegemonía norteamericana. Interpretación que conjunta la visión secular de Wallerstein y su noción de que el periodo en el que nos encontramos da cuenta de la crisis estructural del capitalismo. Afectando, como enuncia, las tres esferas principales del sistema-mundo capitalista. La política, la económica y la cultural, siendo, por tanto, una crisis general que amenaza a la forma concreta de civilización moderna (I. Wallerstein 2006).

Ciclos hegemónicos y productivos que ayudarán a situar la condición bifacetica que da cuenta de la producción del alma mecánica de la modernidad y, el espacio producido para la valorización del valor, en un contexto histórico y correlaciones de fuerzas concretas. Afronte violento dirigido en dos vertientes coetáneas⁸³. Por un lado; la reversión del cuerpo-naturaleza en cuerpo-maquina y el trabajo en mercancía fuerza de trabajo, como la transformación de los medios de vida en medios de producción de capital; y por el otro la escisión sexual de la división social del trabajo y la distribución fraterna del poder. Pues, por más empobrecidos y carentes de poder que se encontraran los hombres proletarios, estos todavía podían y pueden, acceder al cuerpo y el trabajo de sus esposas, o bien adquirir los servicios de trabajadoras sexuales (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015). En conjunto, la lógica patriarcal de reproducción y la lógica productiva capitalista; dan forma a la paradójica y muchas veces cruenta

⁸³ “La expropiación no se llevó a cabo sólo en Inglaterra, sino también en Irlanda, África, el Caribe y Norteamérica. Los proletarios que creó esta medida trabajaron como expertos navegantes y marineros en los primeros barcos transatlánticos, como esclavos en las plantaciones americanas y, en Londres, como artistas en espectáculos, como sirvientes y también en la prostitución. La participación inglesa en la trata de esclavos, que fue esencial para el ascenso del capitalismo, comenzó en 1536, el año anterior al del nacimiento de Shakespeare. En 1555 John Lok llevó los primeros esclavos de Ghana a Inglaterra, donde aprendieron inglés para luego regresar a su país de origen y hacer de intérpretes para los traficantes de esclavos. John Hawkyns consiguió enormes beneficios al vender en Haití trescientos esclavos a los españoles entre los años 1562 y 1563.” (Peter Linebaugh, Marcus Rediker 2005, 43)

mirada moderna cotidiana. Nos dice Silva Federici: “Del mismo modo que los cercamientos expropiaron las tierras comunales al campesinado, la caza de brujas expropió los cuerpos de las mujeres, los cuales fueron así “liberados” de cualquier obstáculo que les impidiera funcionar como máquinas para producir mano de obra⁸⁴. La amenaza de la hoguera erigió barreras formidables alrededor de los cuerpos de las mujeres, mayores que las levantadas cuando las tierras comunes fueron creadas. De hecho, podemos imaginar que el efecto que tuvo en las mujeres el ver a sus vecinas, amigas y parientes ardiendo en la hoguera y darse cuenta de que cualquier iniciativa por su parte, podría ser percibida como el producto de una perversión demoníaca” (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015, 304). No es casualidad que el imaginario social patriarcal pasó de concebir a la mujer, previo a la transición del feudalismo al capitalismo, como fuerte, voluble, indomable. A la concepción del romanticismo burgués que la subordinó a débil, famélica, abnegada y dependiente. A la par que se erigió una narrativa en torno a la virilidad y potencia masculina como sinónimo de virtud humana y valor.

De este modo, hemos de identificar las premisas ideológicas con las que se produce el espacio social, la experiencia cotidiana y la mirada de la modernidad occidental. Podemos decir a grandes rasgos que reducen las condiciones del movimiento universal a las formas históricas de la humanidad, empatando la noción de *progreso* en una expresión teleológica-industrial-capitalista de la historia. Creando el correlato del hombre fáustico –el *homo economicus*– orientado en una metafísica e inacabable misión de movimiento perpetuo en una espiral de transformación, apropiación, destrucción del medio físico y, de sí mismo en aras de convertir el mundo entero en valor que se valore. Así pues, se ha de proseguir con la categorización propuesta por Bolívar Echeverría que marca cinco fenómenos distintivos del proyecto de modernidad (Echeverría 2011).

El *humanismo racional*, que deviene no solo de la comprensión androcéntrica del renacimiento, sino, de la elevación del humano a fundamento de la naturaleza dispuesta a ser usada “racionalmente”. Cabe aclarar, que al decir lo humano es menester nombrar que asimismo dicha

⁸⁴ Esto es una hipótesis. Lo cierto es que la caza de brujas fue promovida por una clase política que estaba preocupada por el descenso de la población y motivada por la convicción de que una población grande constituye la riqueza de una nación. El hecho de que los siglos XVI y XVII fueron el momento de apogeo del Mercantilismo, testigos del comienzo de los registros demográficos (de nacimientos muertes y matrimonios), del censo y la formalización de la demografía, como la primera ciencia de Estado, es una clara prueba de la importancia estratégica que comenzaba a adquirir el control de los movimientos de la población para los círculos políticos que instigaban a la caza de brujas. También sabemos que muchas serán comadronas o mujeres sabias depositarias tradicionales del saber y el control reproductivo de las mujeres (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015, 302)

definición de humano se basa en un sujeto concreto masculino, el hombre *varón*. El segundo fenómeno distintivo es el antes ya mencionado *progresismo*, comprensión de la historicidad donde prima la renovación e innovación permanente como condición para la mejora humana e impulsada por la competencia capitalista. Convergiendo el humanismo y el progresismo moderno, en la producción de núcleos para la acumulación, definidos en tercer lugar en el *urbanismo* como: *“la constitución del mundo de la vida como sustitución del Caos por el Orden y de la Barbarie por la Civilización se encauza a través de ciertos requerimientos especiales. Éstos son los del proceso de construcción de una entidad muy peculiar: la Gran Ciudad como recinto exclusivo de lo humano. Se trata de una absolutización del citadinitismo propio del proceso civilizatorio, que lo niega y lo lleva al absurdo al romper la dialéctica entre lo rural y lo urbano.”* (Echeverría 2011, 81) 81. Así se culmina en los dos últimos fenómenos distintivos marcados por Bolívar, el *economicismo* y el *individualismo* (Echeverría 2011).

Ahora, teniendo en cuenta que el humanismo racionalista, propio de la modernidad, presupone que todas nuestras percepciones se ven nubladas de alguna manera, y que aquello que concebimos como realidad es solo un fragmento de ella, como si todos nuestros sentidos fuesen incompletos, quizá hasta fallasen frente a un maestro tan complicado. Para la razón, específicamente la razón de dominio pareciese ser que, lo único que calma el sentimiento de inquietud producido de la enajenación de la capacidad política individual y el accionar colectivo, es la búsqueda insaciable de la Verdad. Este sentimiento de zozobra se proyecta en la forma fetichizada del capital social, el Estado Moderno. Ilustrado a través del espíritu hegeliano de la historia que, distingue "en cuanto espíritu vivo, al Estado como una totalidad organizada que se distingue en actividades particulares; éstas, procediendo de un único concepto de la voluntad racional, producen perennemente el resultado de esta organización. [...] La constitución es la estructuración del poder del Estado [...] La constitución es la justicia existente, como realidad de la libertad en el desarrollo de todas sus determinaciones racionales" (Hegel, pág. 539).

En efecto Hegel determina al Estado como una totalidad ética que acabaría por anteponerse a los intereses individuales, se alcanzaría al encontrar a partir de la contribución particular un bien común que no es otra cosa que su propio autodesarrollo, encarnando en sí y para sí el espíritu absoluto de la historia (Occidental europea). Sin embargo, desprendido de su aura metafísica, el Estado si adquiere la forma del interés general de la sociedad, que no es sino, la forma del capital social, es decir, en una sociedad específicamente capitalista –tomando en cuenta el proceso de reificación y cosificación, situando el proceso de alienación social impuesto por las relaciones

fetichistas del patriarcado productor de mercancías— hace que; el interés general de la sociedad se dirija hacia la ley del valor, sin representar a ningún capital individual, si no, al interés general por la acumulación en su conjunto. A fin de cuenta, en un mundo en que la vida se ha subordinado a la reproducción del capital, el supuesto escenario en el que la gran maquinaria y el proceso de valorización por algún motivo se detuviese, significa un afronte (aparente) a la existencia misma del particular. Aunque en esencia, dicha existencia es amenazada por el sistema de forma cotidiana. Determinante que constatará parte de la estructura abstracta del despliegue de la modernidad en cuanto a la destrucción de la comunidad concreta, mediante la imposición de la forma de comunidad abstracta de ciudadanos (propietarios privados), encarnada en la categoría de Nación⁸⁵. Categoría con la cual, siguiendo la noción Gramsciana de hegemonía, ahí habrá de comenzar su estudio en el sistema capitalista, que como sabemos, se define bajo una lógica mundial interestatal de índole nacional.

Por otro lado, la escala de la producción industrial no se reduce al espacio de las *work houses*, ni a la maquila o la mina. Ciertamente es que, la concentración y la centralización de capital se agudizan y profundizan como parte del despliegue histórico de la ley de acumulación capitalista, de mismo modo, dicha confrontación permanente entre los distintos capitales conduce irremediablemente a una renovación constante del mismo que haga frente a su tendencial proceso de crisis. La esquizoide actitud moderna desarrollista, para quien, “dejar de moverse, reposar en la sombra, dejar que los ancianos lo envuelvan, es la muerte” (Berman 1989, 62); demuestra la permanente existencia de una heterogeneidad productiva, no porqué aquello suponga una suerte de fase o estadía del desarrollo económico, sino, su condición estructural de la cual se desprende la posibilidad permanente de diferenciación de los precios directos⁸⁶ (Shaik 2009). Que, a su vez, y

⁸⁵ “Es un fenómeno moderno que se encuentra siempre en proceso de imponerse sobre la tradición ancestral del comunitarismo, es decir, sobre la convicción de que el átomo de la sociedad no es el individuo singular sino un conjunto de individuos, un individuo colectivo, una comunidad, por mínima que ésta sea, una familia, por ejemplo; siempre en proceso de eliminar la diferenciación jerarquizante que se genera espontáneamente entre los individuos que componen una comunidad; de desconocer la adjudicación, que se hace en estas sociedades tradicionales pre-modernas, de compromisos sociales innatos al individuo singular y que lo trascienden. El individualismo se contraponen a todo esto: al autoritarismo natural está en la vida pública tradicional, a que haya una jerarquía social natural; al hecho de que los viejos o los sabios, por ejemplo, tengan mayor valía en ciertos aspectos que los jóvenes, o bien de que los señores, los dueños de la tierra, sean más importantes o tengan más capacidad de decisión que los demás ciudadanos” (Echeverría 2011, 120).

⁸⁶ Sin tratarse de un caso atípico, sino por el contrario, forma parte del desenvolvimiento estructural de la ley del valor, donde los mecanismos de apropiación del valor social se presentan desde un principio en una competencia intra e interindustrial permanente, asumiéndose que la tasa de explotación no depende de la productividad, mucho menos de la marginalidad, porque los requerimientos de la fuerza trabajo y los bienes salariales son siempre

volviendo a la discusión de la espacialidad, se notará como una de las contradicciones de la modernización capitalista (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022). El espacio social instrumentado bajo la lógica de valorización del capital pretende, como toda ansia racionalista, eficientizar a la máxima expresión las relaciones entre los actores y objetos del desenvolvimiento espacial, además de operar bajo la tendencia hacia la estandarización y escisión de la realidad social cotidiana. A modo de articular los distintos objetos y productos sociales en función de la realización de la mercancía. Extiende pues, la *fábrica* a la totalidad de las relaciones sociales, colapsando la distinción entre fábrica y sociedad, tal como indica Mario Tronti en 1966, la cotidianidad es una *fábrica social* (Federici, Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y lucha feminista 2013). Paradoja observada por el pensamiento marxista, al encontrar una tendencia histórica hacia la homogenización del espacio social como son las grandes urbes, a la par de una profunda diferenciación y segmentación territorial de la ciudad y sus habitantes.

Aspecto característico en los proyectos de urbanización y modernización de finales del siglo XIX y principios de siglo XX. Es que desde la reconstrucción –tras la revolución de 1848– de París a cargo del arquitecto Georges-Eugène Haussmann y las revoluciones subsecuentes (incluida por supuesto la bolchevique). Impulsa la inclinación de los ingenieros y arquitectos a desarrollar grandes proyectos de modernización de infraestructura que garanticen el control social del espacio y, recreen el espíritu nacionalista en obras monumentales. El arquitecto Le Corbusier en 1929 enuncia al final de su obra “Hacia una nueva arquitectura” –cito de Marshall Berman–: “Arquitectura o Revolución. La revolución puede ser evitada”. (Berman 1989, 168). Ahora que en el siglo XXI la revolución “fue evitada”, las ciudades modernas se han convertido en verdaderas *ciudades de terror*⁸⁷ por un lado, y *paraísos artificiales* por el otro. De fondo, las huellas de

bienes internacionales, los cuales ante variaciones del sueldos y salarios, modifican la rentabilidad de los capitalistas individuales, más no la estructura de valores individuales. El aprovechamiento de la relación salarial es entonces, un mecanismo contra restante de diferencia en la realización del valor individual, es decir, de la caída de la tasa de ganancia, que desde su génesis se constituye en la noción de un sistema mundial.

⁸⁷ Para «extirpar la holgazanería, el libertinaje y el exceso» y promover un espíritu de industria [...] el capital propone este acreditado dispositivo: encerrar a tales trabajadores cuando se vuelven dependientes del apoyo público, en una palabra, cuando se vuelven indigentes, en un «hospicio ideal». Semejante lugar debe ser una «casa del terror» y no un asilo para pobres «en el que están abundantemente alimentados, calurosa y decentemente vestidos y donde apenas trabajan». En esta «casa del terror, en este hospicio ideal, los pobres trabajarán catorce horas diarias, dejando el tiempo adecuado para las comidas de tal manera que quedarán doce horas de trabajo neto» [...]. La «casa del terror» para indigentes, con la que el alma capitalista de 1770 solamente soñó, fue construida unos cuantos años después en la forma de un gigantesco «hospicio» para el trabajador industrial. Se

la violencia que se ha de ejecutar en múltiples modos, formas y niveles, ya sea separando, omitiendo o destruyendo. Una constante en la lógica con la que se produce y reproduce el mundo de las mercancías, que, así como puso precio a la naturaleza y a la vida, cabe preguntarnos, ¿cuál es el valor y valor de uso de la violencia y la muerte para el sistema?

La megalópolis que es la Ciudad de México, resulta ser un ejemplo del despliegue paradójico de la modernidad periférica y el dominio de la naturaleza⁸⁸. Sabemos que la mayor parte de la ciudad se construye sobre lo que antes fue el lago de Texcoco. Una inmensa masa acuífera que llegó a tener –según algunas estimaciones– una extensión de dos mil kilómetros cuadrados de agua dulce. La empresa civilizatoria de dominio fáustico de la naturaleza del lago se conduce desde 1607 con la instrucción del virrey Luis de Velazco, hasta la culminación de las obras de desagüe en 1900 a cargo del “modernizador” Porfirio Díaz y, finalmente el entubamiento de los ríos La piedad y Magdalena a mediados del siglo XX. Dando paso a la construcción de los actuales –en crisis– sistemas de abastecimiento de agua Lerma y Cutzamala en 1951 y 1982 respectivamente.

Los municipios colindantes a la Ciudad de México, pertenecientes al Estado de México en la zona conocida como Valle de México, pasaron de ser un cuerpo de agua a lotes baldíos usados como vertederos, anillos industriales y áreas de vivienda irregular de los desposeídos y marginados, así como trabajadores infraasalariados dependientes de la Ciudad, pero relegados dadas sus capacidades de consumo a la periferia. No obstante, lo irónico del caso es que actualmente la ciudad sufre de un desabasto de agua, a la par de inundaciones y hundimientos. En parte esto debido a que, el proceso de “industrialización” del siglo XX, estuvo sustentado sobre una serie de condiciones económicas y políticas específicas que permitieron la transformación –conservando su profunda heterogeneidad y dependencia– de la base productiva, la dinamización de los sectores industriales de media composición técnica y sectores extractivos, consiguiendo con ello, la subsunción real y formal paulatina del trabajo, y por ende, de la sociedad mexicana, como resultado del proceso de urbanización⁸⁹. Ahondando la tendencia

llama la «fábrica». Y esta vez, el ideal palidece ante la realidad.” (Marx, *El capital: crítica de la economía política* I 2015)

⁸⁸ “La lucha por la apropiación del espacio urbano es una de las modalidades que ha caracterizado al capitalismo en los últimos años. La ciudad se vuelve objeto de especulación a partir de la actividad inmobiliaria, pero también se nos revela como la concreción económica, política y social de las desigualdades que el propio capital genera: marginación, zonas exclusivas, procesos de despojo y gentrificación (Smith, 2012)” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 159)

⁸⁹La economía mexicana de mediados de siglo XX es reconocida como el período de crecimiento más álgido de la historia moderna del país. Con un promedio en el incremento del producto total de 6.2 por ciento anual entre

hacia la profundización radical de las diferencias espaciales y el habitar de la población de la Ciudad y el área metropolitana. Basta solo con visitar el centro histórico, o recorrer la Avenida Insurgentes de Sur a Norte. Voltar la vista del centro financiero del barrio de Santa Fe con el resto de la delegación. Sin mencionar que el habitar, de muchas áreas de la zona metropolitana, como el caso de Ciudad Nezahualcóyotl; la cual inicia su proceso de crecimiento durante la década de los 60's, producto de las migraciones masivas del campo a la ciudad durante este periodo, llegando a la actualidad a ser el segundo municipio (no capital) más poblado con poco más de un millón de habitantes; en la actualidad, pese a que las diferencias y las condiciones de existencia han variado, se preserva una clara continuidad en la dependencia con la Ciudad de México y, un explícito proceso de marginalización poblacional.

Ciudad de México cuenta con una población superior a la de Nueva York, y realmente carece de espacios que no hayan sido atravesados por *Coca-Cola*; sin embargo, el proceso de urbanización continúa expandiéndose contradictoriamente. Al igual que en Nueva York y en el resto de las grandes urbes, observamos edificios enteros de departamentos vacíos, zonas de exacerbada precariedad y alto índice de mendicidad, así como una extendida superpoblación relativa. Esto como parte de la serie de revoluciones vehiculares descritas por Andrés Barreda y que culmina (“corona”) con la revolución del abominable automóvil y el triunfo de la sociedad material

1950-1962 (Cárdenas 2012). Para la década de 1970 “las importaciones de bienes de capital y bienes de consumo duradero equivalieron a más de la mitad de las importaciones totales de los productos manufacturados [...] mientras que algunos bienes intermedios ofrecen todavía ciertas posibilidades para la sustitución de importaciones por productos nacionales” (Unger 1985, 15). De esta forma, la economía nacional sin alcanzar un grado industrial de bienes de mayor valor agregado inclinó la tendencia productiva hacia la terciarización para los años 80's. Así mismo, la agricultura continuó incrementando sus niveles de producción a un estimado de un 4.4 por ciento anual entre 1948 y 1960, siendo -aún para la década de los 60's- la principal fuente de divisas (Cárdenas 2012). Sin que esto significase un beneficio social directo; tomando en cuenta que la repartición agraria dejaba de ser parte de un proyecto de desarrollo económico nacional y pasaba a formar parte de la agenda política, aunado a la concentración de las tierras más productivas al servicio del capital⁸⁹ que contrariaban con la denominación del ejido. Por supuesto, esto no implica de principio que la economía se encontrase en el mejor de los escenarios, la persistencia de contradicciones en la propia dinámica se mostraba en la existencia simultanea de políticas conflictivas entre sí en los años sesenta. “La monetaria y la comercial, por ejemplo, fueron probablemente los que entraron en mayor conflicto con la política industrial. Así, es muy posible que la política monetaria que condujo a una sobrevaluación consistente del peso en relación con el dólar, y la política comercial que, liberó las importaciones para dar paso a un rápido crecimiento de la producción” (Unger 1985, 19). Otra de las contradicciones la encontramos tal y como expresa Cárdenas entre los años de 1963-1971 cuando “la relación capital-trabajo creció 7.0 % anualmente” (Cárdenas 2012, 60), lo que no es otra cosa que el incremento de la composición orgánica de capital en una economía que se reconfigura de un tipo de producción esencialmente agrícola a una industrial orientada la mayor parte de la producción al mercado exterior, permaneciendo y profundizando la relación dependiente respecto del centro, aunado la dicotomía ya antes mencionada de la agricultura capitalista a una agricultura de autoconsumo.

petrolera. No han existido jamás en la historia del capitalismo, tantas rutas comerciales como las que existen hoy en día.

Al mencionar el carácter singular de la experiencia periférica que es el proceso de urbanización de Ciudad de México, cabe señalar que la disputa por el espacio y el habitar de la Ciudad, continúa con una trayectoria de resistencia a los procesos de colonización y privatización a través de más de 500 años, pues ¿acaso se puede descubrir lo antes ya conocido? La apabullante fábrica de experiencias que resultan ser determinadas zonas contrasta inmediatamente con la resistencia indígena y espacios apropiados en lucha. Por otro lado, bien es cierto que la Ciudad y sus alrededores conservan todavía algunas grandes reservas de áreas verdes, la inmensa mayoría ya se encuentran instrumentadas de alguna manera bajo la razón de dominio moderna⁹⁰. El resto del territorio disponible, en todo caso están en disyuntiva jurídica con los dejos de la forma de propiedad de la tierra ejidal o bien, como terrenos baldíos o irregulares, en espera de ser expropiados por el Estado o adjudicado por algún particular.

La ciudades finalmente revierten tendencialmente la apropiación de la experiencia en espacios enteramente fabricados, la mirada del sujeto se reifica en el espacio social estetizado en la aureola de la mercancía. Un contraste aún más notorio de lo que la sociología burguesa determinó como *gentrificación* (Alvater y Mahnkopf 2002). Ambos casos dan pauta de la notoria diferenciación del habitar mostrado en las descripciones típicas de los espacios urbanos, extendidos sobre una gran plancha de cemento, redes de carreteras y espacios exclusivos para la valorización que contrastan con la experiencia cotidiana de lucha comunitaria.

La empresa histórica a la que el hombre moderno suscribe, para moldear la mirada del ojo humano y su estética, encuentra la afinidad entre el ideal social del autodesarrollo con la forma

⁹⁰ “Se distingue así una necesidad del modo de producción capitalista por re-funcionalizar el espacio y producirlo (en una expresión de totalidad), por darle un sentido en función a la valorización en diversas escalas, cuyo elemento fundamental es la obtención de ganancia: “La renta desempeñaría entonces el papel de una “ley del valor en el espacio” (Lipietz, 1979:144) Así como la intencionalidad del capital es la valorización en términos espaciales y temporales es social y expansiva, también lo es la idea de competencia capitalista. Parte fundamental de la teoría marxista se desarrolla a partir de la obtención de ganancias extraordinarias, las cuales emanan del funcionamiento de una tasa de ganancia que permite establecer condiciones medias de producción (niveles técnicos) los cuales determinarán el nivel de sobre o menos ganancias que obtendrán los productores capitalistas que compiten en cualquier mercado. La competencia como el capital, es una relación social, sin embargo, aquí existe una contradicción que habrá que señalar: se extienden las relaciones mercantiles, y por ende la competencia, afectando tanto la producción y circulación, modificando y produciendo una espacialidad capitalista en función de la ganancia, pero simultánea y contradictoriamente se lleva a cabo un proceso de aniquilación de la concurrencia y del fortalecimiento del monopolio, creándose así la llamada competencia monopolista.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 162-163)

objetiva de expansión del desarrollo económico, sobre la superficie de la cotidianidad de las relaciones sociales cosificadas, imponiendo el castigo del “pecado original” a las masas trabajadoras, orillándoles por la fuerza de las condiciones materiales a los principios estoicos, ajustar el cinturón y resistir. Por tanto, el hombre moderno, calculador y racional se postra sobre “la ley de acumulación capitalista, que sirve de base para la supuesta “ley natural de la población” que se reduce sencillamente a lo siguiente: la relación entre capital, acumulación y tasa de salario; que no es otra cosa que la relación entre trabajo no pagado convertido en capital y el trabajo adicional necesario para el movimiento del capital adicional” (Marx, El capital: crítica de la economía política I 2015, 553). Despojado de la vendas, ¿acaso habrá de emanciparse?

Como se decía en un principio, el propósito de este apartado no es agotar la discusión en torno a qué representa o, qué significa Modernidad. Tampoco, pese a coincidir en la interpretación general de concebir el momento histórico vigente como un periodo convulso, si no, cataclísmico para el proyecto civilizatorio, no encontramos la certeza para definir o afirmar que el sistema fuese a colapsar en la proximidad inmediata, mucho menos para asignar una fecha en el calendario. En consecuencia, lo que se busca resaltar es el carácter paradójico de la modernidad como concatenación de múltiples procesos y fenómenos, contradictorios, relacionales y en ocasiones antagónicos. Entrelazados al desarrollo histórico de las relaciones sociales capitalistas; la división industrial del trabajo, la gran industria y el mercado mundial; la domesticación de la vida cotidiana bajo el régimen de la heteronorma, la propiedad privada y la figura del ciudadano; la geocultura, el individualismo y el economicismo en la forma del Estado-nación. Por lo que, orientado en el sentido de autorreproducirse y perpetuarse en el espacio-tiempo, la lógica subyacente es garantizar material y simbólicamente su existencia en la generalidad de las relaciones sociales.

Bajo esa tesitura se puede derivar que, la acumulación, expansión y reproducción del capital ha de figurar como clave para estudiar el modo en que se organiza la producción material del proyecto moderno y sus contradicciones. De mismo modo, la noción de la reproducción alude a la precisa crítica feminista de colocar en la mira la forma concreta en la que se organiza la vida social. Pues, volviendo al objetivo general del presente escrito, que es estudiar a la violencia dialécticamente como proceso producido y producto de un proceso. Que en esta forma específica se ha de desarrollar en la totalidad del modo de producir y reproducir la vida bajo el dominio de la ley del valor y la narrativa de la Modernidad. La violencia se convierte en una

constante rechazada por el sueño de igualdad universal, *el genio que escapó de su lámpara*; sin embargo, así como el productor individual fue enajenado del producto de su trabajo, así la violencia se distribuyó e instrumentalizó en función misma de la reproducción concreta del mismo sistema. No abandonando pues, tal como ya señalaba Walter Benjamín en su breve ensayo sobre la dialéctica de la violencia, su carácter sedicioso, profundamente revolucionario capaz de subvertir el sistema entero (Benjamín, Para una crítica de la violencia y otros ensayos 2001). Que bien ahora se presenta tanto en la oportunidad como desafío de negar y superar el proyecto civilizatorio en su conjunto, ya que la alternativa objetiva es la catástrofe ecológica. Por cuanto, en el contexto del drama cotidiano de la violencia extrema y la producción en masa también emanan las posibilidades, vacíos y oportunidades revolucionarias de emancipación humana.

2.2. La emergencia del sistema mundo capitalista y la hegemonía holandesa.

En el capítulo uno se ha introducido la premisa que comprende que el espacio es un producto producido. Contenido de sus aureolas y contradicciones, siendo que en la sociedad capitalista; el contenido del espacio social se conducirá con la misma ansia que el proceso de valorización demande, que como antes hemos mencionado, escindirá en sus absolutos binarios la configuración relacional de realidad social. La producción de la moderna urbanidad tenderá a revertir a la ciudad entera en una fábrica de experiencias maquilada por la mano del hombre, donde lo natural y lo real dejan de ser relevantes, e imperan las mercancías, servicios y productos de mayor composición constante de valor; en oposición a la producción de una experiencia rural donde tenderá a concentrarse una menor parte del capital constante de avanzada tecnológica. Dialécticamente esta producción de diferencia es conducida por la misma racionalidad con la que las mercancías son homogeneizadas a la par de incrementar aún más su diferencia. Cimentando históricamente en la emergencia del moderno desarrollo del capitalismo interestatal de Estado-Nación, vigente desde el siglo XVI hasta el siglo XXI, donde se presentan economías que concentran una mayor parte del plusvalor mundial, y otras a las que se les despoja en la competencia del mercado mundial o por medio de guerra o directa intervención.

En este apartado se ha de resumir lo que se identifican como tres procesos generales que otorgan una explicación al proceso histórico de la acumulación originaria o el génesis del sistema-mundo capitalista. Esta vista desde la escucha de las críticas feministas a las descripciones ortodoxas y

anecdóticas al “eterno femenino” en el ideario colectivo y, la “justificación” histórico-natural de la supremacía masculina. Por cuanto, no se busca que este escrito ahonde en la inmensidad de los procesos que dieron cabida a la totalidad de la conformación del complejo sistema-mundo capitalista, en cambio, se ha de situar, como hemos dicho, los tres momentos generales de la periodización de (I. Wallerstein 2006) y (Arrighi 2007); añadiéndose el preámbulo del inicio de la guerra contra las mujeres en Europa durante las guerras Heréticas y, los comicios de la gran Cacería de Brujas que alcanzaría su zenit entre 1580 y 1650 (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015). Coincidiendo el fin de la “Guerra de los 80 y 30 años”, la firma del Tratado de Westfalia, el comienzo de las “revoluciones burguesas” y el génesis del sistema interestatal, en el contexto de la dominación moderna del colectivo femenino e instauración de la paradigmática política sexual de la violación⁹¹. De modo tal que, “el largo siglo XVI” será asimismo una respuesta de la clase dominante en una ofensiva global, a la crisis sistémica de la economía feudal y el repunte del dominio patriarcal, los procesos generales que hemos de señalar parten de un breve recorrido histórico de la acumulación originaria en la lectura de (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015). Por lo que se han de empatar el proceso de subordinación de las mujeres, la naturaleza y el trabajo, en el desarrollo de la forma del Estado-nación y el sistema interestatal bajo la aureola de la mercancía y el mercado mundial capitalista.

La emergencia de una formación socioeconómica específicamente capitalista aduce a la experiencia histórica de colonización europea en el Atlántico, como al proceso de liberación de

⁹¹ Por tanto, la violación resulta en una categoría y práctica, que expresa la relevancia en la construcción histórica de dichos elementos simbólicos del abuso y la dominación masculina; sus registros contemporáneos en la estructura psíquica del colectivo masculino, sin los cuales, no seríamos capaces de comprender el actual incremento en la violencia machista y feminicida de los últimos años. Por ejemplo, no resulta casual que, la caza de brujas que alcanza su zenit entre 1580 y 1650 converge con la despenalización e incentivación política de la violación de las “mujeres rebeldes” y el periodo conocido como la legislación sanguinaria en Europa. Al mismo tiempo que el proceso de cercamiento y proletarización de las masas, tiene lugar la desvalorización del trabajo reproductivo y su reversión del cuerpo de la mujer a mera reproductora de fuerza de trabajo. Mientras que, en América según señala Mónica Blanco y Ma. Eugenia Romero Sotelo, a partir del 1570 y durante casi todo el subsecuente siglo. Se observó un ritmo creciente en el producto y la actividad económica, pese la crisis demográfica de población indígena. Pues, en ese mismo periodo fue recibida una inmensa cantidad de mano de obra esclava proveniente de África, condenados y desposeídos de Europa que pagaban sus deudas con servidumbre, en muchos de los casos escapando de castigos que en su patria habrían significado la muerte. De este modo, los tratados de Westfaliana de 1648 se celebran en el escenario en que las mujeres habrán tenido ya, la gran derrota histórica de las brujas y parteras frente a los magos y médicos modernos. Con la expulsión del artesanado y desvalorización del trabajo reproductivo, la pobreza fue feminizada. Nos referimos aquí, a lo que Silvia Federici define como la acumulación originaria masculina del trabajo femenino a través de su subordinación en la unidad económica doméstica (Federici, El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo 2018).

la fuerza de trabajo y la escisión del valor. El establecimiento de relaciones de dominación, esclavitud, despojo y comercio encuentra las posibilidades materiales de generación de excedente social a niveles nunca vistos, y de esta manera, resolver la crisis de acumulación que afrontaba el sistema feudal europeo. Descrito aquel proceso como la emergencia del sistema-mundo capitalista, además de su dialéctica centro-periferia. Un sistema necesariamente integrado a partir de la particular división social sexual del trabajo orientada en la valorización del valor y el dominio del espacio. Proceso que produce, así mismo, la figura de plusvalor (relativo-absoluto) en una relación contradictoria de la forma trabajo asalariado capital –relación que es siempre una relación tanto mundial como local–, forma que encubre a su vez, la dominación masculina impresa en el cotidiano “patriarcado del salario” (Federici, *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* 2018). De modo tal que, es menester tomar en cuenta la integración de la cotidianidad social en las distintas lógicas de dominación al momento de identificar sus formas, efectos, consecuencias y causas. Es decir, la masificación marcada por la escisión espacial mundial y la producción industrial; el proceso de trabajo que diferencia a la población no solo en términos de clase, sino que, también marca las diferencias de valor en términos de violencia orientada por la raza, género, sexo y clase.

Por otro lado, al discurso moderno de igualdad ciudadana, se elabora una trama discursiva coetánea que culmina por revestir al despliegue histórico contradictorio del proyecto moderno –afianzado por el desarrollo del mercado mundial–, en las prácticas cotidianas de reproducción (no valorizable) de la vida social, orientado en una supuesta “división natural del trabajo sexual”, revestido en una falsa conciencia de igualdad ciudadana. Proceso descrito como “la dictadura de la sociedad civil”, que no es otra cosa que el régimen patriarcal burgués de propietarios privados. Entonces, la determinación del valor que se valoriza y el no valor, ha de articular la dialéctica entre los elementos simbólicos y materiales para la producción del espacio social del sistema mundo capitalista a través del largo siglo XVI y, que se preservará hasta la actualidad como una de sus contradicciones internas más reiteradas. Para la filosofía del último periodo sería el equivalente de decir que el sistema capitalista de dominación requiere (necesita) de la producción de una “otredad”. El proceso de construcción del mercado mundial se integrará bajo la necesidad del establecimiento de un sistema interestatal mundial, que de garantía de continuidad a la forma o patrón de la organización social mercantil y, el sometimiento del cuerpo individual y social a la ley del valor y la designación de una “Otredad” (periferia-margen-paria). En otras palabras, el Estado y los Estados en sociedades modernas, han de representar los intereses del capital social

en su conjunto expresada en la determinación jurídica de la Nación burguesa, que en última y primera instancia es la de garantizar la permanencia de la propiedad privada y la hegemonía de las relaciones sociales capitalistas, así como la estructura histórica particular de dominación de cada territorio mediante el despojo, la escisión y el terror.

Tal como ya se ha establecido hemos de seguir con la metodología de observar el proceso del desarrollo histórico del patriarcado productor de mercancías desde una óptica de sistema-mundo y ciclos de hegemonía. Sin ahondar demasiado en lo que sería una descripción del inmenso y contradictorio proceso histórico, que además ya existe una inmensa bibliografía al respecto. Aquí se ha de partir de la conclusión general que: durante la emergencia de las relaciones capitalistas-patriarcales de producción y reproducción, como expresiones hegemónicas y el colapso de las formas feudales de la economía mundo de Europa, es que se posibilita su expresión global en el contexto de la conquista del hoy continente americano y africano. Es decir, el control de Europa de todo el océano atlántico. Fue el entonces todavía conjunto reinos de Provincias Unidas (Países Bajos), el Estado que alcanzó el primer carácter de hegemonía en el incipiente sistema-mundo capitalista⁹². Además, para que ello sucediese, al interior de la pequeña y próximamente moderna Europa, hubieron de acontecer procesos de ruptura, inflexión y transformación de la totalidad de las relaciones sociales.

Proceso cuya síntesis se observa en una reconversión general de los modos de producción y formas de reproducción de la vida. Hubo que derrotar y exterminar a las “brujas” de Europa y el mundo para que la unidad doméstica se acabese por imponer casi tres siglos después. Así como cercar las tierras comunales y “liberar” al hombre para que se pudiese vender como mercancía fuerza trabajo y así poder “normalizarse”. Además de derrocar los reinos y comunidades de América y África para despojarles de toda su riqueza posible y reconvertir sus territorios en colonias. Finalmente, cabe mencionar que este proceso se extiende a lo largo del tiempo y que no trata en ningún sentido de una concesión lineal o teleológica. El propósito por

⁹² “Retomando el planteamiento de Wallerstein (Wallerstein, 2005, TI: 21-93) sobre el origen de la Economía Mundo Capitalista (EMC), se puede establecer que para que dicho MPC se desarrollara fueron necesarios tres elementos: • Una expansión del volumen geográfico del mundo europeo. Dicha expansión se dio al interior y al exterior de Europa, implementando procesos de despojo y colonización en diferentes áreas del mundo cuyas formas de reproducción social aún eran pre-capitalistas, pero que se transformaron por este proceso de ocupación, dando pie a una metamorfosis del espacio social. • Desarrollo de varios métodos de explotación del trabajo para diferentes productos y zonas de la economía mundo. Para que se desarrollaran dichos métodos fue necesario que el trabajador fuera despojado de sus medios de producción o de sus comunidades reproductivas –como fue el caso de grupos poblacionales esclavizados. • La creación de relativamente fuertes aparatos de Estado, hasta quedar integrados en los Estados del centro de la EMC.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 81)

tanto de la subsecuente exposición habrá de ser un pequeño desarrollo de las anteriores sentencias en función de volver dialécticamente al estudio histórico reflexivo de la violencia; y de modo particular a lo que se ha reiterado como *colapso* contemporáneo civilizatorio. También se ha de pensar en la categoría de *crisis* en el sistema-mundo capitalista. De modo que, lo que se quiere demostrar no es tanto la exactitud o la especificidad historiográfica. Si no, señalar la necesidad que guarda el proyecto civilizatorio moderno por la construcción de una “otredad”.

La cruenta travesía que describe el proceso de “caza de brujas” en Europa se ha de comprender en dos momentos distintos y de dos formas particulares. El primer momento es antes de la “globalización” y la conquista europea del Atlántico y, después de los tratados de Westfalia. A modo de no pretender universalizar el capital y el patriarcado a todo el mundo y eternalizarlo en la historia. La primera forma, en lo general, son los procesos económicos y políticos de las ahora impuestas necesidades de acumulación de capital, y en lo particular a la producción de subjetividades, discursos, formas y miradas cotidianas durante un cataclísmico largo siglo XVI.

Decir por tanto que, antes de la “globalización”, es a modo de ironizar el colonialismo epistémico que comúnmente nos hace imaginar a Europa el centro neurálgico del mundo. Sin embargo, hablar de la crisis sistémica (de acumulación y reproducción) del feudalismo antes pues, del despojo y conquista, no representaba mayor impacto para el resto de las formaciones socioeconómicas existentes. Pequeño recordatorio para plantear por tanto al “precio”, dicho de manera más exacta, el valor de las mercancías en el moderno sistema capitalista de producción; será determinado, por tanto, desde sus orígenes en una “lógica” mundial. Ahora pues, la idea de después de los tratados de Westfalia refiere a la convención general de comprender dicho evento como el génesis formal del sistema de Estados-nación moderno. Por lo cual, la invitación es hacia observar dicha categoría dialécticamente, en tanto desplegará las condiciones objetivas para el desarrollo del capital como las subjetivas, pues, permitirá el desarrollo de una serie de mecanismos para elevar el “valor” a principio de dominación, y que como ya se ha dicho siguiendo a Roswitha Schulz, en el moderno régimen patriarcal *el valor es el hombre* (Scholz 2013). Así, el desarrollo de las condiciones subjetivas subsumidas a las necesidades de valorización es lo que, acaba por elevar al “sujeto automático” como lógica hegemónica para la producción y reproducción social, poniendo las necesidades del valor por sobre las necesidades sociales.

Los comicios del afrente contra las mujeres en Europa parten de la concatenación de múltiples procesos, de los cuales solo nos hemos de concentrar en tres. En primer término, situarlo dentro

de la crisis sistémica que atravesaba el modo de producción feudal y, por tanto, de la posibilidad latente de subversión al sistema de dominación. Ya nos describe (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015), en la descripción de los antecedentes históricos al exterminio ejecutado contra las mujeres, principalmente durante los siglos XIV-XV y mitad de siglo XVI. La crisis que enfrentaba el sistema de dominación feudal se había suscitado tanto por condiciones “ambientales” como fue los resultados de la “peste negra” y la subsecuente sublevación del campesinado y la “mejora” de las condiciones de existencia de la gleba durante el siglo XIV; así como por los efectos de la guerra desplegada contra las comunidades Heréticas y los pueblos que se revelaban a los señores feudales, la corona y la iglesia.

Cabe señalar que es entre 1400 y 1500 cuando la violación deja de ser concebido como un delito y pasa a ser legalizado (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015). Así el llamado Contrato Social, esconderá desde sus cimientos la escisión sexuada del valor. Como Kate Millet indica, se trata del Contrato sexual social que impera en la modernidad. Lo que en tercer lugar se define como la escisión o la construcción de una alteridad alrededor de las relaciones de género. Designando una heteronorma obligatoria y desplegando subsecuentes e históricos mecanismos de disciplinamiento de las corporeidades, despojo y reconversión de las tierras comunes en privadas. Para finalmente la imposición de una ética de trabajo que pudiese terminar de dar forma a la subsunción de la totalidad del proceso de trabajo a la lógica del valor que se valoriza. Pero para ello, primero fue necesario dominar fehacientemente a la mitad de la población.

En segundo término, se han de identificar los comicios del afrente contra las mujeres en Europa y América, como una respuesta a los procesos de resistencia antes mencionados, donde las mujeres representaban frentes de lucha y organización primordiales, al ser quienes poseían la mayoría de los conocimientos “tradicionales” de cuidado, salud y reproducción. Tal que no solo representaban vetas de fuga para el modo de producción feudal, sino, para el mismo atávico régimen patriarcal occidental. Los antecedentes al “descubrimiento” de América y el cercamiento de la tierra en Inglaterra, se sitúa, por lo tanto, dentro de un despliegue de mecanismos por resarcir el dominio masculino en la incipiente estructura de dominación capitalista.

Nos indica David Harvey en este sentido, que el Estado moderno fungirá de misma manera no solo en sentido que perpetue la propiedad privada en un momento y espacio dado, sino que, en su misión esta la extensión y despliegue en territorios y comunidades que no se encuentren

insertos a la acumulación de capital (Harvey, Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo 2014). Contradicción que es mostrada tanto en los procesos de “proletarización” de determinada población que no acabase de estar inserta a la lógica del capital, como a la producción dentro de la ya proletarizada masa trabajadora, superpoblación relativa, esperando a reincorporarse al mercado de trabajo. Así como la producción de población que sencillamente no podrá incorporarse a la dinámica de valorización. Expresiones que Marx determina como *ejército industrial de reserva* y *población relativa excedente*, respectivamente. Mientras que, volviendo a la condición del Estado, la contradicción señalada es la necesidad de producir espacios sociales diferenciados. Nos dice Harvey, esta contradicción emana de la condición misma de despojo con la que da cuenta la historia del capital. En tanto, que tiene que reproducir *el pecado simple del robo una y otra vez, pues de detenerse un momento es perder su potencia interna*. (Harvey, Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo 2014). Retornando al contexto histórico que nos compete, esté da cuenta a lo que fue el proceso de despojo durante la conquista del Atlántico y su necesidad de reproducirse sistémicamente en todo su despliegue histórico, expresado formalmente en la propiedad privada y la privatización. Nos recuerda el espíritu moderno fáustico, para quien decíamos, descansar bajo la sombra es la muerte, entre los secretos que inquietan su sueño, vive el despojo.

El proceso de construcción del mercado mundial se integrará bajo la necesidad del establecimiento de un sistema interestatal mundial que, de garantía de continuidad a la forma o patrón de la organización social mercantil, y el sometimiento del cuerpo individual y social a la ley del valor. En otras palabras, el Estado y los Estados en sociedades modernas, han de representar los intereses del capital social en su conjunto, que en última y primera instancia es la de garantizar la permanencia de la propiedad privada y las relaciones sociales capitalistas, así como la estructura histórica particular de dominación de cada territorio⁹³.

⁹³ “Es preciso entender la forma en la que el proyecto ideológico de modernidad y el propio desarrollo capitalista, para las distintas regiones del mundo, partió de un centro hegemónico. Dicho proyecto tuvo, desde el comienzo, un sustento mítico o fantasioso, ya que, desde su origen, el Sistema-Mundo Capitalista se construyó a partir de una escisión geográfico/espacial jerarquizada, dada por la división internacional del trabajo promovida desde los centros hegemónicos, lo que no implicó, en ningún sentido, un avance o progreso económico para la mayoría de las zonas del mundo —incluidas las extensas zonas del Estado hegemónico mismo—, incorporadas al circuito de la economía mundo capitalista, y en particular las definidas como periferias por el país cuyo liderazgo se hizo valer en determinado periodo histórico.²¹ Desde el punto de vista de la división geográfica del mundo, el papel de las economías centrales está siempre en juego por la importancia que para ellas tiene la lucha por alcanzar las mayores ventajas competitivas en determinada época histórica. Lo que se busca, en primera instancia, es asegurar las mayores tasas de ganancia en el mercado mundial, por lo que, a la par, en segunda instancia, se lucha por afianzar el poder político, nacional e internacional, que les permita controlar los intercambios de valor como

Las características generales del mercado mundial capitalista se orientan en la premisa fundamental de la competencia productiva y la explotación, en aras de la obtención de ganancias extraordinarias y la enajenación privada de la riqueza social. La composición técnica productiva, más conocida como la composición orgánica del capital (Marx, *El capital: crítica de la economía política I* 2015), enuncia las condiciones materiales sobre las que se orienta la competencia productiva de los distintos capitales. En primera instancia hay que recordar que; es la división industrial del proceso de trabajo, no la industria en sí, lo que se genera como un proceso revolucionario de largo aliento de la producción material, y, que se expresa en momentos drásticos de desarrollo técnico tecnológico, la relación contradictoria entre la “maquina”, el “hombre” y la “naturaleza”. Tal que, la composición técnica del capital expresará dicha contradicción durante el proceso de producción, teniendo como *sustancia de valor*, al trabajo humano en relación con los enajenados medios para producir. Que, dada la estructura mundial del capital, este se relacionará, tanto vertical como horizontalmente con toda la multiplicidad de capitalistas y sectores productivos. Por lo cual, la competencia capitalista se halla, en un primer momento, en función de la capacidad de eficientizar y maximizar el aprovechamiento técnico del proceso de producción. Marcando cuotas de ganancia superiores para los capitales que puedan desarrollar una diferenciación técnica-tecnológica que le garantice una competencia mucho más eficaz y tienda a la monopolización del mercado.

Esta relación como hemos dicho es contradictoria, y por tendencia sistémica, entra cíclicamente en crisis. Pues la composición orgánica del capital se encuentra inmersa en la lógica de la ley general de acumulación. Que, a grandes rasgos, puede resumirse del siguiente modo: “en la moderna sociedad capitalista, la inmensa producción de riqueza social se ve dialécticamente reflejada en una inmensa producción de miseria humana y destrucción de la naturaleza” (Marx, *El capital: crítica de la economía política I* 2015). Se haya la segunda condición general de competencia capitalista, esta es, lo que antes describíamos como la generación de una “otredad”, esta se refleja en la forma concreta de dominio de la naturaleza y la vida, como mera materia para la producción de mercancías. Dicha heterogeneidad productiva, como se decía anteriormente, es una condición necesaria para la apropiación capitalista del plusvalor global en la dinámica de

mejor convenga a sus capitales y a sus gobiernos. En ese sentido, las economías centrales son las que verdaderamente pueden competir por el desarrollo económico impulsado por un determinado país hegemónico en una determinada dinámica espaciotemporal del Sistema-mundo capitalista.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 77-78)

competencia del mercado mundial⁹⁴. Explicando, entre otras cosas, el así llamado, *Intercambio desigual* (Emmanuel 1976).

Del examen anterior se advierte que, para la legitimación del despojo había que producir una ideología con múltiples discursos y una serie de narrativas que a fin de cuenta justificasen y dieran pauta y explicación al porqué aparente de dichos procesos. La generación pues, de una otredad. Salvajes, monstruos y bárbaros, pendientes por “destino manifiesto”, de ser civilizados, iluminados por los caprichos modernos. Conquistados en virtud de su inferioridad, posteriormente en virtud de “ser salvados”. Sin importar al final del día realmente, pues todos los desposeídos, de África, Europa y América caían bajo los mismos azotes del verdugo implacable del desarrollo y expansión del capital. La insistencia en denotar la construcción histórica de una otredad en el seno de las relaciones sociales modernas, parte de lo que más adelante hemos de profundizar, pero que ya se ha señalado siguiendo a (Feirstein 2020) como la posibilidad latente de la práctica del genocidio en nuestras sociedades.

Regresando a la discusión de la construcción de hegemonía, Países Bajos, alcanzó dicha condición al poseer los principales avances tanto tecnológicos como técnicos en la incipiente dinámica capitalista mundial. Poseían tras su emancipación de España, una inmensa flota mercante compuesta de los mejores navíos transcontinentales de la época. Aunado a una estructura bancaria de corte mucho más burgués que el resto de los Estados de Europa. Pues, la práctica política de los distintos reinos que componían a los Países Bajos tendía cualitativa y cuantitativamente al favorecimiento de las relaciones sociales capitalistas. Poseyendo una estructura estatal de corte mucho más cercano al ulterior orden burgués. De modo que, marcaron las pautas del comercio mundial durante gran parte del génesis del largo siglo XVI, apoyados los primitivos capitalistas privados, por la iniciativa colonialista estatal como es el ejemplo de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales (West-Indische Compagnie) y, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (Vereenigde Oostindische Compagnielas) (Coordinadora

⁹⁴ “Porque el monopolio no es un límite para el capital y el mercado, ya que promueve la competencia y, en este sentido, las ganas de obtener los mismo beneficios que lo que monopolizan las áreas centrales de la economía mundo capitalista, por lo que los capitales harán todo lo que este en sus manos para lograrlo. Si en ese tránsito acaban con poblaciones enteras, no significará mucho para su real objetivo que es el incremento constante de las ganancias. Dichas agencias y grupos empresariales construyen sus objetivos, desde dos lógicas diferentes: en algunos momentos históricos, coinciden, y, en otros se desenvuelven por caminos que los confrontan y los llevan a reconocer que la lucha por el poder no cesa en ningún momento. A dichas lógicas, Arrighi las nombra: la lógica de capital (el mercado capitalista que se encarga de ‘organizar’ los procesos de reproducción social) y la lógica territorialista (expansión territorial). Aunque ambas siguen la maximización de valor, las estrategias pueden llegar a contradecirse.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 94)

Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022). Dominaron durante varios siglos el tráfico mundial de personas y esclavos, así como el intercambio de muchas de las principales mercancías del período. No obstante, su condición hegemónica no alcanzó los posteriores rasgos de las subsecuentes hegemonías. Ya que los desarrollos tecnológicos todavía no permitían lo que en siglos venideros será la subsunción de la totalidad del proceso de trabajo mundial a las dinámicas de valorización, favoreciendo primordialmente a los intereses de sectores capitalistas específicos de ciertas naciones.

La influencia de Países Bajos bien se reflejó en toda la dinámica del comercio mundial, no pudo extenderse a la totalidad de las relaciones sociales e imponerse como un proyecto civilizatorio general para la mayoría de los Estados-nación. Emergiendo como hegemonía en el siglo XVII, conservando su liderazgo hasta su crisis y colapso durante el curso del siglo XVIII, con la acallante Revolución Industrial de Inglaterra y la base energética carbonera⁹⁵. Imperio que ya no solo influiría en la forma del comercio mundial, sino, en las mismas determinaciones políticas que denotan los aspectos jurídicos de la propiedad privada de la tierra, los medios de producción en relación con las estructuras gubernamentales y la organización del trabajo en el proceso de producción.

2.3. La revolución industrial, el carbón e Inglaterra.

Antes de proseguir con la explicación general que se hilaba en la categoría de hegemonía y su ciclo, quisiera ahondar nuevamente en la problemática general de la modernidad e industrialización, para pensar de mejor manera el momento de la historia correspondido al crecimiento, auge y derrumbe hegemónico inglés, conocido también como “La era de las

⁹⁵ “Fue, entonces, el nuevo tipo de Estado capitalista, el de las Provincias Unidas, el que tuvo la oportunidad de transformar el sistema a una escala más amplia, escala desde la cual se aprovecharon de mejor manera todas las posibles ventajas de constituir su posición hegemónica permitiendo que las exigencias de la acumulación de capital a escala mundial se desarrollaran de manera más compleja. El nivel de competencia entre los agentes gubernamentales y empresariales admite una lucha encarnizada por mantener y monopolizar las actividades económicas que generan las mejores rentas en un periodo de tiempo determinado. Pero sostener dicha ventaja competitiva requiere una movilización de recursos políticos, financieros y militares que no puede ser sostenida por cualquier Estado dentro del sistema mundial. Por ello fue necesario el fortalecimiento del Estado (absolutista en esta época), una estrecha vinculación entre los centros de poder financiero (mayor liquidez) y un acceso cuasi exclusivo a las rutas de comercio mundial –con las rutas no sólo se controlan los mares, se controla también el tráfico de los principales mercados en donde circulan los recursos (materiales y poblacionales), que se extraen para sustentar el ciclo productivo y reproductivo del capital (lugar en donde se genera el valor de la economía capitalista).” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 98)

revoluciones” (Hobsbawm, *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750 1999*) o “La Gran Transformación” (Polanyi 2012). Aunado a que tras la revolución burguesa por excelencia de Francia de 1789 y, la subsecuente expansión napoleónica por Europa fue el proceso que culminó por concatenar la emergencia de la gran industria como signifiante del “desarrollo económico” y modernización. En otras palabras, el período que tomaremos en cuenta para concebir el ciclo hegemónico inglés, de inicio a fin, se corresponde con el declive de Países Bajos frente al grado de desarrollo de las fuerzas productivas generales y, las relaciones sociales capitalistas que Inglaterra había alcanzado durante el siglo XVIII, hasta su cénit y declive en finales del siglo XIX principios del siglo XX tras el estallido de las dos guerras mundiales. Cuyas consecuencias son las que terminaron de desarrollar y afianzar algunas de las tendencias del proyecto moderno como es la concreción de la geocultura encarnada en la figura de Nación y sociedad civil. Sabemos gracias a las reflexiones de Gramsci que la lucha real por la determinación de la hegemonía no se disputa exclusivamente en la lucha por la remuneración del trabajo, sino que se extiende a las esferas de la política, la ciencia, el arte y cualquier tipo de producción discursiva. Las categorías gramscianas de *Religión, Partido, Estado y Gobierno*, las retomamos en las interpretaciones posteriores realizadas principalmente por la Escuela de Frankfurt y algunas corrientes posestructuralistas.

Como se ha indicado en el capítulo uno, este breve recordatorio ayuda a situar de mejor modo el carácter antagónico que puede resultar del proceso de conflicto por la determinación de la hegemonía, aunque no contradictorio con la reproducción del sistema patriarcal mercantil y proyecto moderno; que como ha demostrado (I. Wallerstein 2005), son innatas y seculares las contradicciones tendenciales con las que se desarrolla el capitalismo global. De modo que, pese a que a principios del siglo XIX Francia estuvo muy cerca de concretarse como proyecto civilizatorio hegemónico, su derrota continental y además de la inestabilidad política por la determinación del proyecto nacional impidió que se determinase como tal. No obstante, lo que se ha de resaltar es que pese a haber sido derrotado, la influencia que sostuvo sobre el resto de los países fue lo que acabó de posibilitar el desarrollo material de la nación y el ciudadano. Pues, en cuanto a proyecto en sí, el proyecto francés, como el inglés o el norteamericano, o incluso, actualmente el chino –que hay quienes le sitúan en la contienda por la hegemonía– no son contradictorios con el sistema de acumulación y reproducción patriarcal capitalista. En cambio,

la competencia y la lucha por la determinación de la hegemonía son procesos que coadyuban al desarrollo simbólico y material del sistema capitalista.

Se ha de identificar una dialéctica interna a la modernidad en su despliegue, modernización; un proceso paradójico y desgarrador del espacio mediado por la división social del trabajo en su expresión industrial, la administración del espacio social humano en el espectro de la presencia y la nada, que última instancia representa la forma material de acumulación capitalista bajo un ordenamiento del espacio en un uso del saber poder población, territorio y seguridad (Foucault, Seguridad, Territorio y Población 2006), en aras de la apropiación y administración del excedente económico social bajo el uso intensivo y destructivo de los medios de reproducción social, enajenada la producción de la relación social cotidiana. A su vez, ordenados simbólicamente en una ideología del progreso y el crecimiento económico (concentración y centralización del capital) como ideales culturales de base profundamente patriarcal. Lo que, en las ciencias sociales, particularmente en la economía ha sucedido del abuso de los estudios empiristas, un rechazo por las afirmaciones generales.

Por otro lado, el entendimiento del desarrollo económico como reflejo de la modernidad nos coloca en las críticas aportadas por las corrientes posdesarrollistas, las cuales, atribuyen los caracteres del poder y el discurso en la construcción de una narrativa de dominación como parte de su proyecto histórico⁹⁶. Así, cada ciclo de acumulación capitalista trae consigo fuertes ciclos de violencia y destrucción, que formarán parte de un devenir característico a al ordenamiento espacial capitalista. Dichas posturas no contemplan bases propositivas en cuanto a alternativas al desarrollo económico, más nos invitan por una reflexión deconstructiva del poder. Se propone una crítica de la Modernidad y su correlato de desarrollo económico⁹⁷; mediado por el proceso

⁹⁶ “Desde este mirador histórico, queda claro que la noción de desarrollo, utilizada por la historia económica convencional, se mueve bajo el presupuesto falso de que las unidades individuales o nacionales se desarrollan todas de la misma manera, pero a ritmos distintos, de modo que todos los estados terminan llegando más o menos al mismo punto en un determinado momento. Con todo lo expuesto hasta el momento, resulta evidente que dicha hipótesis no es más que una idea ilusoria como punto de partida, ya que implica asumir que el Estado más desarrollado, el modelo para los otros Estados menos desarrollados, será el punto hacia el que todos se dirigen si aceptan de buena manera la senda de económica que las metrópolis diseñan para sus periferias.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 101)

⁹⁷ “Al decir 'desarrollo', sin embargo, la mayor parte de la gente dice actualmente lo contrario de lo que quiere expresar. Todo mundo se confunde. Por usar sin sentido crítico esta palabra sobrecargada, ya condenada a la extinción, se está transformando su agonía en una condición crónica. Han empezado a emanar todo género de

mismo de la modernización, que encuentra su unidad confluyente en el despliegue material y simbólico de las relaciones sociales cotidianas, una conciencia del ser social que atraviesa la caracterizada comprensión de la noción espacio desde su infinitud finita, un profundo miedo al infinito que le atrae en un ansia racionalista⁹⁸, un enfrasque de la materialidad en aparatos y métodos cuantitativos mientras otorga al tiempo la cualidad del reino contingente; característica aparentemente natural, dinámica e inalterable de la condición humana (Mendoza 2019). En la que decir que la organización del trabajo y la reproducción se encuentran subsumidas a la dinámica de valorización dialécticamente implica, la profundización de la división industrial de la producción en la vida social cotidiana. Es decir, en última instancia hacer de la vida misma un medio para la valorización.

Siguiendo con esta lógica, el análisis histórico de la revolución industrial suele caer en el vicio de pretender al fenómeno en sí, como contingente o inmanente del desarrollo capitalista y la modernidad –al punto de considerar a los hombres de época tan ávidos de conocimiento que tuviesen una idea de las implicaciones presentes y futuras de la totalidad de sus actos– como si de algún modo la revolución solo hubiese ocurrido para terminar de moldear un sistema, una pretensión que, reviste en su última instancia, una visión teleológica; o bien, nos llevan a la comprensión como la epítome de la conjunción de variables económicas, que culminan en un punto de inflexión sobre el que descansa el éxito o fracaso de una sociedad. Sin embargo, si estamos de acuerdo en aceptar a la revolución industrial como un proceso, sí, de gran injerencia para el desarrollo del sistema capitalista (una interdependencia de procesos), pero asimismo como un fenómeno gradual y no como único desencadenante de la experiencia de la modernidad capitalista. Podemos deducir las implicaciones que tuvo el cambio estructural en las dinámicas de acumulación y reproducción de las necesidades materiales en un capitalismo donde todavía no se había desarrollado la gran industria y, un capitalismo plenamente industrial. Comprender, por lo tanto, los mecanismos y tecnologías producidas del saber poder que regula la experiencia

pestes del cadáver insepulto del desarrollo. Ha llegado el tiempo de revelar su secreto y verlo en toda su desnudez.” (Esteve 1996, 52)

⁹⁸ “El terror al infinito y la huida correspondiente a la fantasía de la Heimat solo puede tener cabida en un mundo que se ha arrojado a los brazos de lo indeterminado e incommensurable..., pero sólo para someterlo a la potencia de su propio desenfreno cuantificador. Ese mismo miedo acompaña e impulsa los viajes (terrestres, marítimos, aéreos, siderales) que quisiera evitar desesperadamente, la fuga hacia ese lugar, unheimlich, justo porque no ha sido traducido a la quietud del ansia racionalista.” (Fuente 2017, 15-16)

simbólica y material del mundo industrial moderno, las premisas con las que el sujeto organiza la mirada⁹⁹. De igual modo, entender que, pese a que en apariencia el desarrollo técnico-tecnológico subordina al trabajo, dicha condición parte de la relación antagónica del capital, no de la maquinaria y equipo que en realidad busca la reducción de los costos totales, la reducción del tiempo de trabajo necesario y por ende incrementar el tiempo excedente. Asimismo, evita la fantasía de concebir el mero “avance” tecnológico industrial, como una condición para la emancipación humana y la mejora de las condiciones de existencia de la mayoría. Por eso la promesa de la automatización y liberación humana del proceso de trabajo bajo el capitalismo no es más que una fantasía.

Inglaterra del siglo XVII-XVIII es considerada para la historiografía como la tierra santa de la revolución industrial (Canales 1995), el caso paradigmático con el que la racionalidad económica pretende establecer un sistema de perfecta ocurrencia y continuidad en un sistema guiado por la mano invisible del mercado, suscribiéndose al proceso de afirmación técnica al infinito, tal que, “conlleva inexorablemente la ampliación de la escala de requerimientos materiales, la cual, funda la necesidad de un nuevo despliegue técnico y la erección de todo un entramado institucional, sociopolítico que conduce el *telos* productivo” (Fuente 2017, 19). El arranque de un proceso de expansión de pretensiones infinitas, la cofradía del santo derroche, donde la nueva moral moderna encuentra el crisol sobre la fuerza productiva que se ha desatado con el dominio de la combustión del carbón. Del mismo modo, en su articulación histórica, la separación de los medios de reproducción del trabajo humano particular, a la par de una reorganización jurídica de la propiedad, dio origen a la conciliación de nuevos intereses y la construcción de una nueva ideología con sus propios aparatos y tecnologías, el afianzamiento del romance humano por el desarrollo económico.

La sociedad inglesa había desarrollado las formas modernas de avanzada de explotación del trabajo y la ampliación de la forma de capital industrial a las masas desposeídas; una conjunción de la división social del trabajo enajenada bajo la relación de propiedad privada enfrentada a su reflejo genérico de gran escala: la gran maquinaria. El mejoramiento impresionante de los

⁹⁹ “La vida social coordina el complejo de solidaridades sobre la base material de la dialéctica de las carencias y facultades; despliega el espectro simbólico de las relaciones productivas, pero solo en cumplimiento de un acto reproductivo y civilizatorio; resume institucionalmente el conjunto de habilidades comunitarias en pro de una continuidad, cuya manifestación puede prescindir de la experiencia de ciertos individuos, siempre y cuando su desaparición no ponga en riesgo el funcionamiento mismo de la maquinaria social” (Fuente 2017, 19)

instrumentos de producción estuvo acompañado de la fractura catastrófica de la vida cotidiana de las comunidades, ya que la gran maquinaria solo puede operar y producir sin pérdidas si todos los factores de la producción involucrados están en venta y, si la producción no se interrumpe por la falta de bienes primarios. Es bajo la lógica de competencia que la sociedad inglesa, como fue el caso de Países Bajos, controló e imperó en el comercio mundial dadas sus condiciones técnicas de producción, posibilidades de distribución y capacidades militares. Sin embargo, consiguió imponerse no solo en la esfera de la circulación de mercancías, sino, también subordinar el mercado mundial de capital dinerario, convirtiéndose en el taller, prestamista y comercial industrial de la economía mundo capitalista de los siglos XVIII-XIX. Garantizando una vinculación vanguardista en todo el sentido de la expresión, en la forma de un gran capital industrial, bancario y comercial entrelazado en un Estado-nación plenamente de orden burgués. Implicando un desarrollo de hegemonía en la esfera económica y política mucho más profunda que la de Países Bajos, afectando, además, la esfera cultural con lo que hemos mencionado como el citadinitismo propio de la modernidad y el desvelo fáustico de industrialización

Debemos comprender que la revolución industrial como caso paradigmático, acontece a un único evento solo de modo analítico, un punto de inflexión singular al que le suscribieron una serie de procesos análogos y complementarios¹⁰⁰, pero que de ningún modo es estático, pues, trata de un proceso histórico paradójico y azaroso. La singularidad con la que la sociedad inglesa concatenó una serie de saberes bajo un entramado particular de enajenación, parte de la separación de clase basada en el trabajo asalariado y la propiedad privada por sobre los medios de producción; a su vez, la configuración de una nueva ideología, signo de otra serie de tecnologías políticas que articuló nuevos instrumentos de coerción y administración del espacio y la riqueza, y elevó la mercancía como el centro de todas las relaciones de producción. Modificó las formas en las que el discurso se despliega, reconfigurando los mecanismos de dominación y ordenamiento de la población.

Una relación ansiosa con el mundo material que permanentemente busca cuantificar y contabilizar, un horror que solo podría ser posible en una sociedad que se lanzó al vacío de la

¹⁰⁰ “El proceso histórico que condujo tanto al trabajador asalariado como al capitalista tuvo como punto de partida el sojuzgamiento del trabajador. Solo cambió la forma de este sojuzgamiento, trastocándose la explotación feudal por la explotación capitalista” (Marx, *El capital: crítica de la economía política I* 2015, 639)

producción infinita. La contradicción presentada en los cambios de propiedad de la tierra y en las dinámicas de producción y acumulación –sin dejar de coexistir las figuras históricas anteriores dentro de la incipiente estructura– deriva en la transición efectiva de un modo de producción a otro, frente al imperante proceso de alienación hacia un régimen social basado en la ley del valor –que invocó las fuerzas infernales de la producción, las cuales se alojaron en su ansia más revolucionaria: la organización industrial del trabajo, en el que la enajenación social del ser por sobre sus medios de objetivación, el trabajo y lenguaje, adquiere la dimensión histórica que vemos actualmente–; a su vez deviene en visiones tergiversadas, anecdóticas de su propio origen, dando razón suficiente para explicar y justificar las condiciones de opresión y apropiación del cuerpo y la naturaleza; además de muchos otros factores, como la posibilidad de apropiación de un excedente mundial de mercancías sin precedentes a la anterior revolución científica newtoniana, la dominación del carbón y sus inmensos valores de uso; son solo algunos de los elementos que concatena la Revolución Industrial en Inglaterra. Por supuesto, La Revolución industrial y la hegemonía inglesa toman causa en un álgido periodo de competencia capitalista, conocido como “La era del imperialismo” (Hobsbawm, *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750 1999*)”.

Al igual que Hobsbawm¹⁰¹, se rechaza las explicaciones puristas o epifenómenicas del proceso de revolución industrial, explicaciones demasiado reduccionistas que confunden las coincidencias arquetípicas de un proceso histórico que resultan en la posibilidad, o no, de articulación de

¹⁰¹ “También deben rechazarse las explicaciones de la Revolución industrial que la remitan a “accidentes históricos”. El simple hecho de los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI no explican la industrialización, como tampoco la “revolución científica” del siglo XVI. Tampoco puede explicar por qué la Revolución industrial tuvo lugar a fines del siglo XVII y no, pongamos por caso, a fines del XVIII cuando tanto el conocimiento europeo del mundo externo y la tecnología científica eran potencialmente adecuados para el tipo de industrialización que había de desarrollarse más tarde. Tampoco puede hacerse responsable a la Reforma protestante ya fuera directamente o por vía de cierto “espíritu capitalista” especial u otro cambio en la actitud económica inducido por el protestantismo; ni tampoco por qué tuvo lugar en Inglaterra y no en Francia, La Reforma protestante tuvo lugar más de dos siglos antes que la Revolución industrial. De ningún modo todos los países que se convirtieron al protestantismo fueron luego pioneros de esa revolución y —por poner un ejemplo fácil— las zonas de los Países Bajos que permanecieron católicas (Bélgica) se industrializaron antes que las que se hicieron protestantes (Holanda). Finalmente, también deben rechazarse los factores puramente políticos. En la segunda mitad del siglo XVIII practican ante todos los gobiernos de Europa querían industrializarse, pero sólo lo consiguió el británico. Por el contrario, los gobiernos británicos desde 1660 en adelante estuvieron firmemente comprometidos en políticas que favorecían la persecución del beneficio por encima de cualesquiera otras objetivos, y sin embargo la Revolución industrial no apareció hasta más de un siglo después. Rechazar estos factores como explicaciones simples, exclusivas o primarias es, desde luego, negarles toda importancia. Sería una necedad. Simplemente lo que se quiere es establecer escalas de importancia relativas, y, de paso, clarificar algunos de los problemas de países que inician hoy en día su industrialización, en tanto y en cuanto puedan ser comparables.” (Hobsbawm, *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750 1999*, 37)

síntesis. Tanto porqué las condiciones económicas del resto de Europa emulaban las inglesas como el tipo de moral protestante no son razones suficientes en sí mismas para dar respuesta al porqué Gran Bretaña, por qué los demás no; las figuras institucionales creadas por los ingleses, ya aludía Montesquieu, revestían de esa característica de la forma premoderna de Estado Absolutista, interpretado en algunas corrientes, como Estado de transición política (Hobsbawm, *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750 1999*). No obstante, fueron los franceses los que impusieron la democracia burguesa y dieron fin a su monarquía, no por ello fueron quienes desarrollaron la “Revolución Industrial”, pero tampoco significa que no se industrializaron. Coincido en la interpretación de la primicia de Gran Bretaña, más no confundamos aquello con una suerte de determinismo histórico pues, hoy día, la universalización del tipo sociedad industrial todavía continúa expandiéndose, preservando el ímpetu productivista, destruyendo vidas y territorios. Además, el otorgar una mayor importancia a un par de factores y relativizar la importancia de uno u otro fenómeno, resta importancia a la idea general sobre la que insistíamos de la historia, pues esta es caprichosa y no abandona el disparate.

Contrario a las interpretaciones burguesas que sobre estiman el papel de la tecnología y el desarrollo del comercio en Europa; en el que converge al génesis de la clase capitalista en oposición con la clase terrateniente, que es, como figura, la expresión de acumulación feudal de la renta; se entiende, atendiendo a la tradición marxista, la lógica de producción capitalista como la síntesis de un proceso histórico general, más no universal, intrínsecamente dinámico. La cual asocia su propio tipo de renta (ganancia) que a su vez concatena al resto de las dinámicas previas de producción del excedente (plusvalía) su distribución y apropiación (Marx, *El capital: Crítica a la Economía Política III* 2016). Para emerger aquello es necesario un desarrollo de las fuerzas productivas asociadas a un incremento del intercambio para que la renta en especie decline en una renta dineraria¹⁰², mas, esto no debe confundirse con las expresiones gradualistas las cuales

¹⁰² “La transformación de la renta en productos en la renta dineraria, que ocurre primeramente en forma esporádica, y luego en una escala más o menos nacional, presupone ya un desarrollo relativamente considerable del comercio, de la industria urbana, de la producción mercantil en general y, por ende, de la circulación dineraria. Presupone además un precio de mercado para los productos, y que los mismos se vendan, en mayor o menor grado, aproximadamente a su valor, caso que de ningún modo tiene por qué darse en las formas anteriores. En el este de Europa, en parte, aún podemos ver con nuestros propios ojos el curso de esta transformación. Diversos intentos fallidos, bajo el Imperio Romano, de esta transformación y recaídas en la renta en especie, luego de haberse pretendido transformar, en general, en renta dineraria cuando menos la parte de esa renta existente como impuesto estatal, atestiguan lo poco practicable que es esta transformación sin la existencia de un desarrollo determinado de la fuerza productiva social del trabajo. La misma dificultad de transición presenta en Francia, por ejemplo, antes de la Revolución, la confusión y adulteración de la renta dineraria por supervivencias de sus formas precedentes.” (Marx, *El capital: Crítica a la Economía Política III* 2016, 740)

evocan la noción positivista de la historia: *“el automovimiento del concepto de mercancía conduce al concepto de capitalismo de Estado como en Hegel <<certeza sensible>> conduce al saber absoluto. Pero, si bien, en Hegel las gradaciones del concepto deben corresponder sin mayores complicaciones a la naturaleza física y social —porqué concepto y realidad, tanto en su fundamento como al final, no solo no se diferencian, sino que son lo mismo—, el pensamiento materialista no debe tener por segura esta identidad”* (Horkheimer, Estado Autoritario 2006, 61-62).

La Modernidad, según la interpretación de Nietzsche, dio muerte a Dios y dio paso al advenimiento de la degradada y nihilista sociedad burguesa. Un siglo más tarde, un suceso traumático mató a la historia —el sujeto se desvaneció como fantasma en el aire—, en polvo “el gran muro” se convirtió, y con ello, al mundo no le quedó más que materia, el telón de abandono e intemperie llamado “posmodernidad”. No obstante, la denominación posmodernidad puede atender a una forma de comprensión histórica, la realidad es que el descomponer la modernidad en sus aspectos sustantivantes requiere de una precisión (buscando no cometer los errores de la economía vulgar al únicamente valerse de la expresión fenomenológica y convertirse en mero empirista) para comprender las continuidades de las que se vale, diferenciar el despliegue simbólico en forma de discurso de las comparencias sustantivas. Marshall Berman nos dice: *“muchos intelectuales —artistas y literatos— se han sumergido en el mundo del estructuralismo, un mundo que simplemente deja la cuestión de la modernidad —junto con todas las demás cuestiones acerca del ser y la historia— fuera del mapa. Otros han optado por una mística del posmodernismo, que se esfuerza por cultivar la ignorancia de la historia y las culturas modernas [...], en vez de eso, han dividido la modernidad en una serie de componentes separados —industrialización, construcción del Estado, urbanización, desarrollo de los mercados, formación de una élite— y se han opuesto a cualquier intento de integrarlos en un todo”* (Berman 1989, 23). En conclusión, sería un error grave el suponer el fin de las relaciones capitalistas de producción, negar las fuerzas destructivas de las fuentes de riqueza, asimismo del ordenamiento del espacio global hacia la realización mercantil, además de concebir el proceso histórico como un monolito.

Las posibilidades técnicas que se permitieron del aprovechamiento energético del carbón fueron el acotamiento sin precedentes en los tiempos de la totalidad de la producción, lo que implica un acotamiento en los ciclos de acumulación de capital. Es decir, la generación de ganancias extraordinarias. También consiguió monopolizar hasta en un 80 por ciento el mercado mundial de las principales mercancías, poseer en forma de colonia, el equivalente aproximado de una tercera parte del territorio mundial (Canales 1995). Su configuración industrial en la forma de

Urbe se revirtió en un paradigma del desarrollo mismo del proyecto moderno. Razones por las cuales, el resto de los países centrales de Europa absorbieron y emularon los productos de la innovación tecnológica lo más rápido que pudieron. Pues de lo contrario, no solo se verían fuera del aprovechamiento de esta cuota de ganancia, sino, que podrían haberse visto en una desventaja tal, que su garantía de Estado “soberano” se pusiese en duda. En síntesis, la hegemonía inglesa dio continuidad a los procesos de ordenamiento geopolítico y militar iniciado por los Países Bajos. Profundiza, por tanto, la relación fiscal-militar, en virtud de conseguir “armonizar” las relaciones interestatales, bajo los comicios de los capitales ingleses, equilibrando la balanza de la economía mundo capitalista y su fuerza militar, en virtud de Gran Bretaña, imponiendo de facto, la relación de dependencia en una inmensa masa territorial, y la extensión de las relaciones sociales capitalistas en la forma desarrollada de la gran industria.

2.4. El *horroroso american way of life* y la sociedad material petrolera.

A finales de la segunda guerra mundial, Estados Unidos era una maquina productiva formidable e incesante, sin precedente en la historia. Constituía sin disputa el centro del mundo. Todas las instituciones creadas en esos años reconocieron ese hecho, hasta en la Carta de las Naciones Unidas se escuchó el eco de la Constitución norteamericana. Pero los norteamericanos querían algo más. Necesitaban hacer enteramente explícita su nueva posición en el mundo. Deseaban consolidar su hegemonía y hacerla permanente. Para esos fines, concibieron una campaña política a escala global que portara claramente su marca. Concibieron incluso un emblema apropiado para identificar la campaña: “El desarrollismo” (Esteva 1996).

Eligieron cuidadosamente la oportunidad de lanzar la campaña el 20 de enero de 1949. Ese día, el día en que el presidente Truman tomó posesión, se abrió una era para el mundo: la era del desarrollo para el Sur global y el *keynesianismo militar* para EE. UU. y los miembros de la OTAN¹⁰³. “*Debemos emprender (dijo Truman), un nuevo programa audaz que permita que los beneficios de nuestros avances*

¹⁰³ “La forma particular que asumió el desarrollo desigual tras la Segunda Guerra Mundial – a diferencia de sus formas durante, digamos, el siglo XIX o la primera mitad del siglo XX – estaba absolutamente inserta y configurada por la formación y evolución durante la Guerra Fría de la hegemonía mundial estadounidense. Ésta tenía a su vez tenía un carácter social peculiar, que se reflejaba en dispositivos institucionales a escala sistémica muy diferentes de los vigentes en la economía global centrada en el Reino Unido durante el siglo XIX, de origen eminentemente político y de orientación eminentemente social, basados en la creencia generalizada entre los funcionarios del gobierno estadounidense de que ‘la única garantía contra el caos seguido de la revolución era un nuevo orden mundial’ y que la ‘seguridad para el mundo tenía que basarse en el poderío estadounidense ejercido a través de sistemas internacionales’. (Arrighi 2007, 167)

científicos y nuestro progreso industrial sirvan para la mejoría y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas. El viejo imperialismo –la explotación para beneficio extranjero– no tiene ya cabida en nuestros planes [...] Truman cambió el significado de desarrollo y creó el emblema, un eufemismo, empleado desde entonces para aludir de manera discreta o descuidada a la era de la hegemonía norteamericana” (Esteve 1996, 52-53). Produciendo con ello toda una nueva serie de instrumentos, categorías e índices para medir el desarrollo nacional y mundial. Definiendo con ello, el nuevo rumbo del saber en la mayoría de las escuelas de economía en el mundo entero.

En la sociedad moderna, el saber es principio de ordenamiento consciente de la relación con y hacia el espacio social y sus integrantes, es decir, la concepción y representación histórica de éste. Así, el conocimiento científico se desprende de su responsabilidad, al desdibujarse de su condición política, ante la ejecución de un uso perverso de la misma. En consecuencia, el despliegue de la “era del desarrollismo” y su dominio en las estructuras del saber vigentes desde los 50’s hasta la actualidad, forma parte de la estrategia del control hegemónico de Estados Unidos y la imposición de su proyecto civilizatorio al resto del sistema mundo, con mayor fuerza hacia las naciones periféricas de América Latina y el Caribe.

“El modelo, en realidad, tuvo mucho éxito en el lanzamiento de una de las mayores expansiones a escala sistémica de la historia del capitalismo, y sin él, es posible que el capitalismo mundial hubiera atravesado un largo periodo de estancamiento, o hasta franca depresión. Tal contracción se evitó mediante la aplicación conjunta del keynesianismo militar –esto es, los gigantescos gastos en armamento de Estados Unidos y sus aliados y el despliegue de una vasta red de bases militares cuasi permanentes– fue sin duda un elemento más dinámico y sobresaliente de esa combinación; pero la difusión del keynesianismo social patrocinado por Estados Unidos –esto es, de los incentivos estatales en pleno empleo y al consumo de masas en Occidente/Norte y al ‘desarrollo en el Sur’– constituyó también esencial. [...] Así pues, el desarrollo desigual bajo la hegemonía estadounidense, lejos de construir un proceso espontáneo derivado de las iniciativas procedentes de la acumulación ‘desde abajo’ –como había sucedido durante la hegemonía británica–, fue el proceso alentado consiente y activamente ‘desde arriba’ por el Estado bélico asistencial globalizador en el que se había convertido Estados Unidos”. (Arrighi 2007, 168-169).

El ya conocido romance fáustico por el desarrollo económico se suscribe al impulso antropocéntrico de la modernidad mucho antes del discurso Truman. Las relecturas por parte de la burguesía de la obra de Darwin equipararon la categoría de desarrollo, evolución y progreso como un símil de lo mismo para la naturaleza y la sociedad. De misma manera que la “Ilustración” apuntó a justificar ideológicamente la estructura de dominación europea impuesta

desde su triunfo en la conquista del Atlántico (África y América) y todo el largo siglo XVIII, profundizada durante la hegemonía inglesa y el periodo conocido como “Imperialismo”, que abarcó desde el siglo XIX a principios del siglo XX con el estallido de la Primera guerra mundial. Que, según Eric Hobsbawm, la guerra marca el verdadero principio del cataclísmico siglo XX y el fin de la era del Imperio (Hobsbawm, Historia del siglo XX 1999). Colocando como uno de los pilares ideológicos del proyecto moderno al *progreso* y *desarrollo* como consecuencia innata del desarrollo histórico del capital, la supremacía racial y masculina y, el movimiento teleológico del universo. No obstante, las guerras mundiales, o guerra total (Hobsbawm, Historia del siglo XX 1999) puso en jaque la concepción burguesa de *progreso*, anclada a la noción de desarrollo de la ciencia y la tecnología, además que, la debacle climática vigente demostró la intolerabilidad material de producción infinita.

Sin embargo, tratando al “desarrollo”, en cambio, como parte del paradigma de progreso y modernidad, el discurso hegemónico norteamericano le otorga de una suerte de revitalización (momentánea) al desarrollo histórico del capital y la pérdida de la aureola del progreso humano tras la guerra, con la noción de desarrollo anclado explícitamente al crecimiento económico, la expansión, intensificación y profundización de las relaciones capitalistas de producción y, la razón de dominio. Generando en el uso semántico de la categoría desarrollo – como otredad lingüística sustantivada por quien ejerce el poder, en este caso quien se encuentra desarrollado – tan extendida en el ardid popular, un espacio de contradicción conceptual, que pretende fungir como impulsor de la emancipación. Define y justifica las supuestas estadías del desarrollo, es decir, ideológicamente socava aún más las relaciones de dependencia e intercambio desigual entre el centro y la periferia, entre países desarrollados y no desarrollados. Formando parte de la doble contradicción en la que el proyecto bélico asistencial alcanza sus límites estructurales con el fin de la Guerra Fría y la entrada del Neoliberalismo. Encontrando los comicios de las señales de crisis en lo que fue el drama de la rentabilidad de los años 70’s y, la devenida contrarrevolución monetarista que revirtió al mundo entero a la ficción del capital financiero. Proceso descrito en la categoría de financiarización de la economía real a los ciclos del capital financiero y el endeudamiento generalizado de la totalidad del ciclo productivo (producción-distribución-consumo) (Arrighi 2007).

Rebasaría por mucho las pretensiones de este escrito describir toda la inmensidad de atrocidades con las que Estados Unidos ha construido su imperio. Está de más decir que la intervención

militar directa e indirecta, la cooptación de la clase dirigente o los abiertos golpes de Estado, en virtud del favorecimiento del capital extranjero; son acciones que forman parte de las estrategias y tácticas de la política exterior de cualquier Estado-nación que opere como centro o pretenda llegar a serlo. Sin embargo, para una mayor revisión de primera mano de las prácticas concretas llevadas a cabo por Estados Unidos pueden ser consultados los archivos desclasificados de la CIA, además de los medios periodísticos digitales como Wikileaks. O bien, una mínima revisión de literatura del concepto “Doctrina de Seguridad Nacional en las Américas”¹⁰⁴. Lo que se ha de resaltar, es el carácter cruento y autodestructivo con el que se despliega el modo americano de vida, pues nuestro interés final es encontrar las relaciones internas en las que opera la reproducción y práctica de la violencia en el contexto de crisis hegemónica y colapso civilizatorio.¹⁰⁵

Para explicar este punto es necesario recalcar tres aspectos, pero primero realizar una expresa puntualización conceptual. La violencia como hemos instituido trata tanto de una práctica política como económica en tanto se inserta como medio, mecanismo y mediación de la producción y reproducción del sistema patriarcal capitalista. Sin embargo, la violencia no debe de ser confundida tampoco con la categoría antropológica de corte psicoanalítica de *represión* con la que habremos de ahondar en el capítulo tres. De modo que, si bien a nivel de la psique particular e individual la violencia y la agresividad se presentan como un sentimiento e instinto, que puede tener como objeto los otros y a sí mismo (Boggon 2006). Esta relación se distingue del principio de realidad con el que la finitud de nuestra existencia se desarrolla en la totalidad infinita existente. Tampoco hay que confundir una sociedad ordenada con sociedad excesivamente represiva (Marcuse 1972).

¹⁰⁴ “Según las Comisión de Verdad de Paraguay, la doctrina de seguridad en las Américas tenía seis objetivos centrales: 1) la creación de un ‘enemigo interno’, 2) el terror y el mantenimiento de la desigualdad social por parte del Estado, 3) un amplio involucramiento de instituciones estatales en las violaciones de derechos humanos, 4) la deshumanización de las víctimas directas, 5) el intento de ‘matar una idea, un sueño, un proyecto más allá de la eliminación física del enemigo’, y 6) el despliegue de la desaparición forzada para fomentar la imposibilidad de realizar un duelo como estrategia de dominación y control político por parte de las fuerzas de seguridad del Estado.” (Paley 2020, 77)

¹⁰⁵ “Otro grupo que ejecuta el terror de Estado son los escuadrones de la muerte: grupos mercenarios como los ‘contras’ nicaragüenses, los Carabineros de Chile, sicarios a sueldo. Grupos especiales creados y adiestrados por agencias de seguridad de Estados Unidos como la AAA (argentina), el DINA chileno, El Orden salvadoreño, la Mano guatemalteca, las FDN nicaragüenses, el CISEN mexicano, entre otros. Pero incluso, el terror puede ejecutarlo el ejército mismo o como recientemente lo vimos en Iguala, Guerrero, por policías municipales y estatales coludidos con fuerzas federales y el crimen organizado.” (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 106)

La violencia puede y existe en todas las esferas y niveles, pero ésta no abandona su condición histórica (humana) como proceso de largo aliento de potencia transformadora, encontrándose en el seno mismo de las relaciones sociales, no obstante, también abre posibilidades para transformarse, olvidarse (Girad 1983). Pues en nuestro análisis hasta ahora general, reviste la necesidad y el objetivo de observar el desarrollo particular de lo que hemos comenzado a esbozar siguiendo con la categoría de E.P. Thompson –en su lectura de hegemonía propuesta por Gramsci– de *economía moral*, además de los estudios realizados por Daniel Inclán que propone una *economía moral de la violencia* en el contexto de un colapso civilizatorio (Coordinador Inclán, Daniel 2021).

Por lo tanto, son tres aspectos que hemos de abordar brevemente para exponer un panorama general del modo en que se articuló la hegemonía de Estados Unidos; en un aspecto político, económico y cultural en el sistema-mundo capitalista, en primer lugar. En un segundo momento, describir brevemente los aspectos técnico-tecnológicos con los que se orienta el desarrollo de las fuerzas productivas generales norteamericanas, es decir, como se produce objetivamente la sociedad material petrolera y se subsume el consumo ante el advenimiento del modo americano de vida y el colapso ecológico que ha resultado. Finalmente, un resumen general del modo particular de “desarrollo” que ha tenido como destino América Latina como parte de las necesidades y estrategias de acumulación del capital norteamericano, ya sean extractivas, productivas, de tránsito, población o realización mercantil, políticas, etc., de tal manera de observar los procesos generales de exacerbación de la violencia y la violencia cruenta en determinados territorios y espacios, así como en la generalidad de la vida cotidiana. También como parte de la producción estratégica para la acumulación y perpetuación de las relaciones sociales capitalistas.

Es sabido que la hegemonía norteamericana esta cimentada en los resultados y efectos de la “Guerra Total”, como llama Eric Hobsbawn a la Primera y Segunda guerra mundial. De modo que su base productiva de principio descansa en lo que el presidente Eisenhower formalizaría más adelante como *complejo-industrial-militar*, definido anteriormente como keynesianismo militar. Decir aquello ayuda a concebir los contemporáneos efectos desastrosos que sufre la población militar inactiva en Estados Unidos, que tras una vida dedicada a la guerra retorna a una economía profundamente contradictoria y desigual. Así mismo, es gracias a la guerra y a la prácticamente intacta base productiva estadounidense que puede posicionarse como hegemonía en el mercado

mundial, desplazando a Inglaterra como el principal acreedor y exportador de mercancías del mundo. Dominando la esfera económica y política internacional, imponiendo instituciones mundiales ya experimentadas durante la guerra como la “Sociedad de Naciones” (1919), los “Acuerdos de Breton Woods” (1944), los de “Yalta” (1945), eclipsados en la consagrada tras la guerra, Sociedad de Naciones Unidas (ONU:1945), el Fondo Monetario Internacional (FMI:1956) y, finalmente el actual y ampliamente monopolizado sector financiero privado internacional norteamericano.

Diferente de las anteriores hegemonías es, el grado de extensión y profundidad con las que estas organizaciones internacionales podían influir en favor de determinados sectores de acumulación y capitales. Guardando hoy día el Derecho y las instituciones (con mayor énfasis las financieras) internacionales una muy considerable capacidad de injerencia en la determinación de la dinámica nacional de muchos países periféricos (Béjar 1997). Así mismo, el desarrollo de una normativa y derecho internacional producto de estas organizaciones complejizaba aún más el grado de dependencia e influencia de la hegemonía en sí misma para los territorios periféricos. Claro, apoyada de una capacidad productiva impresionante que durante los años auge fue capaz de cohesionar e impulsar la reconstrucción y reconfiguración de la base productiva de las naciones destruidas por la guerra. Tuvo como consecuencia objetiva la generación de un ordenamiento político, consecuente con la política Roosevelt y la Doctrina Monroe, de corte mundial, es decir, materialmente el sistema mundo capitalista había acotado vía el desarrollo general de las fuerzas productivas generales los tiempos reales y relativos de comunicación, producción y reproducción. De modo que tanto los tiempos para la producción y reproducción de la vida cotidiana de la generalidad de la población mundial pudo verse de algún modo relacionada o bien plenamente subsumida a la dinámica de acumulación capitalista y la influencia de la hegemonía norteamericana. Razón por la cual la hegemonía norteamericana se cimienta en mismo sentido del grado de desarrollo general de las fuerzas productivas, que bien han alcanzado grados extraordinarios de expansión, no han alcanzado a cubrir la totalidad del espacio planetario, tampoco así el poder hegemónico norteamericano. Caracterizado, por tanto, por la creación de áreas o bloques de influencia donde se desarrollen zonas de intensa, alta y/o densa acumulación, en oposición al desarrollo de espacios con un grado mínimo o bajo desarrollo en sus fuerzas productivas. Ambos procesos de dominación en la esfera económica y política son compartidos por las anteriores hegemonías, estas se diferencian, como se ha insistido, cualitativa

y cuantitativamente en cuanto a complejidad, profundidad, intensidad, expansión y capacidad, llegando a ser la norteamericana la de mayor influencia.

Por último, el tercer proceso paradójico se inserta en la configuración de la estructura productiva y el ordenamiento político norteamericano, pues, en su proyecto estratégico hegemónico consideró –con éxito, cabe aclarar– el impulso de los Estados-nación competidores (Alemania-Japón-Inglaterra-Francia, etc.) tras el fin de la Guerra Total, más benéfico para la acumulación en general, además, para sus planes específicos de triunfar, sobre lo que se postraba en la URSS, como alternativa civilizatoria (Arrighi 2007). Al reinsertar a las naciones vencidas y reimpulsar las estructuras productivas del mercado mundial, esto lo hizo a mismo tiempo en virtud de la configuración específica de un modo concreto de consumo. Es decir, la expansión planetaria del modo americano de vida; implicando que los países centrales volviesen a la competencia mundial habiendo reconvertido, no solo una inmensa parte de su aparato productivo en virtud de las necesidades de acumulación norteamericana, o en su defecto, su competencia directa, si no, haber transformado gran parte de sus mercados internos a mercados de consumo de masas al estilo americano; proceso que para la periferia, particularmente, América Latina, su influencia y consecuencias serán mucho más notorias.

A fin de cuenta el gran retorno alemán y japonés fue directo a producir autos, edificios, carreteras y microelectrónica. En otras palabras, el “triumfo” de la hegemonía norteamericana en la esfera cultural, se posibilita en la misma medida en que se desarrolla una industria cultural cimentada en los mismos principios de centralización y concentración de la riqueza petrolera y el poder financiero. La caída de la Unión soviética fue, entre otras cosas la victoria más significativa de la hegemonía norteamericana al terminar por imponerse como proyecto civilizatorio, pero también la señal definitiva de su agotamiento interno, observada sus crisis-señal, desde su derrota en Vietnam (Arrighi 2007). Pues al mismo tiempo de representar su realización como hegemonía también marca su propio fin como proyecto en sí; aunado a los límites objetivos en la estructura productiva petrolera y sus consecuencias ecológicas, además de la caída general de la tasa de ganancia; es que podemos ubicar las bases materiales de la crisis hegemónica norteamericana. Encontrando en la iniciativa neoliberal no solo una contramedida a la tendencial caída general de la tasa de ganancia de la totalidad de la economía, sino, un pequeño repunte de la sociedad

petrolera norteamericana¹⁰⁶. Condenado desde el momento de su erección como hegemón del proyecto civilizatorio occidental y determinar su hegemonía basado en la lógica de la Guerra Fría, a su propio fin, no así su extensión y durabilidad (Arrighi 2007). Estableciendo las bases materiales para que el consumo, distribución y producción se subsuma y realice al estilo americano. Cimentados en la fetichización del espacio social orientado a la realización mercantil.

Se garantiza un modo de producción-distribución-consumo exagerado y derrochador, cuyo medio nodico de movimiento, transporte y transmisión de mercancías, productos y personas es a través del auto o máquinas de combustión interna dependientes de algún hidrocarburo y el modo de habitar dominante de la mayoría de la población sea la gran ciudad. También así los modos de producir el contenido cultural, estético y pedagógico dictaminados en función de las formas y dinámicas norteamericanas variando según la resistencia, oposición y contradicción en zonas, territorios y naciones; a todo esto, es lo que denominamos: *el horroroso American Way of Life*.

Se discutirá más adelante el concepto de producción estratégica en el escenario de crisis hegemónica y colapso civilizatorio, para ubicar de mejor modo el contexto y situación en la que se desenvuelve la violencia cruenta cotidiana y la producción de subjetividades abyectas dispuestas a reproducir prácticas atroces. Por lo pronto, así como demostró Hana Arendt en su estudio sobre la instrumentalidad de la violencia extrema y la capacidad alienante y enajenante de lo que es así mismo, el desarrollo capitalista como una fábrica de muerte; pues, lo único que distaba a Auschwitz, de los centros de concentración norteamericanos o japoneses de la organización espacial, técnica y productiva de una fábrica, era la materia prima que ingresaba (Arendt 2006). Así también debemos de ser capaces de distinguir el contexto, situación, modo y forma en la que se desarrolla, ejecuta y reproduce la violencia en todas sus manifestaciones, especialmente las más abyectas. Habremos de profundizar en el último capítulo un poco más de

¹⁰⁶ “En resumen, la interacción entre la crisis de rentabilidad y la crisis de hegemonía, combinada con la estrategia inflacionaria de gestión de la crisis por parte de Estados Unidos, incrementó durante todo un decenio el desorden monetario mundial y propició una creciente inflación y un continuo deterioro de la capacidad del dólar para funcionar como medio de pago, moneda de reserva y unidad de cuenta mundial. [...] La raíz del problema del capitalismo estadounidense y mundial durante la década de 1970 no era una baja tasa de beneficio como tal. Después de todo, la caída de la tasas de beneficio constituye una larga tradición del capitalismo histórico. El problema real durante la década de 1970 era que la política monetaria estadounidense estaba tratando de atraer capital para mantener la expansión de la producción y el comercio mundiales, a pesar de que esa expansión se había convertido en la causa principal del aumento de costes y la incertidumbre a los que se enfrentaban las empresas capitalistas en general y las estadounidenses en particular.” (Arrighi 2007, 175)

las consecuencias concretas de la subsunción de la vida cotidiana a la forma de fábrica social y su reificación al estilo americano, singularmente el impacto que ha tenido esta forma de subsunción en la región latinoamericana, donde el grado de influencia estadounidense es predominante¹⁰⁷. En este momento toca proseguir con el análisis de la sociedad petrolera y describir sintéticamente, la manera en que se desarrolló el aparato técnico tecnológico de Estados Unidos, llegando a ser hoy en día, un complejo industrial-petrolero-financiero-militar, cuya principal herramienta de control hegemónico se orienta en el grado de internacionalización de la producción de las empresas estadounidenses, particularmente, las petroleras, financieras y comerciales.

Se ha planteado partir del siglo XIX y el proceso conocido comúnmente como segunda revolución industrial dado que, es allí donde emerge el petróleo como recurso de interés para la ciencia y el capital. Se distinguía sustancialmente del carbón en cuanto a su capacidad de generación energética por unidad, superada posterior y ampliamente por la generación de energía por medio de la fisión y fusión nuclear, mas, no en su estructura interna, del petróleo, tal y como señala Andrés Barreda, es de donde se desprende una amalgama de valores de uso de proporciones inmensas, extendiéndose sobre la totalidad de la actividad productiva y la vida cotidiana. Continuando con su argumento, es mediante la conjunción de la creación del motor de combustión interna y la resolución del problema de alternación de energía que es materialmente posible la creación del automóvil. Que, así como para Inglaterra el ferrocarril simbolizó la “coronación” de su proyecto capitalista como sistema hegemónico durante todo el siglo XIX. Así la concatenación técnica tecnológica en torno al petróleo se extendió por todos los sectores y partes de la producción. Estando presente desde la extracción, impulso, transformación, transporte, consumo, revestimiento de las mercancías y los productos, la producción de un mundo hecho de plástico.

¹⁰⁷ “Bajo las circunstancias actuales nuestra propia decadencia ha madurado formas de producir sujetos inéditamente nocivos para consigo mismos, para las relaciones sociales y para los demás. Nocividad que madura bajo una gran cantidad de circunstancias, sin que ello desempeñe siquiera alguna función sacrificial con cierto sentido, pues se trata solo de una sacrificialidad históricamente gratuita de la que resulta imposible extraer sentido o alguna esperanza.[...] Bajo este contexto hoy se cotiza a alto precio la nueva capacidad técnica de espiar a los demás, de destruir su intimidad, de traicionar a los colectivos de origen y el propio pasado, de mentir cínicamente en público para transmitir todo tipo de mensajes falsos, la capacidad de abusar sistemáticamente de las mujeres [...], la capacidad de denigrar, asesinar a homosexuales, negros, indios e inmigrantes, la capacidad de secuestrar y traficar personas [...], realizar desapariciones forzadas, torturar, descuartizar, etc.” (Coordinadores. Andrés Barreda Marín, Lilia Enriquez Valencia, Raymundo Espinoza Hernández 2019, 83)

Abarcando en la cotidianidad la infinidad de productos desde los farmacéuticos que incluyen también los “narcóticos” hasta los alimenticios, estando presente incluso a la hora de tomar agua. La sociedad petrolera se expresa por supuesto en la producción masiva de plásticos, polímeros, fármacos, combustibles, mercancías, y toda clase de derivados del petróleo; que, aunque se plantea un debate hoy en día de la supuesta superación de la dependencia energética al petróleo; en cuanto a lo que la capacidad técnica-tecnológica mediada con la ganancia permite, simplemente, no es posible. Rebaza nuevamente nuestras posibilidades el describir con mayor rigurosidad el modo concreto en que se ha desarrollado la dinámica de competencia monopólica de los grandes consortes petroleros en el mundo, así como sus esfuerzos titánicos por conservar su primacía. Por lo pronto vale la pena señalar lo obvio, el proyecto civilizatorio materialmente petrolero trajo consigo una ola de devastación medioambiental catastrófica. Dada la capacidad de producción y derivación de sustancias potencialmente dañinas o explícitamente tóxicas, también permitió el despliegue de una multiplicidad de valores de uso nocivos y destructivos. Los gases mostaza y toda la industria química de la muerte reorientó sus estrategias de exterminio, aparentemente, a las plagas, insectos y enfermedades. Los grandes hornos a las cocinas, y la fábrica se mudó a la vida.

Teniendo en cuenta ello, hemos de situar el desarrollo técnico tecnológico de modo crítico bajo una lógica territorialista y competencia, en una visión de largo plazo que parte de la segunda revolución industrial en el siglo XIX, hasta la revolución del microchip y la electro informática a mediados y fines del siglo XX; señalando que el génesis del “Internet” se da en el paradigma del desarrollo tecnológico en función de las necesidades militares de comunicación y vigilancia (keynesianismo militar). Además, viendo que energética y químicamente no es superable la capacidad productiva que contiene el petróleo, tampoco lo es materialmente hablando –al menos en este momento y dadas las circunstancias concretas en las que nos encontramos– superable en el proceso de trabajo. En dicho escenario se sitúa el proceso de “flexibilización” del trabajo durante el empuje neoliberal, aunado a la deslocalización y fragmentación de la actividad productiva, la política de liberalización y privatización económica, la automatización y la especialización de la fuerza de trabajo bajo la tendencia hacia el desarrollo del sector de los servicios y la “feminización del trabajo” (Alvater y Mahnkopf 2002). Sin que aquello implique, como se ha creído de la tendencia a la tercerización, que el trabajo en los servicios bajo la lógica del capital; de ninguna característica, sin importar su grado de remuneración, podrá ser un medio

o mecanismo de emancipación de la clase trabajadora en su conjunto. Las discusiones en torno a las consecuencias de la creación y expansión de la electro informática y el microchip habría de emancipar o como erróneamente han llamado, digitalizar, la producción de objetos y mercancías. Cuando de fondo, la producción se sostiene en la mundana materialidad (Alvater y Mahnkopf 2002). Entonces, aun en el escenario de una supuesta digitalización económica la crisis material petrolera no sería ni de cerca superada, en cambio, profundizada de manera recalcitrante al imaginar un escenario que demande cantidades todavía mayores de energía y recursos minerales para existir y reproducirse.

Antes se planteó el escenario de catástrofe como un hecho aceptado cínicamente por buena parte del ideario colectivo. No obstante, para muchos otros, la noción de la imposibilidad material de continuación ininterrumpida de acumulación y crecimiento económico es concebido como un hecho fantasmagórico, que ha de ser superado por el desarrollo tecnológico y no la expresión de una contradicción sistémica. Que las contradicciones de clase han sido superadas por el fin de la historia; que el patriarcado se reduce a la brecha salarial entre hombres y mujeres; y los sueños de *fuga* se encuentran en el Norte. El colapso o destrucción total se postran frente al cinismo nihilista moderno como una veta de fuga, aunque esta signifique muerte. El sueño fáustico de domesticar el mundo y sus energías ha llevado a la reconversión histórica de las fuerzas naturales en fuerzas destructivas. Pese a los hercúleos esfuerzos de los negacionistas de la destrucción medioambiental y el cambio climático, este se presenta como una realidad objetiva. Expresada en descomunales procesos de despojo y destrucción medioambiental aplicados en escala planetaria.

La violencia en medio del colapso se orchestra bajo una lógica de guerra por el control de la economía mundial, o al menos sus retazos, el mundo se divide, en su mayoría, en territorios estratégicos para la acumulación global de capital y zonas de desecho. Es necesario comprender la categoría desarrollo¹⁰⁸ como signo contenido del entramado simbólico de la construcción

¹⁰⁸ El desarrollo (énfasis en el desarrollo económico) como categoría, contiene en sí un significado y un significante dotándole de su condición de signo, que implica; significado como representación de la cosa, es decir, cargado de contenido teórico conceptual histórico; y significante resultante la relación conocimiento-praxis (experiencia), lo que resulta susceptible de cambio material. “La clave del desarrollo está en la propagación de la técnica productiva de los centros mediante la propagación la acumulación de capital. Esta propagación se realiza mediante una superposición continua de las capas técnicas [...] capas técnicas de creciente productividad y eficacia se añaden a capas de menor productividad y eficacia. (Prebisch 1984, 55)

histórica material del espacio social bajo la exegesis histórica moderna del progreso. La exegesis capitalista patriarcal del *desarrollo* (crecimiento material y progreso)¹⁰⁹ –donde la meta es llegar a ser como los conquistadores– justifica ideológicamente la condición de desigualdad económica y la violencia sistémica-estructural. La postura desarrollista excomulga a los centros de sus vicios imperialistas aludiendo a la diferenciación explícita del factor tecnológico y la apertura mercantil como una suerte de panacea que mejora las condiciones materiales de existencia por sí misma; claro, suprimiendo cualquier otra formación socioeconómica distinta al capitalismo en el devenir de su progreso. Foucault sostiene que los sistemas jurídicos de poder producen a los sujetos que más tarde representa (Foucault, *Obrar mal, decir la verdad. Las formas de jurisdicción en la historia* 2016). Es entonces que, cualquier definición enmarcada en la concatenación histórico-capitalista de desarrollo (dígase: sostenido, sustentable, verde, naranja, etc.) designará un prejuicio ontológico *a priori* en donde impera la ley del valor.

Entonces, la crisis material petrolera, parte, en lo concreto de la finitud misma del recurso existente, alcanzado según varias estimaciones, su pico, además del de muchos otros recursos estratégicos o vitales, varias décadas atrás. Tal que, como se ha señalado la hegemonía norteamericana se orienta en la misma medida en que el grado de internacionalización de su actividad productiva predomina en el sistema mundo e impera la base material petrolera. La cual, entre el desarrollo autodestructivo que guarda el capital consigo mismo, ha producido, en defecto de las muchas otras contradicciones, una debacle ambiental que pone en tela de juicio la posibilidad material de reproducción de la civilización moderna. A sabiendas de la relevancia y responsabilidad que guarda la hegemonía norteamericana, cabe señalar que esta no es contradictoria ni antagónica al sistema patriarcal capitalista. La posibilidad real de superación de las condiciones catastróficas en las que nos encontramos debe apostar por una transformación radical del modo y forma en que se produce y reproduce la vida colectiva, negando y superando las relaciones de sometimiento del vigente sistema.

¹⁰⁹ Prebisch si bien su intención puede ser otra, como intelectual orgánico burgués no pude sino reproducir el discurso hegemónico, promoviendo “teóricamente” la sentencia del capitalismo. “La eficacia social del desarrollo despende fundamentalmente en la intensidad con las que las capas técnicas de más elevada productividad absorben fuerza de trabajo de las capas inferiores. Si este proceso se cumpliera satisfactoriamente, tales capas técnicas inferiores irían desapareciendo y las capas que estaban inmediatamente arriba tomarían en forma sucesiva el lugar que dejan estas últimas” (Prebisch 1984, 61)

Por lo pronto, resulta útil tener presente la condición general de crisis, objetiva y subjetiva, hegemónica y civilizatoria, a modo de proseguir con la discusión del cómo y en que contexto se produce la subjetividad abyecta del sujeto neoliberal¹¹⁰. Así como la forma y mecanismos que habrá de tomar y ejecutar el Estado para la sujeción del individuo y la sociedad civil además del modo de relación interestatal. En otras palabras, trata de una discusión que parte de lo general concreto a lo particular y viceversa. A modo de dotar de contenido al propósito general de la obra que apunta a la generación de una crítica de la economía política de la violencia. Pues, si ubicamos el carácter general de la crisis sobre la que se desarrolla la vida individual, particular y general. Habremos de ser capaces de concebir el valor económico y político que guarda para la reproducción del sistema en sí, la producción y reproducción de la violencia en sus múltiples niveles, escalas y esferas. Ubicándose, por tanto, la posibilidad de estudiar de un modo crítico la exacerbación de la violencia extrema en zonas, regiones o territorios específicos. Teniendo a su vez en cuenta la noción de producción estratégica, que desarrollaremos más adelante. Por ahora queda sentado el escenario político concreto, donde la hegemonía estadounidense se desenvuelve cada vez menos como hegemonía y más, en una dominación a secas (Arrighi 2007). Dada su crisis de legitimidad y rentabilidad, la forma cruda y desgarradora que adquieren las lógicas de política exterior estadounidense, devela, de modo cruento, sus más perversas intenciones, una violencia sin mediación, cruda, directa como su inversión.

Los monstruos modernos, es decir, las subjetividades en las que resaltan las huellas del maltrato, abandono y la extrema violencia se convierten en objeto de espectáculo, a medida que la práctica histórica de genocidio y la violencia ordinaria del espacio social, se inscribe a la sociedad bajo los lineamientos de la normalidad (Kalbermatter 2006). Particularmente en la sociedad norteamericana se ha desplegado el uso de la violencia en todos los espacios. Actualmente, por mencionar un ejemplo, Estados Unidos atraviesa una crisis de violencia cotidiana extrema

¹¹⁰ “Esta manera de retratar la locura habla del malestar de nuestro tiempo y de los modos de producción de la subjetividad contemporánea, reconociéndose el preciso momento en que la locura se estampa en la historia del personaje prototipo de la época: aquel que despojándose de cualquier marca de diferencia que permita reconocerlo como tal, es decir, de su singularidad, va a inundar la escena hasta hacer imposible llegar a abandonarla. Aquí los cuadros dan tumbos en el mismo lugar, en un espacio sin salida, en el que los actos voraces, violentos e intempestivos cede su lugar a la mansa costumbre que introduce una forma inédita del tiempo destinado a despojar a toda diferencia de su repetición desarticulando, así, cualquier punto de quiebre o toda división subjetiva [...], como una pesadilla que despliega a perpetuidad reconociéndose justo ahí, em donde corre una extraña forma de tiempo que va a ver desaparecer al sujeto tal y como hasta ahora lo hemos conocido (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 141)”.

registrando un tiroteo cada 64 días en algún espacio público o escuela. No obstante, rápidamente es masificada la visión de una otredad desviada, anormal; un ejecutor tan profundamente desgarrado que su cercanía con lo humano parece ser difuminada en actos criminales¹¹¹, un “lobo solitario” enfermo mental. Por otro lado, poco se dice de las iniciativas militares ordenadas por genocidas que nunca tocan un arma. Hanna Arendt, discute, entre otras cosas, como se desarrolla el carácter paradójico que envuelve al uso de la violencia como mecanismo y sistema; la proyección cataclísmica que implica la sistematización industrial de la práctica de homicidio, pues, que otra cosa es *Auschwitz* sino una fábrica de muerte (Arendt 2006). Sin embargo, como antes hemos dicho, forma parte de las condiciones necesarias para garantizar las relaciones patriarcales-mercantiles, llevadas a prácticas de extrema violencia, que siempre se encuentran en alguna fase dentro de nuestras sociedades (Feirstein 2020).

Contradictoriamente se muestra que, durante el largo proceso de cosificación social –que es así mismo, un inacabado proceso con el que las condiciones traumáticas y de miseria sitúan las modernas condiciones de existencia–, conduce las lógicas de dominio impresas en nuestras relaciones cotidianas, finalmente, son encantadas bajo la aureola de la realización de la mercancía. “A semejanza de los tiempos de la acumulación originaria y la conquista de territorios, el capitalismo busca y crea nuevos espacios de valorización, pero no en un contexto de expansión, sino de crisis, minando cada vez más las condiciones de su reproducción normal” (Coordinador

¹¹¹ De modo análogo, con lo que un principio determinaba como la estructura simbólica de opresión y explotación, es desde la década de 1960 que el concepto de criminalidad toma una mayor relevancia como mecanismo de dominación y extracción de plusvalor sobre las minorías por iniciativa de Estados Unidos. Explica Aviva Chomsky; tras la lucha social contra las políticas raciales explícitas del gobierno norteamericano, la oposición a la guerra de Vietnam (escenario de Guerra Fría) y el agotamiento del patrón de acumulación que la criminalidad adquiere un papel central en el discurso oficial como forma de legitimar públicamente la persecución de Estado a ciertos estratos de la sociedad, la exclusión social, la superexplotación de la fuerza de trabajo y la intervención extranjera (Chomsky 2013). En las décadas posteriores observamos leyes que, del mismo modo, buscan penalizar el trabajo migrante, especialmente en los estados fronterizos sureños, generando multas o sanciones a aquellos que contraten trabajadores indocumentados, ejemplo de ello es la Ley Simpson-Radino (Palacios, El nuevo Complejo Industrial-Militar de Seguridad e Inteligencia y la frontera Estados Unidos México 2018). “Ley Simpson- Rodino, por parte del Congreso estadounidense, en la cual se estableció la creación de la Comisión para el Estudio de la Migración Internacional y el Desarrollo Económico Cooperativo. Esta Comisión, conformada por 12 miembros que fueron nombrados por los líderes del Congreso en julio de 1987, debería, en consulta con los gobiernos de México y otros países expulsores de mano de obra en el Hemisferio Occidental, examinar las condiciones que contribuyeran a la inmigración no autorizada a los Estados Unidos y debería explorar programas de inversión y comercio recíproco mutuamente benéficos para aliviar tales condiciones (véase, Section 601 of the Immigration Reform and Control Act, 1986. Public Law 99- 603, November 6, 1986)” (Palacios, El Plan Puebla-Panamá como regulador de la migración laboral mesoamericana 2001)] El migrante indocumentado es ambas cosas (trabajador asalariado y no-citizen), es decir, cimenta el principio de la acumulación de capital global, y al mismo tiempo no forma parte del proyecto de desarrollo civilizatorio global, creando la posibilidad de desaparecidos en movimiento sobre un espacio ausente (Fuente 2017)

Inclán, Daniel 2021, 107). Exacerbando no solo las prácticas históricas de dominación colonial, sino que, promoviendo en el seno de la reproductibilidad de la vida social el uso de la violencia como modo paradigmático de relación entre sujetos. Es verdad que las armas no se disparan solas, pero es irrisorio pensar en que se produjeron por sí mismas.

3. La violencia, el mundo contemporáneo y la producción estratégica.

Para la economía convencional la violencia rara vez es tomada en cuenta con un mínimo ápice de seriedad científica, si es que acaso es mencionada, rara vez es considerada como una categoría económica. Cuando aparece, en la mayoría de las ocasiones, es tomada en cuenta como el resultado de una mal función en los mercados, una externalidad. Uno de los trabajos más aventureros de la economía vulgar por adentrarse –no explícitamente al tema de la violencia, pero sí al del racismo, el sexismo y otras manifestaciones violentas, en una ampliación de la lógica de mercado (costo-beneficio) y los principios “racionales” del *homo-economicus* a la totalidad de las dinámicas sociales– es el del ganador del premio Nóbel de economía de 1992, Gary S. Becker. Quien en su propuesta no solo legitima la “racionalidad” de la familia burguesa y el *patriarcado del salario* en lo que sería una lógica de mercado capitalista (costo beneficio e intercambio de bienes y servicios), donde las mujeres, al adquirir la calidad de esposas intercambian sus servicios matrimoniales en virtud de los bienes del trabajo del varón, garantizando la existencia de la unidad doméstica económica. La situación de la segregación racial y sexual del proceso de trabajo se entiende en función de que su condición de superexplotación sea resultante de su falta de “competitividad” en el mercado de trabajo, y no de la marginalización y segregación estructural. El conflicto entre ciudadanos, empresas o naciones, bajo esta tesitura es consecuencia del fallo de las instituciones, que en el fondo es un fallo de la institución básica por excelencia, la propiedad privada. Lo que se quiere señalar no es precisamente la brillantez del argumento, sino ejemplificar como se concibe la violencia desde la economía convencional. Brevemente se podrían resumir en tres grandes grupos: los ortodoxos del mercado; los institucionalistas; y los de la economía del comportamiento, que, si bien tratan de abonar en los conceptos psicológicos, estos no abandonan el individualismo metodológico que organiza al mundo contemporáneo.

Dado que la violencia extrema se desenvuelve como el drama cotidiano para casi toda América, África, Asia y, parece profundizarse cada vez más, enraizándose en la forma de discursos supremacistas, territorialistas o bien fundamentalistas. Emerge la imperante necesidad de abordarla críticamente. Bien sabemos que estas solo son mediaciones de otro tipo de malestar. Una afección que acompaña al despliegue mismo del sistema mundo capitalista. El viento, los océanos, el espacio exterior, el tiempo, todo está al alcance en cuanto tenga valor. Una huella,

un registro, uno de los muchos secretos que guarda el hombre fáustico bajo su almohada y le impide dormir: la producción al infinito que orilló a la vida misma a ser la víctima sacrificial de la ley del valor.

La primera parte del capítulo atiende a una problematización más que una definición de la violencia, sin embargo, en su sentido práctico, apunta, a lo que ha sido descrito como el objetivo general de la obra; dotar de cierto grado de inteligibilidad al escenario cruento y desgarrador que se vive en México y América Latina. Apuntes metodológicos que parten desde la crítica de la economía política en una mira feminista, en dialogo con el psicoanálisis estructuralista y posestructural. La propuesta es ambiciosa, aunque los resultados esperados son tan solo esbozos. Pues el afán es la construcción colectiva, una respuesta común que no solo otorgue sentido al aparente desorden de la economía globalizada, tampoco que “equilibre” la correlación de fuerzas, o, legitime el autoritarismo utópico; la apuesta es por una teoría replicante, estridente con el poder e intrínsecamente revolucionaria, ya lo enunciaba Marx en su famosa 11ª tesis sobre Feuerbach, *de lo que se trata es de transformarlo*. Se retoma el problema de la violencia sacrificial y el desarrollo de la civilización occidental en una breve revisión de literatura de Rene de Girad (Girad 1983), W. Adorno y Horkheimer (Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* 1998). Aterrizando en la dialéctica de la violencia de (Benjamin, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos* 2001) y la situación de la “Nación” en su sentido Gramsciano, bajo la crítica feminista de la división sexual social del trabajo, el enmascaramiento burgués de la ciudadanía y la política sexual de la violación. Es decir, como se dijo en un principio, a pesar de lo ambicioso del proyecto en este momento tan solo hemos de escribir, por decirlo eufemísticamente: *la descripción del agua caliente*. En la vida cotidiana existe la violencia.

Sin embargo, el carácter sedicioso con el que se articula el argumento apunta por la transformación radical de dicha vida cotidiana. El apartado introduce algunos elementos que pueden resultar útiles al momento de reflexionar en torno a ese jarrito en el que todo cabe. Hallando algunas tendencias sistémicas con las que se pueden articular algunos procesos que, en su práctica cruenta, esconden, de fondo, la despolitización misma de la violencia y la funcionalidad sistémica de la brutalidad. Por ejemplo, aspecto que desarrollamos como una de las claves del desbordamiento de la violencia extrema es, la función comunicativa de la *desaparición forzada* para la inteligibilidad del Estado de excepción permanente; el no cierre, la fractura y total incertidumbre, la ausencia; fríamente correlativa al escenario de intemperie en el que la sociedad

capitalista ha colocado la existencia individual misma¹¹². En el tercer apartado del capítulo hemos de ahondar con mayor profundidad en la desaparición forzada, así como las otras claves que se han identificado para dotar de sentido al escenario cruento con el que se presenta la cotidianidad en el capitalismo contemporáneo.

En el primer capítulo se había tratado de plantear en pro de la doble hipótesis, que el espacio social es un producto producido, coetáneamente a que en la sociedad capitalista este se produce bajo el uso permanente de la violencia. Ahora, la necesidad de reconstruir los elementos simbólicos que dotan de valor al acto de la violación en las sociedades modernas, parte de atender al llamamiento político de reconocer y denunciar el proceso que articula la producción de subjetividades y espacios sociales cruentos en clave feminista; dado el marco de la expresada crisis civilizatoria que afronta el proyecto moderno. No obstante, se rechaza la concepción esencialista que contempla que: *“este mundo siempre perteneció a los varones [...] Solo revisando a la luz de la filosofía existencialista los datos de la prehistoria y la etnografía podremos entender cómo se estableció la jerarquía de los sexos [...] planteado que cuando dos categorías humanas se enfrentan, cada una quiere imponer su soberanía”* (Beauvoir 2016, 96). Perspectiva biologicista que encuentra en la condición humana una superioridad “natural” (física) del macho de la especie frente a la hembra. En otro sentido seguiré con la perspectiva antropológica y su aporte desde el materialismo histórico de Agnes Heller; se mantiene como principio analítico articulador para la comprensión antropológica del ser-general desde un enfoque histórico-materialista, y, retomando el carácter analítico de exposición con el que desarrolla sus ideas, se define las formas de objetivación de lo así llamado humano; sus necesidades-capacidades (sistemas de usos) y deseos-represiones (sistemas de exigencias), en el trabajo y el lenguaje; concretado en el modo de producir y reproducir el espacio social en la vida cotidiana (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977).

¹¹² “El terror de Estado de las dictaduras ha dejado paso a un terror difuso que se instala capilarmente en la sociedad. Afirmé que la nuevas formas de guerra, en nuestro continente, son guerras represivas o guerras mafiosas, o quizás más exactamente una combinación de ambas a la vez, como un golpe que nos llega desde otro lugar, desde una Segunda Realidad. Creo inclusive que es posible hablar de una forma de terror asociada a lo que he llamado aquí ‘intemperie’ y que no sería otra cosa que un limbo de legalidad, una expansión no controlable de las formas paraestatales del control de la vida apoderándose de porciones cada vez mayores de la población, en especial de aquellos en condición de vulnerabilidad, viviendo en nichos de exclusión. Ese terror es la constatación, para muchas personas, de que el control estatal y la protección del Estado, así como las leyes republicanas son, y quien sabe si han sido siempre, una ficción, ‘un sistema de creencias’, apenas una fe proveedora de una gramática estable para la interacción social y los límites de la conducta humana.” (Segato, La guerra contra las mujeres 2016, 100-101)

A fin de no perder el enfoque genealógico que requiere el análisis de la violencia; un concepto que, en sí, ya guarda una serie de supuestos *a priori*, concatenaciones de carácter histórico, más que fuerzas “fácticas” o determinismo a secas; se ha de continuar con un estudio *arquitectónico foucaultiano* de la violencia identificada como signo o huella, intrincada bajo la trama histórica del poder (Foucault, *Microfísica del Poder* 1992), sin embargo, se continúa con la categoría de *genericidad* en lugar de *alma* para situar el espacio concreto cotidiano en donde se produce y reproduce el sujeto y la totalidad (Heller, *Sociología de la vida cotidiana* 1977). La categoría de vida cotidiana también se comprende en torno a la reflexión de (Kosík 1967) y, su concepto de pseudoconcreción para el estudio concreto de nuestra era, pues, se identifica el espacio cotidiano de reproducción y producción subsumido a las necesidades y condiciones de la valorización del valor. En su sentido antropológico, la vida cotidiana resulta correspondiente al espacio concreto de reproducción y producción del espacio y las relaciones sociales generales de producción en su escala particular e individual.

Al entramado de las relaciones de los sistemas de producción y reproducción en general de las necesidades; comprendidas desde sus relaciones sociales, la mediación del abstracto genérico que es la producción en general de la sociedad y, las relaciones materiales-simbólicas que resultan de la situación y dimensión histórica particular; se denominó, el nivel particular de análisis, la mediación entre el *mundo entero* y el *mundo individual* –*mundo pequeño*–, siguiendo con la premisa general que sostiene que: “en toda sociedad hay una vida cotidiana”. (Heller, *Sociología de la vida cotidiana* 1977). Tal como Lefevre propone que el modo de descifrar el espacio social ha de develar el modo de las relaciones sociales de producción (Lefebvre 2013), así pues, la necesidad de descifrar una cotidianidad que hoy por hoy se nos presenta cada vez más cruenta¹¹³, parte del afán por hacer frente a la violencia, pero sobre todo, transformarle.

¹¹³ “Por ello, dar cuenta de los patrones que de manera dolosa reproducen las relaciones de complicidad en todos los niveles de la sociedad, así como de los modos de fabricación y sostenimiento de la mentira detrás de la que se recuerda el discurso a escala planetaria y de coordenadas homogeneizantes son tareas urgentes que requieren análisis meticulosos y discursos éticos capaces de develar las complejas estrategias que operan en los precisos mecanismos y tecnologías que hacen posible que los fenómenos de extrema violencia ocurran de manera masiva sistemática y a plena luz de día con total impunidad[...]. La dificultad del reto que representa pensar en un campo de sembrado con el dolor de un pueblo en guerra requiere de un tiempo que a veces no tenemos precisa también del reconocimiento de nuestra propia posibilidad a la hora de querer recuperar las palabras que siempre nos hacen falta para nombrar el dolor innombrable que deja tras de sí la violencia extrema. Valga pues este esfuerzo para recordar que la verdad también puede ser buscada en otros lugares, a veces insospechados coma y aunque sea entre conceptos complejos que seguramente no logró a pesar del esfuerzo llegará a abordar con la suficiente claridad permítame a elector introducir a lo largo de este capítulo el estudio del malestar subjetivo de una época

La segunda y tercera parte del capítulo argumentan en función de lo que hemos mencionado como apuntes o esbozos de una metodología para el estudio crítico de la violencia extrema contemporánea. Se analiza, continuando con el argumento general del capítulo dos de la condición sistémica y estructural del patriarcado productor de mercancías de producir una “otredad”, simbólica, cultural, económica, política, a modo de poder garantizarse como proyecto en sí, requiere de su continua y perpetua renovación. Es decir, un proyecto revolvente en continua negación, el cual, para fines de nuestra investigación, tiene como resultado trágico el genocidio, el feminicidio y el ecocidio, como consecuencia y condición estructural y estructurante del sistema. No solo la dinámica de competencia capitalista genera, lo que Marx enunció como población relativa excedente (Marx, El capital: crítica de la economía política I 2015). Sino el total debacle sobre la totalidad de los ciclos metabólicos naturales, argumento que se desarrolla en el contexto de colapso. A modo de dar pie a lo que finalmente trata de los comicios metodológicos para abordar el problema del “desbordamiento generalizado de la violencia”. En lo que se ha definido como “claves” para el estudio de la violencia como un tipo de producción estratégica bajo la premisa de que esta se guía por el *telos* de la lógica de producción capitalista y la lógica de reproducción patriarcal, y de este modo otorgarle un cierto grado de inteligibilidad a su despliegue a pesar del carácter cruento con el que se presente.



que amenaza con enmudecer será al tiempo entero imponer violentamente sus criterios de aparente verdad.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 139-140)

3.1. Violencia: producto en producción.



Pieza 11: *Ni por esas*. (*Not even that way*). *Los Desastres de la Guerra* is a set of 80 grabados en técnica aguafuerte creado por Francisco Goya en 1810s.

Hasta ahora hemos hablado de distintos modos y en distintas manifestaciones de la violencia, mas, en nuestro esfuerzo, no hemos conseguido definir de modo satisfactorio aquella cajita a la que recurrimos cuando nos inunda la barbarie¹¹⁴. El concepto de violencia cada año ha sido cargado de más sentidos y usos que, en vez de ayudar a generar un consenso en cuanto a sus determinantes, han incrementado sus diferencias e interpretaciones. *“Propongo entonces, más que una conceptualización sobre la violencia –bastante difícil a juzgar por lo que ya hemos mencionado y cambiante en términos del ordenamiento histórico de las cosas y de las palabras–, hacer una aproximación al problema por*

¹¹⁴ “Todos los días la vivimos: la ejercemos, la padecemos, la vemos, la escuchamos, incluso la respiramos; sin embargo, no se nombra. Claro que hay una vasta bibliografía sobre el tema, se le analiza desde diversas disciplinas y es abordada desde la academia, el periodismo e incluso el arte. Pero sin nombrársele, sin ser demarcada. Parece que nos rodea, es casi omnipresente y eso nos obliga a nunca darle su justo lugar. Se diluyen nuestras heridas, nuestros desaparecidos, nuestros muertos... Todo cabe en un jarrito llamado Violencia, del que nadie se hace responsable y muchos guardamos silencio sobre los árboles” (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 9).

otra vía: dándole la razón a ese gran lingüista, Wittgenstein cuando dice: sólo en el uso encuentra la proposición su sentido. O, cuando propone, no preguntes por la significación, pregunta por el uso.” (Trujillo 2009, 31). Por ello, sin pretender realmente agotar la discusión de la violencia en torno al desenvolvimiento humano, sus causas o efectos, quisiera establecer, siguiendo con la tradición de la crítica de la economía política, el carácter dialectico que guarda la violencia tanto como producción como consumo (registro), por tanto; su naturaleza no es únicamente de índole instrumental destinada a la destrucción, o bien, “irracional”, puesto que, como proceso creador, opera pedagógica y estéticamente. Produciendo/destruyendo, mundos y subjetividades, y jamás carente de razón¹¹⁵.

Marx ya nos decía de la violencia como una fuerza paridora de nuevas eras y, como la más grande de las potencias económicas del capitalismo (Marx, *El capital: crítica de la economía política I* 2015). De mismo modo, (Girard 1983) observa a través del estudio antropológico del sacrificio y la víctima sacrificial, como emergen las civilizaciones tras largos ciclos de violencia reciproca en un tipo de violencia unánime. Sosteniendo, al igual que los oscuros primeros filósofos de la burguesía –como Tomas Hobbes, Bernard de Mandelville o incluso John Locke–, que el sacrificio del estado primitivo de agresividad en aras de la sociedad (contrato social) es no solo necesario, sino que, la sociedad sería equivalente a la misma represión de esa violencia fundamental en aras de la unidad social. Lo que significa –contra intuitivamente a lo que los filósofos luminosos burgueses interpretaron posteriormente en positivo– que el ser humano no

¹¹⁵ “Las personas –dice Platt– son dueñas de las palabras por lo menos en un sentido muy obvio: pueden hacer –y, con frecuencia, hacen– que signifiquen cosas muy distintas’. Las palabras son un importante medio de edificar el mundo. En este marco desarrolla su argumentación en el sentido de que el término violencia puede surtir, precisamente, ese efecto en el pensamiento social contemporáneo. Intentando responderse la pregunta de ¿qué es la violencia?, señala haber encontrado al menos siete acepciones del término³⁹ desde la relativamente precisa “fuerza física empleada para causar daño”, hasta la claramente metafórica de “energía natural o física o fuerza en acción”, pasando por la muy ambigua de “uso injusto de la fuerza o el poder” y algunas otras. Busca, entonces, en la etimología de la palabra: “Violencia” se deriva del latín vis (fuerza) y latus (participio pasado del verbo ferus: llevar o transportar). En su sentido etimológico significa, pues, llevar la fuerza a algo o alguien. Connotación bastante reducida, dice Platt, cuando se trata de esclarecer la utilización generalizada del término. Señala, por ejemplo, el uso “peyorativo” de la palabra violencia. Ella lleva consigo, tradicionalmente, una connotación de condena que no se encuentra en el término fuerza. Tanto en la teoría moral como en la conversación cotidiana, la distinción entre fuerza y violencia se entiende claramente: la fuerza es algo siempre de lamentar, pero en algunas circunstancias, es permisible. La palabra fuerza no lleva implícito un juicio condenatorio como la palabra violencia; la violencia es mala por definición. Es este uso peyorativo lo que explica su aplicación y cada vez más amplia. Mientras que, a nivel descriptivo, violencia puede referirse, simplemente, a la fuerza física empleada para causar daño, a un nivel moral denota el uso, éticamente, inaceptable de la fuerza física para dañar otra persona. Uso que nos sirve a nosotros para entender que la violencia tiene también una connotación moral que va más allá de su carácter de violencia política, social, sexual y más bien, en su sentido ético, las incluye a todas. Parecería ser que la dificultad de su conceptualización es “consustancial” al término mismo. Lo que, en efecto, frente a la violencia parece más obvio es –como lo señala kalyvas– que es más fácil describirla que explicarla o teorizar sobre ella. Más aún, lograr una conceptualización que dé cuenta de diferentes realidades donde ella está presente” (Trujillo 2009, 19)

sería en tanto una especie “naturalmente” social, en su lugar, solo a través del sacrificio ritual de una buena parte de su violencia y agresividad es que consigue “salvarse así mismo”, y, por tanto, la civilización deviene, bajo este razonamiento, de grandes ciclos de violencia y crisis sacrificiales. Quedando el proceso de represión del *Eros* y el impulso del *Thanatos*, siempre incompleto, generando en consecuencia, toda una serie de instituciones y rituales que fungen como medio para el desahogo de la violencia innata del humano en formas socialmente aceptadas, por ejemplo, el deporte y la competencia laboral, también las prisiones y los sistemas bélicos se encuentran contemplados en el juego de la violencia sacrificial (Girard 1983). Pese a que se retoma en lo general el argumento de la obra, se rechaza la tesis que nos condena a la violencia trascendental-sacrificial como parte del ciclo de civilización, es decir, la violencia no solo contingente, también inmanente a la condición humana, olvidando que no existe tal cosa como naturaleza humana; al extender la categoría *violencia* a la totalidad ética (política-económica-cultural-moral-metabólica), sí se hace mención pues, de su carácter dialéctico como fuerza productiva-destructiva, existir es consumir, y consumir es destruir para producir, pero más allá del sentido ontológico de represión necesaria (Marcuse 1972), la mediación con el entorno y los otros, no tiene cabida histórica de saberse única y enteramente desde la violencia, puesto que hay vida después del origen.

“De esta forma, el sujeto produce, gracias al disciplinamiento general de la experiencia, su propio cuerpo y su propia mente, su propia forma de entender la relación compleja y cambiante entre la corporalidad necesitada, la praxis mediadora y la naturaleza cíclica. Por ello, en términos humanos, el cuerpo no puede pensarse nunca como la simple expresión de una naturalidad biológica o genética, sino como el constructo o resultado de una praxis que modifica el entorno, produce su sentido y adecúa la experiencia física a la fenomenalidad periódica de la naturaleza externa. Para decirlo más claramente: el cuerpo humano, el cuerpo del sujeto, es el resultado de una violencia a la que se somete a la propia constitución biológica, al soporte material que da forma a la individualidad de la experiencia. En realidad, antes de esa violencia disciplinante no hay cuerpo en cuanto tal, no hay organicidad que unifique la vivencia inmediata del sujeto, sino expresiones destotalizadas que no significan nada en sí mismas. La idea “utópico-posmoderna” de un cuerpo sin órganos, esto es, de un cuerpo desligado de la norma, de la disciplina definitoria de la personalidad, tal como la pensaron Deleuze y Guattari recuperando una noción de Artaud, es, literalmente, una noción sin pies ni cabeza, porque la separación de la norma sólo puede significar en términos concretos la introducción de una nueva norma definitoria, de un nuevo principio regulatorio que se rebela frente al principio hegemónico o dominante. El cuerpo es la síntesis de una violencia original de la praxis subjetiva que niega la expresión espontánea de la naturaleza y su devenir aórgico. No hay cuerpo sin norma. Ahora bien, al organizar mental y corporalmente los fenómenos naturales externos e internos, el sujeto facilita su praxis y la vuelve, hasta cierto punto, predecible. Ello tiene una consecuencia fundamental en su relación inmediata con los otros sujetos sociales: se puede saber de antemano qué es lo que el otro va a hacer, sin

que, por supuesto, haya nunca una seguridad absoluta con relación a esa posibilidad”.
(Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 36-37)

Por tanto, habremos de identificar –continuando con el estudio de Agnes Heller y su teoría de los sentimientos (Heller, Teoría de los sentimientos 2011)– a la violencia en un doble sentido. En primer lugar, ubicarle dentro de la estructura psíquica humana en la forma de un sentimiento cognoscitivo-situacional, no equiparable a la represión y mediación necesaria; en segundo lugar, como una práctica política y económica¹¹⁶. Es decir, no como una extrapolación en el plano social del impulso de la agresividad ni la *represión* psíquica en su forma ampliada, sino, como una emoción concreta; revestida, además, en todo momento de una connotación económico-político de conservación/creación de un determinado orden histórico social, pero al mismo tiempo caótica y contradictoria. Dado que es el caso de la sociedad capitalista el que nos ocupa en esta reflexión, debemos recordar que el “rostro” con el que opera la estructura de dominación se representa en la forma del derecho burgués y la Nación, que se desarrolla de manera particular y singular en cada Estado y territorio. Así, nos hemos de sumar a la reflexión colectiva para una crítica de la violencia. Situándole no como un destino trágico e infranqueable, sino, desde su propia dimensión histórica e, identificando asimismo el problema de esta violencia sacrificial que se reinicia una y otra vez. Habremos de pensar en modos creativos de resolver la contradicción fundante de la violencia y su carácter estructural en la sociedad moderna. Para ello, (Benjamin, Para una crítica de la violencia y otros ensayos 2001), ya nos mostraba una pequeña guía para formular otras vías que las conocidas por la teoría del derecho para abordar el problema de la violencia, encontrándose ejemplos a ello en la cotidianidad de la vida comunitaria, en la forma del “mutuo entendimiento, o sea, el lenguaje”, pero también, cabe mencionar que, nos resta menos la franca carcajada que actuar con mala fe.

¹¹⁶ “Todo comportamiento violento debe ser visto como “portador de una queja” en la que intervienen tanto factores individuales como sociales. La conducta violenta es lo manifiesto, y el síntoma que expresa un conflicto, lo latente. La violencia como síntoma –sostiene Lacan– acontece porque no hay ley, se trata de una agresividad que no ha podido ser rectificadada. En estos casos la intención agresiva, en vez de ser una tendencia constitutiva, juega siempre un papel mostrándose en el síntoma, síntoma que no trasciende mediante actos de voluntad o modificaciones plenamente conscientes, sino que lo hace en un análisis del lenguaje, porque él mismo está estructurado como lenguaje, es lenguaje cuya palabra debe ser liberada. Hago síntomas porque no puedo con los otros y tampoco con la existencia de los otros. Vivo una fantasía violenta porque no soy yo con los otros, todo gira entorno al yo de la negación, el mundo es un vacío de otros, lleno a expensas del yo. El reconocimiento es vivido como lo contrario a la violencia. No debemos olvidar que las formas de valoración pueden ser positivas o negativas y que, dentro de las negativas, especialmente en las conductas adolescentes, se encuentra la valoración de la fuerza (infundir temor, exhibir un arma), el boicot a una actividad buscando alianzas, ser portavoz del conflicto de un grupo y enfrentarlo agresivamente. Cuando se corta la comunicación en estos casos, generalmente aparecen las respuestas violentas.” (Kalbermatter 2006, 56-57-58)

En tenor de proseguir con la problematización de la violencia, habremos de retomar la hipótesis que considera a la violencia como una condición necesaria para la producción social del espacio en el capitalismo (Lefebvre 2013), lo que sería equivalente a afirmar que, de mismo modo se resuelve como necesaria para la acumulación en general y la producción general del espacio moderno. Colocando pues, a la violencia, como una práctica política e histórica que se produce y reproduce con fines sociales específicos, ya sea como medio, mecanismo, mensaje o vehículo. En palabras sencillas, la verdad más elemental que recubre a la violencia, “cuando no es satisfecha, la violencia sigue almacenándose hasta el momento que se desborda y se esparce por el todo a su alrededor provocando los efectos más desastrosos. (Girad 1983)

Las condiciones objetivas necesarias para la reproducción del sistema patriarcal capitalista requieren de la generación de condiciones óptimas para su reproducción entendidos desde su aspecto formal como real. Esto quiere decir que, por un lado, habrá de erigir un cuerpo institucional con sus normativas y leyes que resguarden y aseguren jurídicamente las prácticas de la ley general de acumulación; por el otro lado, produce una ética social que se adecue a las condiciones sociales de explotación y miseria y normalice así, los actos y cuerpos de la población, particularizado en una vida cotidiana concreta que produce su propia economía moral. Particular para cada nación y territorio, se produce una ética que abarca desde la forma del trabajo; impuesta a base de violencia, despojo y genocidio; hasta la ética heteronormada de reproducción social, singularizada, en un espacio social cotidiano. Un ejemplo es la violencia ejercida contra las mujeres, pues, pese a ser considerada tendencialmente en los medios e instituciones oficiales como irracional o pasional, un acto aberrante cometido por un monstruo que alguna vez fue hombre, que enfermó quizá. No obstante, nos dice Marina Garcés de la lectura de Rita Segato y su concepto de violencia expresiva: *“la idea de que la violencia no es exterior a la racionalidad sino que tiene una lógica y un mensaje, un emisor, unos receptores y un lenguaje punto y seguido lejos de ser lo otro la irrupción pura de la visibilidad, incluso la violencia más cruel se está expresando políticamente porque implica unos códigos de reconocimiento y unos efectos de dominación”* (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 25). Por lo tanto, la discusión revolucionaria de la violencia solo puede darse en torno de una ética radical que asuma la responsabilidad concreta del daño no solo entre humanos, sino de la totalidad del espacio y el metabolismo social.

Ahora, el problema de la forma de comunidad abstracta del Estado-nación encarnada en la sociedad civil resulta; no solo en una doble problemática en cuanto a falsa representación de los

intereses de la población trabajadora en la estructura de gobierno y los aparatos ideológicos del Estado, aunado a la condición general de “propietario privado” de nada más que su fuerza de trabajo; sino, como un modo de establecimiento de una forma concreta de Derecho. Nos recuerda Walter Benjamín en este sentido que, la fundación de derecho equivale a la fundación de poder, y por ende es una manifestación inmediata de la violencia (Benjamin, Para una crítica de la violencia y otros ensayos 2001). Lo que, para fines de esta investigación, y dando apertura a su vez a la veta teórica propuesta por Kate Millet y el subsecuente desarrollo de su hipótesis por otras teóricas feministas. Quien además de reconocer este carácter bifacetico de ciudadano como propietario privado-trabajador; encuentra una subrepresentación de la ciudadanía respecto de las mujeres, es decir, una subordinación de género¹¹⁷ (Amóros 1997). Conteniendo el Derecho moderno además del carácter burgués, una connotación patriarcal basada en la división sexual del trabajo. Se decía que el proceso de desarrollo histórico del capitalismo en la economía mundo europea y la conquista del Atlántico, da cuenta que el proceso de transición/crisis de la sociedad feudal –marcado por los siglos de las Guerras Heréticas y La cacería de Brujas–, como una condición necesaria para el afincamiento histórico del capitalismo mediante la subordinación y escisión formal y real de la mitad de la población del proceso productivo del capital, lo que Silvia Federici determina como, la moderna derrota histórica de las mujeres¹¹⁸ (Federici, Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. 2015).

¹¹⁷ “En mi opinión, el análisis teórico de la relación asimétrica de los sexos ha de limitarse a la modernidad y la postmodernidad. Esto no quiere decir que esa relación no posea una historia premoderna; sin embargo, con la universalidad de la forma de la mercancía alcanzó una cualidad completamente nueva. Las mujeres han de responsabilizarse ante todo del ámbito de la reproducción, menos valorado socialmente y no representable en dinero, mientras que los hombres se ocupan de la esfera de la producción capitalista y del ámbito público. Con ello se rebaten las concepciones que ven las relaciones de género en el capitalismo como un “residuo” precapitalista. Así, por ejemplo, la familia nuclear tal como la conocemos no aparece hasta el siglo XVIII, del mismo modo que la constitución de dos esferas pública y privada como las conocemos hoy sólo surge con la modernidad. Con ello quiero decir que en esa época no sólo comienza su curso la producción capitalista de mercancías, sino que más bien se puso en marcha una dinámica social que tiene la relación de escisión del valor como principio fundamental.” (Scholz 2013, 49)

¹¹⁸ La imagen que se muestra pertenece a la serie de grabados del pintor y grabador aragonés Francisco José de Goya, realizados entre 1810 y 1814, durante la invasión napoleónica a España y el subsecuente proceso de independencia borbónica. La escena nos sitúa en la imagen de la violencia más antigua de la sociedad occidental, el espectro del patriarcado que se reproduce en el terreno de lo simbólico a través del mandato masculino de violación. Figura que comprende a la violación como una extensión de la normativa del actuar/rol masculino en las sociedades patriarcales y, no como un caso atípico o desvío de la personalidad por parte del sujeto ejecutor del abuso. En otras palabras, no se trata de una demostración de poder de un particular, sino un medio para obtenerlo y reconocerle como sujeto posicionado dentro de una estructura social jerarquizada (la mirada de otros hombres). Así, la ficción que estructura la mirada fija masculina (binaria); que, en su depredación del cuerpo femenino/feminizado, captura a su presa en una subjetividad obligatoria (subordinada). En ella se plasma el

Continuando con el fundamento a la idea de la subrepresentación o la existencia de *ciudadanos de segunda categoría*, Kate Millet desarrolla el argumento en el que, en apariencia, la moderna legislación prohíbe o castiga la violencia entre los ciudadanos. Sin embargo, Millet¹¹⁹ se pregunta, por qué la violación no parece ser tomada en cuenta como acto acreedor a una pena Estatal. Es decir, por un lado, existe una aparente restricción al acto, una moderna legislación que condena las relaciones que se ejercen con desmesurada fuerza o abuso, además de un despliegue masivo de fuerzas policiales y disciplinamiento social, no obstante; el sistema continúa proveyendo de los elementos materiales y simbólicos para la reproducción de la violación, promoviéndole mediante los aparatos ideológicos como los medios de comunicación de masas, incluso, tácitamente como política de guerra moderna (Segato, La guerra contra las mujeres 2016). Se recuerda en estas líneas las consignas feministas que reconocen a la masculinidad violenta como los hijos sanos del patriarcado. Es decir, la vuelta dialéctica de la violencia general a la individual, en aras de argumentar como la genericidad producida por las sociedades modernas es ordenada por la violencia y el terror permanente, donde la política sexual de la violación y el feminicidio son parte de las estrategias y tácticas paradigmáticas de las *guerras alternativas*¹²⁰ contemporáneas

despliegue de la violencia paradójica de un proyecto histórico cual pretendía terminar con la calamidad, mostrando los horrores y monstruos modernos, quienes arrastran los cuerpos, de los que la mirada fija masculina significa como lo extraño-siniestro, a ser objetos de dominio. La práctica de violación (acceso forzado al cuerpo de otros) no es ajena ni extraña al ordenamiento de la experiencia patriarcal ilustrada; convirtiéndose los cuerpos feminizados en territorios por ser despojados, conquistados, abusados. Se conduce el acto de la violación y la violencia intrínseca a la acción, en oposición a la comprensión de violencia expresiva que la asocia a alguna pulsión de deseo insatisfecho e irracional, de modo instrumental, es decir, racional. Respondiendo tendencialmente, como una fantasía de una escena anterior, una tentativa de retorno nunca consumada, que responde; dialógicamente a la interpretación de personajes que habitan en el interior del ejecutor, figuras imaginarias genéricas que confieren un valor social al acto de la violación. (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010)

¹¹⁹ En 1970 publica su Obra Política Sexual donde reconoce la violación como relación paradigmática patriarcal. Podemos encontrar en la tradición de la tercer ola del feminismo otros trabajos como Susan Brownmiller en *Against our Will* (1975) en donde realizó un estudio sociológico e histórico de la violación como política patriarcal. Ella considera que este es un mecanismo de control patriarcal. Una restricción del cuerpo para todo el colectivo femenino que ve reducida su movilidad a lo que la así fije la mirada patriarcal: “habrá lugares y horarios en los que no se aventuran las mujeres decentes”. Por otro lado, Colette Guillaumin considera a la violación y al acoso sexual como expresiones de una apropiación colectiva definida como “pertenencia de la clase de las mujeres en su totalidad a la clase de los hombres en su totalidad.

¹²⁰ “Para dar cuenta del periodo que nos ocupa y de lo que ocurre en México, precisamos llevar a cabo, entonces, una breve enunciación de los conceptos con los que se abordan las formas que ha adoptado la guerra en las última décadas. Las definiciones de tipo más comprensivo hablan de nuevas guerras, o de nuevas formas de la guerra y refieren al tránsito desde los conflictos interestatales considerados ‘clásicos’ o ‘convencionales’ a los que vivimos ahora, en los que enemigos, formas de actuación/combate o el diseño de la tecnología aplicada, han sido redirigidos hacia las poblaciones, al mismo tiempo que su identificación con el orden jurídico territorial tiende a diluirse. En la jerga propiamente militar, este tipo de guerras son llamadas asimétricas, de cuarta generación, de baja intensidad, irregulares o no convencionales” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 200).

(Segato, La guerra contra las mujeres 2016); así como la desaparición forzada, la mutilación y exhibición pública de la violencia extrema¹²¹, forma parte de la situación de “emergencia” que enfrenta el poder soberano del Estado (Paley 2020); así como la crisis de legitimidad de la “Nación” y la hegemonía interestatal, son parte del clima turbulento que vive el sistema económico-político en su conjunto (I. Wallerstein 2006).

Dando pie al argumento anterior en torno a la política social de la violación, Rita Segato, estudia por más de 5 años las declaraciones de cientos de reos por violación en Brasil, concluyendo que, es el mandato masculino a la realización del valor social, antes que la ejecución como tal de la violación, lo que define su función social para la realización de la masculinidad. Además, la ausencia de instrumentalidad—“irracionalidad” en la violación— es producto de la ambigüedad con la que se toman en cuenta los registros simbólicos de la sexualidad y el poder en las legislaciones modernas¹²², en otras palabras; el cómo se “consume” la violación también marca su producción, mas esta ya se encuentra inserta en la producción social deseante. *Lo que está en juego para el violador es la virilidad y el prestigio personal que la violación confiere como valor. Podría decirse, por lo tanto, que se trata de una violencia instrumental orientada hacia un valor, esto es, la reparación o la adquisición*

¹²¹ “En el contexto de las deseconomización y la despolitización del espacio, la desaparición física de los individuos marginados y explotados irrumpe en la normalidad serial de las democracias haciendo, por primera vez, visible la ausencia original del espacio. De repente queda claro que la violencia de la cotidianidad ha desquebrajado, hasta su desaparición, las zonas en las que laboraban habitaban y transitaban los no-sujetos contemporáneos. Estas zonas de desconexión solo existen en la inercia de una labor que cuartea, día a día, las bases sobre las que ella misma pretende fundamentarse. Es la praxis repetitiva de un Asia desestructuradora en la que el individuo se esfuma mientras más avanza” (Fuente 2017, 57)

¹²² El perfil punitivo víctima-victimario contiene en sí un reflejo de las relaciones internas que construye no solo este obstruyente binarismo, sino a la construcción atomista (individuo) como centro del derecho. Sin mencionar que el moderno pacto sexual social fáustico, esconde un secreto, que Carol Pateman indica, una segunda ciudadanía, subalterna, condicionada por los designios sexo-genéricos del patriarcado. Repensar entonces en modos de construir los marcos jurídicos de manera aislada y desconexa a las relaciones sociales en su conjunto, además de las condiciones impuestas por el contexto económico y político de las distintas naciones. Implica de facto, la producción de una escena fantástica, donde los personajes se desenvuelven más o menos bien según sus libretos. Observa el héroe en su contrario, a sí mismo, como Próspero (La Tempestad. William Shakespeare) observa que esa monstruosidad que acompaña a Calibán la encuentra en sí mismo. Así el derecho ilustrado habiéndose encontrado en aquella “igualdad” otorgado por el régimen de los civis denota la existencia de protagonistas, iluminados de espíritu y amparados en la leyes de los “hombres” y el ciudadano que luchan escarnecidamente contra “los actos” repulso de la sociedad moderna. Y claro, héroes y padres fundadores que son, claman la recompensa de haber salvado a la víctima indefensa. Simplificada su reproducción al estilo western hollywoodense, donde a los que se trata de encontrar es a los malos y morir a tiros por los chicos buenos. No obstante, la realidad difiere de los arquetipos míticos contruidos. Lo que en otro momento es la producción de la escena sitúa la producción de relaciones sociales concretas, complejas y contradictorias. En otras palabras, replantear los marcos jurídicos absorbió de todo aquello que le circunda trataría de ser un mero paliativo a verdadero problema como ha sido la historia moderna del sistema penitenciario.

de prestigio (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010). Al igual que la violencia, el deseo sexual tiende a proyectarse sobre objetos de recambio cuando el objeto que lo atrae permanece alejado o inaccesible. Cabe señalar que, el deslizamiento de la violencia hacia la sexualidad y viceversa, de la sexualidad hacia la violencia se realiza con suma facilidad, no obstante, pese a esta primera intuición, no es la sexualidad la estructura elemental ni de lo “sagrado” ni de la violencia, en cambio, la violencia parece ser el “auténtico corazón y alma de lo sagrado. (Girard 1983)

Porqué para fines prácticos, en el mundo de la propiedad privada de los medios de producción, las mujeres se revierten en bienes comunes para el colectivo masculino. Pues, nos cuenta Segato que, en las más de los casos los violadores no se trataban de sujetos con un deseo sexual insatisfecho, tampoco con dificultades para entablar relaciones con el sexo opuesto, o en su defecto con una personalidad antisocial. En cambio, la mayoría de los reos se tratan de personas con parejas, hijos y relaciones laborales, supuestamente normales. Sin embargo, concluye, retomando la ambigüedad existente en los registros de la sexualidad y el poder, que la dimensión simbólica de la violación antecede a cualquier escena que lo dramatice, con ello se registra la presencia de continuidades estructurales en las declaraciones de los convictos. Presentando escenas psicoanalíticas compartidas por todos ellos en los que la figura del prestigio, el deseo del valor y el rito sacrificial (transferencia de la violencia hacia otro objeto o sujeto) son comunes (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010).

Con esta descripción nos aproximamos a la lectura de una parte del feminismo que identifica a la dominación masculina como la punta de la pirámide del poder y, por tanto, de todos los múltiples despliegues de la violencia. Perspectiva que toma a la *violación*, como la política más atávica del patriarcado. No obstante, se ha dicho que se rechazan las concepciones esencializadoras de la historia –sin denostar el carácter atroz que significa la práctica de la violación–, así como puede pensarse de la *clase* como punta de pirámide de dominación o incluso la *raza*. Al tratarse de un tan largo aliento en el desarrollo histórico, no solo de un particular proyecto civilizatorio, sistema o comunidad, sino de la totalidad del desenvolvimiento humano, es imposible no abusar de la especulación. Empero, sí se reconoce su utilidad interpretativa en

función de criticar al sistema civilizatorio Moderno, cuyas lógicas productivas-reproductivas las hemos identificado en un modo orientado sobre el trípode del poder raza-clase-género.

Para una mejor comprensión del modo en que las figuras psicoanalíticas, con las que se articula la política de la violación con su ejecución en espacios cotidianos por individuos particulares, es necesario entender que es la Vida Cotidiana y como esta se configura dialécticamente a tres escalas espaciotemporales distintas. Teniendo en cuenta que, tal y como señala Judith Butler, ningún individuo deviene en sujeto sin un proceso de subjetivación. La vida cotidiana media las lógicas generales de dominación, las adecua, suaviza o, en todo caso, particulariza. Independientemente no puede existir sistema mundo capitalista sin la inmensidad de vidas cotidianas sobre las que descansa. El individuo devenido en sujeto se produce pues, en un espaciotiempo concreto, una situación específica, jamás desvinculada de la genericidad y sus lógicas, así como los modos generales de producir y el estadio de las fuerzas técnicas/tecnológicas disponibles. Lo complejo y relevante del periodo que nos ocupa, es que nunca la vida cotidiana en la Modernidad había alcanzado tales niveles de enajenación y subsunción al mercado mundial y la ley del valor.

Dado el grado, nivel e intensidad, real y formal, de subsunción de las relaciones sociales al mundo cósmico de las mercancías, la vida cotidiana como espacio de mediación y subjetivación del sujeto es, en cuanto expresión fenoménica, una pseudoconcreción –puesto que en el desenvolvimiento cotidiano social e individual, operan infinidad de sesgos de toda naturaleza–, tal que, en el mundo *cósmico* de las mercancías, éste se nos muestra como extraño, ajeno a nuestro trabajo y nuestra capacidad de enunciación, producido por una exterioridad apabullante de la que apenas podemos hacer conciencia (Kosík 1967). Sin embargo, pese a esta primera expresión como pseudoconcreción, en esencia, la vida cotidiana ha de develar mucho del cómo se produce y reproduce la vida social en conjunto, al pensarse que en toda sociedad existe una vida cotidiana. Propuesta que encuentra relación con escalas y espacios mucho más amplios como puede ser una nación o el sistema mundo.

Ahora bien, continuando con la idea de las escalas sobre las que se produce y reproduce la vida cotidiana. Esta opera en tres niveles distintos todos coexistentes entre sí, aplicando la misma lógica con la que Henri Lefevre distingue de su trípode dialéctico del espacio percibido-concebido-vivido (Lefebvre 2013). El espacio de representación, el espacio de concepción y el

espacio vivido no dejan de estar presentes a la hora, por ejemplo, de producir la concepción del espacio. Puesto que esta no se genera en el aire, sino histórica y socialmente. El espacio vivido¹²³ se identifica como el espacio de lo cotidiano, donde por supuesto no dejan de coexistir con las otras dimensiones del espacio (concebido-percibido) (Lefebvre 2013).

Teniendo esto en cuenta, y siguiendo con nuestro análisis general de la violencia, es en la vida cotidiana, la dimensión del espacio vivido, donde se interceptan y vinculan las claves para comprender aspectos muy relevantes del modo en que opera, lo que se comienza a definir como, la lógica general de la violencia –en escalas mucho más amplias de lo que el desgarrador escenario cotidiano nos permite dar cuenta–. Porque es verdad que el *móvil* o *motivo* con el que la criminología suele ubicar los acontecimientos de violencia extrema –para el caso mexicano, puesta con mayor crueldad en el cuerpo de las mujeres– es en meta narrativas de índole cotidiano, *celos, engaños, locura o enfermedad*. Aspectos no menos relevantes, pero que encubren o se presentan, en un primer momento como pseudoconcreción. Aunque, a través de una revisión crítica de la violencia, es de ese mismo espacio cotidiano de donde parte el análisis para su transformación.

Las tres escalas en las que se produce y reproduce la vida cotidiana en el capitalismo contemporáneo son: particular, general y sistémica. Siendo el caso de la escala particular la que se conduce y reproduce en el mundo pequeño del drama cotidiano. La escala general refiere a lo que habíamos dicho de la situación Nacional en su definición gramsciana. Teniendo en cuenta que cada Estado-nación, se configura y adquiere distintos patrones y modos de producir y reproducirse, acordes claro, al proyecto civilizatorio moderno. Así la vida cotidiana se debe identificar también en este sentido según cada situación Nacional. Finalmente, la escala sistémica se inscribe en la premisa general con la que se ha ordenado la escritura de estos apuntes, la cual indica que, el modo de producción capitalista se sostiene de modo bifacético, como una economía-mundo capitalista y un sistema interestatal; operada la lógica del sistema mundo capitalista en su totalidad, por la lógica de mercado y la lógica territorialista (I. Wallerstein 2006). Definidas las lógicas productivas y reproductivas generales –las que se articulan material y

¹²³ “El espacio mensurable, según la concepción bergsoniana del tiempo, es espacio abstracto, aquel que por medio de la razón se convierte en estático, carece de significado y de centro, no tiene estructura, es uniforme, nos permite la distinción simple de las cosas, cuantitativo (medible), igual entre todas sus partes, un espacio vacío, lleno de casillas vacías que se llenan con diversidad de cosas, entes, personas o poblaciones. Mientras el espacio vivido es aquel en el cual el ser humano se da cuenta del espacio que es él mismo, es donde se da el habitar, hay un punto central, tiene significado para él, sus ejes están determinados por el ser humano que los evoca” (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 31)

simbólicamente las condiciones para definirse proyecto civilizatorio— del moderno sistema de dominación como: *El patriarcado productor de mercancías* (Scholz 2013).

En tiempos recientes la ideología burguesa —tratando de afrontar al creciente escenario de violencia extrema y su impacto en la psique individual— ha optado por abordarle a través de visiones tergiversadas e individualizantes del malestar que habita en el sujeto contemporáneo. Realizando un llamado cada vez más enérgico por recibir terapia y salud mental. Sin embargo, la ecología del afecto (dígase afectos tanto de “pareja”, como familiares, cuidado de infancias entre muchas otras), solo por situar un ejemplo, se ha subsumido a las dinámicas mismas de valorización. Para casos cada vez menos extremos, solo es posible e incluso, imperantemente necesario, acceder a los afectos a través de la mediación mercantil. Contemplándose entre la ecología de los afectos aquellos que la misma población traumatizada demanda por salud mental. Teniendo en consecuencia una cada vez más creciente economía del afecto y el cuidado, por un lado; por el otro, la crisis sistémica de reproducción. Lo que la guardería significó un pequeño triunfo en la sobre carga de trabajo doméstico de la mujer trabajadora del siglo XX. Hoy día, en espacios concebidos como de intensa acumulación, la guardería no es ya un triunfo, sino que se ha reificado en necesidad insatisfecha y un “privilegio” de clase¹²⁴. Asimismo, la salud mental se convierte en una de las muchas necesidades sociales insatisfechas, en tiempos donde la depresión, la ansiedad generalizada, la paranoia, las fobias y muchos otros malestares asociados a los afectos y el ambiente, crecen año con año en un escenario de barbarie e intemperie política. Expresada, desde la narrativa burguesa, en una ideología individualista, en donde todo el malestar general recae sobre el individuo, y así, el sujeto del Neoliberalismo se convierte en su propio juez, *coro* y verdugo.

Continuando con el argumento en virtud de la teoría del disciplinamiento del cuerpo social a una ética del trabajo capitalista patriarcal y la idea del dominio y producción de las subjetividades, se

¹²⁴ “Las guarderías y los jardines de infancia nunca nos han proporcionado tiempo libre, sino que han liberado parte de nuestro tiempo para dedicarlo a más trabajo adicional. En lo que respecta a la tecnología, es en EEUU donde podemos medir el abismo entre la tecnología socialmente disponible y la tecnología que se cuele en nuestras cocinas. Y en este caso también, es nuestra condición de no asalariadas la que determina la cantidad y calidad de la tecnología que obtenemos. Ya que «si no te pagan por horas, dentro de ciertos límites, a nadie le importa cuánto tardes en hacer tu trabajo».6 En todo caso, la situación en EEUU demuestra que ni la tecnología ni un segundo empleo liberan a la mujer del trabajo doméstico, y que «producir un trabajador especializado no es una carga menos pesada que producir un trabajador no cualificado, ya que no es entre estos dos destinos donde reside el rechazo de las mujeres a trabajar de manera gratuita, sea cual sea el nivel tecnológico en el que se lleve a cabo este trabajo, sino en vivir para producir, independientemente del tipo particular de hijos que deban ser producidos» (Federici, *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* 2018, 30)

presentan la evidencia de una serie de informes que sostienen que: “El informe de prevalencia de trastornos mentales en centros penitenciarios españoles recoge que, ocho de cada diez internos ingresados en cárceles han padecido a lo largo de su vida un trastorno mental, con un 40% de estos internos presentando alguno de ellos en la actualidad –alrededor del 80% presenta historia de trastorno por uso de sustancias, principalmente alcohol y cocaína” (Vicens-Pons & Grupo de Prevalencia en Cárceles [Grupo PRECA], 2009). Rangel Araiza y José Francisco en un artículo de 2014 indican la presencia del trastorno de déficit de atención (TDA) en 5.29 % de la población mundial. Siendo en Estados Unidos una cifra de un niño por cada once, prevaleciendo en 33 a 66 % de los casos hasta la edad adulta (Fazel & Seewald, 2016; Martin et al., 2015; Sanz-García, Dueñas, & Muro, 2016)”. Lo curioso de lo descrito en esta estadística es que se estima que la mitad de los niños detectados desarrollará algún problema de la conducta y cerca de un 40 % de los que desarrollen problemas de la conducta acabará en la cárcel. Otros varios estudios han encontrado una prevalencia de enfermedades mentales cinco veces mayor en internos penitenciarios que en la población general. Reafirmando, contrario a lo que se sospecharía entonces de que los criminales son “enfermos”, las hipótesis disciplinarias y normalizantes descritas por Foucault para explicar el modo en que se despliega el poder en la sociedades modernas, primordialmente mediante la Clínica y la Prisión; en el entendido de que, el cuerpo criminal es tan necesario como el enfermo para la imposición y despliegue, de una sociedad donde el poder y el disciplinamiento se coloque en la capilaridad del cuerpo social, y se extienda como un saber poder normalizador (Foucault, *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión* 2009).

Extendidos y complejizados los sistemas clínicos-penitenciarios actualmente en lo que, al mismo tiempo, representa para la economía deprimida de Estados Unidos, el sistema privado penitenciario y de seguridad uno de los negocios más lucrativos y en continua expansión, aunado al igualmente rentable sector farmacéutico. Por lo que no solo resulta tendencial la presencia de enfermos mentales, sino, bajo la misma ideología moderna racial, patriarcal y clasista, los reos predominantes resultan ser los jóvenes, migrantes, afroamericanos, trabajadoras sexuales, adictos, así como todos lxs parias de la modernidad, se recuerda que, la demencia en Inglaterra del siglo XIX parece ir en aumento tanto como crecían las exportaciones británicas (Marx, *Acerca del suicidio* 2012), paralelamente, Estados Unidos es en la actualidad, el país con mayor cantidad de población carcelaria en toda América. Producido en consecuencia, el *complejo clínico-*

penitenciario propio de las sociedades normalizadoras modernas, en donde lo que se busca en abstracto es el dominio normalizante de los cuerpos, los actos y las prácticas; en concreto, la creación de *cuerpos dóciles* (Foucault, *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión* 2009), dispuestos a los dispositivos y mecanismos de la ética de trabajo y el lenguaje del patriarcado productor de mercancías. Frente al abrupto escenario de creciente demanda por salud mental, emerge la contradicción en cuanto a la ideologización liberal del estado de la psique individual y el tratamiento mental, que, como parte de la matriz ideológica individualista moderna, cree que el *malestar*¹²⁵ que habita el sujeto vive solo dentro de sí, y no en su modo de producir y reproducir la vida social¹²⁶.

Ahondando en la discusión de la producción subjetiva, la modernidad patriarcal capitalista elaboró –al mismo tiempo que erigió al hombre como valor–, una narrativa que define un tipo de masculinidad hegemónica, variante al tiempo y espacio concreto, pero que en general se asocia a la virilidad, el poder y la fuerza. Narrativa que hoy se encuentra en una profunda crisis. *El patriarcado del salario del varón proveedor* constituido a fines del siglo XIX y afianzado a principios del siglo XX en los países centrales, ahora cada vez más parece ser desplazado por la integración de las mujeres al mercado de trabajo, mas, las causas estructurales de la “feminización del trabajo” son, en buena medida también producto del incremento de la miseria social y la pérdida del poder adquisitivo del salario del varón trabajador durante el periodo Neoliberal, además de los extensivos procesos de despojo y privatización (Federici, *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo* 2018). De mismo modo, la visión normativa del hombre como potencia

¹²⁵ “De esta manera, pensar al sujeto del capitalismo es pensar en su malestar, en donde cabe toda la tristeza del mundo, su radical soledad, su imposibilidad de construir nada inédito, pero donde también encuentra toda la inteligencia y valentía del mundo. Por ello, pensar en las formas de los procesos de blindaje de la subjetividad contemporánea, de su vida y su malestar es precisamente pensar en su radicalidad, o lo que es lo mismo, en la posibilidad de su erradicación opuesta al mandato del discurso que pregona que ‘no hay alternativa’ frente a la obcecada persistencia de este tiempo tan extraño como cruel” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 150).

¹²⁶ “Se niega que existan esas condiciones adversas, y se vivencia como familiar, lo siniestro. Así se amputa la subjetividad, y el sujeto adquiere todas las características propias de quien depende de algo o alguien que lo maltrata: pierde inteligencia y creatividad, se acobarda e inhibe, siente que ya no es dueño de su propio cuerpo, teñido de fatiga y desgano para el placer y la acción. Lo que caracterizaba al sujeto moderno: “pienso, luego existo”, se transforma en el pensamiento lacaniano en “no pienso, luego soy”, que implica predominantemente el “gozo, luego soy” del sujeto de la posmodernidad. Surge así la patología de esta época, con fenómenos de angustia extrema, adicciones, trastornos de la alimentación, actings reiterados y pasajes al acto, predominando en todos ellos la autodestrucción y/o violencia hacia el otro, perturbaciones que los analistas nombran como “patologías del signo y de la mostración más que del síntoma” y que luego de ser rotuladas por los neurólogos, la química cerebral les ofrece el psicofármaco adecuado y la ayuda de una psicología conductista.” (Kalbermatter 2006, 25)

sexual se difumina ante el despliegue de la hipersexualización consumista de los últimos años y las luchas de resistencia de la diversidad sexual. Aunado a la profundización en la concentración y centralización de la riqueza que hace más evidente la diferencia de clase entre hombres. Así pues, la corroboración sistémica que ubica como la fuente de la frustración masculina en sus pares femeninos o infantiles, es lo que termina por situar en más de los casos a los perpetradores de crímenes de índole sexual; que parten, en misma medida del régimen que posiciona al hombre como centro privilegiado hacia su propia destrucción, pues antes de atacar a la misma estructura que lo condena, arremete contra sus pares femeninos, aniquilando vidas y, destruyendo los lazos de comunidad¹²⁷.

Dice Carol Pateman sobre el complejo de Edipo: antes de asesinar al padre Edipo abusó de su madre (Segato, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. 2010). Así pues, las subjetividades creadas en el seno del patriarcado productor de mercancías condicionan parte de la producción deseante a las expresiones cruentas y aleccionadoras de la competencia masculina – en la tragedia edípica Sófocles interpreta que todas las relaciones masculina son una relaciones de violencia recíproca (Girard 1983)– exacerbadas a sus manifestaciones más perversas en las últimas décadas, como parte de la crisis misma que enfrenta el proyecto histórico patriarcal. Proyecto civilizatorio que emerge de un doble proceso de expropiación y repartición del poder soberano –una especie de *quid pro quo histórico*– donde *los patriarcas, magos y burgueses*, hacen de la violación una política sexual de control sobre el colectivo femenino o feminizado al mismo tiempo que subordinan al resto de la totalidad de las relaciones y el espacio social, y, por ende, así mismos, a la ley del valor y las necesidades de acumulación del capital. Por lo tanto, resulta menester estudiar los registros simbólicos y la construcción de la mirada fija patriarcal, introduciendo el concepto de producción

¹²⁷ “Desde el punto de vista de la teoría de la escisión del valor tampoco se puede asumir el primado del plano material de la división del trabajo por géneros/sexos, como hace el esquema tradicional de base-superestructura. Más bien hay que colocar los factores materiales, simbólico-culturales y psicosociales en el mismo nivel de relevancia. La dimensión simbólico-cultural, esto es, cómo se forman las representaciones colectivas sobre qué son los hombres y las mujeres, se puede desentrañar, por ejemplo, por medio de los análisis del discurso siguiendo a Foucault. El lado psicosocial del ser varón, del ser mujer y de la constitución patriarcal-capitalista de los individuos puede ser captada con un instrumental psicoanalítico. De esta manera se hace visible que en el niño varón, que más tarde será dominante, ha de producirse una desidentificación con la madre y de esta manera una escisión/represión de lo femenino para poder formar una identidad masculina. Por el contrario, la chica debe identificarse con la madre para adquirir una identidad femenina y estar dispuesta a asumir una posición subordinada no sólo en el ámbito doméstico. Esto tiene validez al menos para la modernidad clásica. Lo que habría que investigar es lo que pasa cuando la familia nuclear se disuelve.” (Scholz 2013, 51-52)

deseante de (Deleuze y Guattari 1985) y, la tarea positiva –que inducen al desarrollar la propuesta del ezquizoanálisis– de producir otras subjetividades. De este modo, comprender la producción subjetiva y de subjetividades, desde su dimensión histórica y encontrar las relaciones que definen así mismo la producción del espacio social y sus elementos deseantes. En síntesis, la apuesta de partir de la crítica concreta a “la familiaridad” y desplazar el fantasma edípico de los registros sociales simbólicos e imaginarios, así como de las disposiciones espaciales y materiales, es a fin de conseguir establecer una aproximación a una psiquiatría materialista y revolucionaria que empate la transformación del espacio social como el de la producción deseante. Desaparecer de una vez por todas, el fantasma edípico de las estructuras simbólicas con las que la sociedad moderna se produce y reproduce, así pues, el espectro del padre desaparezca de la psique social.

En este sentido, pretendo incorporar las nociones teóricas provistas por la interpretación del estructuralismo de Levi-Strauss por parte de Rita Segato en su comprensión del patriarcado, *“podemos afirmar que el patriarcado es simbólico y sus huellas solo pueden ser identificadas mediante una “escucha” adecuada y advertida. Lo que hace pensar que si queremos erradicar la orientación patriarcal de nuestra afectividad y, de acuerdo con lo que sugería anteriormente, al señalar el carácter superficial e inocuo de una transformación que se restringe exclusivamente a la “mención funcional de género”, no se trata simplemente de modificar los comportamientos y roles en la división sexual del trabajo, sino de minar, desgastar y desestabilizar sus cimientos y la ideología que de ello emana,”* (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010, 70). Sin coincidir en su perspectiva esencializadora del género como punta de la pirámide del poder y la violencia; pues, aunque habíamos dicho que la dinámica de dominación masculina funge como uno de los pilares en los que se orienta el sentido de la inteligibilidad del poder moderno, este a su vez se entrelaza en las formas concretas de la clase y la raza. Si retomamos que, la violencia no es, por tanto, exactamente lo mismo que *poder*, a pesar de presentarse inequívocamente una vez que se despliega como mediación de la relación social. Tampoco es ira ni agresividad, a pesar de alimentarse en gran medida de estas emociones, mucho menos es trascendental, pues, es inmanente a su propio código, como se ha tratado de insistir, la violencia es producto de un proceso en producción social donde lo común, en la “Aldea Global”, es el *no-lugar*¹²⁸. Por lo cual, la iniciativa por una crítica de la economía política de la violencia apunta por

¹²⁸ “La desaparición de lo determinado obliga a reconstruir el pensamiento de la política a partir de una polis en principio indeterminada e imposible. La polis aparece, en este primer momento, como el espacio rebasado, roto, resquebrajado. Lo común es lo que se ha perdido y nos integra en una dinámica de flujos intercambiables. Por

el desentrañamiento de sus usos y significados para el sistema en aras de su radical transformación. No obstante, dado que en lo concreto su reproducción es contingente, la violencia revolucionaria es una condición necesaria para la emancipación, pero también lo es el cuidado y la reciprocidad.

“En ocasiones la violencia presenta a los hombres un rostro terrible; multiplica enloquecidamente sus desmanes; otras, al contrario, se muestra bajo una luz pacificadora, esparce a su alrededor los beneficios del sacrificio. Los hombres no comprenden el secreto de esta dualidad. Necesitan diferenciar la buena violencia de la mala; quieren repetir incesantemente la primera a fin de eliminar la segunda. El rito no es otra cosa. Como hemos visto, para ser eficaz la violencia sacrificial debe parecerse lo más posible a la violencia no sacrificial. Esta es la causa de que existan ritos que se nos presentan simplemente como la inexplicable inversión de las prohibiciones. En algunas sociedades, por ejemplo, la sangre menstrual puede llegar a ser tan benéfica en el seno del rito como maléfica fuera de él. La naturaleza doble y única de la sangre, esto es, de la violencia.” (Girard 1983, 44)

Añadiendo a la crítica de Segato sobre la célula violenta que Lacan no vio (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010); como parte del mismo ejercicio crítico de la realidad capitalista que se ha tratado de articular, una propuesta en la cual, también han de dialogar los elementos simbólicos de la violencia con las determinaciones materiales con las que se construye la realidad social; vemos como la caída de la tasa de ganancia revierte su tendencia bajista en los momentos en los que se despliega la violencia cruenta en la vida cotidiana, pero se preserva en operación la producción de mercancías. Un ejemplo de ello es el controvertido trabajo de Fernando Fajnzylber, Lederman y Loayza en 1998, quienes encuentran las determinantes econométricas que subyacen a la relación entre la desigualdad social y los crímenes violentos en un estudio de la CEPAL para América Latina. Es decir, la *brutalidad* no se trata de la pobreza o la *mal función* en abstracto, sino que se vuelve resultado de la profunda desigualdad en la que la sociedad moderna se desenvuelve lo que, entre otras cosas, desencadena el incremento de los homicidios. Por lo cual, la *brutalidad* no corresponde a las formas imaginarias hegemónicas que la asocian a la enfermedad o la idiotez, pues, su forma concreta se produce con mayor eficacia entre mayor capacidad de acción se disponga. Entonces, en un principio se decía que la fijación de la violencia en el espacio social tiene y es así mismo; un valor de uso como medio para la valorización y, un

eso, la utopía concreta no puede nacer de un más allá o de un más acá, sino de inmanencia misma de la catástrofe. La inmanente ofrece, al mismo tiempo, el suelo para la desolación absoluta y la potencia del cambio. La primera opción conduce a la aceptación y a la subordinación; la segunda, a la revolución del espacio. La utopía política solo puede ser pensada como potencia de lo inmanente en el seno de la catástrofe. (Fuente 2017, 76)

valor de cambio pues produce entornos, dinámicas y relaciones de valor. Esto se vuelve cierto cuando; en un giro dialéctico salimos de las estructuras psicoanalíticas con las que se articula el imaginario social del *paso al acto*, y retornamos a la reflexión en torno a los modos objetivos en los que se desarrolla la producción y la reproducción en su totalidad. Retorno conceptual que nos lleva a la noción de la necesidad histórica de producir las condiciones de existencia humana que hagan perder su vigencia y validez a las: (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010)

Añadiendo la hipótesis que la regulación de las relaciones sociales de producción aseguradas por el espacio y en el espacio implica a pesar de todo un uso perpetuo de la violencia, *la violencia* como signo también se deberá entender enmarcada en un sistema de usos y significados determinado históricamente. De ahí hemos de identificar que el espacio social ha de ser producido de modo que se a través de este plausible la rectificación de la dominación y garantizar así la valorización. En consecuencia, el miedo y el terror son empleadas como políticas paradigmáticas en el marco de las relaciones sociales capitalistas desde su emergencia. Su conjugación es posible gracias al diseño de los espacios públicos y privados diferenciados en términos no solo de una división salarial del trabajo, sino, sexual y racial. La arquitectura y el diseño, como técnica política, produce los espacios y diseña las estructuras concretas para la convivencia social –aspecto conocido por todas las formas civilizatorias conocidas, no obstante, apenas instrumentalizada en función de la subsunción de la totalidad de las relaciones sociales a la dinámica del valor– antes ya indicada en torno a la ansia urbanista moderna. No es casual que la producción espacial urbana se encuentre atravesada por toda una amalgama de expresiones de dominación, hostigamiento y persecución; aunado a inmensidad de procesos clandestinos de resistencia y resignificación ciudadana. La enunciada como *arquitectura hostil*, por las críticas contemporáneas en torno a las ciudades, es solo un pequeño ejemplo de lo que la lucha por el Derecho a la Ciudad¹²⁹ ha representado. La Ciudad, también es recinto de las fugas revolucionarias, tantos ejemplos de resistencia, expresados no solo en el romanticismo francés

¹²⁹ “El fenómeno de la Renta urbana tiene sus orígenes desde la moderna ciudad capitalista, la cual puede ubicarse a mediados del siglo XIX. Lo relevante de esta actividad y, por ende, forma de distribución del plusvalor, es que el pago por una propiedad en general dependerá del tipo de entorno construido y diferenciado en la ciudad, y de igual manera manifestará sus efectos territoriales urbanos. Esta relación da pie a los cambios que han experimentado las ciudades desde un uso comercial (en el capitalismo comercial del Siglo XVI y XVII), posteriormente industrial (Siglo XVIII), hasta lo que es hoy, una ciudad de servicios y de turismo (Siglo XX y XXI). De cualquier manera, se guardan rasgos históricos anteriores que hacen del estudio de las ciudades algo mucho más complejo.” (Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel 2022, 170)

de Baudelaire, del modernismo trunco, la inspiración del Fiódor Dostoyevski y el *hombre nuevo*, el clandestino *hombre del subsuelo* de Pleajnov (Berman 1989). Tan solo es necesario observar las flores que crecen en el pavimento.

Su secreto como producto, es decir, producido socialmente, es que la Ciudad, dada sus condiciones de reproductibilidad técnica en diversos territorios y escenarios económico-políticos, se construye en una lógica sistémica –por ello, la posibilidad de convergencia de políticas e instrumentos de dominación sobre la población y el territorio diferenciados en función de las mismas ediciones del poder antes descritas–, de ahí que son tan evidentes las contradicciones entre mayor es el grado de urbanización. El mal llamado “sistema de privilegios” expresa realmente la complejización de las relaciones sociales orientadas en la mirada patriarcal y racista en la inteligibilidad de la ley del valor. En síntesis, la Ciudad concentra a la mayor proporción de la población mundial, que por un lado implica un territorio en disputa, en resistencia y resignificación; pero que, por el otro, se presenta hegemónicamente como un producto hostil y adverso contra la población y la naturaleza.

Volviendo al problema del abordaje de la violencia, cabe decir que, el modo en que se manifiesta en México y América Latina no solo se corresponde a espacios definidos como Urbanos o “desarrollados”, tampoco significa que las Ciudades se encuentren exentas de la violencia extrema y el terror. Lo que se pretende señalar es que, en la configuración espacial es donde se puede comenzar a observar los trazos generales de la lógica de la violencia contemporánea.

“Los homicidios en México tienen un patrón espacial definido en el territorio nacional concentrados en zonas con valores significativos, destacando la zona norte, no solamente valiosas por ser áreas de producción y tráfico de drogas, sino también por la existencia o explotación de *gas sale*, aceite y agua. Pero nuestra hipótesis va más allá de los territorios codiciados en el modelo extractivista, para incluir territorios rurales y urbanos donde viven personas con prácticas comunitarias y populares. Los cuerpos colgados frente a las maquilas transmiten un mensaje amenazador a los trabajadores para que no se pasen de listos ni se organicen. Cuerpos descabezados frente al ayuntamiento dejan claro un mensaje a los ciudadanos: evitar acudir al palacio municipal. Cuerpos de reporteros a plena vista son recado claro para los miembros del gremio. La exhibición de cuerpos mutilados de trabajadores sexuales, personas trans, y miembros de la comunidad LGBTII también lleva un mensaje: que el cuerpo y la sexualidad “aberrante” merecen la muerte terrible. Las masacres de migrantes también son una forma de terror y sirven de mensaje disuasivo a los que piensan migrar hacia Estados Unidos y a sus comunidades de origen. Las masacres más conocidas de migrantes no-mexicanos fueron

encontrados en agosto de 2010. En los medios de comunicación y desde el Estado se ha culpado al grupo paramilitar de los Zetas por las masacres de San Fernando”. (Paley 2020, 44)

De lo anterior podemos deducir, entre otras cosas, que una exposición temprana a la *violencia* permea la posibilidad de encontrar sus huellas en la memoria y su reproducción ante situaciones futuras de ruptura en la continuidad cotidiana, que amenacen o sitúen al sujeto en peligro o amenaza. Las diversas intersecciones del cuerpo articulado de historia cobran sentido al momento de definir las situaciones de actuar de los distintos grupos. La corporeidad es construida y definida entonces, como una pulsión por la destrucción como demostración de la fuerza soberana; el mecanismo patológico de la enfermedad que *“se desarrolla en forma de un círculo vicioso: el enfermo se protege mediante sus actuales mecanismos de defensa contra un pasado cuya secreta presencia hace surgir la angustia; pero por otra parte el sujeto se protege contra la eventualidad de una angustia actual acudiendo a las protecciones que utilizó antaño en situaciones análogas [...] Efectivamente todo individuo ha sentido angustia y creó mecanismos de defensa; pero el enfermo vive su angustia y sus defensas en su ciclo que hace que se defienda de la angustia mediante los mecanismos a los que está ligado históricamente”*. (Foucault, *Enfermedad mental y personalidad* 1984, 60) Sin embargo, así como hemos de ser capaces de identificar la violencia como signo, derivando, por tanto, una posible sintomatología del cuerpo social. También ha de ser comprendida como un mecanismo para la realización social del derecho. Más adelante ahondaremos en el contexto específico en que se desarrolla la vida social dada la instalación del Estado de excepción como régimen ordinario. Por lo pronto cabe preguntarse ¿Qué pasa cuando la existencia misma se vuelve violencia?¹³⁰

Silvia Federici nos narra el modo en que, el proceso de persecución y exterminio de cientos de miles de mujeres en los periodos de la inquisición y Colonia forma parte del proceso de construcción de la instrumentación moderna del cuerpo, lo que Foucault omite mencionar en su

¹³⁰ ¿Qué pasa, por otro lado, con quienes no reconocen ni la normalidad situación, es decir, con quienes no obedecen y/o no se adaptan? Para un régimen de poder que normaliza la violencia y hace de ello un instrumento permanente de reproducción del capitalismo y del reforzamiento de la soberanía, tanto la desobediencia como la inadaptación son espejos inversos de su propia violencia. Son la violencia que la violencia dice enfrentar punto esta puede ser activa o en potencia, pero en todo caso aparece como amenaza cuando se irrumpe la lógica del reconocimiento que sostiene el régimen de excepción permanente cualquier desobediencia o cualquier forma de inadaptación es interpretada como una forma de violencia tan desinteresada y despolitizada como la que ejercen los poderes políticos y económicos. Despojada de su historicidad de sus contextos de sus objetivos y de las condiciones de su antagonismo lo que resulta es un escenario donde la violencia manda y responde. (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 36-37)

historia de la emergencia de la clínica moderna. A partir, precisamente, de la experiencia del genocidio y el feminicidio es como la acumulación originaria tiene lugar, experiencia desde entonces, requerida en el intempestivo proceso de acumulación ampliada (Federici, Calibán y la Bruja. *Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. 2015). Los 11 feminicidios diarios en México, las más de 100 mil personas desaparecidas, las escenas cotidianas de extrema violencia, la inmensa destrucción ambiental, son solo ejemplos de la tempestad moderna. Así, la modernidad escinde la realidad en sus absolutos binarios, los conduce en la trama de la apropiación privada de la riqueza social y la dominación, ayudando a construir un nuevo orden de colonización. Retomando el grabado inicial de Goya, la violencia sacrificial de la totalidad y el abuso es la sombra que acompaña al proyecto fáustico de transformación.

Se comprende el desenvolvimiento humano particular bajo un enfoque dialéctico relacional de lo abstracto y lo concreto; retomando la noción de que el proceso de internalización de la realidad social y la definición de sentido individual pertenece a un proceso dialógico de la estructura simbólica social e individual; los cuales convergen y se sintetizan en la personalidad concreta. Donde la práctica material de la reproducción social inscribe el momento de sujeción del discurso al cuerpo dentro del espacio social, la vida cotidiana, como eje conductor conducirá así la producción subjetiva de los individuos. Comprendida como un valor de uso de la agresividad no rectificadora, en su expresión histórica atribuida como sentimiento, en la trama desarrollada y extendida de las relaciones entre los sujetos y el espacio; la violencia, es agudizada y aplicada tanto como dispositivo de control, así como mecanismo de in-subversión, pero también como expresión de catarsis social e individual¹³¹. No obstante, advertirá, la dialéctica de las relaciones

¹³¹ “Si la catharsis sacrificial consigue impedir la propagación desordenada de la violencia, es realmente una especie de contagio lo que llega a atajar. Si echamos una mirada hacia atrás, descubriremos que, desde el principio, la violencia se nos ha revelado como algo eminentemente comunicable. Su tendencia a precipitarse sobre un objeto de recambio, a falta del objeto originariamente apuntado, puede describirse como una especie de contaminación. La violencia largo tiempo comprimida siempre acaba por esparcirse por los alrededores; ¡hay de quien, a partir de aquel momento, quede a su alcance! Las precauciones rituales tienden, por una parte, a prevenir este tipo de difusión y, por otra, a proteger, en la medida de lo posible, a los que se encuentran repentinamente implicados en una situación de impureza ritual, es decir, de violencia. La menor violencia puede provocar una escalada de cataclismos. Aunque esta verdad, sin llegar a desaparecer del todo, sea difícilmente visible en nuestros días, al menos en nuestra vida cotidiana, todos sabemos que el espectáculo de la violencia tiene algo de contagioso. A veces es casi imposible sustraerse a este contagio. Respecto a la violencia, la intolerancia puede revelarse tan fatal, a fin de cuentas, como la tolerancia. Cuando la violencia se hace manifiesta, hay unos hombres que se entregan libremente a ella, incluso con entusiasmo; hay otros que se oponen a sus progresos; pero son ellos, con frecuencia, quienes permiten su triunfo. No existe regla universalmente válida ni principio que consiga resistir. Hay momentos en que todos los remedios son eficaces, tanto la intransigencia como el compromiso; existen otros, por el contrario, en que todos son infértiles; no consiguen otra cosa que aumentar el mal que pretenden contrarrestar.” (Girard 1983, 37)

internas, que aquellas no constituyen un todo armónico y racional, sino fluido y paradójico¹³². La violencia no es condena de violencia pues, hay vida después del origen.

Es posible concebir la exacerbación generalizada de la violencia como una expresión sintomatológica del cuerpo social ante el escenario de barbarie, el trauma producido por la ejecución de la violencia deja huellas en la estructura concreta de la personalidad de los particulares. Huellas que, articuladas en un desenvolvimiento ordinario del espacio social, coloca al sujeto moderno dentro del sistema de usos y exigencias sociales del dominio, revierte la dinámica de convivencia a una guerra, y las memorias del trauma evocarán una y otra vez, marcando el espacio social con su recuerdo permanente. Marcas que toman cause de sujetos que han tomado conciencia de una parte de las disposiciones materiales con las que cuentan para la sistematización del exterminio –que no es otra cosa sino la industrialización de la muerte–, o bien, como realización material en la vida cotidiana perpetrada por sujetos sujeccionados bajo la directriz de un sistema civilizatorio traumático. *El reino de la barbarie con altas condiciones tecnológicas.*

Antes decíamos que, la similitud adyacente a la construcción de la fantasía, de retorno nunca consumada, y la producción y corroboración del deseo dentro del imaginario en la materialidad efectiva, hace tan parecido así la constitución simbólica del imaginario del violador serial con la del consumista. *De allí su serialidad característica, también, su asociación preferencial con sociedades de gran inclinación consumista como Estados Unidos, donde la escenificación fugaz, recurrente y serial de la sociedad es más típica* (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010). Entonces, el registro (consumo), en la mayoría de los casos de los así llamados asesinos seriales, violadores o monstruos (en el caso mexicano) por la prensa amarillista se tratan tendencialmente, de sujetos marcados por la

¹³² “Pero esto es precisamente lo que se entiende por internalización: el momento discursivo es una forma de poder, es un modo de formación de creencias y deseos, es en sí mismo una institución, un modo de relación social, una práctica material, un momento fundamental de la experiencia. Los discursos nunca pueden ser puros, encontrarse aislados o alejados de otros momentos de la vida social por muy abstractos y aparentemente intrascendentes que sean. Tampoco pueden estar aislados y separados de aquellos que hacen el discurso. Los seres humanos (tanto individual como colectivamente) son los portadores de los discursos. Por otra parte, los discursos, aunque producidos humanamente, tienen el incómodo hábito de asumir un cierto poder sobre la manera de pensar y comportarse de los individuos. En esto, como en muchas otras facetas del proceso social, los seres humanos pueden encarcelarse a sí mismos en sistemas y cosas que ellos mismos han construido. Esto no quita valor al hecho ineluctable de que el discurso es siempre una relación social entre personas. Pero plantea la espinosa cuestión de qué clase de relación social está funcionando. Y esto, como mejor puede abordarse, es examinando la relación del lenguaje con el discurso y el poder determinativo de ambos en relación con el ser social” (Harvey, Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia 2018, 114)

memoria de violencia, abuso, abandono y trauma (físico/psicológico) conocido y desatendido en un contexto donde las fuerzas productivas generales han devengado en tecnologías altamente destructivas y mecanismos de control inmensos. Lo que resulta es que, el análisis de la violencia hecho desde una perspectiva estrictamente cuantitativa (escalas, niveles, dimensiones) o, por el contrario, únicamente cualitativa (formas, manifestaciones, tipos). No es capaz de comprender las relaciones internas, históricas, sistémicas y situacionales que engloba la producción social de la violencia. Que, parafraseando a Daniel Inclán, *esta debe ser considerada como elemento central de la economía capitalista en colapso, pues, aparece como una dimensión operativa, una palanca para la creación de escenarios de valorización que, tendencialmente resuelven muchas de las contradicciones surgidas de la concentración de la riqueza y el poder, mediante la producción de complejos espacios y geografías orientados en la lógica del dominio moderno* (Coordinador Inclán, Daniel 2021). Por lo tanto, el abordaje de la violencia desde una crítica de la economía política, apunta a comprenderla como producto (registro) simbólico/material en producción social e histórica. Existente en la estructura psíquica social e individual como huella o memoria enraizada en la práctica cotidiana. Por lo cual, la violencia no solo atiende a los tipos o niveles, ni se desenvuelve en individuos aislados, en su lugar, trata de un proceso dialéctico, un conjunto de prácticas político-económicas en un espacio y situaciones concretas, cuyo fin es la producción de una refuncionalización y diferenciación de los entornos materiales y las interacciones sociales. Establece legalidades que antes no existían, produce sujetos y entornos materiales; es parte de la producción de la cultura, la materialidad, las estructuras simbólicas y semánticas, permite que las relaciones de poder se lleven a cabo para producir y reproducir una realidad social de dominación específica (Coordinador Inclán, Daniel 2021).

Por lo pronto, queda sentada la base de la necesidad de introducir una perspectiva feminista a la mirada fija masculina con la que se suele hacer el análisis histórico del desarrollo de la sociedad moderna en sus múltiples despliegues y formas. A modo de poder adentrarnos más adelante a la problemática general del (a falta de una mejor expresión) “desborde” de violencia misógina y machista de las últimas décadas desarrollado en el contexto del ya mencionado colapso civilizatorio. E introducir uno de los porqué de las contradicciones mostradas en materia de ejecución de la normativa, que, en apariencia, trata de salvaguardar la integridad de los ciudadanos pero que en la realidad impera la impunidad estructural. El moderno ejercicio de la justicia y el poder encarnado en el mítico contrato social sexual moderno (fáustico), encubre bajo

la sombra la violencia misógina fundadora, con la que fue subordinada con mayor profundidad el colectivo femenino por el masculino, ante el advenimiento del capitalismo y los procesos de colonización. El Derecho es una categoría significada por el poder patriarcal y la mercancía, legitimada la condición de “excepcionalidad” del Estado todos los días a través de la violencia cruenta en el espacio y las corporeidades, escrita con mayor perversión en el cuerpo de las infancias y las mujeres en América Latina, coloca como potencial víctima sacrificial para la reproducción del sistema a la totalidad de la vida. En consecuencia, forma parte la violencia extrema de un tipo de *producción estratégica* para la acumulación de capital, además de medio, mecanismo y vehículo para la valorización en sí.

Entonces, el estudio de la violencia ha de ser concebido en términos económicos y políticos, pues esta origina y conserva un determinado orden del espacio social; su materialidad objetual y simbólica; los sistemas de usos y exigencias; así como sus sanciones y castigos inscritos bajo una lógica de la normalización de los actos y corporeidades. Es decir, los sistemas valorativos que hacen lo lícito e ilícito, aceptable y repudiable. Coetáneamente a la autoridad y el poder, la violencia funge como medio para la definición de la cultura y las subjetividades. Por tanto, siguiendo a Daniel Inclán, Sandy Ramírez, Rita Canto, (Coordinador Inclán, Daniel 2021), hemos de identificar la existencia de un estrecho vínculo entre la exacerbación general de la violencia, la globalización neoliberal, la economía criminal y el colapso del sistema capitalista. Asimismo, como medida contra restante a la caída tendencial de la tasa de ganancia y la crisis estructural del capitalismo tras el periodo conocido como los años dorados, la iniciativa por parte de la burguesía por “restaurar las condiciones para la acumulación ampliada de capital y devolver a las clases dominantes su posición de privilegio” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 81). Dispuesta la violencia como parte de la producción estratégica del capital, como medio y vehículo para otros tipos de producción estratégica y la valorización en su conjunto, así como mecanismo político de control y dominio.

De lo anterior se deduce que, es posible identificar algunas tendencias con las que se desplegarán distintos tipos de violencia dadas ciertas condiciones geográficas, culturales, tecnológicas, jurídicas, demográficas (étnicas¹³³, etarias, sexuales, raciales, clasistas), pero primordialmente,

¹³³ “En este entramado complejo de interacciones sociales y sociosimbólicas en el cotidiano de las comunidades, los pueblos y sociedades urbanas se construye el devenir del proceso socio-histórico que constituyen los distintos proyectos sociopolíticos de los actores en disputa por el territorio, tanto de las formas de resistencia como de expansión del capital. Sin embargo, es importante subrayar como bien señala Clastres «la violencia etnocida,

según el tipo de actividad económica predominante o hegemónica y el grado o nivel de subsunción formal y real a la dinámica de valorización, que recordemos, permanece situada en un espacio local vinculado a una dinámica global. En conclusión, recordando que toda creación de Derecho se explicita por una violencia fundadora que le antecede; de misma manera, el ejercicio del poder equivale al ejercicio de Derecho, por lo que la violencia se preserva, dice Benjamin, también como una fuerza conservadora (Benjamin, Para una crítica de la violencia y otros ensayos 2001). Establecida previamente no solo en un orden burgués, sino patriarcal y racial.

En alusión al objetivo central de la investigación, la discusión por la definición y conceptualización de la violencia no resuelve el problema de su exacerbación generalizada en nuestras sociedades. En cambio, tan solo se han tratado de esbozar algunas de las contradicciones y relaciones internas con las que se despliega la violencia en el espacio cotidiano –tratando de ser abordado desde un dialogo de la crítica de la economía política con el psicoanálisis y la perspectiva feminista–, en tanto que; la violencia se inserta en el sistema como una fuerza productiva/destructiva, conservadora y creadora de Derecho, subjetividades y espacios. Se ha de retomar de base para el análisis, la interpretación *topológica territorial de la violencia* propuesta en la obra coordinada por Inclán (Coordinador Inclán, Daniel 2021), coincidiendo en que, una buena forma para aproximarse al estudio crítico de la violencia es a través del establecimiento de diferentes escalas y formas relacionadas dialécticamente. *Macro-Meso-Micro regionalización*¹³⁴.

como negación de la diferencia, pertenece a la esencia del Estado, tanto en los imperios bárbaros como en las sociedades civilizadas de Occidente: toda organización estatal es etnocida, el etnocidio es el modo normal de existencia del Estado». En ese modo, los distintos espacios de interacción deben entenderse como espacios de conflicto donde se efectúan relaciones asimétricas entre los distintos actores (tanto individuales como colectivos) en disputa por bienes, prestigio, recursos y territorio. Los distintos proyectos sociopolíticos que fundan pertenencia y adscripción territorial implican un movimiento de exclusión, un movimiento de exclusividad en la utilización del territorio: La guerra y la violencia organizada está en el corazón y motor mismo del ser y la vida social. En esta relación esencial con el territorio: la existencia del Otro está planteada, desde el inicio, en el acto que lo excluye: «La dimensión territorial incluye desde el comienzo el vínculo político, en tanto es exclusión del Otro.» (Edgar Talledos Sánchez, Raúl Enríquez Valencia, Juan Manuel Sandoval Palacios 2021, 19)

¹³⁴ “Los tres niveles de territorialización mencionados no son paralelos: son formas desdobladas de la economía capitalista que se entrecruzan y retroalimentan. La idea de paralelas funciona dentro de la jerga dominante de la investigación económica para asegurar que sus actividades independientes entre ellas y que nunca se tocan. Las actividades relajadas en las *mesoregionalización* y las *microregionalizaciones* necesitan conectarse en la economía formal para realizar la acumulación [...]. El capitalismo es una economía que vive de actividades en la sombra, ilegales y criminales, y sin ellas no se podría reproducir” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 69-70).

El afán es no solo dotar de un cierto grado de inteligibilidad al desgarró y trauma cotidiano que vive particularmente México y América Latina, al tratarse de territorios estratégicos para la acumulación de capital y la determinación de la hegemonía del sistema mundo; si no, aportar a una teoría que apueste por la radical transformación del sistema de dominación. La propuesta de Inclán por una topología territorial de la violencia recoge las dos premisas sobre las que se ha trabajado hasta ahora de la producción social del espacio y la violencia en el contexto del colapso civilizatorio. Enmarcando la disputa por la determinación de la hegemonía, también en crisis, de Estados Unidos en América Latina, pero con mayor énfasis en México. Por defecto, la primer clave que podemos identificar entonces, es la práctica del exterminio como estructural y estructurante del proyecto civilizatorio moderno, explicado con mayor profundidad en el siguiente apartado. Esto vinculado en tres niveles de regionalización. Correspondientes a la noción de micro regionalización a espacios particulares; basada en la necesidad del reconocimiento y pertenencia, donde se desenvuelven las prácticas cotidianas de los individuos, *el mundo pequeño*, donde se genera el intercambio, el trabajo concreto y el descanso; donde se produce la economía moral de la multitud.

La escala de la meso regionalización permite establecer el doble proceso de interpretación de las estructuras simbólicas de violencia con su correspondencia material sistémica. Por ejemplo, (Segato, La guerra contra las mujeres 2016), aporta la fundamental noción de reconocer las expresiones de violencia extrema en América, particularmente el caso de Ciudad Juárez, México, exacerbada en las últimas décadas la violencia contra las mujeres, como parte tanto de la crisis sistémica que enfrenta el proyecto histórico moderno patriarcal, así como, una forma de política de guerra contemporánea, emprendida nuevamente contra las mujeres; ya que, desde los comicios del patriarcado moderno, Segato reconoció al sistema como un patriarcado de *alta intensidad*. Además, su estudio provee herramientas teóricas capaces de explicar, antropológicamente, el desenvolvimiento de esta violencia, proveniente, según los resultados de su investigación, en su mayoría por parte de grupos mafiosos en una forma de guerra alternativa (despolitizada) contra la población y el territorio, emprendida por el amenazado hegemón estadounidense.

Entonces, el vínculo con la idea de la meso regionalización y este segundo argumento presentado es que, la función que guarda la violencia contra las mujeres no solo como estructura simbólica patriarcal –aspecto que en sí mismo ya explica mucho–, sino, estableciendo el vínculo que guarda

la existencia de estos espacios diferenciados, caracterizados por la extrema brutalidad, como necesarios para la acumulación global de valor. Microfascismos define Segato (Segato, La guerra contra las mujeres 2016) –explicamos más adelante el desarrollo del argumento central que entiende al sistema como mundial e interrelacionado a través de las distintas configuraciones del Estado-Nación, particularizado en nuestro período como *Excepción permanente*–. Por lo cual, el lenguaje y la estructura semántica, que desarrolla Segato, capaz de explicar el modo en que operan en fraterna cofradía los grupos mafiosos que eligen como medio de comunicación el cuerpo de las mujeres¹³⁵, relaciona la práctica con su reproducción sistémica en espacios sociales más extensos, pues para que pueda ser reproducida en escalas tan amplias como las que vive México y América Latina, es necesaria su consideración como condición estructural. Es decir, la participación e involucramiento, tal y como coinciden Inclán y Segato, de distintos actores políticos, corporaciones, instituciones públicas y privadas, así como los elementos de seguridad, en actos ilícitos e ilegales es no solo consecuencia de la expansión de la economía criminal, en cambio, resulta necesaria para garantizar un determinado tipo de orden social, nivel de acumulación y cuota de ganancia, a su vez de controlar a la población y definir espacios diferenciados.

La economía criminal no trata de una aversión o efecto de un Estado fallido, por el contrario, trata del modo paradigmático con el que se configura el Estado contemporáneo; sustentado en una economía sin mediación, necesaria para que impere la ley general de acumulación en espacios estratégicos o en disputa, en la medida en que se reconfigura el territorio, se eliminen amenazas y privatice el espacio; por ello, la noción de Estado de excepción permanente, donde la línea de lo lícito e ilícito se difumina cada vez más, es crucial para, establecer la relación entre la micro regionalización –que produce una economía moral de la violencia– con la meso regionalización que la institucionaliza e instrumenta a nivel regional. Argumento que sitúa las condiciones de impunidad estructural con la economía ilegal y legal, dada la configuración de un Estado de excepción que demanda una economía sin mediación. Para el caso mexicano, parafraseando a Dawn Marie Palley, *la violencia espectacular desplegada en México hace recordar los modos y formas de*

¹³⁵ “El ritual sacrificial, violento y macabro, une a los miembros de la mafia y vuelve su vínculo inviolable. La víctima sacrificial, parte de un territorio dominado, es forzada a entregar el tributo de su cuerpo a la cohesión y vitalidad del grupo y la mancha de su sangre define la esotérica pertenencia al mismo por parte de sus asesinos. En otras palabras, más que una causa, la impunidad puede ser entendida como un producto, el resultado de estos crímenes, y los crímenes como un modo de producción y reproducción de la impunidad: un pacto de sangre en la sangre de las víctimas.” (Segato, La guerra contra las mujeres 2016, 43)

violencia simbólica y material aplicadas para la conquista de la población y la transformación del modo de gobernar en la época de la Colonia (Paley 2020). Tendiéndonos finalmente a la macro regionalización en la que opera el mercado mundial. Es decir, la violencia asociada a la guerra y la militarización¹³⁶ de los grandes actores y corporaciones, el espacio de disputa por la hegemonía del sistema mundo capitalista. Espacio donde la lógica global imperante es la guerra y su pedagogía es la crueldad. “Es así como una pedagogía de la crueldad se presenta como el criadero de personalidades psicopáticas apreciadas por el espíritu de la época y funcionales a esta fase apocalíptica del capital” (Segato, *La guerra contra las mujeres* 2016, 102)

3.2. La lógica del terror moderno: genocidio y feminicidio.

No resulta extraño para la interlocución habitual que el tema del asesinato en masa aparezca en el imaginario como un evento espectacular o anormal en el curso histórico occidental (los reglones torcidos de la historia); incluso, en algunos otros ejemplos es “romantizado” por la amplia representación cinematográfica de los sucesos de crueldad ocurridos durante la segunda guerra mundial conocidos como, “El Holocausto” (Feirstein 2020). Representaciones que en el imaginario colectivo re-crean la imagen fantasmática de actos perpetrados –continuando con el lenguaje metafórico empleado– desde la depravación de los hijos de Caín. De mismo modo, la narración fantástica del genocidio es acompañada habitualmente a la fábula del monstruo moderno, depravados marcados por el trauma que son capaces de dirigir a toda una sociedad hacia la barbarie generalizada. Cuando de lo que se trata es del epítome de la brutalidad utilitaria y la industrialización de la muerte. Por eso, la idea de la psicologización individualista de los genocidios y la construcción de la retórica de víctima indefensa e ingenua, que marchó crédulamente a los trenes de exterminio, tiene sus comicios desde mediados del siglo XX. Dice Daniel Feuerstein: *“Es así como la conjunción del terror y el borramiento de la identidad de las víctimas se construyen como artefactos simbólicos negadores de cualquier posibilidad social que tienda a la confrontación*

¹³⁶ “La militarización es la base de un tipo de violencia: la militar y la paramilitar; que es la más importante en la región, no solo por su cantidad, sino por sus efectos cualitativos, que son resultado operaciones legales (operativos y represiones autorizadas) e ilegales (guerra de baja intensidad y estrategias de contrainsurgencia). Las fuerzas militares y policiales en América Latina sin uno de sus sujetos. En la región existen las policías más letales del mundo, en especial en México, Brasil y Colombia; sin considerar las actividades de detención ilegal, tortura o asesinatos presentados como muertes en enfrentamiento –mejor conocidas como falsos positivos en Colombia–. Este tipo de violencia es la que se encarga abiertamente de cuidar y proteger la riqueza de los multimillonarios de la región (representantes de las corporaciones trasnacionales, los empresarios locales o los políticos) y los intereses de las corporaciones trasnacionales.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 63)

[...] *Imposibilidad de plantearse la funcionalidad del genocidio, remisión a la patología de la perversión o la locura, negación de la identidad de las víctimas en la figura del “inocente”, transferencia de la culpa a través de la lógica de la “responsabilidad colectiva”, escisión de las representaciones del proceso genocida de los procesos históricos que motivaron a los Estados nación a desencadenarlos, equiparación de los procesos de construcción de la memoria a la morbosa recreación reiterativa del horror. La articulación de estos y otros procesos constituyen las formas de realización simbólica de las prácticas genocidas, la sexta y última etapa que clausura la posibilidad de reintentar otra modalidad en las formas de relacionarse de las personas, una modalidad apenas algo menos irracional que los actuales procesos de exclusión, empobrecimiento o asesinato de grandes fracciones de población en nuestro planeta.*” (Feirstein 2020, 114).

Por ejemplo, Francis Bacon y varios otros literatos y filósofos de su tiempo, utilizaban el precepto intelectual de “empresa titánica”, *hercúlea*, para acuñar el proyecto europeo de colonización, para ello, atribuía la doctrina biologicista de la monstruosidad a la población no europea y, la superioridad racial del varón blanco, tal que, el filósofo proveía justificación ideológica a los asesinatos cometido en África y América durante el siglo XVI. Aspecto ideológico que para la época de los comicios y fines de la hegemonía inglesa del siglo XVIII-XIX, la masacre, el despojo y la colonización se revertiría –además de la índole racial-patriarcal– hacia una justificación bélico-productivista, acorde al espíritu industrial e imperialista de la época (Peter Linebaugh, Marcus Rediker 2005). Tal como los alemanes exigieron a finales de la *Pax británica* a tener el mismo derecho a poseer un espacio bajo el Sol. Refiriéndose a ser merecedores de colonizar un territorio mayor en el continente africano para la extracción de recursos y explotación de la población. He allí el meollo del problema de la “psicologización” de los dirigentes fascistas o totalitarios, así como para cualquier otro tipo de gobernante –más allá de su utilidad inmediata concreta en la que la personalidad es un atributo singular–, el uso explicativo de la personalidad y el “humor” de los líderes políticos, para analizar los procesos históricos dispuestos a nivel sistémico, no es sino, un reduccionismo teórico acorde al individualismo metodológico propio de la ideología burguesa que no ve más allá de su propia nariz. Derivado de la idea anterior, se resalta la imperante necesidad sistémica de mediación de la violencia en el imaginario genérico; a modo de conseguir su despliegue en el discurso normalizador de la misma, en las prácticas sociales ordinarias, es decir, en la vida cotidiana, aprovechada por el alto grado de enajenación económica-política. El sistema crea las condiciones para que, la resistencia humana a la dominación y exterminio se encuentre en la intemperie

política y crea falsamente que, los dispositivos industriales de muerte aparecieron súbitamente, ignorando la condición estructural con la que personas, seres vivos y territorios son sacrificados cotidianamente en aras de la perpetuación sistémica.

Del argumento del apartado anterior, se recupera la idea que, la simplificación biologicista burguesa que reduce la violencia a los impulsos anormales o trascendentales de la psique humana particular no solo desprende al sujeto de toda relación social, sino que, lo convierte en un caso trascendental situado en el vacío metabólico con la naturaleza y el espacio. En su lugar, se propone comprender la violencia como un proceso histórico-social de larga duración; una producción-producto dialectico, inscrita en el espacio social, creadora y conservadora de Derecho, medio, mecanismo, vehículo y mediación de los modos y formas de producir y reproducir la vida cotidiana en la modernidad, pero no innata ni trascendental.

A lo cual, inequívocamente, la violencia material o simbólica, aún la más grotesca o “irracional”, se corresponde como una práctica política-económica; es decir, transformable histórico y socialmente. Situándola en nuestro estudio, como una forma de producción estratégica del sistema patriarcal capitalista, en el contexto particular de colapso civilizatorio. Teniendo como principal exponente, no a la guerra, como se creyó en un principio equiparable a la forma de violencia más extrema (Arendt 2006); en cambio, el desarrollo normalizador e industrializador moderno, devino en una perpetua práctica de reproducción e instrumentalización sistémica del genocidio, feminicidio y ecocidio. Por lo cual, el propósito del presente apartado es tratar de sintetizar en las categorías de genocidio y feminicidio, el aspecto nodal de la necesidad sistémica de producir para destruir, expuestos a lo largo de los capítulos uno y dos el desarrollo de la “Otridad”. Apuntes que parten de concebir la necesidad sistémica de producir continuamente un “otro”, espacios, corporeidades territorios, valor y no valor, a modo de poder afirmarse como proyecto civilizatorio (Echeverría 2011).

Una lógica postrada en un binarismo absoluto, distinto de otro tipo de cosmovisiones como las dualistas o monistas, aunque no ahondaremos en ellas, vale la pena tener presente su existencia. De modo de situar, el feminicidio, el genocidio y ecocidio como procesos y fenómenos modernos¹³⁷. Volviendo al argumento central, y teniendo en cuenta que la violencia se

¹³⁷ “Es indispensable comprender que esas consecuencias son plenamente modernas y producto de la modernidad, recordando que el proceso de modernización en permanente expansión es también un proceso de colonización

desenvuelve dialécticamente como un proceso y práctica política-económica, se pueden establecer las diferencias sustanciales entre los múltiples retratos de infanticidios, masacres, asesinatos sacrificiales masivos; descritos por ejemplo en los textos abrahámicos de las religiones judeocristianas; de los genocidios y feminicidios a partir de los orígenes de la Modernidad Occidental en función del argumento de la generación de valor, acumulación de ganancias y riqueza. En este sentido, el desarrollo histórico del feminicidio y genocidio moderno funge como abstracción capaz de articularse teóricamente con el Estado, el Terror, el trauma, el individuo, la personalidad y volver finalmente a la discusión de la violencia. Indicado con anterioridad en un escenario de desbordamiento generalizado. “El Sol de la Barbarie”, se le ha definido en la presente investigación.

Se distingue de otros ejemplos históricos de masacres y exterminios, con el precepto vinculante de la locación y dirección del sacrificio y el acto ritual, así como la procedencia, condición y característica de la víctima. Postrada la diferencia sustancial del sistema mundo capitalista de otras expresiones de masacre sacrificial, en que la condición de víctima sacrificial, dirección y oficio del sacrificio ritual en la sociedad moderna y la ubicación, se extiende hacia la “sacrificialidad universal”; puesto en aras de la conservación del sistema, aunado al saber poder moderno equilibrada en una endeble balanza de mercado-territorio. Antes ya esbozada la noción de su carácter fundacional y funcional de la “víctima sacrificial” en la producción del Derecho a través del largo aliento de la historia occidental. Se rechaza la hipótesis de la trascendencia o de su condición intrínseca a la “naturaleza humana” de la violencia. No en cambio, se reconoce la utilidad concreta de concebir la brutalidad como estructural y estructurante en el despliegue simbólico-material del patriarcado productor de mercancías. Aterrizándose la discusión general en torno a la categoría propuesta por Daniel Inclán de *economía moral de la violencia* para situar el malestar que experimenta el sujeto moderno contemporáneo. Además de proporcionar algunos apuntes que se espera sean de utilidad para el entendimiento del modo en que se producen las subjetividades abyectas y la función/funcionalidad del trauma social marcado por una política de terror e incertidumbre permanente.

en permanente curso. Así como las características del crimen de genocidio son, por su racionalidad y sistematicidad, originarias de los tiempos modernos, los feminicidios, como prácticas casi maquinales de exterminio de las mujeres son también una invención moderna. Es la barbarie de la colonial modernidad mencionada anteriormente.” (Segato, La guerra contra las mujeres 2016, 117)

Ahora bien, en un sentido general el modo en que se distingue una práctica de tan largo aliento, como es el exterminio y la masacre de las prácticas modernas de feminicidio y genocidio, no descansa solamente en la diferencia etimológica o semántica de la expresión. Si no, en el saber poder concreto (dado el desarrollo general de las fuerzas productivas generales) en que se circunscribe una práctica de la otra, es decir, el fin utilitario con el que opera la brutalidad. Los aportes antropológicos y lingüísticos de los estudios *rituales* de las sociedades nos ayudan a dilucidar de mejor modo la idea anterior, recordando las premisas generales en las que habíamos colocado a la violencia también como un signo, por consecuente, opera sobre determinados sistemas de prácticas, una gramática, y un sistema de significados, una semántica.

Entonces, la violencia conserva, en sus múltiples despliegues y manifestaciones, la connotación política y económica; pero expresada en prácticas rituales, cíclicas, con sus simbologías y sistemas de comunicación particulares que se relacionan dialécticamente con la genericidad y el desarrollo general de las fuerzas productivas, situada en una espacio temporalidad concreta. Así, apoyándonos entonces en la idea de ritual¹³⁸, este tiene el doble carácter de estar sustantivado de una mitología específica y una práctica particular que le acompaña. Como se indicó en el principio de la tesis, primordialmente en los aportes de la Teoría Crítica, se considera al trabajo enajenado en el capitalismo, no menos alienado a principios míticos (la meritocracia, la falacia de los ahorradores, el emprendurismo, crecimiento empresarial, la tecnología, culto al dinero, etc), en el más amplio sentido el “Mito de la Ilustración” y el proyecto *fáustico* por desencantar, para dominar, el mundo (Horkheimer y Adorno, *Dialéctica de la Ilustración* 1998), porque para fines inmediatos, el pensamiento religioso tiene el mismo objetivo que la investigación científica moderna: “la acción práctica” (Girad 1983). Además de considerar la práctica ritual no como tragedia, sino efecto de la iteración de los ciclos de producción y reproducción de la vida cotidiana, objetivada, en el trabajo y el lenguaje. Decíamos pues, que la diferencia de los exterminios y masacres, antes del advenimiento de la Modernidad a la práctica del genocidio y feminicidio, se orienta sobre su distinción en el fin utilitario de la brutalidad y el sacrificio ritual,

¹³⁸ “Lo sagrado es todo aquello que domina al hombre con tanta mayor facilidad en la medida en que el hombre se cree capaz de dominarlo. Es, pues, entre otras cosas, pero de manera secundaria, las tempestades, los incendios forestales, las epidemias que diezman una población. Pero también es, y, fundamentalmente, aunque de manera más solapada, la violencia de los propios hombres, la violencia planteada como externa al hombre y confundida, a partir de entonces, con todas las demás fuerzas que pesan sobre el hombre desde fuera. La violencia constituye el auténtico corazón y el alma secreta de lo sagrado” (Girad 1983, 38)

sustantivada por los usos y valores de uso de la violencia destinada a la generación u obtención de valor y valores de uso.

Para el desarrollo histórico del proyecto moderno, habíamos establecido, el aspecto concatenante en que éste se despliega sobre el trípode de poder raza-sexo-clase. Un saber poder sobre el cuerpo y la naturaleza, subsumido a una lógica de valorización que tiende hacia la totalidad. Fetichizada en el aureola de la mercancía y el dominio del espacio social. La diferencia de las masacres y exterminios modernos de los de la antigüedad, reside, simple y llanamente, en que estos ya no se despliegan en abstracto únicamente sobre la lógica de un poder soberano particular (la voluntad de un Rey), hacía una otredad siniestra (extranjeros) enemiga, resultado de una guerra. En la modernidad, el exterminio se subsume a la misma lógica de conteo con la que opera el mundo cósmico del capitalismo; los genocidios y feminicidios comienzan a operarse de modo instrumental, como parte del engranaje con el que opera el afincamiento sistémico de cosificación social. El genocidio y feminicidio se despliegan, por tanto, fenoménicamente como parte de un sistema ritual y mítico en el que la muerte de un determinado sector de la población resulta supuestamente benéfica para los ejecutantes. No obstante, en esencia, pese a las distintas configuraciones con las que se recubra la ideología del exterminio, está práctica funge; de fondo, como mecanismo contra restante a la caída general de la tasa de ganancia, explícitamente como desecho de la población social relativa excedente, asimismo, un “incentivo” a la productividad del trabajo, un alivio a las finanzas públicas, la realización del mercado mundial de armas, el modo más extremo y literal con el que se aperturan nuevos espacios para la acumulación de capital.

En esta tesitura, las críticas realizadas a la configuración del Derecho moderno que apelan por una “reforma” o modificación parcial y paulatina del sistema, no solo no podrían generalizarse para la mayoría, sino que siempre habría de conservar el carácter diferenciado y jerárquico, demostrado una vez más su invalidez como proyecto de emancipación general de la sociedad. Pues la contradicción de la violencia al interior del Derecho moderno es que, se revierte como inmanente al propio código en que se produce, además de contingente dadas las prácticas concretas necesarias para la determinación y conservación de un sistema hegemónico de dominación; su estructura jurídica, política, económica y social. Por ende, la máxima de muchos de los movimientos civiles, identitarios, ambientales, de: “Los Derechos no se otorgan, sino que se ganan”. Reconoce el carácter vindicativo del derecho, pero envuelve la relación contradictoria

en que se reconoce el sistema de dominación, pero se apela por su paulatina o parcial transformación. Acabando por terminar mordidiéndose la cola una y otra vez, en tanto se generan nuevos y más sofisticados espacios de diferenciación, exclusión y segregación. La contradicción no se haya esencialmente ni en la forma o el fondo por separado. Tal y como ha demostrado el materialismo histórico, la contradicción se encuentra en el modo dialectico en que se organiza la producción y reproducción de la vida social general y particular.

La racionalización del control político sobre la población (cuerpo social) forma parte de una larga tradición de instrumentación de las prácticas contrarrevolucionarias, como antes se ha dicho, inscritas en la reproducción de la violencia y el terror sobre las relaciones sociales ordinarias. Inscribe en la carne los signos de la violencia, articula a la sociedad occidental en el medio material la posibilidad permanente de la ejecución de la práctica del genocidio¹³⁹ y no como un evento aislado (Feirstein 2020). De este modo, sí continuamos, con el argumento provisto por la narrativa del cuerpo normado, el razonamiento de encontrar los eventos sistemáticos de exterminio como prácticas provistas de un orden irracional, es decir, adjudicando los eventos como actos de “maldad pura” o, ejecutadas por monstruos o, anormales como si se tratase de momentos de desliz del devenir histórico en la trama universal del eterno progreso, seremos incapaces de prevenir, o si quiera dilucidar su articulación y, se preservará siempre su estado de latencia en nuestras sociedades (Feirstein 2020). Proceso que no podría situarse más que, dentro del desenvolvimiento contradictorio de la ley del valor en su faceta industrial; condiciones que marcan su cauce en la configuración de tecnologías de control y aparatos de

¹³⁹ “Esto más una serie de premisas que nos sitúen, mentalmente, y de mejor forma, en la comprensión del tema aquí expuesto. Primera: el Terrorismo de Estado constituye un medio directo no-económico de la apropiación de la riqueza por parte de la clase dominante. Segunda: el Terrorismo de Estado puede utilizarse dentro de dos contextos diferentes: a) para la defensa de un sistema establecido de producción y apropiación, incluyendo proyectos de reestructuración y modernización de la economía: instalación de regímenes fascistas, dictaduras militares y la desestabilización de otros países; y b) para la expansión de determinadas relaciones de producción o su creación, como sucedió durante el colonialismo en el proceso de acumulación originaria del capital. Tercera: la proliferación del Terrorismo de Estado en las últimas décadas del siglo pasado en América Latina y, en general, en el mundo subdesarrollado tiene su raíz más profunda en las relaciones capitalistas de producción que imperan en él, las cuales están determinadas por los intereses de la potencia hegemónica. Cuarta: de lo anterior se entiende que Estados Unidos es el principal Estado que practica el terrorismo, lo apoya, lo propaga y lo usa como un instrumento para mantener su lugar de potencia mundial. Quinta: la razón de ser del terrorismo Estatal estadounidense está en estrecha relación con sus intereses económicos. La usurpación de mercados, materias primas y plusproductos de los pueblos del Tercer Mundo, realizada por las corporaciones transnacionales requiere de condiciones político-militares idóneas, es decir adecuadas para el proceso de explotación imperialista. Y este mismo reprime cualquier intento de resistencia de los pueblos. Sexta: la Guerra antiterrorista actual es la vuelta a escena del terrorismo como instrumento para despojar y reprimir a las multitudes sociales: quienes de nuevo en una crisis económica y un proceso de desposesión intenso resisten organizadamente.” (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 114-115)

destrucción, dialógicamente accionadas por los perpetradores de la ejecución que encuentran aprobación y aliento en la mirada social que les circunscribe. Miradas que, dialécticamente encontradas en la reversión del dominio sobre el dominante pueden emerger en cualquier momento, pero jamás de modo intempestivo, para aquello es condicionante la sujeción de la genericidad a los principios y valores de la crueldad definidos en la guerra de todos contra todo, así, como diría el cantautor Luis Eduardo Aute, *el que trepe a lo más alto pondrá a salvo su cabeza, aunque se hunda en el asfalto*¹⁴⁰. Demostrado en varios momentos del ensayo que, la premisa de la aniquilación de *lo otro* aparece como una figura repetida en todo espacio social producido por el patriarcado productor de mercancías.

Se parte del argumento que indica la posibilidad de resistencia o revolución en todo espacio cotidiano donde se presenta poder y dominación, pues es en la vida cotidiana, donde la multitud vive el dominio y produce su moral. Ante tal escenario de barbarie, se resuelve en imperativo la construcción de un sujeto capaz de no solo aceptar la violencia cruenta, como una figura ordinaria; ni alienarse a la moral a través de procesos de subjetivación de la psique particular, y si bien no lo emancipen, hagan de su vida más vivible. La violencia extrema forma parte del malestar de nuestro tiempo, para la revolución de la vida cotidiana es necesario, no la solemne resiliencia, en su lugar, sujetos replicantes, que no acepten dócilmente la cruda realidad, y cambien lo que es inaceptable.

Por tanto, las mismas necesidades de control social, que articulan la sujeción de sujetos inmersos en la reproducción ordinaria de prácticas violentas, resultan de momentos de fuga y resistencia. Momentos de insurrección donde la barbarie se le hace frente con mayor fuerza, poniendo a descubierto las contradicciones internas del proceso social moderno. La praxis revolucionaria de la vida cotidiana es, en cuanto puede resolverse como una transformación radical de su totalidad, una revolución del sujeto. A sabiendas pues, que el dotar un cierto grado de inteligibilidad a la

¹⁴⁰ “La derrota psicopolítica de los individuos es el fundamento del dominio del capital global. Esta derrota se basa en la desaparición creciente de espacios, comunidades, vínculos y expectativas que alimentan y dan forma a una personalidad rica y compleja, hasta reducirla a la no-subjetividad, a la vacuidad repetitiva y sin identidad de los individuos condenados al trabajo sobreexplotado. No se trata, como lo quiere ver Byung-Chul Han para el caso de individuos de clase medio de los países metropolitanos, de una connivencia flexible y gustosa, incluso auto-explotadora, con el Neoliberalismo, sino de una auténtica desaparición de la psique que produce personalidades sonámbulas, zombis, autómatas, destrozadas física y anímicamente por la realidad económica. Más allá de la extenuación, del agotamiento, del síndrome de burnout, están los no-sujetos que alimentan los flujos mercantiles, legales e ilegales del capitalismo contemporáneo. Vidas desechables y sacrificables para los traficantes de la muerte. Cifras estúpidas y frías para los burócratas del Estado que las archivan, presurosos, en sus ordenadores.” (Fuente 2017, 44-45)

lógica con la que se reproduce la práctica genocida en el sistema patriarcal capitalista; se sustantiva en la definición de una “Otriedad”, bajo una estricta cosmovisión binarista. Un paso importante para dar es, avanzar en la comprensión para la erradicación de la práctica genocida y feminicida como fenómenos modernos. Políticas aplicadas contra la población a lo largo de toda la historia del capitalismo. Particularizados según el momento y lugar, población, recursos y accesibilidad. Dispuesta la violencia como producción estratégica del capital, su expresión más cruenta tendrá sus efectos, causas y desenvolvimientos particulares. Hacer frente al feminicidio, genocidio y ecocidio es crucial para afrontar el vigente sistema de dominación. Dado que el sistema mundo capitalista, es, evidentemente, un sistema global, los niveles particulares e individuales sobre los que descansa la vida cotidiana, no dejan pues, de verse relacionados con la totalidad del sistema. Una revolución de la vida cotidiana es una revolución a nivel sistema, donde lo que se pretenda no la imposición de un autoritarismo utópico, sino, que, en la cotidianidad, existan, material y simbólicamente, todos los elementos disponibles socialmente para que ésta, se produzca-reproduzca libremente y se realice como proyecto particular.

La necesidad de considerar la articulación de un discurso que justifique ideológicamente la constricción racional del asesinato en masa forma parte del modo en que el capitalismo se desarrolla. La atención de designar una otriedad absoluta sobre la masa de desposeídos, a fin de que el dominio de los maestros de las artes burguesas despojase a los salvajes, los monstruos, lo siniestro, de sus riquezas, territorios y cuerpxs. El despojo, la esclavitud, la segregación, el exterminio en aras de riqueza extraordinaria dieron impulso al proceso de colonización de la economía mundo europea del Atlántico; llenaron los navíos transatlánticos de personas esclavizadas, *pícaros*, mendigos, *gandules*, radicales religiosos, trabajadores de la tierra sin tierra, exterminaron millones de personas, aniquilaron cientos de miles de comunidades, y desde entonces, no pudo parar.

Hoy por hoy, el escenario genocida y feminicida desborda en tiempos de supuesta paz. Las muertas de Juárez, los millones de desaparecidos, no solo en las últimas décadas en toda América Latina, sino todos con los que el sistema patriarcal capitalista sacrificó en virtud de salvaguardarse a sí mismo. Así, la industrialización de la muerte es tan discreta como el envenenamiento cotidiano en la basura que comemos, tan cínica como el desecho toxico industrial, tan perversa como la política pública de drogas y fármacos, tan vil como la trata de personas y el mercado

sexual, y tan grotesco como el proceso que lleva la carne de hamburguesa a nuestro plato; la potencial víctima sacrificial es la totalidad de la vida.

Para poder hacer frente y comenzar a dilucidar de mejor modo el escenario exacerbado de violencia extrema, como primer clave, hay que considerar la práctica de exterminio feminicidio-genocidio-ecocidio, como estructural y estructurante al despliegue histórico moderno. A saber, que todas las muertes, por grotescas e irracionales que pudiesen aparentar ser, en el moderno sistema mundo capitalista; directa o indirectamente, *micro, meso o macro*; generaron ganancias y, por tanto, lo fundamental a comprender es que, hay beneficiados.

3.3 América Latina, Estado de excepción y producción estratégica.

Entendiendo que el impulso hegemónico que obtuvo EU tras la guerra se derivó de la posibilidad material de no solo dirigir la producción estratégica del capital sobre una estructura petrolera, también partió de algún modo, de la repartición de las ganancias entre toda una multiplicidad de capitales. No obstante, destacamos el carácter paradójico que resulta ser la imposición y despliegue del patrón de acumulación Neoliberal, que; por un lado, implicó un desvío o comienzo de la crisis de la hegemonía norteamericana. Nos dice al respecto Barreda que: *“el desvío de la hegemonía es un fenómeno paralelo al desvío de poder, pero ya no consiste solamente en la presencia determinante del sector empresarial dentro de las estructuras de los sucesivos gobiernos y Estados nacionales, sino en el plano de las relaciones internacionales. La cual ocurre cuando el hegemón no es capaz de personificar el interés general del desarrollo del capital mundial, sino tan solo el interés particular de la nación y sobre todo de sus empresas privadas dominantes”* (Coordinadores. Andrés Barreda Marín, Lilia Enriquez Valencia, Raymundo Espinoza Hernández 2019, 88). Coincidente con lo que ya hemos expresado de la crisis estructural del capitalismo global que se vive simultáneamente y se extiende hasta la actualidad abarcando ya no solo la dimensión de sobre acumulación y sobreproducción, sino de franca escasez dado el ya alcanzado límite material y energético disponible para una sociedad materialmente sustentada en recursos fósiles y la combustión de gases (CEIICH UNAM 2021).

En otro sentido, el afrente Neoliberal funge como mecanismo contratendencial a la caída tendencial de la tasa de ganancia e iniciativa contrarrevolucionaria de la clase burguesa en un intento por resarcir el poder, beneficios, influencia y control poseídos en un pasado no tan lejano, además de frenar los movimientos de lucha y resistencia de las naciones periféricas y las

comunidades originarias. Abriéndose paso a través de la profundización de la dependencia económica y la fractura metabólica. De sobra conocemos que las iniciativas por desregularizar los prejuicios ambientales y los procesos de trabajo, lo que los economistas llaman “externalidades”, en los países periféricos es crucial para sostener las tasas de acumulación deseadas por los capitalistas. La violencia sistémica, trata de un tipo de *producción estratégica*¹⁴¹ del capitalismo contemporáneo, definida en su amplio sentido, también necesaria para la imposición y reproducción de otros sectores y actividades de la producción; el despojo y los amplios ciclos de violencia que acompañan a la actividad extractiva minera es un claro ejemplo.

Como se planteó al inicio del trabajo la categoría introducida por Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda de *producción estratégica* (CEIICH UNAM 2021), resulta crucial para el estudio concreto de la violencia y su relación con la economía política. A modo de ser capaces de comprender y analizar los efectos directos que han padecido territorios, corporeidades y comunidades bajo la lógica de dominación patriarcal racial y capitalista. Esta perspectiva demanda situar y contextualizar histórica y políticamente la manera específica en que se desarrolla la disputa por la producción estratégica y el ejercicio del poder. A sabiendas que la violencia se define como uno de los factores estratégicos en la larga trayectoria del sistema mundo capitalista en su totalidad, así como los modos específicos en que se desarrolla en cada territorio, área o región, particularmente nos interesa México y América Latina, al tratarse de una de las regiones claves para la determinación de la hegemonía mundial, nos dice Daniel Inclán (Coordinador Inclán, Daniel 2021). Prosiguiendo con su argumento expone: “para reconocer la función económica de la violencia y su dimensión política se hará el análisis desde la perspectiva de la producción estratégica, para reconocer que es un proceso vinculado con la definición de las dinámicas de producción, circulación y consumo, y, por lo tanto, es un instrumento para definir el ejercicio del poder y la concentración de la ganancia” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 50)

Por lo tanto, el primer supuesto del que se parte es que: la concatenación en el capitalismo (patriarcado productor de mercancías) de la *realidad social* se presenta hoy día de modo

¹⁴¹ “Lo paradójico de todo esto estriba en el hecho de que el capital establece sus prioridades estratégicas no a partir de la conciencia y la planificación de los empresarios, tecnócratas y dirigentes del Estado sino más bien a través de un proceso ciego y automático, que solo después de cometer innumerables errores, descubre paulatinamente aquello que le resulta esencialmente benéfico para su reproducción y desarrollo. Por ello, si bien la persecución del plusvalor extraordinario introduce caóticamente innovaciones técnicas en todos los frentes, solamente con la reiterada reproducción de capital se va dejando claro la prioridad estratégica de aquellas ramas o sectores de los cuales deponen todos los demás.” (CEIICH UNAM 2021)

hegemónico. La producción material, simbólica, espacial y conceptual, así como, las formas objetivas y subjetivas de la historia y la vida cotidiana de los individuos; se encuentran subsumidas, casi en su totalidad, a la lógica de la valorización del valor. Lo que nos ayuda a entender las expresiones materiales que motivan la tendencia del movimiento de personas hacia determinados fines, además de la aceptación social de la barbarie o la concepción generalizada de imposibilidad de transformación de su *mundo entero o genericidad* (Heller, Sociología de la vida cotidiana 1977). Sin embargo, es la singularidad del proceso en sí, donde guarda su esencia. Por lo que los estudios de los medios simbólicos y subjetivos no han de ser dejados de lado, ni mucho menos menospreciados para acercarnos a estudiar conceptos tan complejos como es el desenvolvimiento de los actos, las decisiones y la producción social.

La segunda condición es la noción de que el capitalismo bajo el patrón de acumulación Neoliberal terminó por romper el *metabolismo social*, llevando al planeta al borde de la debacle climática. Como fenómeno, implica la reconfiguración del territorio y el espacio producto ya no solo del empuje del capital, como alteración biogeográfica, sino, producto de la reversión climática de las fuerzas naturales en fuerzas destructivas (Coordinadores. Andrés Barreda Marín, Lilia Enriquez Valencia, Raymundo Espinoza Hernández 2019). Fenómeno que ha tenido como una consecuencia inmediata el desplazamiento de cientos de miles de personas en la completa imposibilidad de anexarse a un “mercado de trabajo” inexistente¹⁴² o sobresaturado de oferta de trabajo; incrementando por miles la población excedente. Ambas premisas nos guían hacia la violencia y el crimen organizado, que como explica Magdalena Galindo, forma parte de la globalización capitalista del último período (Galindo 2005).

Es importante resaltar el vínculo que existe entre la determinación de un “estado de excepción” con el incremento migratorio propio de la globalización y la tendencia hacia la privatización de todas las actividades, incluido claro, el complejo clínico-penitenciario-seguridad. Lo que se pone en juego es una doble contradicción en el desarrollo histórico del capitalismo que, en misma

¹⁴² El número de migrantes en 2019 alcanzó la cifra de 272 millones, 51 millones más que en 2010. Entre el 2000 y el 2019 el crecimiento de la población migrante creció más rápido que la población mundial pasando de ser el 2,5 por ciento a 3.5 por ciento respectivamente. En la distribución por sexos, las mujeres representan algo menos de la mitad de todos los migrantes internacionales en 2019 y disminuyó ligeramente, del 49 por ciento en 2000 al por ciento en 2019. La mayor proporción de mujeres migrantes se registró en América del Norte (52 por ciento) y Europa (51 por ciento), y la más baja en el África subsahariana (47 por ciento) y en el África septentrional y Asia occidental (36 por ciento). Del mismo modo entre los años 2010 y 2017, el número mundial de refugiados y solicitantes de asilo aumentó en unos 13 millones, lo que representa cerca de la cuarta parte del aumento del número total de migrantes internacionales indica un reporte de la Naciones Unidas.

“La Aldea Global” ya decía en 1962 el sociólogo canadiense Marshall McLuhan para indicar que, gracias al avance de las telecomunicaciones, el mundo se había vuelto más manejable y pequeño, recordado con fuerza la caída de la soberanía, no obstante, pese a la tensión de lo nacional, en una expresión crítica, el Estado, recordemos, representa la forma del capital social, que sabemos pues, se encuentra en crisis.

En este sentido, la forma que habrán de adquirir muchos de los Estados en América Latina desde la década de los 80’s y con mayor profundidad en Estados Unidos tras la caída de las Torres Gemelas en 2001, se expresa en la forma de un Estado de excepción permanente. Retomando la idea de las reflexiones de Giorgio Agamben que sitúa, por tanto, comprender que el “estado de emergencia” no es resultado de la militarización de la sociedad, sino que esta es la forma ulterior con la que se expresa. Continuando con el argumento, Žizek comprende que, “cuando decenas de miles de personas cruzan zonas densamente pobladas sin ninguna organización, entonces si es un verdadero estado de emergencia”. Por fuera los marcos institucionales específicos con los que se designa el Estado de Excepción y Estado Fascista, en México y América Latina *“se observa la implementación y naturalización paulatina de toques de queda informales y autoimpuestos, la conformación de fronteras invisibles y simbólicas que dan cuenta de manifestaciones de segregación socio espacial, en ocasiones relacionadas con la violencia y el miedo imperantes o la normalización del asesinato constante y sistemático de la población de jóvenes sectores populares, que se verifica en las tasas más altas del planeta en ese rubro y que en ocasiones superan las de países envueltas en conflictos bélicos declarados.”* (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 192)

De modo que, tal y como ya se ha caracterizado del ciclo y patrón de acumulación de capital neoliberal y la crisis de hegemonía norteamericana como un proceso de mundialización, “flexibilización y feminización” del trabajo (Alvater y Mahnkopf 2002), así como de una exacerbación del *despojo* capitalista que se asemejan a los *tiempos de la acumulación originaria* (Harvey, Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo 2014). Un proceso más parecido a una iniciativa *Neocolonialista*, una “Aldea Global”, pues la violencia cruenta y ritualista, el despojo y el desplazamiento de territorio y poblaciones enteras ha sido brutal. Que como se ha señalado anteriormente, la migración es tanto condición como consecuencia del último proceso globalizador del capital; pero también una condición estructural del sistema mundo capitalista. El énfasis se encuentra descrito dentro del mismo escenario de crisis estructural sobre el que se desenvuelve el masivo proceso migrante o *desplazamiento forzado* de las últimas cinco décadas. En

tanto, el problema del “*Estado de excepción permanente*” es reflejo de la crisis misma que enfrenta el Estado-nación frente a una dinámica de aperturismo mercantil globalizante, que, a su vez pone en tela de juicio aspectos nodales en las determinantes de la categoría Nación; tal como soberanía-frontera o territorio-gobernanza. La crisis de hegemonía sistémica se enfrasca de misma manera, en una crisis de legitimidad del poder soberano de la Nación. Lo que, así como señaló Bolívar Echeverría: “el problema actual del Estado-nación debe de ser vista como una crisis de la Modernidad en su conjunto” (Echeverría 2011). El estado de excepción es la forma que adquiere la configuración del *nuevo arte de gobernar* sustentado en una economía sin mediación.

Incluso para el caso de los gobiernos progresistas de América Latina y el liberalismo de “izquierda” europeo, la situación generalizada de emergencia se presenta como paradigmática también para los gobiernos conservadores o proteccionistas. Como indican diversas opiniones en la academia, se trata de la nueva tendencia hacia la fascistización de la sociedad, o bien, la generación de *microfascismos* como señala Zizek y Segato (Segato, La guerra contra las mujeres 2016) respectivamente. Hablamos del modo y forma que parece ir adquiriendo cada vez más naciones, territorios y comunidades, además de exacerbarse la violencia en todas las esferas, niveles y manifestaciones de las relaciones sociales ordinarias; es cuando todo cabe, en aquel jarrito al que recurrimos cuando nos inunda la barbarie.

A pesar de lo problemático que puede resultar para las teorías convencionales del poder y el Estado la idea de definir “micro” espacios dentro del Espacio social Nacional como fascistas, aquí habremos de darle su lugar, reconociendo su valor demostrativo para representar las dinámicas despóticas de orgiástica violencia que existen en diversas zonas de México y América Latina. Nicos Poulantzas en su celebre estudio sobre el problema de las dictaduras y el fascismo, establece ciertas premisas que invitan a concebir el fascismo más como un fenómeno de índole europeo y, a las dictaduras militares propias de América Latina. Distinguiendo como categoría clave, la determinación de la ideología racista europea en su narrativa hegemónica dentro del orden de lo nacional con el que se despliegan las distintas formas “extremas” de dominio de Estado fascistas.

Sin embargo, lo que se quiere resaltar son dos aspectos importantes: el primero de ellos, es reconocer la ideología no como principio de realidad ni tampoco como falsa conciencia, sino como mediación, pues no es menos cierto que dentro de los Estados fascistas existían muchas personas que en otro contexto vivirían alienados a otras dinámicas sociales, así como grupos y

referentes en franca oposición, tampoco olvidar que la inmensa mayoría de las dictaduras militares latinoamericanas han sido presididas por mandatarios de ideologías profundamente racistas, incluso consigo mismos. Entonces, de mismo modo tampoco trata de que existan “religiones buenas y religiones malas”. El fundamentalismo a secas no es suficiente para explicar los grados de violencia extrema cometidos entre semejantes, la capacidad de alienación e instrumentalización de la brutalidad utilitaria es sorprendente. Tampoco se trata de decir que las formas de exterminio cometidas en Europa son más trágicas a los genocidios históricos y en ejecución de los países centrales a los países periféricos, mucho menos que estos carezcan de un odio racial y de género. Por el contrario, en oposición a la lectura de Walter Benjamín de “violencia divina”, como aquella carente de sentido o significado, aquí la idea de la brutalidad utilitaria en la modernidad se corresponde con la premisa planteada anteriormente en cuanto al *locus* en el que la sociedad capitalista a situado la víctima sacrificial para la preservación del estado de Derecho, insistido, por tanto, en su extensión hacía la totalidad de la vida en función del Valor. Lo que pone a la práctica del genocidio no como excepcionalidad sino, como una condición estructural y estructurante del capitalismo¹⁴³, y el Estado fascista solo distinguible de la dictadura militar en la forma, coincidiendo en el fondo como la expresión de brutalidad a la que está dispuesta a configurar la realidad social el sistema para garantizar su reproducción.

El segundo aspecto relevante de la idea de fascistización de la sociedad se expresa en el marco del impulso Neoliberal sobre la apertura nacional al carácter cosmopolita del capital financiero y comercial. La desregulación económica y la globalización mercantil se contradice en lo que la ideología de la geocultura había definido, de modo que existe una fuerte tendencia por la producción de espacios diferenciados de acumulación dentro de espacios antes ya subsumidos por las dinámicas de capital. Exacerbando los viejos vicios de las sociedades burguesas hacía la

¹⁴³ “Hay que agregar que en la expansión del capital la violencia juega un rol preponderante en la forma de construir territorio y espacios de acumulación de capital y defensa del territorio «pero se despliega en un contexto social que la contiene, canaliza o exagera» En este proceso, la formación y surgimiento del Estado juega un papel clave entendido este último como «un campo de poder marcado por la amenaza y el uso de la fuerza caracterizado por: 1. La imagen de una organización coherente que controla un territorio, la cual es una representación de las personas unidas bajo ese territorio; y 2. Las prácticas reales de sus múltiples partes.» Desde esta mirada, la violencia ejercida por el Estado instituye nuevas estructuras jerárquicas y sistemas creadores de sentido, hablamos de una nueva espacialidad que se despliega bajo las distintas capacidades institucionales, técnicas, administrativas, políticas e ideológicas, las cuales tienen la capacidad «para penetrar en la sociedad, regular relaciones sociales, extraer recursos, y apropiarse o usar estos recursos de diversas maneras». La guerra y la violencia es una «situación al mismo tiempo significativa y natural: es una confrontación sociológica en donde se matan los individuos, esperando la reproducción de su modo de vida puesto en peligro por el Otro.» (Edgar Talledos Sánchez, Raúl Enríquez Valencia, Juan Manuel Sandoval Palacios 2021, 18)

violencia territorialista, clasista, racista y sexista dentro de espacios sociales más parecidos a microestados fascistas donde todas las libertades humanas burguesas se ponen entre dicho frente a un estado de dominio brutal. Por lo tanto, la idea de microfascismos y fascistización revela más el carácter cruento y contradictorio sobre el que opera la lógica de acumulación global en territorios concretos. Propuesta que nos ayuda a situar de mejor modo, los mecanismos con los que la violencia, la criminalidad, la impunidad y el Estado se definen en un contexto de crisis sistémica. Ayudando a emprender la mirada en una crítica mucho más certera a los procesos con los que de pronto, territorios como Ciudad Juárez o la Región de Tierra Caliente en México, operan como una suerte de “submundo”, un “subgobierno” y una suerte de realidad alterna, donde la violencia extrema se escribe todos los días en las corporeidades y territorios, con particular perversión sobre el cuerpo de las mujeres (Segato, La guerra contra las mujeres 2016).

Volviendo a la discusión económica, encontramos que, la acumulación de capital –al menos desde nuestra perspectiva– no se remite a un hecho histórico, la naturaleza del capital por condiciones de reproducción y perseveración debe recurrir constantemente a la replicación de condiciones que le permitan seguir acumulando (De Angelis 2012), ya sea por medidas jurídicas, o en términos de Luxemburgo, de permear el ambiente de reproducción capitalista. *“La complejidad del control social por medio del ordenamiento espacial (y a la inversa, las complejas maneras en que la transgresión de fronteras espaciales cuestiona los órdenes sociales), requiere un análisis sofisticado. Los espacios simbólicos y la semiótica de los ordenamientos espaciales, por ejemplo, crean textos que tienen que leerse en términos sociales. La organización espaciotemporal interna del hogar, de los lugares de trabajo o de las ciudades es el resultado de luchas por la estabilización o la perturbación de significados sociales libradas por parte de fuerzas sociales opuestas. [De esta manera, el concepto de escala nos ayudará a situar el modo como los distintos espacios sociales se producen bajo las diversas claves sociales de dominación. Dígase género, clase o raza, y como estos marcan la espacialidad en función de las escalas. Misma manera que], la fijación de la espacialidad mediante edificaciones materiales crea espacios sólidamente construidos que materializan valores sociales negociados o impuestos. El control espacializado de grupos indeseados –los sintecho, los gitanos, los asistentes a las raves, los ancianos– y la estigmatización espacial es un fenómeno generalizado en la sociedad contemporánea como lo era en el mundo medieval”* (Harvey, Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia 2018, 298). Lo que en los hechos implica una lógica permanente de expansión del capital y subyugación de pueblos y sociedades no capitalistas a dinámicas impuestas, destruyendo sus formas de autoexpresión social ya sea por la modificación en el modo de

producción o por el exterminio de sus miembros. Produciendo la diferenciación espacial en función de la necesidad de extracción de plusvalor y valorización del valor.

La idea del espacio social nacional en el que se posibilita materialmente el desarrollo de “micro fascismos”, se despliega en un contexto en el que el desarrollo de valores de uso nocivos y tóxicos como las armas, los narcóticos y fármacos derivados (en su mayoría) del petróleo, se imponen como política pública sobre las masas poblacionales en gran parte de América, Europa y Asia. Generando una amplia oferta-demanda de toda clase de fármacos, tanto lícitos como ilícitos, que se extienden desde analgésicos derivados de opioides importados de Asia, hasta iniciativas estatales de intoxicación de la población. Ejemplo son las estrategias estatales de Ronald Reagan de usar el *crack-cocaine* como herramienta para dismantelar barrios enteros de comunidades afroamericanas, marginadas y comunistas/anarquistas en Estados Unidos, así como fue mecanismo de guerra en Vietnam¹⁴⁴. No es nuestro propósito central el desarrollar plenamente todas las practicas realizadas en virtud del desarrollo del mercado mundial de armas y narcóticos, así como los efectos y motivaciones de la táctica prohibicionista policial americana de dominio político-territorial. Lo que se busca resaltar es que, más similitudes guarda el avance del crimen organizado en Colombia durante los años 80 y la exacerbación generalizada de la violencia, con la actual y todavía más cruenta violencia relacionada al crimen organizado en México. Teniendo en común la crisis que enfrenta la sociedad petrolera con el crimen organizado mucho más de lo que se suele reconocer. De modo de no comprenderle al Estado de Excepción generado –supuestamente– por grupos mafiosos y corruptos, una suerte de falla o ruptura del Estado, que, siguiendo a Walter Benjamín en su crítica al Derecho burgués, la violencia realizada por un particular dentro del moderno sistema de derecho puede ser concebida como una posible ruptura con el orden en sí –de ahí el incipiente temor que tuvo el Estado moderno a la figura del *forajido*– (Benjamín, Para una crítica de la violencia y otros ensayos 2001), pero, en lo concreto, la demanda del sistema por una economía sin mediación, genera a los modernos sicarios y forajidos, que no alteran el orden realmente existente, por el contrario, lo alimentan.

¹⁴⁴ “Esta historia continuaría durante los gobiernos estadounidenses de James Carter y, de forma más intensa, con el de Reagan. Con “La Operación Cóndor” se llevaron a cabo actos de terrorismo sobre los pueblos argentinos, uruguayos, paraguayos y bolivianos, cuyos gobiernos habían firmado dicho plan. El saldo: miles de personas asesinadas durante dos décadas. A partir de este momento, podemos hablar de una globalización de este fenómeno que iba junto con pegado con la globalización de la economía del nuevo libre mercado, y con ello la desigualdad social y el aumento de la degradación social de las multitudes oprimidas.” 112 (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 112)

La violencia producida o asociada por el crimen organizado no resulta contradictoria con el principio de inteligibilidad del Estado sobre la que se adscribe, en cambio, el desarrollo de un mercado “ilegal e ilícito”, es congruente con un capitalismo en crisis. Forma parte de los mecanismos contra tendencias con los que el sistema logra reactivar la acumulación ampliada de capital, además de re-dinamizar espacios económicamente deprimidos o abrir nuevos espacios para la acumulación. Sandy Ramírez (Coordinador Inclán, Daniel 2021) realiza un muy interesante trabajo al respecto de la relación que guarda el mercado y la corporativización de lo ilícito e ilegal con la renta, el consumo y sector financiero. Una economía sin mediación, donde lo que impera ya no son los instrumentos de un así denominado por la economía liberal, “arbitro” de los actos y el intercambio. En su lugar emerge la crudeza con la que, cabe decir, siempre ha operado el capital para su reproducción, sin embargo, en su último ciclo de expansión Neoliberal cada vez ha requerido menos de la estricta fetichización de la explotación y la mística de la violencia irracional, ahora que la ideología del ultra individualismo es hegemónica, el enemigo es íntimo, y el juez, coro y verdugo, es uno mismo.

Por lo pronto, se ha de mencionar a grandes rasgos que, uno de los mecanismos con los que el discurso hegemónico a desdibujado la dinámica estructural de la “economía criminal” y, eleva a mito la categoría de *cartel, plaza, y el desarrollo de una narco cultura*¹⁴⁵; desdibuja del análisis cualquier posibilidad de estudio crítico, pues las fantasmagorías con las que el prefijo *narco* ha seducido a toda clase de comunicadores, científicos y opinión popular es sorprendente; *narco-cultura, narco-gobierno, narco-corrido, narco-fiesta, narco-violencia* (Gaussens 2018). Es sorprendente la capacidad de aparecer tanto sin decir nada, pues, “este marco encierra la violencia de la guerra en México en una versión ficticia y liberal que imagina las fuerzas del bien contra el mal en espacios contenidos e individualizados” (Paley 2020, 61). De mismo modo, la idea general que guarda Down Marie Paley sobre las tácticas contrainsurgentes¹⁴⁶, que ha tomado el Estado y el

¹⁴⁵ “En tanto proceso, esto se ha traducido en una serie de modificaciones en ámbitos significados de la cultura. Así, es posible observar una incorporación al lenguaje de un léxico relacionado con la experiencia de convivir con estas formas de violencia, lo que en nuestro país tiene como abrevadero la llamada ‘narcocultura’, que se verifica en una lengua, ahora franca, que da cuenta de las y los *encobijados, tapeados, rafagueados, levantones*, etcétera; en suma, aquello que Rossana Regudillo ha enunciado como ‘narcoñol’. En una tendencia que cruza a América Latina y el Caribe, modelos de comportamiento asociado a los varones y basados en cierto tipo de consumo se forman ahora como el modelo a seguir por las nuevas generaciones.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 193-194)

¹⁴⁶ “La clave analítica de la contrainsurgencia ampliada sirve para aludir a los múltiples despliegues y aparentemente inconexos eventos de violencia que se presentan a lo largo y ancho de México con distintas intensidades, cuyo contenido es garantizar el control de la resistencia y la contención de las luchas contra el

capital en las últimas décadas, nos dice que: “la disciplina, resultado del terror, tiene su utilidad para el sistema, sirviendo no solo como mensaje para estas comunidades o grupos, sino también como intento de mantener una fuerza de trabajo sumisa y del tamaño adecuada para las necesidades del mercado”. (Paley 2020, 62)

Como hemos insistido, son relaciones concretas en las que se desarrollan toda clase de prácticas cruentas, economías simbólicas y materiales de la violencia que impone el sistema como condiciones necesarias para reproducir las relaciones sociales capitalistas cotidianas. Es decir, así como Edward. P. Thomson ya criticaba de los estudios que daban por sentado o minimizaban el carácter particular en que la multitud produce su moral, dado, sí, las condiciones económicas generales, pero también muchos otros factores, con los cuales, los individuos concretos, en situaciones particulares, atravesados por una trama singular y general, pero, siempre producida histórica y socialmente, se ha construir en la vida social, el gran y pequeño mundo, a fin de cuenta, un horizonte de sentido.

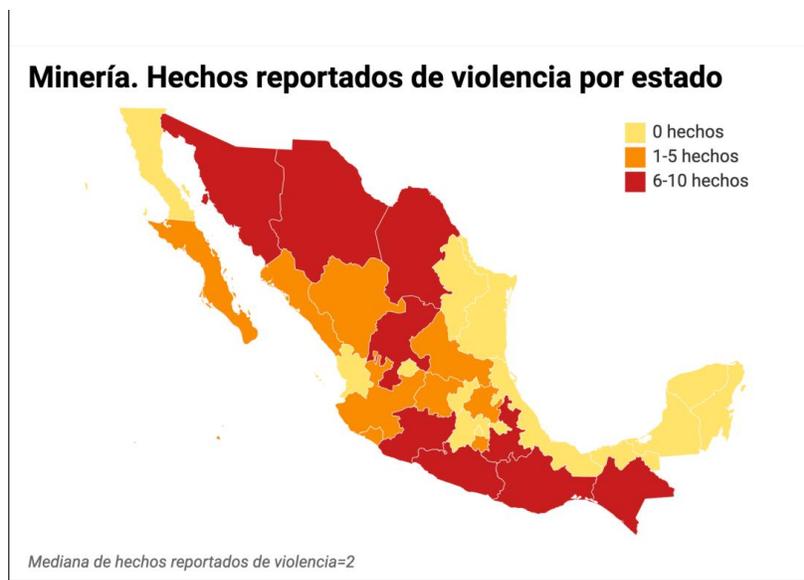
Sin embargo, tal como señala Rita Segato, estas nuevas configuraciones sociales que en apariencia se presentan como antagónicas al proyecto civilizatorio moderno y al Estado. En realidad, fungen en santa cofradía y fraterno pacto entre los distintos actores que eligen de víctima sacrificial –de la guerra disputada en México y América Latina– el cuerpo de las mujeres (Segato, *La guerra contra las mujeres* 2016). Se desarrolla entonces, la configuración de la economía simbólica de la violencia, así como los medios y mecanismos para su legitimación, otorgándole su grado de inteligibilidad para los miembros-observadores de una comunidad concreta. Con estas herramientas, podemos establecer entonces a la generación de la violencia como parte de la producción estratégica del capital. Lo que significaría que esta fungiría tanto como medio, vehículo y mecanismo para toda la acumulación en su conjunto dentro y para la producción de la totalidad de las mercancías, así como una producción estratégica concreta. El así llamado *terrorismo de Estado* es el principal representante de dicha función (Calleja 2013)¹⁴⁷. No obstante,

despojo y la intensificación de la explotación, en medio de apertura o ampliación de procesos de acumulación de capital. Tres rasgos centrales de estas extendidas y aparentemente incomprensibles acciones de violencia son: 1) la confusión de los perpetradores en medio de una narrativa de conflicto entre ‘narcos’ reiteradamente producida y amplificada, 2) la ampliación de la categoría contrainsurgente y, 3) el uso del complejo conjunto de violencias que van desde la muerte espectacular hasta la desaparición forzada masiva. Dado que la Guerra Neoliberal ha sido vaciada de contenido político en el discurso oficial, tratamos de volver a dotar de significado a esta guerra.” (Paley 2020, 59)

¹⁴⁷ “La violencia es ya un fin en sí mismo y el asesinato del enemigo —del Estado— y del capital es la constante, basta mirar las recientes noticias donde se podrá encontrar asesinatos de periodistas, desapariciones, asesinatos en

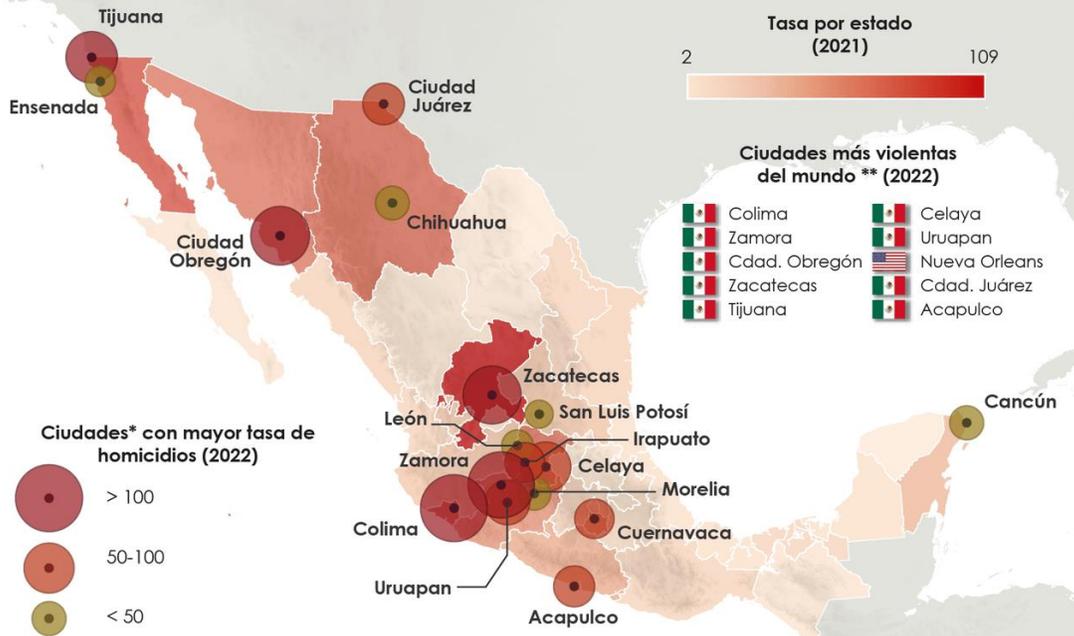
como se ha insistido, la violencia no abandona su forma concreta, ejecutada por individuos particulares en situaciones específicas. En consecuencia, el desarrollo histórico del biopoder (Foucault, *Microfísica del Poder* 1992) también ha permitido –al develar e instrumentar sus tendencias– concebir en función de la lógica de policiamiento y la ejecución de políticas públicas, con cierta antelación, algunas de las nefastas o ‘benéficas’ consecuencias de determinadas acciones, omisiones, iniciativas de política pública o incentivos económicos.

La producción de subjetividades cruentas, entonces, se postra como el *sujeto* de un Estado de Excepción. Antes decíamos de la situación de colapso y el sacrificio de la totalidad. Denotando geográficamente iniciativas de orden Estatal y empresarial por reproducir determinadas formas de violencia, en función de; las condiciones de la población, necesidades del capital, grados de desarrollo de las fuerzas productivas generales, características del mercado de trabajo, resistencia y oposición de la población y el territorio. Esto como parte de la producción estratégica particular y general de la acumulación global, además de un mecanismo de preservación y expansión del dominio a través de sacrificio de la totalidad, en nombre del sujeto automático que demanda como medida contratendencial de la caída general de la tasa de ganancia en medio de un territorio en disputa.



grupo, como los de Tlatlaya, Tanhuato, Ostula, levantamientos y desapariciones como el de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa, encarcelamientos, acoso y persecución de activistas sociales. Éste es el oscuro panorama de una realidad que para algunos es una realidad de guerra: “La Cuarta Guerra Mundial” le llaman los zapatistas de Chiapas (1999), “La guerra contra los pobres” le llama Alain Joxe.” (Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg 2019, 101)

Tasa de homicidios por 100.000 habitantes



*Áreas urbanas con más de 300.000 habitantes
 **Excluyendo países en guerra y Estados fallidos

Gráfico:
 Abel Gil Lobo (2023)

Fuente:
 INEGI (2022), Citizen Council for Public Security and Criminal Justice (2023)



Mapa de las concesiones mineras en México. Fuente: [Secretaría de Economía \(2015\)](#)

3.4 Claves para entender el desbordamiento generalizado de la violencia.

Las siguientes claves que abordaremos en los apartados subsecuentes, prosiguen con la veta explicativa que trata de dar pie al modo en que se generó un Estado de Excepción permanente en México y América Latina, aunado al develamiento de la lógica de la violencia en las políticas aplicadas a la población y el territorio en función de, como hemos dicho, garantizar la producción estratégica de capital (en una sociedad material petrolera), dado el escenario de crisis hegemónica y civilizatoria que enfrenta el proyecto patriarcal capitalista. Teniendo como hilo conductor que la violencia es un producto en producción social; contradictoria, pues crea y destruye, pero dispuesta como parte estratégica de la acumulación de capital en su conjunto; el objetivo de la obra es la de generar apuntes y notas metodológicas que se aproximen al estudio crítico de la violencia. El propósito del presente apartado no apela por finiquitar la discusión o dar por sentada la validez de la aseveración. En cambio, las siguientes líneas tratarán de abonar de contenido teórico a la anterior hipótesis. Describiendo, no una versión final, sino, una breve revisión de literatura de lo que a continuación se expondrán como “claves” para la comprensión del desbordamiento generalizado de la violencia extrema en el contexto latinoamericano. Particularmente pensado en la situación Nacional mexicana, pues como decía, Cristina Pacheco, *aquí nos tocó vivir*. Tratando de ser problematizada con la propuesta metodológica hacia una *topología de la violencia* de Daniel Inclán. Teniendo como premisa general, que no se trata de solo explicar los modos y formas de la violencia, sino, ubicándola como proceso social, transformable. A grandes rasgos son tres las claves las que habremos de desarrollar y, finalmente una síntesis propositiva.

Se sostiene como hipótesis de trabajo para las siguientes notas –y una futura investigación que las profundice– que, las expresiones de las prácticas violentas se podrían abordar desde la crítica de la economía política; primordialmente por el tipo de actividad económica hegemónica en una escala micro-meso-macro regionalizada teniendo en cuenta los grados de subsunción real y formal a la dinámicas del valor del territorio a analizar. Asimismo, en una mira complejizadora, esta se verá reflejada a condiciones geográficas, culturales, tecnológicas, jurídicas, demográficas (étnicas, etarias, sexuales, raciales, clasistas). Por lo que, las manifestaciones cotidianas, han de abordarse desde la construcción teórica de una economía moral de la violencia, comprendiendo pues, el malestar del sujeto del capitalismo contemporáneo, marcado por la memoria de la extrema violencia fetichizada y, por ende, despolitizada, vaciada de contenido y reducida a mera

irracionalidad trascendental, pues, se escucha en el discurso de los medios de comunicación, personas locas hacen cosas locas¹⁴⁸.

Migración.

La primera de las claves a considerar para el develamiento e inteligibilidad del Estado de excepción y la lógica de la violencia extrema es: la *migración* (dentro del capitalismo) tendencialmente forzosa. *“La primera consecuencia del empobrecimiento al que la liberalización económica ha condenado al mundo proletariado ha sido el despegue de un vasto movimiento migratorio del ‘Sur’ al ‘Norte’, subsiguiente a las transferencias de capital que el pago de la deuda externa ha causado”* (Federici, *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y lucha feminista* 2013). Se decía, asimismo la migración trata de un proceso estructural del desarrollo histórico del capitalismo; adquiriendo en las últimas décadas un carácter de exacerbación no antes vistas en términos absolutos en la larga data del sistema (nunca había habido tanta gente en la historia moderna), como relativos, concernientes a los periodos próximos al actual y tiempo de relativa paz que se vive desde el fin de la Guerra Fría. Teniendo en consideración que, el abordaje del fenómeno migratorio será a través de una breve revisión del estado del arte del tema en la academia contemporánea. Se apunta en la hipótesis expuesta en los capítulos anteriores que, la exacerbación del fenómeno migratorio se corresponde como consecuencia y causa de la crisis que enfrenta el Estado Nación, específicamente la situación Nacional. Al mismo tiempo se postra como condición necesaria para la acumulación ampliada de capital en los países centrales, y mecanismo contrarestante a la

¹⁴⁸ “Hemos ya discutido que el discurso oficial en México hoy se enfoca en la amenaza criminal en lugar de la amenaza comunista, y la justificación de las desapariciones es que son el resultado de disputas o ajustes de cuentas entre carteles o grupos del crimen organizado. Aquí vale pena señalar como funciona este discurso concretamente. En Ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua, desaparecieron 351 personas entre 2008 y 2016, y Amnistía Internacional ha documentado una colusión fuerte entre autoridades en Cd. Cuauhtémoc y casos de desaparición: las autoridades no toman denuncias de familiares a tiempo, no investigan los casos de personas desaparecidas, ya veces obstaculizan las investigaciones. Pero según el alcalde de Cd. Cuauhtémoc, Helidoro Juárez, la desaparición de personas era resultado de ‘esa guerra de grupos que se disputaban, esta plaza o el trasiego de drogas hacia Estados Unidos. En México, como ya hemos visto, se ha utilizado la palabra plaza para sugerir que los conflictos ocurren en lugares sin gente, en lugar de que sean entendidos como espacios donde tramas populares desarrollan su vida cotidiana y se encuentran bajo asedio. En el caso de Ayotzinapa, Jesús Murillo Karam, el entonces procurador federal promovió una “verdad histórica”: el secuestro y posterior quema y desaparición de los restos de los 43 estudiantes tuvo que ver con una confusión entre dos grupos delictivos (Guerreros Unidos y Rojos), y los responsables de la supuesta de la supuesta matanza y desaparición de los cuerpos de los estudiantes confesaron que se confundieron y tacharon a los estudiantes como miembros del grupo delictivo contrario de los Rojos [...]. Se explica esto pese a que fueron policías quienes se llevaron a los estudiantes, y a que muchos de los hombres que participaron en su desaparición eran policías o expolicías; la versión del Estado quiere desplazar el contenido político de los hechos, y atribuir la masacre y posterior desaparición de los 43 a una suerte de confusión entre elementos armados no estatales, desatendiéndose tanto como pueda de la desaparición de funcionarios estatales.” (Paley 2020, 93)

caída general de la tasa de ganancia del sistema mundo capitalista en su conjunto. Por lo cual, considero al trabajo migrante ilegal; aunado a las cuestiones que le interseccionan, como el género y la raza, además de una población no homogénea; como un mecanismo contratendencial de la caída de la tasa de ganancia en una dinámica de reproducción global (generación de un ejército industrial de reserva mundial) (Peña 2012); esto debido a la apropiación global de plusvalor relativo que se obtiene en compensación de la alta composición orgánica que ha derivado del cambio tecnológico y la desarticulación productiva. Se convierte en un mecanismo de acumulación desde cada uno de los aspectos que así lo interseccionen. Pues contienen valores de uso y de cambio específicos.

El periodo Neoliberal de inicio de siglo XXI dio muestras de un recrudescimiento de las consecuencias sociales que dejó la liberalización económica, las políticas de ajuste estructural han afectado a toda América Latina y la periferia económica, modificando los patrones históricos de migración, el número de migrantes en 2020 alcanzó la cifra de 272 millones, 51 millones más que en 2010 (Echlosser 2004). *“La emergencia de un mercado global de fuerza laboral es parte sustantiva de la llamada globalización, que integra una creciente proporción de la población mundial directamente en los mercados laborales capitalistas y encierra a los mercados laborales nacionales y regionales en un mercado laboral global integrado”*. (Palacios, Los trabajadores migratorios de México y Centroamérica en la conformación del mercado laboral regional de América del Norte (1980 - 2018) 2019, 142) Por mencionar algunas cifras, entre el 2000 y el 2019 el crecimiento de la población migrante creció más rápido que la población mundial pasando de ser el 2,5 por ciento a 3.5 por ciento respectivamente. En la distribución por sexos, las mujeres representan algo menos de la mitad de todos los migrantes internacionales en 2019 y disminuyó ligeramente, del 50 por ciento en 2000 al 49 por ciento en 2019. La mayor proporción de mujeres migrantes se registró en América del Norte (52 por ciento) y Europa (51 por ciento), y la más baja en el África subsahariana (47 por ciento) y en el África septentrional y Asia occidental (36 por ciento) (Nero 2019). Del mismo modo entre los años 2010 y 2017, el número mundial de refugiados y solicitantes de asilo aumentó en unos 13 millones, lo que representa cerca de la cuarta parte del aumento del número total de migrantes internacionales indica un reporte de la Naciones Unidas.

Entonces, la estrategia seguida por el capital en torno de la población migrante, arremetió principalmente en dos sentidos: en primer lugar como una estrategia de extracción de Plusvalor relativo global en contraposición a la intensificación en la composición orgánica de capital

internacionalizado e hipertrofia financiera; en segundo lugar, implementó un proceso de reproducción ampliada basado en la guerra permanente contra los territorios, corporeidades, espacios que se mantienen ajenos al modo de producción capitalista.

“El análisis de Sassen se enfoca en tres procesos que contienen formas pronunciadas de esta internacionalización: Una, es el desarrollo de la producción para la exportación en diversos países del “Tercer Mundo” a través de un masivo incremento de Inversión Extranjera Directa y de la subcontratación internacional por países industrializados. El segundo proceso es el desarrollo de grandes ciudades en nodos para el control y administración del sistema económico global. Y el tercer proceso es la emergencia de Estados Unidos como el mayor recipiente de Inversión Extranjera Directa en el mundo. Sassen menciona que el período donde se inician estos procesos es también el período de las nuevas migraciones masivas. Los más grandes flujos de estas migraciones son los de Europa del Sur y África del Norte a Europa Occidental, de la Cuenca del Caribe — que incluye a México— y el Sureste de Asia a los Estados Unidos, y del Medio Oriente y Sur de Asia a los países árabes exportadores de petróleo. Menciona que la especificidad de la migración laboral en el periodo histórico actual está, no en las condiciones generales o motivaciones individuales, sino, en su articulación con la internacionalización de la producción, una dinámica que asume formas concretas en locaciones particulares. Estos grandes flujos, sin embargo, tienen otra característica: en su mayoría son de carácter irregular, es decir son migrantes indocumentados. Peña (op. cit: 65), plantea que el capital estadounidense ha generado un nuevo tipo de trabajador, el cual, a lo largo de más de un siglo y medio se ha producido histórica y socialmente, con necesidades y capacidades que están determinadas por su carácter de trabajador migrante, y por las necesidades productivas que satisface esta fuerza de trabajo. Se trata de un trabajador específico, con un valor de su fuerza de trabajo específico; este valor es lo que determina la posibilidad de que su trabajo sea sometido a una mayor explotación, ya que no hay un reconocimiento social (salarial) adecuado de las necesidades que aquél requiere para que su reproducción sea suficiente. Para la inserción de estos trabajadores migratorios en los mercados laborales regionales y de éstos en la integración del mercado mundial de fuerza laboral, el capital requiere de nuevas formas de control y regulación de los flujos migratorios. Pero al mismo tiempo, requiere de mecanismos de negociación que lleven a la integración y a la consolidación del mercado mundial de fuerza laboral. Así, el gobierno estadounidense ha venido estableciendo mecanismos para tener un mayor control y regulación de esta fuerza laboral mediante la regionalización de sus políticas de migración, criminalizando los flujos migratorios irregulares, y “securitizando” la migración y las fronteras. El gobierno mexicano y los de países de América Central y del Caribe han colaborado en este proceso.” (Palacios, Los trabajadores migratorios de México y Centroamérica en la conformación del mercado laboral regional de América del Norte (1980 - 2018) 2019, 143)

Derivado de la crisis material que enfrenta la sociedad material petrolera, ésta ha tratado de vaciar su exceso de capital acumulado en la tercerización de la actividad productiva en los espacios

sociales de acumulación centrales. Generando en apariencia, una desindustrialización de la actividad productiva que se sostiene, objetivamente hablando, sobre la base de la reintroducción de la superexplotación de la fuerza de trabajo, mermada desde finales de la segunda guerra mundial en los mal llamados países desarrollados, se presenta en el sector de los servicios y el cuidado. Fenómeno que fue descrito como paradigmático a los países periféricos, principalmente reflexionado en torno a América Latina. Ahora, se reintroduce en la economías centrales, sostenida en un principio sobre los hombros migrantes, sin embargo, al cabo de un tiempo, recae sobre la tasa media salarial general. Es decir, toda la clase trabajadora receptora.

Para los países expulsores, en contraste, el cambio en el patrón, sus motivos, causas y magnitudes, ha representado el vaciamiento radical de ciudades, pueblos y comunidades. El desdoblamiento de territorios extensos, ha incrementado la dependencia y subordinación estructural a las economías centrales, primordialmente para la población, el vaciamiento masivo a devengado en una exacerbación de las condiciones generales de todos los tipos de miseria asociados a los procesos migrantes; modificando radicalmente las estructuras y modos de vida comunitarios, son sometidas miles de personas a nuevas dinámicas de explotación, así como la renovación y re-intensificación de atávicas prácticas cruentas asociadas al movimiento irregular de enormes masas de personas. Tráfico de personas (niños y mujeres con fines de explotación sexual principalmente¹⁴⁹), órganos, especies exóticas; son solo algunos ejemplos de lo que el

¹⁴⁹ “El CTDC señala que durante el 2020 se identificaron 7500 víctimas originarias del continente americano de las cuales el 67% eran explotadas sexualmente, el 28% laboralmente (siendo el trabajo doméstico y la agricultura los sectores de trabajo donde más víctimas se detectaron) y el 5% en otros tipos de explotación. El 66% eran adultos, el 30% menores de edad y del 4% no se tiene registro. El 98.21% de las víctimas eran explotadas dentro del continente americano, el 1.42% en Europa y el 0.36% en Asia, lo que representó un comportamiento intrarregional de la trata (CTDC, 2020). En cuanto a los medios más utilizados por los tratantes para controlar a las víctimas fueron el abuso psicológico (42%), las amenazas (39%), la restricción de movimiento (36%), el abuso físico (33%) y el control económico (32%). Mientras que en las víctimas menores de edad los medios comisivos más utilizados fueron el abuso psicológico (54%), el abuso físico (32%), las amenazas (23%), la restricción de movimiento (18%) y mediante la adicción a sustancias psicoactivas (17%). Más de un tercio de las víctimas en América sólo contaban con la educación primaria y aproximadamente una cuarta parte completó la escuela secundaria (CTDC, 2020). El país del continente americano donde mayor número de mujeres víctimas de trata se identificaron fue Paraguay, seguido de EE. UU., Colombia, Brasil, El Salvador, Honduras, Bolivia, Guatemala, Haití y México. En cuanto a la edad de las víctimas Haití fue el país donde se localizaron mayor número de víctimas menores de edad con el 96%, seguido de Guatemala con el 52%. Finalmente, de acuerdo con la finalidad de la explotación Haití fue el país donde hubo más explotación laboral (98%) y EE. UU. donde la explotación sexual (89%) es la que imperó, tal y como se muestra en la siguiente figura (CTDC, 2020).” 65 [Material Didactico.pdf](#)

sistema migratorio propio del sistema mundo capitalista se ha reconfigurado en el contexto de crisis y que, por ello, se considera relevante.



El aspecto semántico, o bien, la función comunicativa que cumple *la migración forzada* en la construcción cotidiana de la inteligibilidad del Estado de excepción es, la del control/expulsión del movimiento de las corporeidades, las mercancías, los objetos, la determinación de fronteras, espacios soberanos y la identidad territorial. La migración, por tanto, se postra material y simbólicamente como la primer clave del desbordamiento generalizado de la violencia de las últimas décadas. Estudiar sus patrones, lógicas y políticas es fundamental para comprender, no solo en lo general, sino en un retorno a la esfera particular, su relevancia concreta en el estudio crítico de la violencia. Por ejemplo, entender el desarrollo regional del mercado de drogas y el tráfico de armas en sitios como Sinaloa, Guerrero y el Estado de México en las últimas décadas, sería imposible sin tener en cuenta la cantidad de personas provenientes de dichas regiones viviendo en Estados Unidos, en primer lugar. En segundo, el *complejo clínico-penitenciario* de Estados Unidos, ha tenido como uno de sus principales objetivos a la población latinoamericana en función del cambio de estrategia política migratoria estadounidense.

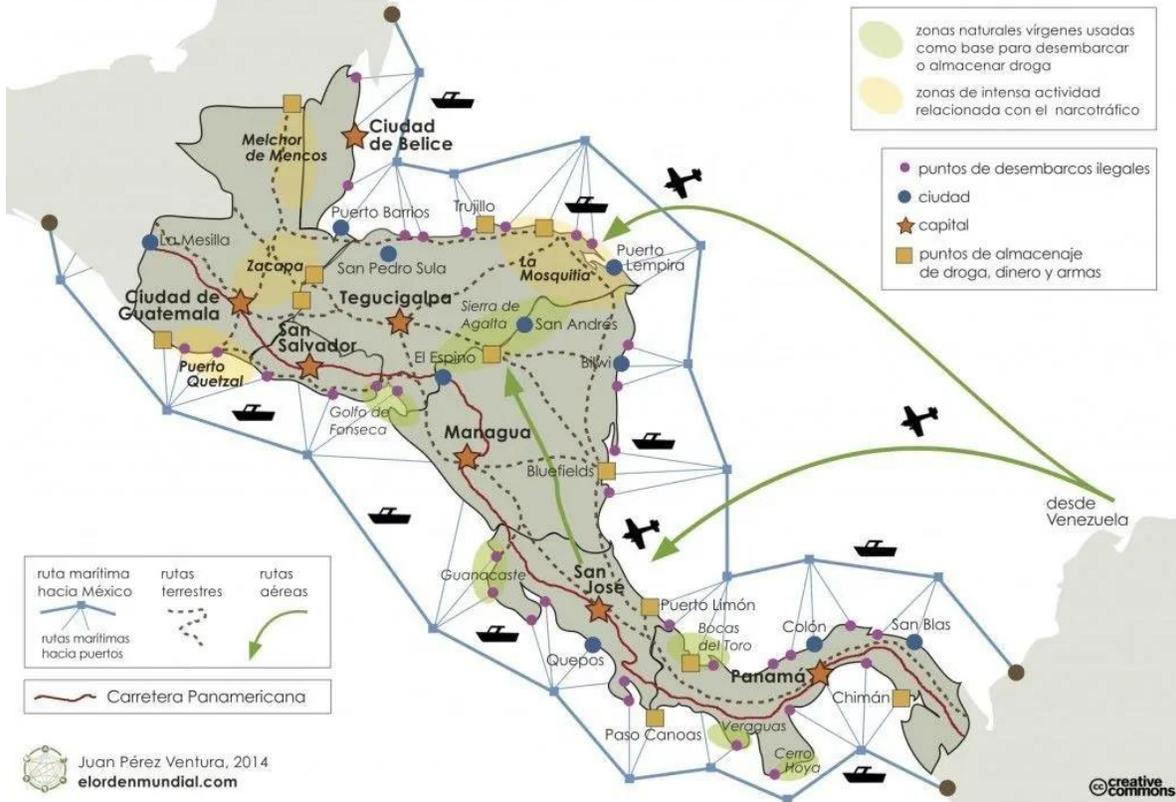
En consecuencia, también ha incrementado masivamente el número deportados, sin tomar en consideración en muchos casos, siquiera la procedencia nacional del migrante. De ahí su constante tensión con la condición de lo Nacional, fuertemente sustantivado en la determinación territorial. Terminando con el ejemplo de las regiones de *Tierra Caliente* (Guerrero-Michoacán-Estado de México) y Sinaloa –aunado a la aseveración de la ineficacia de las prisiones, además de su denuncia como centros de profesionalización del delito–. El “retorno”, de muchas personas, “*despojados de la más mínima base económica autosustentable, reducidos a situaciones extremas de violencia, contaminación, marginación, desempleo, los individuos sueñan del salir del abismo con los mismos medios que los humillan y habrán de condenarlos definitivamente. El individuo lo arriesga todo en pos de su propia autovalorización*” (Fuente 2017, 40). La migración en el Neoliberalismo trata de seguirle paso al cosmopolita capital financiero, pero en el camino, incluso al llegar al Norte. El migrante se da cuenta, que no existe tal cosa como *sueño americano* ni *europeo*. Que Noruega no existe, ni siquiera en Noruega¹⁵⁰. La clave de la migración forzada del Neoliberalismo es el vaciamiento, el cambio de ritmo, la antesala de la ruptura, de la *desaparición y la muerte*.

¹⁵⁰ “Los que llegan a la ‘meta’ viven proscritos y son maltratados como parias. Se consuelan de lejos con los recursos que le hacen llegar a la familias dejadas atrás. Esas remesas alimentan irónicamente, por distintos medios, directos e indirectos, las mismas economías que los expulsaron. El círculo se completa. Los que partieron eran siluetas de hombres con necesidades reales e ilusiones confusas; los que se quedaron, testigos impotentes de una realidad que los devora cotidianamente. Hoy son sombras, desaparecidos, fantasmas. Entre ellos media, en el mejor de los casos, los espectros del equivalente general.” (Fuente 2017, 44)

Desaparición forzada y el homicidio.

Serie Centroamérica, el camino de la droga mapa 2

Centroamérica logística del narcotráfico



La desaparición forzada es la segunda clave sobre la que descansa esta reflexión. En dicha categoría se ha de tratar de sintetizar una doble problemática que concatena una expresión paradigmática de política de seguridad que siguieron la mayoría de los Estados latinoamericanos durante el periodo de la Guerra Fría. En México, incluso, se reconoce cínicamente a dicho momento de la historia como Guerra Sucia, reconociendo públicamente la participación e involucramiento de muchos funcionarios del alto escaño de la época y su afán explícito de combatir la insurgencia organizada; cabe señalar que, la desaparición forzada contemporánea, no se explica ni desarrolla en el mismo contexto de Guerra Fría, la aparente despolitización de la desaparición forzada ha hecho que casi cualquier persona pueda ser un blanco del delito, no obstante, como se quiere señalar, su práctica, ejecución y reproducción, se inscribe en la inteligibilidad del Estado de excepción permanente. La aparentemente apolítica desaparición forzada contemporánea relacionada al supuesto despliegue de una economía criminal, no es más

que la economía sin mediación de la máquina de desapariciones con las que se configura el capitalismo contemporáneo.

Elemento que hemos denominado una condición y característica del patrón neoliberal, no así una falla o ruptura del Estado, sino, el modo al que se reconfigura. Aspecto al cual, nos dice Dawn Marie Paley, periodista y socióloga norteamericana, la desaparición forzada se define en torno a la práctica contemporánea de *Guerra Neoliberal*¹⁵¹, conservando su sentido contrarrevolucionario en su reproducción más matizándose en nuevos entramados y lógicas con las que opera la violencia (Paley 2020). Tal y como sugiere de mismo modo Camilo Vicente Ovalle (Coordinador Inclán, Daniel 2021), en su reciente ensayo, “Violencia y desaparición en México”, la lógica con la que opera la violencia ha cambiado, de modo que, podría estarse enunciando la estructura de una nueva clase de gubernamentalidad, un nuevo *arte de gobernar*. Un mecanismo de *contrainsurgencia ampliada*¹⁵² en el que la categoría se convierte en suficientemente amplia para que englobe a la mayoría de la población. Contribuyendo, de modo integral, al despliegue de una guerra contra la población, por lo que la desaparición forzada debe entenderse también como homicidio y asociado a otras prácticas “criminales”, como el desplazamiento forzado, el tráfico de órganos y personas, entre muchas otras. En el caso de México, la desaparición de cientos de miles de personas a lo largo de las últimas décadas ha contribuido a la creación de un estado generalizado de terror y trauma social, puesto que la función comunicativa que cumple la desaparición de una persona en la inteligibilidad del Estado de

¹⁵¹“Lo que llamamos desaparición neoliberal es un pilar de la contrainsurgencia ampliada ligada a la confusión de los perpetradores, y aparece en la mayoría de los casos como un crimen llevado a cabo por grupos armados (estatales o no estatales) contra jóvenes, la mayoría de ellos hombres, seleccionados a raíz de su edad, su clase social y el lugar geográfico donde se encuentren al momento de desaparecer. Además, el ser migrante o estar transitando en carreteras aumenta el riesgo de ser desaparecido [...]. Creemos que es necesario entender la desaparición Neoliberal como algo que se articula con el homicidio y otras formas de violencia, o como parte de algo que llamamos un complejo de violencia [...] En el caso de México, la desaparición de decenas (o cientos) de miles de personas ha contribuido de forma integral a una guerra contra el pueblo a la vez que ha provocado terror y confusión [...]. Dentro de un contexto de Guerra Neoliberal al servicio de la acumulación de capital.” (Paley 2020, 71-72-73)

¹⁵² “La contrainsurgencia ampliada como forma dominante de represión en la Guerra Neoliberal. Primero esta categoría devela la confusión: nutridas fuerzas estatales que andan en camionetas iguales a las que usan los grupos criminales, por ejemplo. Segundo, la contrainsurgencia ampliada propone ampliar la categoría de insurgente para incluir una cantidad cada vez más grande de personas, grupos y prácticas como insurgentes, a pesar de que estos grupos no buscan la toma del poder o el control directo de una zona o región. Tercero, la táctica de la desaparición forzada, que se vincula con el homicidio como parte de un complejo de violencia, es desplegada de forma masiva en regiones estratégicas en las cuales se despliega la guerra neoliberal. Hemos revisado la desaparición como táctica de guerra de Guerra en las Américas, cosa que nos ha llevado a resignificar esta categoría según la experiencia actual como desaparición en Guerra Neoliberal, en contraste con la desaparición forzada realizada durante la Guerra Fría” (Paley 2020, 105)

Excepción permanente es, la de la ausencia, la fractura y total incertidumbre, la negación perpetua. La ruptura total de la cotidianidad. Lo que a grandes rasgos se quiere señalar es que, en un contexto de colapso, la desaparición forzada; incluyéndose dentro de esta práctica el secuestro, los *levantones*, y todas las formas de privación de la libertad en aras de la búsqueda del beneficio económico-político; ha fungido explícitamente para la expansión de la acumulación ampliada y originaria en espacios y territorios de interés estratégico para la acumulación de capital, dígame, la generación de ganancias (Paley 2020).

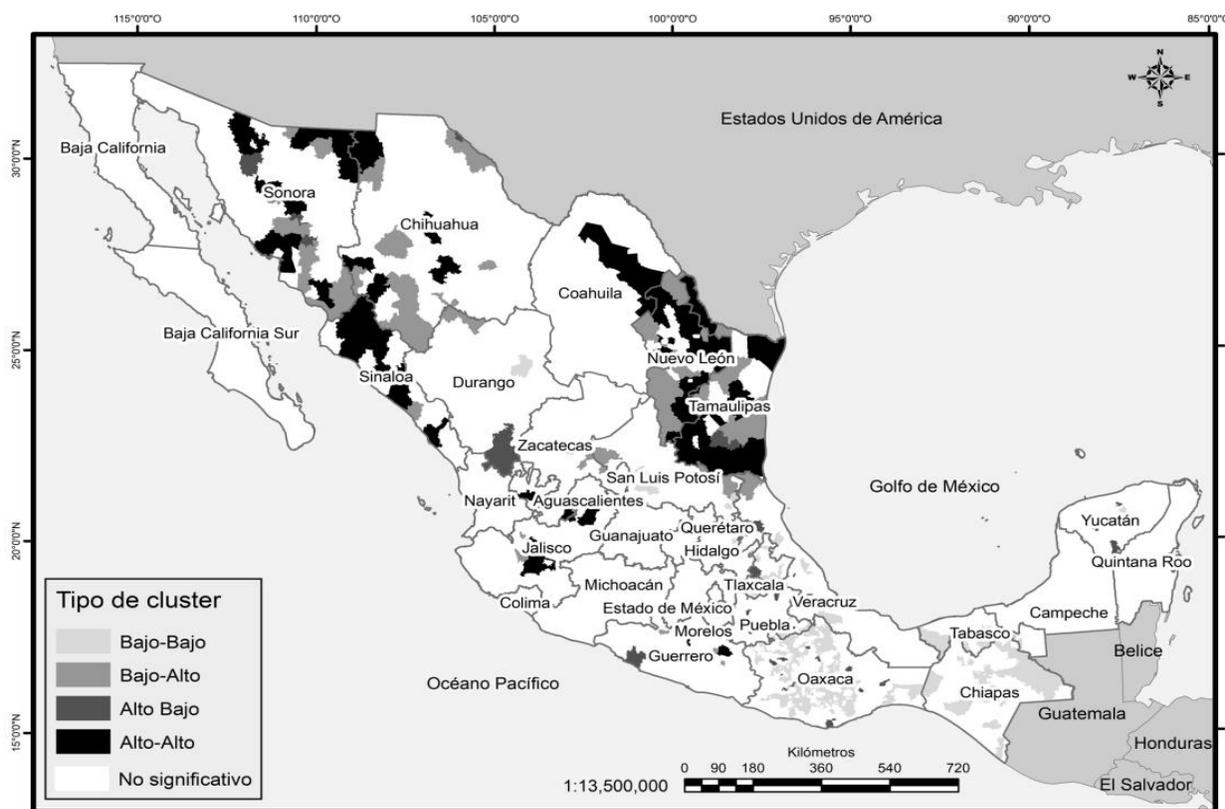
Está claro que las desapariciones en México, así como los homicidios y femicidios, en conjunto la violencia letal. Ha ido en aumento desde la así declarada Guerra Contra el Narco de Felipe Calderón (2006-2012) con la así denominada Operación Conjunto Michoacán en 2006¹⁵³. Apoyada indirectamente por recursos provenientes de Estados Unidos, expresamente de las Agencia Contra las Drogas (más conocida por sus siglas en inglés como DEA), y la recién creada *Homeland Security* en 2001. Orientados en lo que se expresaba como su nueva “política de seguridad” en contra del *terrorismo* y los *carteles de la droga*. Pero que, de fondo, solo ha fungido como pantalla para cubrir la lógica de dominio y despojo que le sustenta. Solo por ejemplificar, se ha de señalar la actual aprensión en EE. UU. (por delitos de malversación de recursos, corrupción, crimen organizado, tráfico de influencias, entre otros) del exfuncionario mexicano Genaro García Luna, quien fue titular de la Secretaría de Seguridad Pública durante el gobierno de Calderón. Cabe decir que la formación profesional de García Luna desde sus inicios como miembro de la (hoy extinta) agencia de inteligencia de México CISEN, así como a través de toda su trayectoria por prácticamente todas las instituciones de seguridad estatal en el país, está vinculada directamente con Estados Unidos. Desde 2009, con la “Iniciativa Mérida” (a veces llamada “Plan Mérida”) impulsada por García Luna, México recibió de los estadounidenses un monto de 1,600 millones de dólares, así como equipo, adiestramiento, tecnología e infraestructura para combatir el *crimen organizado*, al que hoy se acusa de estar vinculado. La participación directa de Estados Unidos nunca ha dejado de estar presente en cuanto a la construcción de la política de seguridad en México. Como se señaló en los comicios del capítulo,

¹⁵³ “Señalar el lanzamiento del Operativo Conjunto Michoacán como un parteaguas en la historia reciente del país, puede parecer un manera de encumbrar a un político mediocre e inescrupuloso como Felipe Calderón Hinojosa, pero es claro que este personaje no actuó de manera solitaria, ni la decisión tomada estuvo al margen de la agenda para América Latina establecida por parte de Estados Unidos. Aun así, decisión de sacar al ejército a las calles de manera masiva ha sido en la escala en que se llevó a cabo, una especificidad mexicana y ello es atribuible también el recorrido y dimensión de la catástrofe.” (Coordinador Inclán, Daniel 2021, 199)

la Guerra contra el narco, así como la mistificación en torno la narrativa de una *narco*-sociedad y un *narco*-gobierno; solo recubre, lo que de fondo se presenta como parte de la lógica de despojo y acumulación en función de un *complejo social de la violencia*, producido estratégicamente según las necesidades del capital, de lo que se deduce, una posible lógica general de la violencia extrema.

Fuente:(Cadena & Garrocho, 2019).

La regiones donde la desaparición forzada se presenta con mayor frecuencia no se asocian, entonces, al estricto sentido de la militancia política. En un escenario global, la crisis de hegemonía estadounidense nos sugiere Giovanni Arrighi, expresa una nueva configuración de la dinámica del mercado mundial. Una *dominación sin hegemonía* (Arrighi 2007). Donde la violencia cruda, sin mediación, se aplica como estrategia y táctica de terror y control poblacional. Lo Mapa 10: *Clusters* de tasas de desapariciones forzadas por municipio en México 2006-2017



común en las víctimas de desaparición, que aquí entendemos también como homicidios, es su heterogeneidad, teniendo como única tendencia poblacional, hasta ahora visible, el grupo etario y el género, jóvenes varones entre los 18 y los 35 años (Paley 2020). Por lo tanto, el *móvil* determinante para su desaparición se centra más en la locación en la que se encontraban al momento de desaparecer, aspecto compartido con la lógica de la violencia feminicida (que

guarda sus propias relaciones y contradicciones, además de procesos particulares). Lo importante de estas lógicas es la edad, el género, pero lo primordial es el *locus*, el sitio, lugar y momento “equivocado”.

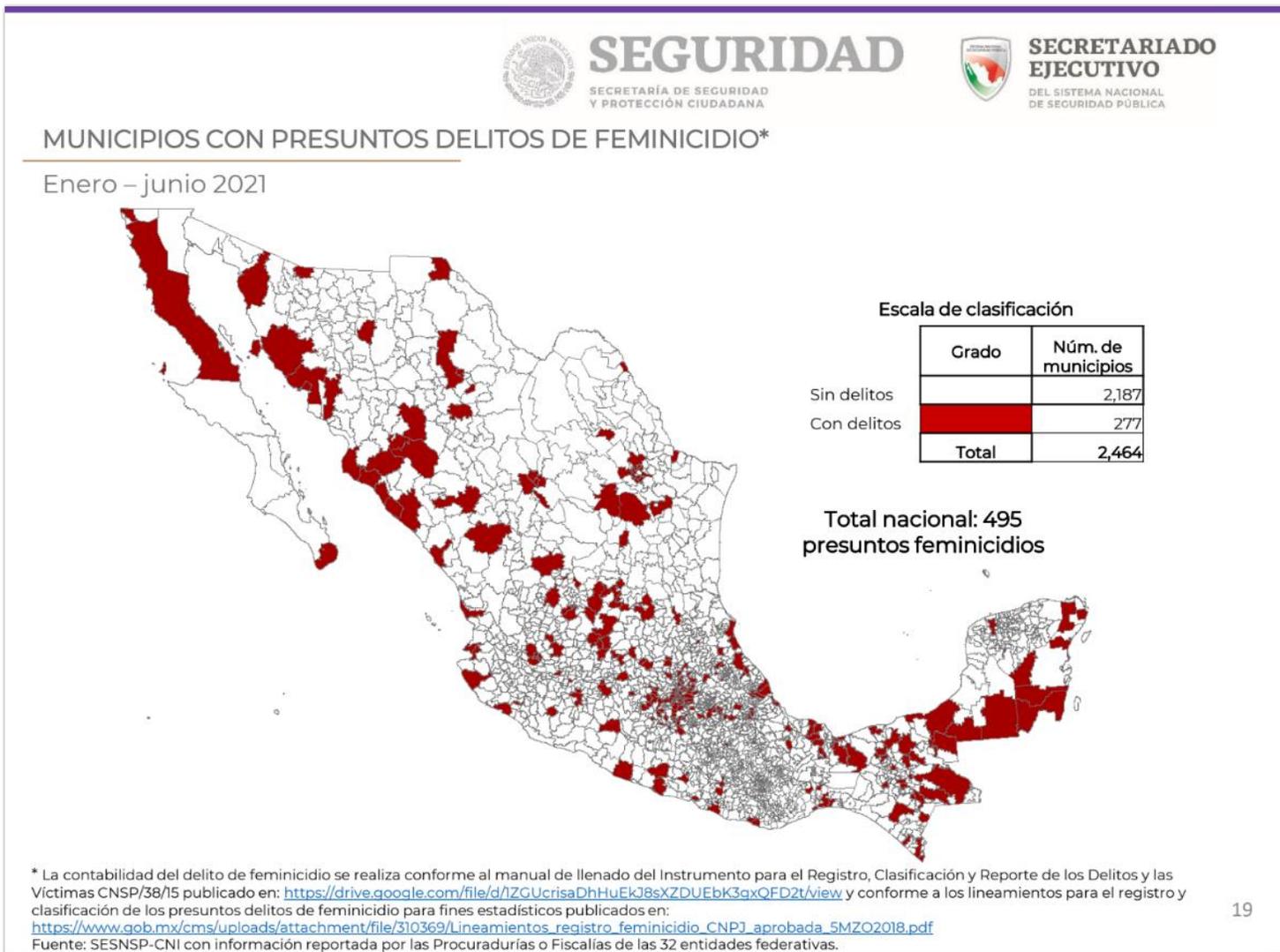
Si son jóvenes varones cruzando alguna carretera rural o no principal, es más probable que sea desaparecido; mientras que, el caso de una mujer transitando en la misma ruta del varón desaparecido, es más probable que sea víctima de feminicidio –en una lógica particular, decíamos, de mismo modo, micro-meso-macro regionalizada, los estudios sobre los feminicidios en Ciudad Juárez develaron la relevancia de la espacialidad en el desciframiento del delito–; teniendo en común para el análisis, el tránsito y la espacialidad. En conjunto, la desaparición forzada, el feminicidio y la exacerbación de los homicidios, se corresponden con el segundo momento de “retorno” masificado de la población migrante en la historia reciente del Neoliberalismo, a un territorio devastado, marcado por el trauma del abandono, el despojo, la privatización y la intemperie política. “El capital es hoy una maquina productora de desapariciones. Todo lo que toca a su paso pierde de pronto consistencia hasta quedar reducido a un vacío que ya nada ni nadie pueden llenar. El espacio del capital es hoy ‘el no-lugar’” (Fuente 2017, 11). Reflexión que se corresponde a la lectura de Down Marie Paley, indicando el modo en que algunos elementos articulan el complejo de la violencia en México, demostrando el sentido y utilidad de la desaparición forzada de cientos de miles de personas para la ley general de acumulación capitalista.

“La desaparición forzada es la constatación catastrófica de la muerte del espacio social. En los países donde la violencia abierta ha sustituido al ‘intercambio civilizado’ del mercado, quedando de manifiesto la brutalidad implícita a todo sistema basado en la competencia y la maximización de las ganancias, el desamparo ante el orden legal es experimentado como la situación natural de la vida. Competir, vender, traficar, arrebatar, acaparar, ganar son sinónimos de una vida supuestamente autónoma en el contexto de la desaparición del Estado (o, mejor, de su plena sumisión a los poderes mafiosos del capitalismo nacional e internacional) y del triunfo de los mercados abiertos para los cuales no existe mayor ley que la de la oferta y la demanda. En este *no-espacio* los límites de lo legal e ilegal son francamente intercambiables, al igual que lo es cualquier mercancía cuyo mercado este asegurado de antemano. Por allí circulan artículos de primera necesidad y de lujo, drogas, armas y objetos robados, igual que órganos, esclavos y mujeres y niños condenados a la prostitución y a la pornografía. Todo es equivalente en el imperio de la *vida nuda*.” (Fuente 2017, 39-40)

La desaparición forzada en una primera lectura carece de “inteligencia”, no obstante, en una mirada global del fenómeno, expresado a nivel continente, se devela como una política común y frecuente. Cabe añadir entonces, observando de mismo modo las principales áreas estratégicas para la valorización; dígase rutas terrestres, marítimas, aéreas, cruces geográficos, zonas de intensa acumulación por rama o actividad, territorios con recursos estratégicos, comunidades ajenas o en resistencia. O bien, zonas de tránsito de mercancías ilícitas, explotación de personas, tráfico de órganos o especies exóticas. La lógica de la desaparición se vuelve inteligible a tiempo como táctica de guerra, un mecanismo de terrorismo de Estado aplicado sobre un complejo mayor, apenas esbozado en la tentativa de hipótesis que se ha planteado. Pero que lo pronto encuentra sentido en un escenario donde México es país de tránsito-destino-expulsor, de millones de personas. Y el sistema mundo se encuentra en medio de una enorme turbulencia.

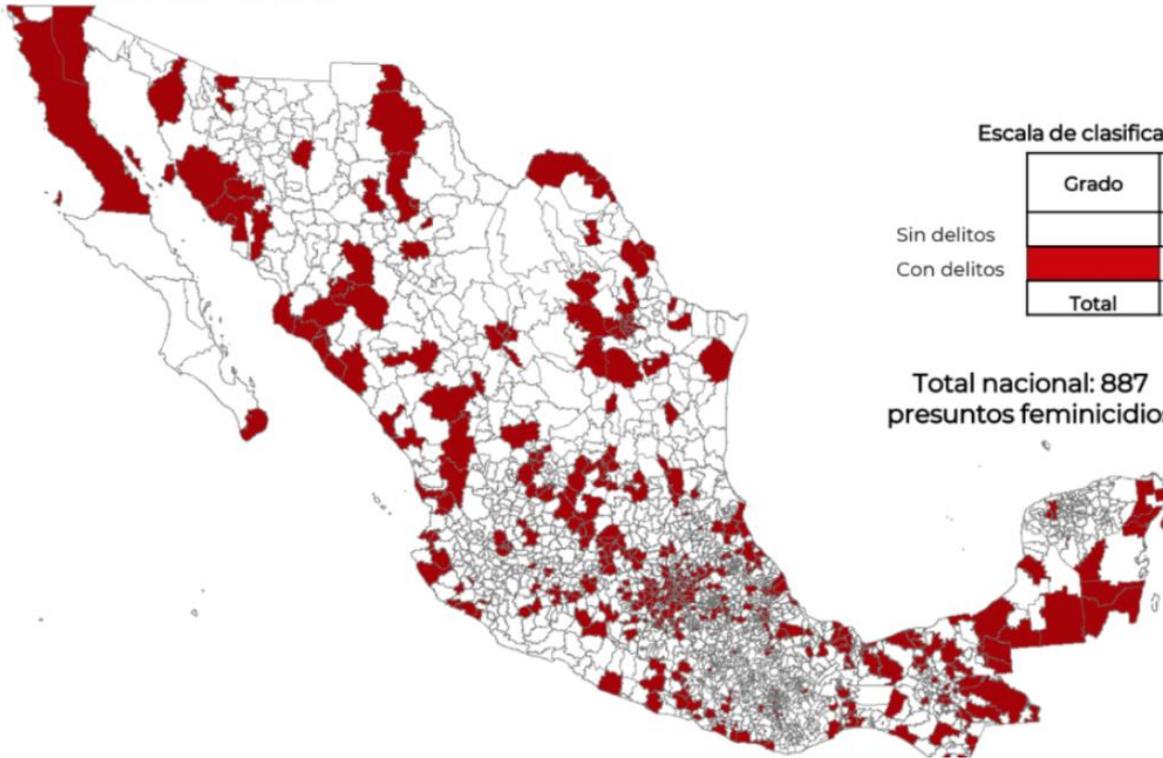
Cada región, dado el grado de internacionalización de la totalidad del proceso productivo, adquiere cada vez mayores grados de complejización e interdependencia estructural con las distintas esferas del mercado mundial. Es cada vez más difícil no encontrar espacios en México en donde los refrescos y el pan procesado no haya llegado aún. En síntesis, la idea de comprender en la desaparición forzada una clave para develar el modo en que se configura el Estado contemporáneo y la lógica que acompaña a la exacerbación generalizada de la violencia, parte de lo que señalaba en su función comunicativa para la sociedad en su conjunto. Cada producción particular de cada región genera y produce una economía moral de la violencia singular. Del vaciamiento de las comunidades, el tránsito y tráfico de las corporeidades; la inducción de un mercado de armas y narcóticos avalado por un flexibilizado sector financiero y un aparente “Estado ausente”; llegó la desaparición, la ruptura, la muerte. A una escala general, la desaparición forzada forma parte de la estrategia de guerra emprendida contra la población en México. Cumpliendo así mismo, una función primordial en la configuración de una pedagogía de la crueldad, elementos necesarios para la producción de subjetividades abyectas, marcadas por el vaciamiento, y ahora, la desaparición y el homicidio. Procesos necesarios para la normalización del estado de irrupción permanente que emana de la desaparición y el homicidio,

pero que se presenta también como un momento necesario para la expansión de la paramilitarización de la sociedad.



MUNICIPIOS CON PRESUNTOS DELITOS DE FEMINICIDIO*

Enero – noviembre 2021



Escala de clasificación

Grado	Núm. de municipios
Sin delitos	2,050
Con delitos	420
Total	2,470

Total nacional: 887 presuntos feminicidios



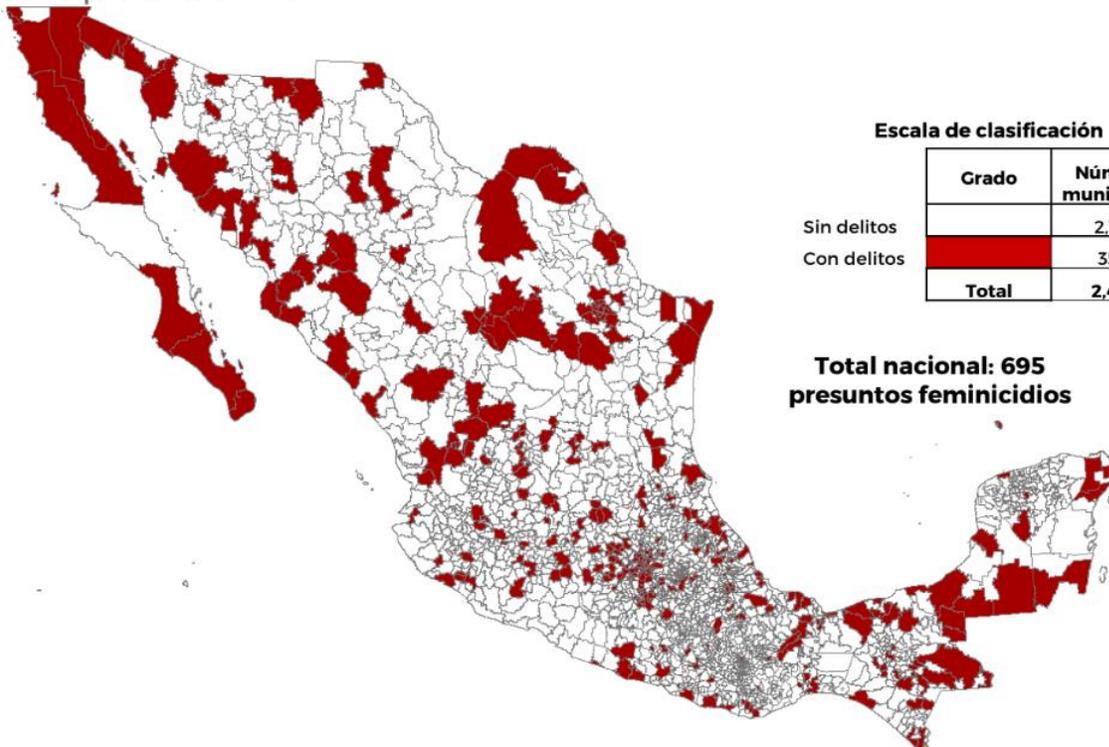
SEGURIDAD
SECRETARÍA DE SEGURIDAD
Y PROTECCIÓN CIUDADANA



SECRETARIADO EJECUTIVO
DEL SISTEMA NACIONAL
DE SEGURIDAD PÚBLICA

MUNICIPIOS CON PRESUNTOS DELITOS DE FEMINICIDIO*

Enero – septiembre 2022



Escala de clasificación

Grado	Núm. de municipios
Sin delitos	2,112
Con delitos	359
Total	2,471

Total nacional: 695 presuntos feminicidios

* La contabilidad del delito de feminicidio se realiza conforme al manual de llenado del Instrumento para el Registro, Clasificación y Reporte de los Delitos y las Víctimas CNSP/38/15 publicado en: <https://drive.google.com/file/d/1ZGUcrisaDhHuEkJ8sXZDUeBk3gxQFD2t/view> y conforme a los lineamientos para el registro y clasificación de los presuntos delitos de feminicidio para fines estadísticos publicados en: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/310369/Lineamientos_registro_feminicidio_CNPJ_aprobada_5MZ02018.pdf
Fuente: SESNSP-CNI con información reportada por las Procuradurías o Fiscalías de las 32 entidades federativas.

Militarización de la vida cotidiana y la economía moral de la violencia.

Finalmente, teniendo como premisa general que, dado el grado de densidad, intensidad y amplitud alcanzado por la subsunción real y formal de la totalidad y la vida cotidiana, a la lógica de la ley del valor que se valoriza, la crisis sistémica se enmarca a la crisis estructural que afronta el capitalismo contemporáneo. La tercer clave que se ha identificado como parte de la explicación *formal*, es decir, la configuración del Estado-nación y la situación ordinaria de la población; expresada para la inmensa mayoría de América y Europa en la militarización de la vida cotidiana, que también se incluye en este apartado el policialmientto y la paramilitarización, que, pese a sus diferencias semánticas y gramáticas, comparten el sentido y significado de introducirse como parte de la inteligibilidad del Estado moderno. La definición de Estado de excepción permanente en su contenido se sostiene en la generación o expansión de espacios diferenciados donde imperan formas de violencia extrema; expresadas en el desarrollo de prácticas fascistas, políticas de fascistización de la sociedad, microfascismos o llana economía sin mediación (“criminal”); la subsunción *real* contemporánea, de muchos espacios periféricos y centrales, se desarrolla en la lógica de la violencia extrema, y en este escenario, la multitud produce su moral. Moral circunscrita a la dinámica del mercado global de competencia bélico-comercial-financiera.

Al incorporar la idea de crisis sistémica en su doble sentido, desde su aspecto material y discursivo, es decir, desde su base productiva e ideológica; es como se da sustento a la noción de que, pese al fin de la guerra “declarada” –con el cierre de la Guerra Fría y la victoria del bloque Occidental– el complejo industrial armamentístico no ha decrecido, por el contrario, se ha mantenido a la alza. Estados Unidos, pese a haber triunfado sobre el proyecto Soviético, su victoria, señala Giovanni Arrighi, el triunfo y afronte Neoliberal, significó también, la puesta en escena de la crisis de legitimidad que enfrenta la hegemonía norteamericana como proyecto civilizatorio (Arrighi 2007). Además, el proyecto norteamericano es encarnado en –definido en el capítulo dos– *el horroroso American Way of Life*. Materialmente sustentada en el petróleo, que, como se indicó anteriormente, ha alcanzado sus picos productivos desde décadas atrás, dejando consigo, con el avance de las políticas desreguladoras Neoliberales, entre otras cosas, un grado de destrucción y deterioro medioambiental sin precedente en la historia moderna; cuyos efectos de corto plazo han costado la extinción de múltiples organismos y especies, así como el envenenamiento de inmensidad de territorios y corporeidades; de largo plazo todavía son desconocidas las consecuencias. Entonces, el escenario en el que se configura el espacio global

actualmente se ordena discursivamente en una supuesta paz social, pero en los hechos, lo que impera es el despliegue de una guerra total, contra la población, el territorio y el medioambiente, el sacrificio de la totalidad en nombre del valor.

En consecuencia, no es la militarización y paramilitarización la forma con la que se expresa los principios del Estado de Excepción. En cambio, su despliegue cotidiano se lleva a cabo, como un proceso dialéctico dilatado en el tiempo-espacio. Una vez normalizado el estado general de “guerra” en la cotidianidad de las relaciones, inequívocamente han de estar presentes otros procesos y fenómenos relacionados con la violencia o su uso, o bien, directamente violencia cruenta en la producción ordinaria de la vida. La militarización y paramilitarización de la vida cotidiana funge entonces, como vínculo analítico con la categoría de economía moral de la violencia. Entendiendo que el modo en que produce la multitud su moral se orienta, sí, en las condiciones de la producción en general para determinar su configuración singular en un espacio vivido cotidiano, arraigado en costumbres e identidades particulares; pero hay que recordar que una de las contradicciones más importantes del trabajo enajenado del capital se muestra en la autodestrucción de los oprimidos. Por situar un ejemplo, no es fortuito que mucho del “nuevo patrón” en el sistema *sicarial* mexicano, tienda por “reclutar” a personas cada vez más jóvenes, llegando a ser adolescentes y niños los nuevos rostros armados de los grupos delictivos en México. La estrategia es similar a los sistemas de reclutamiento de las guerrillas africanas contemporáneas, pero también lo es para las políticas de reclutamiento armado de los países centrales en tiempos de conflicto. A fin de cuenta, nunca se reclutan soldados de barrios pudientes.

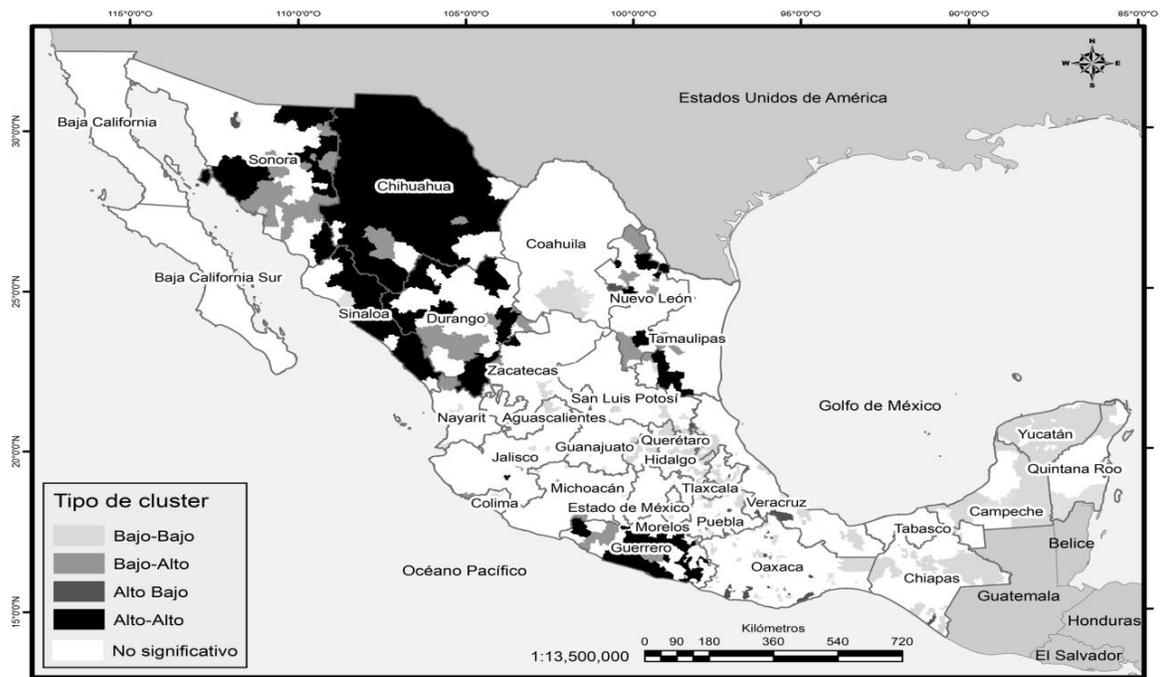
Lo que en ambos casos resulta común, no es solamente el uso de las infancias como armas de guerra, además que, ambos casos las armas son producidas por empresas estadounidenses y los ejemplos mencionados de territorios donde se despliegan estrategias de estas características, son tendencialmente estratégicas para la acumulación de capital. Si no, lo más importante, quien dispara –en lo general– las balas, muy probablemente no sea capaz de leer y escribir, mucho menos una lengua extranjera, sin embargo, los medios y objetos con lo que produce y opera su mundo, al igual que la mayoría de nosotros, no son producidos por nosotros mismos. La división social del trabajo definitivamente tiene muchos aspectos favorables, pero, así como introducimos el argumento en el apartado anterior. Lo relevante del caso, es que el escenario actual, en el que se alcanzado un grado de densidad, intensidad y amplitud de subsunción es brutal, la escala de

la vida cotidiana en su nivel sistémico, opera pues, desde la guerra total. A nivel particular, nos preguntábamos, ¿qué pasa cuando existir es una amenaza (violento) para el sistema?¹⁵⁴ La producción moral de economía de guerra despolitizada es, por tanto, una economía moral de la violencia, que ha normalizado no solo sus manifestaciones más extremas, sino que, reproduce una pedagogía de la crueldad con la que se producen subjetividades abyectas; de mismo modo ha de haber producido toda una cultura estética en torno a lo cruento, lo violento y atroz.

En apartados anteriores se había hecho hincapié en un trabajo de la CEPAL de 1998 de Fanjzilberj y Loayza, que ubicaba relaciones econométricas en torno a la desigualdad y la incidencia de los homicidios, encontrando grados de correlación entre ambas variables. De mismo se indicó que, si bien se abordaba una temática sumamente interesante, además de devenir en la construcción y mejoramiento de otros tipos de indicadores como la marginalización o la desigualdad. Sin embargo, se recalcó que su estado “controversial”, antes no señalada su razón, pero que refiere al modo en que se genera el indicador, son pues, las mismas limitaciones con las que concluía al abordar su idea. Para entender el escenario de violencia, es entender la brutalidad no como externalidad, sino, utilitaria. Al momento de recalcar los aspectos “productivos” de la violencia, resaltando su potencia creadora estética y pedagógica, es que, análisis geoestadísticos que concluyen que: *“Finalmente, el análisis estadístico de contraste a escala municipal, indica que la incidencia de violencia extrema se relaciona con múltiples variables que van más allá de la pura adversidad social. En otras palabras, hay que asegurar que la incidencia delictiva depende de remediar la adversidad social, es simplista porque ignora la complejidad del fenómeno, así como las diversas dimensiones: del impacto del narcotráfico: producción, distribución, consumo, geografía socioeconómica de los mercados, lavado de ganancias, corrupción pública y privada, tradiciones e historias locales, entre muchas otras.”* (Cadena y Garrocho 2019). Puedan tomar sentido estructural y sistémico al develarse en torno a un complejo social de la violencia extrema como un tipo de producción estratégica del capitalismo periférico contemporáneo.

¹⁵⁴ “Las presiones que la cultura ejerce sobre el sujeto tienen efectos devastadores. La violencia reaparece en sus formas más crueles, como destrucción del otro y, sobre todo, como autodestrucción. El desamparo se manifiesta no solo en el aflojamiento de los lazos afectivos, sino, por, sobre todo, en la absoluta inconsistencia del sujeto para afrontar un modelo que pivotea sobre los objetos y anonada el deseo. ¿Qué sucede con la subjetivación y hasta con la constitución del sujeto de lo inconsciente, cuando se ejerce violencia? Lo impresentable, traumatismo, o simplemente, signos de percepción sin articulación significante, eso es lo que les sucede a quienes les faltó la posibilidad de engramar en su memoria las percepciones, no obstante, presentes, de acontecimientos de su historia, condenados entonces a los duelos imposibles, a la petrificación, a la escisión. Una escisión que produce efectos de anonadación y que obstruye la creatividad.” (Kalbermatter 2006, 27)

Mapa 9: Clusters de tasas de homicidios por municipio en México 2006-2017



Fuente: (Cadena y Garrocho 2019)

La reflexión en torno a la paramilitarización de la vida cotidiana, la producción estratégica y la economía moral de la violencia encuentra sentido espaciotemporal, en una economía que se despliega sin mediación, cruda, desencarnado el Estado y reconfigurado en la excepción permanente; es como se apuntalan los primeros trazos hacia una topología de la violencia, capaz de ubicar en los distintos espacios sociales las lógicas de la violencia que ahí operen, sin perder de vista la dinámica global del sistema mundo capitalista (Coordinador Inclán, Daniel 2021). Los sistemas de usos, prácticas, rituales, eventos y significados particulares sustentan, la producción moral de la multitud en la reproductibilidad cotidiana. Inscrita el estado generalizado de emergencia en todas las esferas, niveles y escalas. A partir del desciframiento cotidiano de la brutalidad, los trazos que esbozan el análisis concreto de la violencia apuntan en una lógica espacial triádica, establecido en tres escalas *micro-meso-macro* regionales (Coordinador Inclán, Daniel 2021); y tres niveles de análisis, individual-particular-general, nivel particular, es el espacio de mediación del mundo individual con el nivel general, correspondido a la escala macro regional, la escala nacional y mundial.

La violencia en México se produce en un contexto de despliegue generalizado de valores de uso nocivos y destructivos a lo largo de toda la sociedad, productos que van desde armas, narcóticos

hasta la *pornografía*. Los elementos simbólicos que anteceden a la fractura total, a la pérdida sin cierre, el sueño sin destino, la violencia sin mediación.

Nada nuevo bajo *el sol de la barbarie*.



4. Conclusiones.

“Realmente vivo en tiempos sombríos.
La inocencia es locura. Una frente sin arrugas
denota insensibilidad. El que ríe
es porque todavía no ha oído
la terrible noticia.
¡Qué tiempos son estos, en que
hablar sobre árboles es casi un crimen
porque implica silenciar tanta injusticia!
Ese, que cruza tranquilamente la calle,
¿será encontrado cuando los amigos
necesiten su ayuda?
Es verdad que todavía me gano el sustento,
pero creedme: es por casualidad.
Nada de lo que hago justifica
que yo pueda comer hasta hartarme.
Las cosas todavía me van bien
(si la suerte me abandonase, estaría perdido).
Me dicen: “Come, bebe, ¡alégrate por lo que tienes!
Pero... ¿cómo puedo comer y beber
sí estoy arrebatando al hambriento su comida,
y mi vaso de agua le falta al sediento?
Y sin embargo continúo comiendo y bebiendo.
Me gustaría también ser sabio.
Los libros antiguos nos hablan de la sabiduría:
consiste en apartarse de los problemas del mundo
y, sin temores,
dejar que transcurra tranquilamente
el tiempo de nuestra breve vida en la tierra,
pagar el mal con el bien,
no satisfacer nuestros deseos, sino desecharlos.
He aquí lo que llaman sabiduría.
Pero yo no consigo hacer tales cosas.
Verdaderamente vivo en tiempos sombríos.”
-Bertolt Brecht, *«A los que vendrán después»* 1936

Definitivamente la violencia extrema es parte del malestar de nuestro tiempo. Ahora, ¿qué hacer?

Antes que nada, me permito soñar.

Entre desventuras, sueños, dolor y esperanza; es que a lo largo de la obra se ha tratado de llevar a cabo un esfuerzo individual y colectivo por generar notas útiles para el estudio crítico de la violencia, apuntalado desde una mirada tripartita entre la crítica de la economía política, el feminismo y el psicoanálisis. Las ambiciones del proyecto han sido amplias y en ningún sentido se pretendió, ni se pretende, darse por agotadas. En cambio, al tratarse de uno de los malestares más evidentes y dolorosos de nuestra era, su discusión, profundización y por supuesto, corrección, debe darse de manera amplia, abierta, cuidada y colectiva. Porque avanzar en la configuración de nuevos mundos y construcción de otras realidades, no puede sino emerger de

una ética revolucionaria producto del trabajo común colectivo, que apuesta por la lucha comunitaria.

Ahora, como indica el apartado, hemos llegado a ese momento –usualmente poco aprovechado en los trabajos de investigación– de desliz denominado como, las conclusiones. En este breve, pero muy valioso espacio de fuga, permítaseme al lector aprovechar los pequeños vacíos en la rigurosidad del lenguaje formal de la academia – con la que insta a la producción de argumentos así llamados científicos–, y a partir de ahora, dirigirme a ti que me estas leyendo, involucrarnos en una misma conversación, romper con la sordina conveniencia de *tiempos tan oscuros como los que vivimos*, pues, *lo que esconde el silencio es la injusticia*. Característica que refleja la estadía de un malestar general de violencia despolitizada en la que vivimos, de la cual –a pesar de la enorme disposición técnica para obtener, almacenar y procesar información, sin mencionar la inmensa capacidad de control sobre el contenido difundido o censurado en los medios de comunicación tan solo a partir de algoritmos– apenas puede ser mencionada, pues estudios críticos vinculantes al sistema y su lógica, suelen ser perseguidos dejando consigo muchos trabajos periodísticos e históricos de suma valía empírica, sin embargo, vaciados de efectos vinculantes al modo de producción, y por ende, a los verdaderos beneficiados de la violencia extrema.

Entonces, apelo por un pequeño momento de apertura en el que, sin conocer nuestras voces, siquiera mirarnos frente a frente, nos hemos de escuchar. No abandonando en ningún lugar, la rigurosidad con la que debe abordarse el estudio crítico de la violencia en nuestra, civilizada y muy ordenada creyente de la “Ley”, moderna sociedad, especialmente cuando lo que se busca y quiere es transformar la realidad, por eso, primero habremos de permitirnos soñar.

En este sentido, además de exponer de modo sintético los elementos centrales del trabajo en su totalidad, las siguientes líneas también han de postrarse en contra de la barbarie contemporánea, cargadas tan solo con la poesía del tormentoso siglo XXI y una férrea convicción. Un arma poco más amenazante que una flor, pero antes muerto que no hacerles frente. No obstante, sí es que acaso he conseguido convencerte a lo largo del trabajo de que, lo más relevante del caso no es el esfuerzo por tratar de dibujar el caos –elemento que no dejó de ser una prioridad– si no, plantear la premisa fundamental de que pese al escenario de crisis civilizatoria –sobre la que se cimienta materialmente el malestar general de nuestra era–, su síntesis sistémica e histórica puede ser objetiva y subjetivamente distinta. En tanto la apuesta colectiva sea porque la síntesis histórica y

sistémica con la que se resuelva la crisis global capitalista pueda ser distinta a los escenarios actuales y, por primera vez en la historia, provechoso para la inmensa mayoría de la totalidad de la vida en el planeta, entonces, las palabras son el viento que encenderá la chispa cargada de futuro.

El esfuerzo por reconstruir la inmensa fractura del tejido social y, de abordar el trauma producido por las sociedad moderna ante el escenario de intemperie total en el que nos situamos, requiere, nos indican los estudios psicológicos para el tratamiento del trauma, como punto de partida, verle en su cruda *desnudez*. En consecuencia, figurar el modo en que la violencia toma cabida en la configuración contemporánea de nuestro mundo, parte en misma medida de un esfuerzo por otorgarle sentido a un malestar que habita la historia de mi corporalidad y mi trama personal. Para lo cual, la empresa de la investigación se orientó en dos grandes vertientes, ambas interrelacionadas y complementarias, la praxis de cuidar colectivamente y la apuesta por transformar genéricamente. Porque considero que la realidad es sistémica, pero también histórica. Que somos en el mundo, estamos en el mundo, pero también hacemos el mundo, y nunca vamos solos. Entonces, antes que nada, me permito soñar; e invitarte así, a imaginar juntos otros mundos, otras alternativas, modos de hacer, crear, producir y reproducir la realidad. Transformar el mundo pequeño transformando el mundo entero. Cuidar de nuestras heridas colectivamente, abonarnos en la comunidad.

La iniciativa por estudiar la violencia nace de una inquietud colectiva y personal ante una huella presente y habitual en nuestro mundo pequeño, que resultó en la búsqueda colectiva de una explicación, luego, surgió de la evidente contradicción que nos expuso el marxismo y la lucha feminista en la Universidad, donde el edificio de la violencia “irracional” –ejecutada por anormales, enfermos, pobres, negros, contra las mujeres, las minorías y los marginados–, se sacudió de modo estrepitoso, y de la caída de la estructura de cristal, la brutalidad, realmente se develó como una guerra contra la población, el territorio, las mujeres y la vida; emprendida por la iniciativa del capital a través de los ya conocidos instrumentos de represión del Estado, el apabullante aplastamiento del poder adquisitivo de la clase trabajadora, las organizaciones privadas de mercenarios y narcotraficantes, solo por mencionar algunos ejemplos. El esfuerzo por bosquejar el caos, son apuntes de un malestar que habita el mundo contemporáneo.

Bajo esta tesitura, la violencia “privada” –poco reflexionada en la carrera de economía– se dotó de contenido con la crítica feminista a la ‘familiaridad’ burguesa patriarcal y, la aparente irracionalidad o, extrema perversión con la que se suele comprender –en la generalidad– a la violencia doméstica, finalmente cayó por su propio peso. Así como se abordó y demostró en lo general en el capítulo tercero –a través de la lectura de Rita Segato (Segato, Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. 2010)–, los elementos simbólicos comunes de valor y prestigio que acompañan al acto de la violación en la psique del violador contemporáneo; a su vez de los circuitos comunicativos que detonan y los códigos sobre los que operan, que, para sorpresa de nadie, se rigen en una heteronormativa patriarcal, cimentada sobre la escisión y subordinación del colectivo femenino por el masculino. Expresada en la política de la violación, la más paradigmática y atávica expresión de control patriarcal de la corporalidad femenina; además, ubicada la búsqueda de poder y prestigio en la sociedad e imaginario del colectivo masculino a través de la dominación sexual en múltiples tiempos, lugares y culturas, expresamente configurada en la Moderna sociedad Occidental; no por ello, condición Universal.

La violación es un delito desde hace mucho tiempo para la moderna legislación, más su práctica se extiende y se contrae según se articule la economía sexual mundial, la división sexual internacional del trabajo y la economía mundo en su conjunto con relación a la situación nacional, local y particular. De ahí que, la política sexual de la violación sea una constante estructural operada desde la impunidad sistémica con la que se reproduce la sociedad moderna, ejemplo de ello es el funcionamiento concreto del aparato judicial en materia de crímenes sexuales y contra la mujer.

La primera de las vertientes con las que se articuló el proyecto, también se distingue al ser un esfuerzo integrante por aprender a guiarnos desde otros sitios, prácticas y modos para la convivencia social. Saber que no solo soy, sino somos y hacemos, pues más entendí de las contradicciones en la vida a palabras de un *yonkie*, que las dichas por un erudito conferencista o un predicador. En vez de hacer la reproducción de la vida cotidiana el *infierno de los otros*, podemos encontrarnos ante la paradoja de la mutua inmensidad aspirando por un ‘encuentro’ que no sea condena a batallar. Particularmente cuando la “realidad” se presenta como un verdadero escenario de guerra, donde el terror y el trauma son herramientas y prácticas políticas ordinarias en la reproducción social. Sí, se hace del trauma colectivo una huella fija en la memoria social y,

por tanto, la violencia extrema parte del malestar general de nuestro tiempo, cuidarnos no solo es una necesidad, sino, una forma de luchar.

El camino a la emancipación, la vía revolucionaria..., la violencia revolucionaria. Cuestión que atravesó toda la investigación. El cambio vendrá tras la catástrofe, consta decir que no necesariamente impulsada por nosotros. Lo que venga tras la noche más larga también puede significar un recrudecimiento de las formas más extremas de dominación, una noche aún más larga. Lo que queda claro es que, el sistema hoy por hoy se encuentra en medio de una crisis estructural. En cualquier caso, no es un destino manifiesto, *el mundo fue y será una tontería*, ya lo dijo Roque Dalton. Y el sol de la barbarie ya está aquí. Entonces ¿El ‘pecado’ es soñar con la emancipación? ¿Qué hacer si el ‘pueblo’ pide guillotina? Queda mucho por vivir, falta mucho por hacer. La violencia no es condena de violencia. Sin embargo, la afirmación del hacer el mundo, que no es otra cosa que la *praxis* social, equivale a destruir para producir y viceversa. En una definición amplia, que incluya o apele a ello, a la totalidad del espacio y el metabolismo social, el daño, consumo, es inevitable a la vida social. El modo y la forma, puede ser radicalmente distinta. Por lo que los siguientes elementos no forman parte de un “programa”, tan solo son algunas categorías que parten del intento por sintetizar, tomar partido y aportar argumentos a favor de la posibilidad de que el escenario de catástrofe no resulte en una tragedia para la mayoría.

Sin realmente estar seguro sobre qué tipo de nomenclatura a la cual adscribir el tipo de “alternativa” –Utopía concreta, Utopística, socialismo científico, quizá lo vernáculo o el mesianismo ancestral–, tampoco creyendo que existe una única e inequívoca vía. Puede ser minar, desgastar, transmutar, derribar, quemar, al fin vamos juntos por la Utopía (no-lugar), el comienzo de la verdadera historia de la humanidad, ¡Viva la revolución! ¿Por qué sumarnos a la tercera si nos podemos sumar a la sexta? Señalo de lo anterior la consecuencia de la posibilidad “real” de construir otros tipo o tipos de sistemas de producción y reproducción social. Lo que considero es que, existe la oportunidad de caminar en otros sentidos, de “avanzar”, por decirlo de alguna manera –por primera vez en la historia de la Modernidad–, en aras de la superación de las atávicas relaciones de poder raza-sexo-clase. Además de que el desarrollo general de las fuerzas productivas generales ha alcanzado desde hace tiempo ya, las posibilidades técnicas de alcanzar a cubrir casi la totalidad de las necesidades sociales mundiales. Incluso, no solo capaz, sino imperante ante la debacle ecológica, de reducir y reorganizar la jornada de trabajo a niveles casi ínfimos, así como, redirigir y reorganizar la actividad industrial y extractiva.

La riqueza, es decir, los productos de la producción social en general antes no habrían podido ser redistribuidos con tanta eficiencia y eficacia como las que se nos presenta en nuestro tiempo. Pero claro, primero es necesario pensar no en términos del Valor. En antaño, los movimientos contra sistémicos del 68 invitaron, como nunca, a desvanecer del imaginario colectivo mundial la idea emancipatoria anclada a un Estado-nación. Porque, así como se reiteró, hablamos de un sistema mundo interestatal, sin la estructura interestatal el sistema capitalista simplemente no puede existir, eso sí, de no ser sistémica la destrucción del Estado, hay que tener por segura la contrarrevolución.

De cualquier modo, caminamos juntos hasta el mar, vimos caer El muro de Berlín mientras se construían cientos más, ahora destinados hacia el Sur global. El Estado, efectivamente “se fue”, se “desvaneció”; su carácter de mediador de clase paso de ser solo “arbitro” (del intercambio mercantil y salvaguarde de la propiedad privada), a ser nuevamente incursor del despojo y el exterminio descomunal. Neoliberalismo se enunció, pero a los tiempos de la colonia nos recordó. También el feminismo de nueva cuenta emergió, ahora como la fuerza política más grande y con mayor cantidad de simpatizantes, sus posibilidades son enormes, suponiendo una crisis al sistema patriarcal, los desafíos nos engloban. El capitalismo contemporáneo es una máquina de desapariciones y existir actualmente es un acto de resistencia. En efecto, en este punto de la historia, vamos todxs o no va nadie.

La transformación efectiva, incumbe a la inmensa mayoría. Cuidarnos, cuidar y colaborar, son elementos cruciales en la transformación de la escala particular de la vida cotidiana pero también para lo totalidad, más nos resta la hipócrita diplomacia que la honesta burla. Imperante es relacionarle con la situación nacional o la escala general para minar las estructuras del verdadero padre, el Patriarca estatal. Las relaciones de género y raza desgastar, y sin duda, no acabando mágica e inevitablemente con todas las demás formas de dominar, poner fin a la diferencia de clase, en definitiva, aliviaría muchas de las tensiones sistémicas. Sin Dios, Capital, Estado, Marido o Patrón. Espacios comunes podemos soñar.

“La revolución que deseamos consiste en quitar el poder y la riqueza a los actuales detentadores y en poner la tierra, los instrumentos de trabajo y todos los bienes existentes a disposición de los trabajadores, es decir de todos, porque todos, si no lo son, deben volverse trabajadores. Y esta revolución defenderla los revolucionarios velando por que nadie, individuo, partido o clase, pueda encontrar los medios para construir un gobierno y restablecer el privilegio en favor de nuevos o viejos patrones... Para defender y salvar

la revolución solo hay un medio: impulsar la revolución a fondo. [...] Cuando hubiéramos llegado al punto en que ninguno pudiera imponer a los demás con violencia la propia voluntad y nadie pudiera sustraer por la fuerza a los otros el producto de su trabajo, ya no podríamos sino actuar mediante la propaganda y el ejemplo. [...] ¿Destruir las instituciones, los organismos, las organizaciones sociales existentes? [...]. El intercambio de las materias primas y de los productos, la distribución de los productos alimenticios, los ferrocarriles, los correos y todos los servicios públicos que cumple el Estado o empresas o personas privadas. No podemos desorganizarlos – y por lo demás no nos los permitiría a la población interesada – sino reorganizando los de una manera mejor. [...] Hay muchas personas que se sienten fascinadas por la idea del terror. A esas personas les parece que la guillotina, las masacres, las deportaciones – los trabajos forzados y la orca, me decía recientemente un comunista de los más conocidos – son armas poderosas e indispensables de la Revolución y consideran que el hecho de que tantas revoluciones hayan sido derrotadas y no hayan dado el resultado que se esperaba de ellas, ha sido producto de la bondad, de la debilidad de los revolucionarios, que no persiguieron, reprimieron y asesinaron lo suficiente. [...] El gran medio de defensa de la Revolución sigue siendo siempre el quitar a los burgueses los medios económicos del dominio, el armar a todos mientras no se puede inducir a los hombres a arrojar las armas como juguetes inútiles y peligrosos e, interesado en la victoria a toda la gran masa de la población, si para vencer se debiese instalar la horca en las plazas yo preferiría perder” (Malatesta 2007)

En consecuencia, a continuación, se exponen tres razones –se tratan de razones en cuanto se basan en la noción de racionalidad material– a favor de la posibilidad de que tras la llama halla una masa organizada y que, tras la catástrofe, el cielo no se cubra de buitres y zopilotes. Espacios y tiempos no disponibles en futuros inexistentes, en cambio, accionables y posibles en un no tan largo aliento. Porqué hemos tomado la decisión de no retroceder, de luchar por los espacios comunes y la comunidad. De lo contrario las consecuencias las sufriremos todos. Siendo esa la primera y principal razón, el modo de producción ya ha devastado el ambiente a puntos de no retorno, la amenaza no trata más de la ficticia escasez propia de la ley del valor, en cambio, la depredación de recursos de las últimas cuatro décadas ha agotado o llevado a su pico a múltiples recursos estratégicos, no solo indispensables para la acumulación, sino para la vida en sí misma. Ejemplo de ello es la actual guerra por el agua y la frontera agrícola.

La segunda razón se circunscribe en el contexto de lo que definimos a lo largo del capítulo dos y capítulo tres bajo las categorías de colapso civilizatorio y crisis de hegemonía y, las nefastas consecuencias que tienen en la configuración de la vida social contemporánea. En su sentido dialéctico, en el párrafo anterior ya se ha expresado la negación del colapso. En contra parte, la crisis de hegemonía de Estados Unidos y el conflicto geopolítico global que sitúa nuevamente

una lucha entre Occidente y Oriente, ahora bajo la directriz de un debilitado Estados Unidos y una China revitalizada. Difiero de las opiniones que piensan que el resultado del choque de estos distintos sistemas mundo puede ser beneficioso para la población en general o, que el hegemón norteamericano haya sido desplazado. Lo que de fondo considero, es que la crisis que enfrenta la hegemonía de EE. UU., es también reflejo de una crisis mucho más profunda y estructural, que involucra la doble negación del Estado y la Nación, puestos en jaque tanto por la dinámica misma del capital, como por su negación revolucionaria. Ampliado el horizonte con la posibilidad histórica de imaginar, no solo con erradicar la dominación patronal, sino de una vez por todas, con el espectro del padre acabar. Pero para ello también debe de ser deseado.

Sencillamente, lo que quiero decir, es que, en términos generales, tal como se abordó al final del capítulo II, el sistema mundo capitalista y el Estado-nación se encuentran inmersos en una serie de profundas crisis sistémicas, estructurales y coyunturales que le han colocado al borde de la debacle. Por tanto, los medios, mecanismos, técnicas, tácticas y tecnologías de dominación se han adaptado a la reconfiguración que adquiere el Estado-nación –particularmente en nuestro estudio nos concentramos en América Latina y Estados Unidos– en su forma de *Excepción permanente*. En el cual, la violencia se articula como parte de la *producción estratégica* de capital de modo bifacetico; en un primer sentido, como condición necesaria para la acumulación en sí, y en el otro, como un tipo de producción estratégica en sí misma. Es decir, emerge como necesidad ante un escenario donde la superexplotación de la fuerza de trabajo requiere –como parte de la lógica de extracción de mayor plusvalor– que existan tantos espacios entregados a una total crueldad en la vida cotidiana, determinado como estratégico que existan pues, otros medios para la acumulación que van desde la venta de drogas, la trata de personas órganos y especies, hasta la muy legítima y completamente legal devastación medioambiental en nombre del progreso o, la fortuna de fulano de tal.

Expresada la categoría de *Estado de excepción* como una primera tentativa de abordaje y definición de la forma que adquiere el arte de gobernar durante las últimas tres décadas en México y América Latina. La categoría se constituye sobre tres premisas generales que se instruyen en la trama de procesos históricos comunes a la región, además de coherentes a las demandas del materialmente en crisis sistema mundo capitalista y el debilitado hegemón norteamericano. Limitados por la historia misma, reconocemos todavía lo prematuro de la comprensión y definición de un periodo marcado por el desgarramiento social y la cínica crueldad; sin embargo, la

rigurosidad con la que se ha estudiado el malestar de la violencia extrema contemporánea apunta en la dirección de comprender que, el despliegue general de la economía criminal y la militarización de la vida cotidiana en casi toda la región latinoamericana, no es incongruente con el modo concreto en que se configura actualmente el Estado.

Resulta absurdo pensar en economías de escala como son los carteles de droga al margen de las instituciones del Estado, la aparente fractura entre lo lícito e ilícito, así como los muchos otros pseudoconceptos como narcoestado o narco-sociedad, solo expresan una parte del orden general, sustentado por una economía sin mediación, la excepción permanente. De hecho, discursivamente podremos ubicar el empleo de Estado de excepción de modo explícito en repetidas ocasiones desde la década de los 90's y, con mayor frecuencia tras la caída de las Torres Gemelas en 2001. Evento que marcará un punto de inflexión en la retórica y práctica de la política de seguridad mundial, particularmente denotará para el territorio mexicano una reconfiguración radical del paisaje nacional, a través de la declaración de guerra en 2006 bajo la presidencia de Felipe Calderón, operada la primera acción bélica bajo el nombre “Plan Conjunto Michoacán”, mejor conocida como el *Michoacanazo*. Incurción apoyada y financiada por las agencias norteamericanas de seguridad e inteligencia en la lógica del combate al terrorismo y los carteles de la droga.

Es importante señalar desde lo general que, el sistema mundo capitalista abarca actualmente a casi la totalidad del planeta –persistiendo, muchos territorios y espacios a su voraz avance– y, se organiza materialmente en torno al petróleo y sus derivados, proceso resultado del modo en que se configura la hegemonía en el sistema capitalista interestatal; concretamente, dado que, tras la segunda guerra mundial Estados Unidos emerge como potencia hegemónica y, materialmente se organiza en torno al petróleo, como parte de su proyecto civilizatorio integral e integrante de su economía, instituyó el modo de vida del mundo globalizado bajo la concepción del *horroroso American way of life*, categoría a la que le dedicamos un apartado específico en el capítulo II. Pero que a grandes rasgos se define en función de un consumismo voraz y un derroche desenfrenado de productos, mercancías, “experiencias” (creen falsamente economistas vulgares), impulsadas energética y materialmente a partir del petróleo o un derivado fósil.

En consecuencia, si bien la crisis petrolera es objetivamente una puesta en jaque para el modo en que materialmente se produce la vida cotidiana, su superación todavía se encuentra dentro de

la esfera del desarrollo tecnológico, la contradicción no es la superación inmediata del desabasto fósil, sino las consecuencias concretas que actualmente tiene sobre la totalidad del ecosistema. Decir que, la crisis material petrolera es una doble contradicción; que por un lado sitúa al hegemon norteamericano en crisis de hegemonía, elemento del cual se esboza la idea derivada de Giovanni Arrighi con la que interpreta al período actual con la noción de *dominación sin hegemonía* (Arrighi 2007), fundamental para introducir la reflexión desde la periferia latinoamericana; la segunda contradicción opera en el plano general del sistema, donde la crisis material es también una crisis sistémica, es decir de la totalidad de la producción y reproducción social, una crisis que abarca las tres esferas de la reproducción de la vida social, la económica, política y cultural, una crisis de índole civilizatoria.

La segunda premisa con la que se trató de establecer la conceptualización de *Excepción permanente*, es a través de la crisis que enfrenta la categoría Nacional, producto; no solo de la transfronterización de la totalidad de la actividad productiva, la profundización de la subordinación e interdependencia técnica, financiera y productiva centro-periferia; sino, de la fractura soberana resultado de la migración masiva, la tercerización, la feminización del trabajo, la reintegración de la superexplotación en los mercados de trabajo de las economías centrales, además de la inmensa interconexión resultado de la internet y el desarrollo del *mass-media*. Lo que concatena objetiva y subjetivamente la puesta en escena de crisis que enfrenta la categoría nacional anclada a la geocultura y el poder soberano. En función de la condición periférica y dependiente que caracteriza a la región latinoamericana, particularmente México de Estados Unidos, la situación de lo *nacional* se encontrará en un frente constante y exacerbado en los últimos treinta años por parte de la iniciativa del capital extranjero transnacional y los efectos de la migración masiva. El despojo, el desplazamiento y la desaparición se han de colocar como los modos comunes del arte de gobernar bajo el patrón Neoliberal. La fractura del derecho soberano implicó la extensión y ampliación del sacrificio en la dinámica social, la fractura de lo nacional desencarnó aún más la producción, permeó las condiciones para que la barbarie se extendiese por toda la superficie de la vida social.

Derivado de lo anterior, la organización del proceso productivo se reorganiza en función de condiciones sistémicas que, además de la debacle ecológica se le imponen a la dinámica de acumulación dadas sus propias contradicciones (competencia capitalista-territorialista); expresado en la reducción de la masa mundial proletarizable y la imposibilidad de extender aún

más los márgenes de explotación en las jornadas de trabajo, el límite agrícola y el agotamiento de recursos clave, así como la extinción de espacios disponibles para procesos de acumulación originaria y ampliada de capital; los distintos efectos de la competencia, el desarrollo tecnológico y la expansión territorialista, causan sobre la economía, también una contracción de la tasa de ganancia y una caída tendencial de la cual, los capitalistas cada vez menos pueden hacer por mantener.

La síntesis de la primer y segunda premisa es la determinación de la violencia, específicamente la violencia extrema, no solo como condición de la acumulación mediante el despojo y la privatización, garantía de la producción capitalista en su conjunto, sino, un tipo específico de producción estratégica del capitalismo contemporáneo, expresada objetivamente no solo por el desplante simbólico de actos de crueldad espectaculares e irracionales, en su lugar, trata de economías simbólicas y materiales organizadas en función de la violencia extrema como condición imperante para la reproducción de capital. El vaciamiento del sujeto moderno contemporáneo lo puso en la intemperie del individualismo, le despojó de los últimos resquicios de tierra y al tiempo de recreo se le llamó “libre”, porque el resto eres esclavo, y a una economía criminal farmacodependiente nos arrojó a sobrevivir en la intemperie.

La condición de *excepción permanente* se deriva de la introducción de la violencia extrema en la inteligibilidad de la ordenanza del Estado moderno. Absuelta la cruda barbarie en una ética ultra individualista, la economía moral de nuestro tiempo se configura en una economía moral de la violencia, donde la cantidad, extensión y magnitud de valores de uso nocivos, tóxicos y destructivos en la ordinalidad de la vida cotidiana es apabullante. La cantidad de narcóticos, armas, residuos tóxicos, agentes contaminantes, desperdicios industriales o bien, franca comida basura es la forma con la que se expresa la excepcional crueldad y vileza en el seno de la reproducción de la sociedad burguesa. Denotando, tal y como se señaló en el capítulo III, espacios dentro del territorio de Estados-nación que operan como microestados fascistas, señalando el punto de la excepcionalidad permanente del Estado contemporáneo, como la expresión formal de la ruptura de las “instituciones” burguesas. Una doble contradicción donde los mal llamados Derechos Humanos y la Propiedad privada son brutal y cotidianamente desquebrajados, imperando de fondo, a la colosal economía sin mediación, la impunidad estructural, acorde al capitalismo salvaje de nuestro tiempo.

Ahora bien, la tercera razón se ubica en función de una doble condición. En primer lugar, el ya señalado desarrollo general de las fuerzas productivas técnicas tecnológica permite una amplia gama de posibilidades. La facilidad por el aprovechamiento del tiempo, el esparcimiento, la conexión instantánea, la erradicación del hambre y la falta de vivienda, solo por enunciar algunos ejemplos. Pero también nos permite, como ha mostrado la historia del siglo XX-XXI, dominar, controlar y exterminar, decíamos como definición de nuestra era: la barbarie con altas condiciones tecnológicas. Encontrándose allí la segunda condición de la tercera razón, oponerse a la violencia extrema contemporánea también resulta en una exigencia ante la inminente crisis civilizatoria en la que existimos, y que sencillamente rechazamos. El anhelo es que, tras la catástrofe, tras la llama, lo que se visualice sea una masa organizada.

La hipótesis dispuesta a lo largo de la obra y desarrollada en todo el capítulo tres, de concebir la violencia como medio, mecanismo, vehículo, mensaje, mediación y fuerza productora/destructora, conteniente en sí misma, de valor para el sistema de dominación, un producto en producción histórico social. Es decir, medio de uso, como medio para la valorización; y valor, pues como práctica, ejercicio, reproducción, trabajo y expresión, genera valor. Por tanto, la violencia es así una parte de la producción estratégica del sistémicamente turbulento capital, exacerbada dada la crisis estructural. De modo que, oponernos a la violencia en todas sus esferas, niveles y manifestaciones forma parte de ese mismo ejercicio de resistencia y transformación; no obstante, en el camino además de recibir daño, también hemos herido y, el cuidado ante el trauma, este comienza con develar el proceso, fenómeno y situación. Verle al desnudo y sentir, porque sentir es estar involucrado, e involucrarse es experimentar, aportar y colaborar, pero también, es tomar responsabilidad.

Las primeras claves con las que hemos tratado de dotar de inteligibilidad al escenario de violencia extrema, aparentemente carente de sentido, son: 1) el genocidio y feminicidio como procesos sistémicos e intrínsecos a las dinámicas, estructuras, tendencias y necesidades del patriarcado productor de mercancías. 2) La crisis material, sistémica y hegemónica que enfrenta el capitalismo global. 3) La reconfiguración que adquiere el sistema en su conjunto. Claves que adquieren un despliegue específico para el caso mexicano a través de tres procesos ubicados en el periodo Neoliberal antes descrito. A través del proceso histórico de desplazamiento forzado y migración latinoamericana hacia Estados Unidos, su criminalización y persecución, que tiene como efecto inmediato su deportación y superexplotación. Ante el retorno, el abandono del

Estado, los comicios de la institucionalización de la economía sin mediación se localizan a la práctica de desaparición forzada, multiplicada y complejizada en redes y esquemas de economías criminales y entidades paraestatales. Una violencia desencarnada, dirigida al vaciamiento, a la cruda fractura cotidiana, dicen los manuales desclasificados de la CIA, nada rompe mejor la vida comunitaria que la desaparición arbitraria de sus miembros. Una vez normalizada la estética de la violencia extrema, su pedagogía se extiende en todo el tejido social a la par de la extensión, despliegue y masificación del aparato represivo estatal; policialmientto, militarización o paramilitarización de la vida cotidiana es la figura social de una economía moral de la violencia que se sitúa en medio del colapso y Estado de excepción permanente.

Por último, el aporte particular de la obra se dirige hacia una continuidad en la actividad de investigación, como parte de los resultados, llegué a la hipótesis de trabajo de considerar a la violencia un tipo de producción estratégica dada la configuración concreta del Estado contemporáneo que, dadas las expresiones de las prácticas violentas en una lógica espacio-territorial, considero que se podrían abordar desde la crítica de la economía política; principalmente determinado por el tipo de actividad económica dominante, en una escala micro-meso-macro regionalizada, teniendo en cuenta los grados de subsunción real y formal a la dinámicas del valor del territorio a analizar. De mismo modo, en una mira complejizadora, esta se verá reflejada a condiciones geográficas, culturales, tecnológicas, jurídicas, demográficas (estatus, étnicas, etarias, sexuales, raciales). A lo cual, las manifestaciones de violencia extrema en la vida cotidiana han de abordarse desde la construcción teórica de una economía moral de la violencia, comprendiendo pues, el malestar del sujeto del capitalismo contemporáneo, marcado por la memoria de la extrema violencia fetichizada y, por ende, despolitizada, vaciada de contenido y reducida a mera irracionalidad.

Develar las lógicas con las que se reproduce y consume la violencia no solo ha de fungir para dar explicación al cruento escenario, sino, ser capaz de posibilitarse como herramienta de lucha contra la política de guerra emprendida hacia la población y el territorio en México. Antes bien, la revolución, en lo inmediato que funja como mecanismo para ubicar de mejor modo a los responsables reales del escenario de barbarie, así como hallar vetas de fuga en la trama cotidiana, a través, por ejemplo, del cuidado colectivo y la lucha por los comunes.

Bibliografía

- Alvater, Elmar, y Birgit Mahnkopf. *Las limitaciones de la globalización. Economía, ecología y política de la globalización*. México D.F.: Siglo xxi editores, S.A. de C.V., 2002.
- Amóros, Celia. *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. València: Universitat de València, 1997.
- Arancibia, Ines. *El sujeto necesitado. Una crítica sustantiva al sentido y alcance del concepto económico de necesidad*. Primera Edición. Editado por ediciones ungs. Buenos Aires, Provincia de Buenos Aires: Ediciones UNGS Universidad General de Sarmiento, 2020.
- Arendt, Hannah. *Sobre la violencia*. Traducido por Guillermo Solana. Madrid: Alianza Editorial, S. A, 2006.
- Arrighi, Giovanni. *Adam Smith en Pekín*. Madrid: Akal, 2007.
- Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*. Ciudad de México : Penguin Random House Grupo Editorial, 2016.
- Béjar, Alejaandro Álvarez. «Las privatizaciones en México 1988-1994: economía política de la fabricación de millonarios.» En *Le Mexique de la Réforme Neoliberale a la contrerevolution (1988-1994)*, de Henry Favre-Marie Lapointe. París: L'Harmattan,, 1997.
- Benjamin, Walter. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Aguila, Altea, Taurus, Alfaguara Santillana, S.A., 2001.
- . *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Ciudad de México: Itaca, 2008.
- Berman, Marshall. *Todo lo solido se desvance en el aire. La experiencia de modernidad*. Buenos Aires: Catalogos S.R.L., 1989.
- Boggon, Laura Silvina. «Violencia, agresividad, y agresión: una diferenciación necesaria.» *XIII Jornadas de Investiigación y Segundo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2006. 133-135.
- Calleja, Eduardo González. «El terrorismo: un ensayo de definición e interpretación.» En *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo.*, de Eduardo González Calleja, 19-66. Barcelona: Editorial Crítica, 2013.
- Canales, Esteban. «A vueltas con la revolución industrial: avatares recientes de un viejo concepto.» *Manuscrits*, n° 12 (1995): 309-331.
- Cárdenas, Enrique. *La política económica en México, 1950-1994*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2012.

- CEIICH UNAM. *"Riesgos de Guerra Mundial y Colapso Medioambiental"*. Editado por CEIICH Universidad Nacional Autónoma de México. Prod. CEIICH. Ciudad de México, 04 de mayo de 2021.
- Centro de Análisis Multidisciplinario, UNAM. «Reporte de Investigación 127. México 2018: Otra derrota social y política a las clases trabajadoras; los aumentos salariales que nacieron muertos.» *Centro de Análisis Multidisciplinario CAM UNAM*. 31 de enero de 2018. <https://cam.economia.unam.mx/1018-2/> (último acceso: 22 de marzo de 2023).
- Chomsky, Aviva. «Inmigración y la Economía de Estados Unidos.» *Mundo Siglo XXI*. (Revista del CIECAS-IPN) VII, n° 30 (2013): 14-90.
- CLACSO TV. «V Encuentro Del Programa CLACSO-CONACYT.» *Conferencia Magistral de Ana Esther Ceseña (IIEc UNAM)*. Videoconferencia. Editado por CLACSO Universidad Nacional Autónoma de México. Prod. CLACSO TV. Ciudad de México, 29 de octubre de 2020.
- Coordinador Horacio Gerutti-Guldberg. *Formarnos frente a la violencia cotidiana. La cartografía social como herramienta pedagógica*. Primera Edición. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2019.
- Coordinador Inclán, Daniel. *La brutalidad utilitaria. Ensayos sobre economía política de la violencia*. Ciudad de México: Ediciones Akal México S.A. de C.V., 2021.
- Coordinador Jasem Alpe. *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. Segunda Edición. Traducido por Luis Andrés Bredlow y Emma Izaola. La rioja: Pepitas de calabaza ed., 2014.
- Coordinadora Flores Nava, Fabiola Jesavel. *Cinco ensayos críticos de economía e historia*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Economía, 2022.
- Coordinadores. Andrés Barreda Marín, Lilia Enriquez Valencia, Raymundo Espinoza Hernández. *Economía Política de la Devastación Ambiental y Conflictos Socioambientales en México*. Ciudad de México : Editorial Ítaca, 2019.
- De Angelis, Massimo. «Marx y la acumulación primitiva. El carácter continuo de los "cercamientos" capitalistas.» *Theomai* (Red Internacional de Estudios sobre la Sociedad, Naturaleza y Desarrollo), n° 26 (julio-diciembre 2012): 1-20.
- Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1985.

- Echeverría, Bolívar. *Crítica de la modernidad capitalista*. Editado por Gonzalo Gosálvez. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2011.
- Echlosser, Eric. «En los campos de fresas.» En *Porno, Marihuana y Espaldas Mojadas. La economía sumergida de Estados Unidos*, de Eric Schlosser, 119-179. Barcelona : Debate, 2004.
- Eco, Umberto. *La estructura Ausente. Introducción a la semiótica*. Traducido por Francisco Serra Cantarell. Madrid: Lumen, 1986.
- Edgar Talledos Sánchez, Raúl Enríquez Valencia, Juan Manuel Sandoval Palacios. «Territorios, espacios globales y expansión del capital transnacional.» *Cuadernos sobre Relaciones Internacionales, Regionalismo y Desarrollo* 16, n° 29 (enero-junio 2021): 11-29.
- Emmanuel, Arghiri. *El Intercambio Desigual. Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales*. Distrito Federal: Siglo XXI Editores s.a, 1976.
- Esteve, Gustavo. «Desarrollo.» En *El diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder.*, de Ivan Illich, editado por Wolfgang Sachs, 52-79. Lima: PRATEC, 1996.
- Federici, Silvia. *Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Puebla-Oaxaca: Tinta Limón, Pez en el árbol, Labrando en Común, 2015.
- . *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Primera. Ciudad de México: Traficantes de Sueños, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2018.
- . *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y lucha feminista*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2013.
- Feirstein, Daniel. *Nuevos estudios sobre el genocidio*. Primera Edición. Editado por Denisse Gotlib y Rafael Mondragón Rita Canto. Ciudad de México: DR Cooperativa de Producción y Servicios Editoriales Heredad, S.C. de R.L. de C.V, 2020.
- Flores Nava, Fabiola Jesavel. *Historia y representación social. Hacia una historia crítica de la mirada*. Ciudad de México: Fides Ediciones, 2019.
- Foucault, Michel. *Enfermedad mental y personalidad*. Ciudad de México: Paidós, 1984.
- . *Microfísica del Poder*. Editado por Julia Varela. Traducido por Fernando Álvarez-Uría. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta, 1992.
- . *Obrar mal, decir la verdad. Las formas de jurisdicción en la historia*. México DF: Siglo XXI, 2016.
- . *Seguridad, Territorio y Población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

- . *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Segunda Edición Revisada. Traducido por Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 2009.
- Fuente, Carlos Herrera de la. *El espacio ausente. La ruta de los desaparecidos*. Ciudad de México: neologs Eds., 2017.
- Galindo, Magdalena. «El capitalismo criminal, fase superior del imperialismo.» *Mundo Siglo XXI*. (Revista del Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales del Instituto Politécnico Nacional.), n° 2 (2005): 45-49.
- Gaussens, Pierre. «Cuando hablar de violencia es violento: los problemas del discurso dominante sobre el crimen organizado.» Editado por Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. *Interdisciplina* 6 (mayo-agosto 2018): 107-124.
- Ginzburg, Carlo. «Miedo, reverencia, terror: Releer a Hobbes hoy.» *Contrahistorias*., 2008: 31-49.
- Girad, René. *La violencia y lo sagrado*. Traducido por Joaquín Jordá. Barcelona: Editorial Anagrama, 1983.
- Goethe, J.W. *Fausto*. Traducido por José Roviralta Borrell. México: Grolier Internacional. Editorial Cumbre S.A., 1979.
- Harvey, David. *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2014.
- . *Justicia, Naturaleza y la Geografía de la Diferencia*. Traducido por José María Amoroto. Quito: Traficantes de Sueños, 2018.
- Heller, Agnes. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península, 1977.
- . *Teoría de la Historia*. Traducido por Javier Honorato. México D.F., Coyoacán: Editorial Fontamara, 1989.
- . *Teoría de las necesidades en Marx*. Madrid: Ediciones Península historia/ciencia y sociedad, 1986.
- . *Teoría de los sentimientos*. Tercera Edición . Editado por Julian Meza y Fauto Pretelín Ana Galán. Traducido por Francisco Cusó. Distrito Federal: Ediciones Coyoacán S.A de C.V., 2011.
- Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Primera edición argentina. Buenos Aires: Crítica (Grijalbo Mondadori, S. A.),, 1999.
- . *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*. Madrid: Ariel S.A., 1999.

- Horkheimer, Max. *Estado Autoritario*. Ciudad de México: Ítaca, 2006.
- Horkheimer, Max, y Theodor Ludwig Wiesengrund Adorno. *Dialéctica de la Ilustración*. Tercera edición. Madrid: Editorial Trotta S.A., 1998.
- INEGI. *Cuenta Satélite del Trabajo no Remunerado de los Hogares de México, 2018*. Comunicado de Prensa, INEGI, Ciudad de México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía Informática, 2019.
- Kalbermatter, María Cristina. *Violencia, ¿Esencia o Construcción? ¿Víctimas o victimarios?* Primera Edición. Córdoba: Editorial Brujas, 2006.
- Kindl, Olivia, y Danièle Dehouve. *El mal: Concepciones y tratamiento social*. San Luis Potosí, San Luis Potosí: Colegio de San Luis, 2021.
- Kosík, Karel. *Dialéctica de lo concreto (Estudio sobre los problemas del hombre y su mundo)*. México D.F.: Editorial Grijalbo, S.A., 1967.
- Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swiny, 2013.
- Lerner, Gerda. *La creación del patriarcado*. Madrid: Editorial Crítica, 1986.
- Malatesta, Errico. *Pensamiento y acción revolucionario*. Editado por Richard Vernon. Buenos Aires: Tupac Ediciones, 2007.
- Marçal, Katrine. *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith? Una historia de las mujeres y la economía*. Traducido por Elda García-Posada Gómez. Madrid: Penguin Random House Grupo Editorial España, 2016.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Barcelona: Editorial Seix Barral. S.A., 1972.
- Marx, Karl, y Federico Engels. «Manifiesto del partido Comunista.» En *Obras escogidas*, de Karl Marx. México: Progreso Moscú Ediciones de Cultura Popular S.A, 1847.
- Marx, Karl. *Acerca del suicidio*. Barcelona: Viejo Topo Colección Antropografías, 2012.
- . *Contribución a la crítica de la economía política*. México D.F.: Ediciones Quinto Sol, S.A. de C.V., 1996.
- . *El capital: Crítica a la Economía Política III*. Traducido por Wenceslao Rocés. Vol. Tomo III. III vols. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- . *El capital: crítica de la economía política I*. Cuarta Edición. Traducido por Wenceslao Rocés. Vol. I. III vols. Ciudad de Mexico: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- . *El capital: crítica de la economía política I*. Cuarta Edición. Traducido por Wenceslao Rocés. Vol. I. 3 vols. Ciudad de Mexico: Fondo de Cultura Económica, 2015.

- Mbembe, Achille. «Necropolítica.» En *Necropolítica seguido de, Sobre el gobierno privado indirecto*, de Achille Mbembe, 9-77. Madrid: Editorial Melusina, S.L., 2011.
- Mendoza, Antonio. «La economía social y solidaria.» En *Cambios en el capitalismo contemporáneo. Una perspectiva histórica*, de Teresa Aguirre Compiladora, 403-423. Ciudad de México: UNAM. Facultad de Economía, 2019.
- Morales, Josefina. «La reestructuración industrial.» En *La reestructuración industrial en México: cinco aspectos fundamentales*, de Josefina Morales, 55-97. México D.F.: UNAM. Ed. Nuestro Tiempo, 1992.
- Nero, Amanda. *La cifra de migrantes internacionales crece más rápido que la población mundial*. 17 de septiembre de 2019. <https://news.un.org/es/story/2019/09/1462242> (último acceso: 20 de agosto de 2020).
- Palacios, Juan Manuel Sandoval. «El nuevo Complejo Industrial-Militar de Seguridad e Inteligencia y la frontera Estados Unidos México.» En *La fractura México Estados Unidos. Espacio Global para la Expansión del Capital Transnacional*, de Juan Manuel Sandoval Palacios, 154-186. Ciudad: S/Ed, 2018.
- Palacios, Juan Manuel Sandoval. «El Plan Puebla-Panamá como regulador de la migración laboral mesoamericana.» Editado por Armando Bartra (Coordinador). *n Mesoamérica, Los Ríos Profundos. Alternativas Plebeyas al Plan* (Atajo Ediciones; Instituto “Maya”, A. C.; Fomento Cultural y Educativo, A. C.; Red Mexicana de Acción frente al (RMALC)), 2001: 215-268.
- Palacios, Juan Manuel Sandoval. «Los trabajadores migratorios de México y Centroamérica en la conformación del mercado laboral regional de América del Norte (1980 - 2018).» En *DOSSIER. El trabajo en capitalismo global. Problemáticas y tendencias.*, de Adrián Sotelo Valencia, editado por José María Castro, Adolfo Castañón, Dídimo Castillo y Carlos Díaz Jaime Labastida, 139-155. Barcelona: Siglo XXI editores. S.A., Anthropos editorial, 2019.
- Paley, Dawn Marie. *Guerra Neoliberal. Desaparición y búsqueda en el norte de México*. Primera edición. Ciudad de México: Libertad bajo palabra, 2020.
- Peña, Ana Alicia. *Migración Internacional y Superexplotación del Trabajo*. México: Ítaca, 2012.
- Peralta Villegas, Eduardo. *De la crisis económica a la recesión: reconfiguración estructural de la economía mexicana (2007-2020)*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2022.
- Peter Linebaugh, Marcus Rediker. *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Traducido por Mercedes García Garmilla. Barcelona: CRÍTICA, S.L., Diagonal, 2005.

- Polanyi, Kari. «Del mercantilismo al Neoliberalismo y la crisis financiera de 2008.» En *De la gran transformación a la gran financiarización.*, de Kari Polanyi, 226-289. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Prebisch, Raúl. *Capitalismo Periferico: crisis y transformación.* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica., 1984.
- Saxe-Fernandez, Jonh. «Globalización e Imperialismo.» En *Globalización Crítica a un paradigma*, de John Saxe-Fernandez, 9-68. Distrito Federal: IEE-UNAM Plaza Janés, 1999.
- Scholz, Roswitha. «El patriarcado productor de mercancías.» *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica.*, n° 5 (Diciembre 2013): 44-60.
- Segato, Rita Laura. *La guerra contra las mujeres.* Primerda Edición. Madrid: Traficantes de Sueños, 2016.
- . *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos.* 2ºda Ed. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2010.
- Shaik, Anwar. *Teorías del comercio internacional.* Traducido por Diego Guerrero. Madrid: MAIA Ediciones., 2009.
- Taboada, Walter Beller. «¿La violencia tiene justificación?: lo que dicen la ciencia y la Filosofía.» *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 19, n° 38 (2010): 19-52.
- Trujillo, Elsa Blair. «Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. Política y cultura.» Editado por Intitututo de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia. *Política y cultura*, n° 32 (07 2009): 9-33.
- Unger, Kurt. *Competencia monopólica y tecnología en la industria mexicana.* Ciudad de México : Colegio de México , 1985.
- Wallerstein, Immanuel. *Análisis de sistemas-mundo: una introducción.* México D.F.: Siglo XXI Editores, 2006.
- Wallerstein, Immanuell. *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundo europea en el siglo XVI.* Vol. I. III vols. Ciudad de México: Siglo XXI editores, 2005.
- Xaro Sánchez, Diego Redolar, Enric Bufill, Francese Colom, Eduard Vieta, David Bueno. *¿Somos una especie violenta? La violencia humana explicada desde la biología y la psicopatología.* Barcelona: Edicions Universitat Barcelona, 2014.